CHRIS KRAUS

Los cuatro pasaron el día juntos

Traducción de Gabriela Ellena Castellotti



RANDOM HOUSE

CHRIS KRAUS

Los cuatro pasaron el día juntos

Traducción de Gabriela Ellena Castellotti

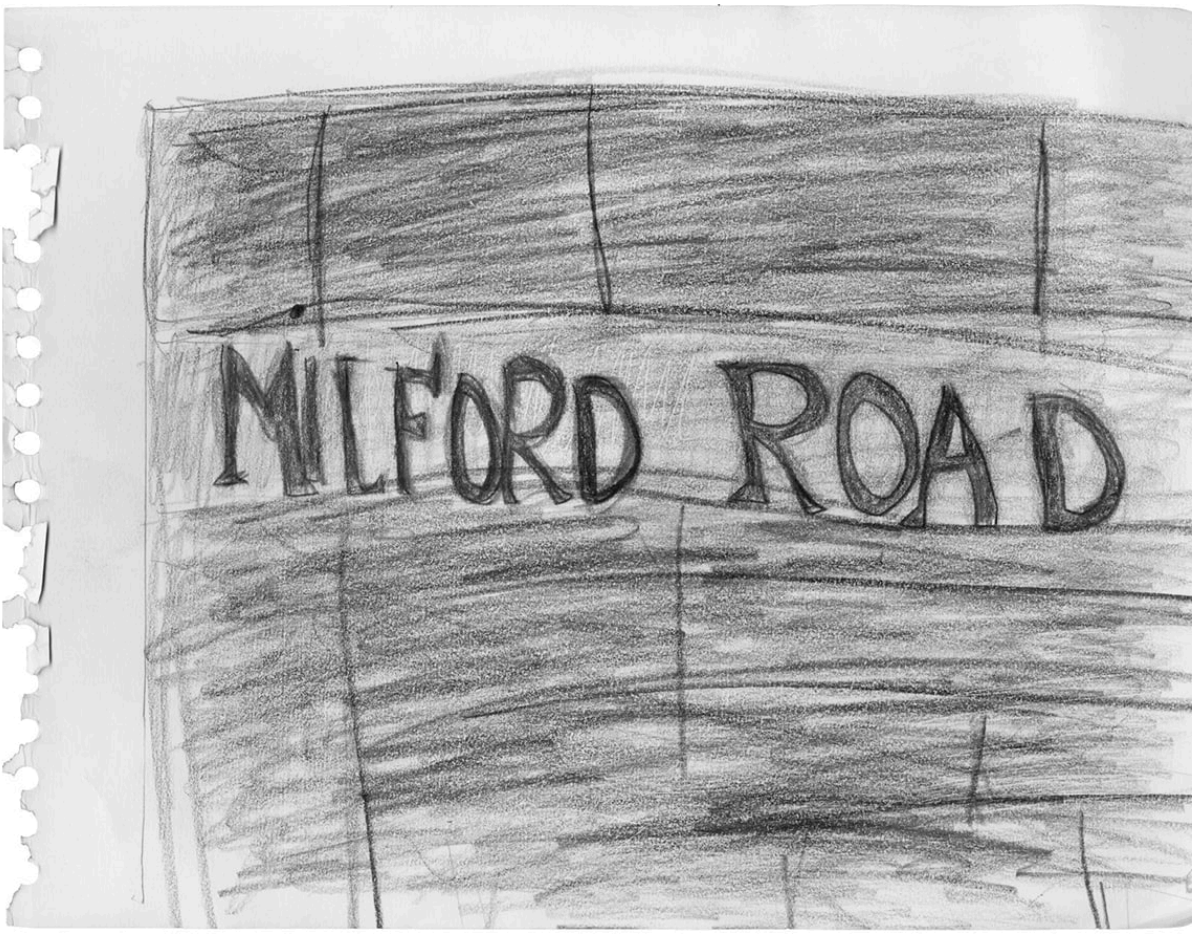


RANDOM HOUSE

Para B y A

PRIMERA PARTE

MILFORD


MILFORD ROAD

1

… Justo antes de que cumpliera cinco años, la familia de Catt se mudó de East Bronx a Milford, Connecticut. Era invierno, y ella se acuerda de explorar el jardín mientras sus padres limpiaban la casa y deshacían las cajas. Carla, su hermana pequeña, de dos años, probablemente estaba encerrada en un parque de juegos. Los rosales marrones a causa del invierno subían por la pared del garaje y un pino enorme protegía la frontera entre su casa y el camino de entrada del vecino. La casa que había detrás estaba vacía, acondicionada para el invierno. No conocerían a los Catalano, sus nuevos vecinos, hasta que subieran desde New Jersey a pasar el verano después del día de los Caídos. Catt cogió una rama sin hojas helada y excavó hoyos en la nieve. Debajo del pino, encontró un trozo de un pequeño cubo de arena de plástico. Envuelto en hielo traslúcido, se había congelado dentro de la tierra. Tiró y empujó.

Cuando salió para asegurarse de que Catt seguía allí, su padre, Jasper, la ayudó a sacarlo. «Mira», dijo ella, «¡he encontrado un juguete de hielo!». «Un juguete de miedo», respondió su padre. «Un juguete de hielo, un juguete de miedo, un juguete de hielo, un juguete de miedo…». Y ella sonrió, los significados elípticos de las palabras rodaban por sus bocas como caramelos.

Su nueva casa estaba en Wildemere Avenue, la última calle en dirección sur antes de la entrada no vigilada a Laurel Beach, una

urbanización privada. Una larga valla metálica separaba a los residentes de Wildemere Avenue de los más adinerados de Laurel Beach. «Ha llegado a Laurel Beach — Urbanización privada solo para miembros — Fundada en 1903», anunciaba un enorme cartel de madera blanca a lo largo de la valla en letra cursiva. «Un puñado de millonarios de cinco dólares», le gustaba burlarse a Sybille Brock. Sybille, como los padres de Catt, Jasper y Emma, no tardarían en descubrir, era la historiadora no oficial del vecindario. Soltera a los cincuenta y pocos, Sybille vivía en Wildemere Avenue todo el año en una diminuta casa estilo Cape Cod con su anciana tía. A Sybille no se le escapaba nada. Sabía lo peor de todo el mundo en Milford.

En su día Wildemere Avenue había pertenecido a la ya extinta Asociación Wildemere Beach, una serie de casuchas y bungalós de playa construidos en los años veinte para las prósperas familias italianas de clase trabajadora cuyos hijos y esposas venían desde Brooklyn o de Hoboken a pasar el verano. Los ancianos Catalano se contaban entre los últimos exponentes de esa tribu estacional.

Con el paso de los años, se instalaron ventanas resistentes a las tormentas y sistemas de calefacción en esas viejas casas de verano y se las vendieron a familias locales, que residían todo el año, cuyos padres se dedicaban a los oficios o trabajaban en las fábricas de helicópteros Sikorsky y municiones Remington en Bridgeport, a menos de quince kilómetros. Esas familias eran católicas o no eran religiosas. Cuando la política exterior de Estados Unidos pasó de la guerra de Corea a la Guerra Fría y al conflicto de Vietnam, esas fábricas se forraron con los contratos gubernamentales. Con los salarios sindicales y las horas extra, los trabajadores de las cadenas de montaje ganaban más que los profesores y los bomberos.

En algún momento que nadie excepto Sybille Brock recordaba, Wildemere Beach tuvo su propia asociación de propietarios y un club de dos plantas que organizaba concursos de talentos, partidas de cartas y bingo. A medida que se reformaron las antiguas casas de verano y se vendieron a familias locales, la asociación se desintegró y el club cerró. Walnut Avenue, con su hilera de licorerías, bares y un parque de atracciones que abría cada verano, limitaba con el lado norte de Wildemere Beach. Los hoteles de Broadway se habían convertido en asilos sin licencia, apartamentos de soltero y habitaciones de alquiler. Un restaurante italiano, Laruso, supuestamente gestionado por la mafia, abría el bar a las doce todos los días para un puñado de ancianos de la residencia.

Al sur, los amplios jardines de Laurel Beach eran un mundo paralelo. Inspiradas en las majestuosas casas de Cape Cod o East Hampton, todas las casas de campo de dos y tres plantas de Laurel Beach tenían diez o doce habitaciones, rodeadas de porches de estilo eduardiano con elegantes curvas; tejados de cedro oscuro, miradores y pórticos. Cada avenida de Laurel Beach, numeradas desde la Primera hasta la Octava, terminaba en Broadway con una puerta que daba a la playa privada y el paseo marítimo de madera. En la Quinta Avenida, en el corazón de Laurel Beach, la asociación tenía un extenso club conocido como el Casino. Rodeado de pistas de tenis, el Casino era donde organizaban los bailes de verano y ofrecían clubes de natación y tenis para los niños. A principios de los años sesenta, Laurel Beach parecía una opción elegante y moderna para las familias profesionales de Milford. Con la playa y las instalaciones, era de lejos preferible al tradicional núcleo rico de la

ciudad, una serie de casas coloniales majestuosas y destartaladas alrededor del parque central de la ciudad.

Al principio, la madre de Catt, Emma, no era consciente de nada de todo esto. Para ella, Wildemere Avenue era una calle idílica y tranquila en el campo. Cuando miraba desde su flamante jardín delantero al otro lado de la valla de Laurel Beach, veía una casa de tres plantas que a ella le parecía una mansión, una laberíntica casa de campo blanca cubierta de hiedra donde vivían el doctor Malone, un médico de familia jubilado, y su mujer. La casa de Emma tenía un seto de forsitia, un manzano silvestre y un magnolio. Una hilera de árboles de sasafrás cubría el lado oeste del jardín y los separaba de sus vecinos más cercanos, los Pellicano.

Durante su primera semana en Milford, mientras Emma todavía se estaba acostumbrando a la casa, Catt se fue a explorar el jardín de los Pellicano. Bette Pellicano vio a la niña perdida por la ventana de la cocina —ella tenía un hijo de la misma edad— y le preguntó a Catt dónde vivía, pero Catt no lo sabía. Simplemente le dijo: «Nos hemos mudado al campo». Bette asumió que sería de los vecinos nuevos. Al devolvérsela a Emma, Bette reprodujo la respuesta de Catt. «Niños», se rio, «¿acaso no son ellos el límite?», y Emma se sonrojó con furia. Ella apenas había salido del Bronx. Nunca había pensado en la diferencia entre el campo y la ciudad, pero sabía sin lugar a dudas que Milford era totalmente diferente a Massapequa y Levittown, donde ahora vivían algunas de sus antiguas amigas. Milford no tenía nada que ver con la ciudad. Era extraño y remoto.

Jasper y Emma estuvieron entre los últimos de sus amigos en marcharse de East Bronx. Los barrios en los que habían crecido con judíos e italianos ahora eran casi por completo puertorriqueños. Por

supuesto, Emma no tenía nada en contra, eran personas, como Jasper y ella, pero se relacionaban entre ellos y solo hablaban en castellano. Los ocho años que llevaban casados, hasta que se mudaron a Milford, Jasper y ella habían vivido en el apartamento de una habitación en Tratman Avenue que él había compartido con su difunto tío George y su difunta madre. Cada noche desplegaban el sofá-cama mientras que las niñas dormían en la habitación que había sido de Jasper y ella.

Ella tenía treinta y tres años cuando se mudaron a Milford, llevaba el pelo castaño corto en un corte que mantenía ella misma para ahorrarse las visitas a la peluquería. Para entonces había empezado a preguntarse si alguna vez dormiría en una cama suya de verdad.

Durante su infancia, ella dormía en el sofá del salón en Taylor Avenue. Su madre dormía en el dormitorio mientras su padrastro le hablaba a la radio a tres metros de ella, arrastrando las palabas, bebiendo y llamándola para que fuera con él. Cuando era pequeña, Pat Kelley no la quería en el apartamento. La mandaron un año entero cuando tenía cuatro a vivir con la hermana viuda y sin hijos de su madre a New Jersey. Tu madre y tu padre no te quieren, le había explicado su tía Clara. Pero todo cambió cuando llegó a la pubertad.

Sus amigos sabían que pasaba algo malo en el apartamento, pero nadie sabía cuánto tiempo hacía que pasaba o hasta dónde llegaba.

Pat Kelley —ella no era capaz de llamarle papá— no conseguía mantener ningún trabajo más de un mes. La peste de sus cigarrillos llenaba el minúsculo apartamento hasta que su madre, que siempre había tenido una salud delicada, no podía parar de resollar. Su madre trabajaba de vendedora en Macy’s, vendía zapatos a

comisión. Había conservado el trabajo durante la Depresión, pero su asma se convirtió en un enfisema y tuvo que dejar de ir a trabajar. Emma era la primera de su clase en el instituto James Monroe, tesorera de la Sociedad. Las clases que mejor se le daban eran lengua, latín y francés, pero tuvo que renunciar a su sueño de ir a la universidad. Encontró un trabajo como mecanógrafa estadística para los ingenieros que estaban construyendo la nueva autovía Bruckner Expressway. Los ingenieros en general eran agradables, muy respetuosos, y su sueldo cubría de sobra el alquiler.

Emma tenía veinticinco años, técnicamente era virgen, baja, pechugona y redonda como una baya madura, la reluciente melena castaña le caía sobre los hombros, cuando Jasper apareció en la iglesia episcopal de la Expiación un domingo y la oyó cantar en el coro. La pequeña iglesia de madera blanca con su torre de aguja negra estaba a menos de dos manzanas del apartamento de Emma. Rodeada de setos y árboles bien cuidados, era como si una brizna de un pasado remoto hubiera aterrizado entre los mugrientos bloques de pisos de ladrillo de Taylor Avenue. Toda su vida, desde que tenía memoria, la iglesia había sido el único sitio donde Emma se sentía completamente limpia. Era su refugio.

Un año más joven que ella, Jasper ni siquiera vivía en el barrio. Vivía a dos paradas cerca de Zerega Avenue y él iba a Saint Peter, un edificio de piedra mucho más imponente, casi una catedral, con su propia capilla y su cementerio. Si Jasper no hubiera decidido ese año probar una iglesia episcopal diferente cada domingo nunca se habrían conocido.

Jasper era alto, delgado y muy distinguido, distinto de cualquier hombre con el que ella había salido hasta entonces. Llevaba un

abrigo de espiga y sacó un monóculo del bolsillo interior para consultar el libro de oraciones durante la misa. Para Emma, no se trataba de algo ridículo. Era un gesto de infinito cuidado. ¡Y Jasper sabía montar a caballo! No como en los westerns, sino a la inglesa. La mayoría de los fines de semana hacía voluntariado con la policía montada de la ciudad de Nueva York porque era la manera de aprender a montar en Central Park gratis. A pesar de que vivía en el Bronx, Jasper trabajaba en Manhattan. Frecuentaba las librerías de segunda mano de la Fourth Avenue entre las calles Cooper Union y Catorce, en busca de primeras ediciones raras y novelas populares reseñadas en el *New York Times* esa semana.

Exento del servicio militar para cuidar de su madre durante su prolongado párkinson, Jasper dejó los estudios a los catorce años y aprendió latín por su cuenta mientras trabajaba de chico de los recados en el distrito joyero. Entre idas y venidas, descubrió la Gotham Book Mart en la calle Cuarenta y siete e incluso llegó a asistir a algunas reuniones de la James Joyce Society. ¡Y pensar que ella había estado a punto de casarse con un carnicero el año después de acabar el instituto! Toda su vida, Emma se había sentido diferente a la gente que la rodeaba, y no a causa de lo que había pasado durante todos esos años con Pat Kelley prácticamente ante los ojos de su madre. Ella quería más que un coche último modelo y comer filete una vez a la semana. Jasper era el primer hombre con el que había salido que podía hablar de música clásica y de Shakespeare. Incluso su acento era distinto, como si hubiera vivido media vida en Inglaterra o Europa.

A mitad de su noviazgo, Jasper le confesó a Emma que Julius Greene, el señor que había muerto cuando tenía trece años, en

realidad no era su padre. Julius Greene (de nacimiento Glaubner, originario de un suburbio industrial judío de Praga) era masón. Llegó solo a Nueva York siendo un adolescente, autodidacta de su oficio, se dedicó a diseñar fuentes y estatuas ornamentales para parques urbanos y millonarios de Long Island. Había esperado para casarse y tenía cincuenta años cuando Jasper nació. El padre de mentira de Jasper, Julius, tenía un taller en Bailey Avenue, dos trabajadores y un camión en Kingsbridge, una zona de clase media baja de West Bronx. El taller estaba a tres manzanas del apartamento en un edificio de dos plantas que había comprado para su familia en Heath Avenue. Jasper; su hermano mayor, Franklin, y sus abuelos vivían en el piso de abajo. Su tío George —un pariente lejano soltero— alquiló el piso de arriba.

Pero el negocio de Julius nunca se recuperó por completo de la Depresión. La gente ya no quería decorar sus jardines con fúnebres ángeles y hadas de piedra, odas a la mortalidad que fueron populares durante la era *Great Gatsby*. Cuando murió a los sesenta y tres años embargaron la casa.

Franklin ya se había marchado de West Bronx para estudiar en la Universidad de California en Davis y Jasper, su madre y su tío se trasladaron al este a Westchester Square. Durante el resto de su vida, Jasper se lamentaría de su exilio de Kingsbridge (transformado por la emoción en sus historias y recuerdos en el barrio adyacente y muchísimo más acaudalado Riverdale) y de la casa de Heath Avenue (igualmente transformada en una casa espléndida en medio de extensas praderas verdes donde los ciervos pastaban con los conejos) a un apartamento de una habitación por veinticuatro dólares al mes en Tratman Avenue.

Los hermanos de su madre, los cuatro chicos Hayman, todos corredores de bolsa, nunca se ofrecieron a pagar la deuda del banco y detener el embargo. Quizá ellos también habían pasado una mala época, pero seguían teniendo la oficina de Maiden Lane. Un año después, cuando el párkinson de su madre se hizo demasiado severo para ignorarlo, lo único que hicieron fue conseguirle un trabajo de chico de los recados en el distrito de los Diamantes: para Jasper era un mundo desconcertante en el que extraños hombres judíos con trajes negros gritaban órdenes en yiddish con un aliento que apestaba a pastrami.

Pero al final, nada de eso importaba, le contó a Emma, porque él era un bastardo en secreto; le gustaba el sonido shakespeariano de la palabra: un hijo ilegítimo del británico doctor sir Edward Saint John Jasper Lowsley. Jasper estaba seguro de que su madre, Lillian, una vivaz y hermosa experiodista casi dos décadas más joven que su marido, había tenido una aventura con el doctor Lowsley, el proctólogo de Park Avenue que visitaba a su padre durante los años de vacas gordas antes de que colapsara la bolsa. Emma nunca se cuestionó la veracidad de la historia ni la total ausencia del eminente doctor de la vida de Jasper. Su padre también la había abandonado. En cambio, ella le escuchaba boquiabierta, como si eso explicara el inusual acento de Jasper, aunque si lo pensabas de veras (cosa que ella prefería no hacer), no era así.

Cuando Jasper conoció a Emma, él ya había escapado de la sordidez de la trastienda de la calle Cuarenta y siete Oeste y se había trasladado a Chelsea, donde era el asistente del gerente del almacén de Longines-Wittnauer. Su trabajo era controlar el inventario, lo cual significaba seguir cada obra de relojería suiza que

entraba en el almacén y asegurarse de que nadie robara. Él estaba decidido, le contó a Emma, a dejar el sector joyero y entrar en el mundo editorial.

Dieciocho meses después del domingo en que ella le había anotado su número de teléfono en la última página de su libro de oraciones, Emma y Jasper se casaron en la iglesia de Saint Barnabas. Ella pensó en invitar a su verdadero padre, el padre que la había abandonado cuando ella era un bebé, pero estaba en alguna parte en el oeste y nadie sabía cómo contactar con él. Aun así, ella se negó a que la entregara Pat Kelley. La acompañó al altar el sacristán. Sus amigos del coro les organizaron un banquete en el vestíbulo de la iglesia. Después de la boda, tomaron un tren en Penn Station a las cataratas del Niágara y cruzaron el Peace Bridge. El general Eisenhower acababa de derrotar a Adlai Stevenson, Estados Unidos había usado su primera bomba de hidrógeno y los Rosenberg estaban en la cárcel. Era la primera semana de noviembre, hacía frío, tenían nubes de tormenta sobre la cabeza, y vieron un arcoíris. Sin contar unas cuantas escapadas de un día a Croton-on-Hudson con su amiga Marnie Beech, era la primera vez que Emma salía de la ciudad.

Cuando regresaron, ella se mudó al apartamento de Jasper. La mayoría de sus antiguas amigas del instituto se marchaban de la ciudad, pero al menos se había librado de Pat Kelley. A dos paradas o una larga caminata desde el bloque de pisos de dimensiones reducidas en el que había crecido, el apartamento de una habitación de Jasper le parecía un santuario. Había una hilera de árboles en la acera y tenían vistas al patio de atrás. Adquirió libros de cocina y hacía la compra de camino a casa desde el trabajo en la oficina del

ingeniero sobre el terreno en la zona de obras que sería la nueva Cross Bronx Expressway. Después de la cena, leían, escuchaban discos o radioteatros, jugaban a las damas y al Scrabble. A los veintisiete y veintiséis años, ella y Jasper se sentían huérfanos. *Por supuesto* tendrían hijos, pero no era todavía el momento para eso. Algunos domingos tomaban el tren para ir a la iglesia de Saint Bartholomew en Park Avenue para escuchar alguno de los magníficos sermones del obispo Sutton. Jasper conocía al obispo Sutton porque había cedido en préstamo a la diócesis varios libros de oraciones raros de su colección para una exposición. Al final de la misa, cuando la congregación salía y se estrechaban la mano, él se la presentó al obispo. Después, solían ir a dar un paseo por el parque o a visitar un museo. Ella ya no cantaba en el coro de la iglesia de la Expiación. Ahora Jasper y ella pertenecían a la congregación de la iglesia de Saint Peter y no había sitio para ella en el coro semiprofesional de Saint Peter. Con el tiempo, veían a las antiguas amistades de ella que seguían en la ciudad cada vez menos. Esos amigos eran bromistas y cotillas con opiniones sobre todo. Las veladas juntos no acababan de funcionar porque Jasper no jugaba a las cartas y no sabía cómo hablar con los amigos de ella. Emma notaba su incomodidad. Quizá era tímido, o simplemente estaba demasiado por encima de ellos.

Llevaban un año casados cuando Pat Kelley murió de un ictus e insuficiencia hepática avanzada. Nadie —ni siquiera la madre de Emma— lamentó su muerte. Muerto Pat Kelley, su madre podía vivir de su pensión de la seguridad social. No dependería de la ayuda de

su hija, y Emma y Jasper al fin podrían pensar en formar una familia. La mayoría de las amigas de Emma ya tenían hijos de dos o tres años. A decir verdad, tener un bebé nunca había sido una de sus fantasías. De joven, Emma soñaba despierta con viajar. Leyó *Las mil y una noches* y se imaginó recorriendo los mercados de Mesopotamia, coleccionando caracolas en la playa en el Tahití de Gauguin o tomando un *café au lait* en un café de estación en París. Se preguntaba si todos aquellos años con Pat Kelley habían dañado su instinto sexual, si la había convertido en menos mujer. ¿Acaso no todas las mujeres querían bebés? Pero ella sabía que los bebés se convertían en niños y los niños eran lo que hacía una familia.

El sueño de Jasper de trabajar en el mundo editorial era más realista. Poco después de la muerte de Pat Kelley, se postuló para una ronda de nuevos puestos de trabajo y se cambió al almacén de McGraw Hill Publishing Company como asistente del gerente. Un viejo amigo de los voluntarios de la policía montada de Central Park le enseñó a conducir y se compraron un coche usado. Ese verano, Jasper y Emma fueron en coche hasta Maine para pasar las vacaciones. Se quedaron en una cabaña con cocina, rodeada de pinos. Para cuando volvieron a casa, Emma sabía que estaba embarazada.

Emma siguió trabajando hasta mucho después de que se le notara, casi hasta el final del embarazo. El bebé, una niña a la que llamaron Catherine, llegó pocos días antes de la fecha prevista. No hubo complicaciones.

Emma tenía treinta años, a punto de cumplir treinta y uno, cuando Catherine nació, pero ni ella ni nadie tuvo nunca dudas de que tendría otro. Toda su vida había anhelado un hermano. Distanciado de su hermano o medio hermano, Franklin, Jasper y Emma eran los dos hijos únicos. No tenían sobrinas ni sobrinos, tíos y tías, abuelos o primos. Sin nadie que cuidara de Catherine, no tenía sentido volver a trabajar hasta que la niña empezara el colegio porque la mayor parte de su sueldo sería para la cuidadora.

Se quedó embarazada de nuevo cuando Catherine tenía dos años y medio. Esa vez no fue tan fácil estar embarazada mientras se ocupaba de una niña de casi tres años. Las náuseas matutinas eran peores y estaba agotada la mayor parte del tiempo, subiendo a rastras tres pisos el carrito y las bolsas de la compra. En el segundo trimestre se contagió de paperas, lo cual, le dijo el doctor Greenspan, había sido un golpe de suerte, porque si hubiera sucedido unas cuantas semanas antes, habría perdido el bebé. No obstante, estuvo en cama durante casi dos semanas, demasiado enferma para cuidar de Catherine, a quien tuvo que mandar con su madre contra su voluntad. Su madre seguía viviendo en el mismo apartamento que habían compartido con Pat Kelley en Taylor Avenue. Emma odiaba la idea de que cualquier parte de su pasado invadiera su nueva vida o la de sus hijos.

Para el quinto mes todo mejoró. Se sentía más fuerte y mejor. Con tres años, Catherine ya daba muchos menos problemas que antes. Jasper estaba enseñando a leer a Catherine y se pasaba la mayor parte del tiempo en un rincón del salón dibujando y leyendo en voz alta palabras de sus libros de cuentos. Emma ya sabía cómo cuidar

de un bebé. Esa vez esperaba que fuera un niño, al cual llamaría Kenneth.

Ese verano dio a luz a una niña. En el último momento, el médico insistió en hacer una cesárea, pero por lo demás no hubo complicaciones. Ella pensó en llamarla Kendra, pero a Jasper no le gustaba ese nombre, así que se pusieron de acuerdo con Carla.

En cuanto llegó a casa y se le pasó la anestesia, Emma se preguntó si algo iba mal. Cuando daba de mamar a su recién nacida, ella estaba en las nubes, igual que le había sucedido con su primera hija. Pero el vínculo entre ella y el bebé nunca estaba completo. Cuando sujetaba al bebé contra su pecho, el cuerpo de Carla seguía tenso…, el bebé nunca se fundía con su cuerpo de la manera que decían las revistas, como había sido la primera vez con Catherine. Y, aun peor, Carla nunca la miraba a los ojos cuando le daba de comer. Los ojos del bebé permanecían muy abiertos, fijos y concentrados en el pezón como si Emma no fuera más que una máquina de ordeñar. El doctor Greenspan dijo que no había nada de lo que preocuparse. Había parido una niña fuerte y sana, su peso estaba por encima del percentil 75.

Sin embargo, salvo cuando dormía, el bebé nunca sonreía. Carla lloraba todo el tiempo, no solo cuando tenía hambre o había que cambiarle el pañal, sino cuando Catherine o ella hacían ruido, o cuando Emma la cogía en brazos, la sacaba, intentaba jugar con ella o incluso cuando la miraba a los ojos. Era un llanto fuerte, rabioso: como si Emma hubiera hecho algo mal, algo que le hubiera hecho daño. Jasper afirmaba que no tenía opinión. Cuando Emma le

presionaba para que se pronunciara, él decía que tendería a darle la razón al doctor Greenspan. A fin de cuentas, él era pediatra.

Para entonces, Catherine ya hablaba con largas oraciones compuestas. Jasper le compró los libros de Madeline y se los aprendieron de memoria juntos. «En un viejo caserón de París con parras en la fachada, vivían doce niñas en dos filas ordenadas. Madeline se llamaba la más pequeña…». Ella convirtió el texto en un dueto y le asignó partes a él. Tras un largo día de trabajo, para él era más fácil y placentero conversar con su hija mayor y tratar de ignorar los alaridos de Carla.

Jasper cambió de trabajo cuando Carla tenía siete meses. En el nuevo puesto en McGraw Hill, era asistente tanto del gerente de oficina como del gerente del almacén, debía asegurarse de que se rellenaban los pedidos y se enviaban las facturas. Al no estar confinado en el almacén, estaba aprendiendo más del sector editorial, hablaba con contables y secretarias, así como con conductores y empaquetadores. Cuando el tiempo lo permitía, se comía el almuerzo que había llevado de casa en la plaza del Rockefeller Center. A veces se saltaba la comida para ir a ver libros raros en la Biblioteca Pública de Nueva York. En la librería Scribner de la Quinta Avenida, buscaba en la sección infantil libros que llevar a casa para Catherine. ¿Era *Monsieur Le Down*, el libro sobre arcos góticos y románicos, demasiado avanzado para una niña de cuatro años? Él no lo creía.

En el Bronx, Carla berreaba. Nunca parecía dormir profundamente más de una hora. Lloraba en la cuna y lloraba cuando Emma la cogía. No importaba lo que Emma hiciera, estaba mal. No gateaba, no decía mamá o papá, pero crecía, y rápido. De hecho, la frente de

Carla parecía haber crecido más y ser más prominente que otras partes de su cuerpo, lo cual Emma esperaba que fuera un signo de inteligencia. Pero cuando Carla empezó a darse cabezazos con el borde del parque infantil, finalmente el doctor Greenspan se dio cuenta de que algo no iba bien. Los derivó al neurólogo pediátrico de Montefiore, que a su vez los mandó al hospital Lenox Hill. Y ahí comenzaron un larga serie de visitas, pruebas y tratamientos. El doctor Whitman, el especialista, les advirtió que tendría que hacer seguimiento del desarrollo de Carla antes de darles un diagnóstico definitivo. Pero durante cuánto tiempo, se preguntaba Emma, mientras iba en tren con Carla al fin dormida en su regazo y con Catherine subiendo y bajando de su sillita.

Cuando el jefe de Jasper en McGraw Hill fue misteriosamente despedido, a él también lo echó el nuevo gerente. A pesar de que no era culpa suya, se habían quedado sin seguro médico. Hasta ahora, él se había distanciado del pánico latente de Emma. Pero tenía que conseguir otro trabajo pronto, si no de inmediato. Lo primero que hizo fue vender todos sus libros raros a Ben Hackett, un amable librero anticuario. Mientras empaquetaba y metía toda la colección de Jasper en una maleta, los ojos de Emma se humedecieron al pensar en el cuento de O. Henry «El regalo de los Reyes Magos».

Al desembalar los libros, Ben Hackett le dijo a Jasper que debía hablar con otro coleccionista con quien él había trabajado, Giles Osborne, que también era el director general de la rama estadounidense de Cambridge University Press. Jasper ya había conocido a Giles Osborne a través del obispo Sutton. Osborne accedió a reunirse con Jasper (Ben Hackett le había llamado) y dos semanas más tarde Jasper empezó a trabajar en Cambridge

University Press. Su cargo, al principio, era supervisor del control manual del inventario. A pesar de que el inventario propiamente dicho estaba en un almacén compartido en el centro, cerca del túnel Holland, le ofrecieron a Jasper ocupar una mesa libre en la oficina de la calle Cincuenta y siete. Giles Osborne se dio cuenta de la inusual pasión de Jasper por los libros. Claramente, el joven lo idolatraba y aun así Jasper Glaubner, o Greene, a diferencia de la mayoría de personas como él, era reservado, nunca se mostraba prepotente. En un impulso poco frecuente, Osborne lo invitó a asistir a los comités editoriales mensuales. Se servía Riesling y se hacían bromas un poco ofensivas. Jasper escuchaba fascinado.

Carla continuaba con sus pruebas. La exploraron, escanearon y midieron, y los estudiantes investigadores le cantaron. Finalmente, llegaron a una conclusión. Convocaron a Emma y Jasper a la consulta del doctor Whitman en el Upper East Side. «Su hija», les dijo, «tiene un retraso severo y un coeficiente intelectual de sesenta y cinco. No esperen mucho. No esperen nada. Con suerte y un buen tratamiento, podría alcanzar la edad mental de siete años cuando sea adulta».

Jasper y Emma decidieron no creerle.

Carla tenía dos años, era apenas una niña que comenzaba a andar, y las cosas siguieron como siempre, como si nunca hubieran hecho las pruebas. Cada mañana, Emma deshacía el sofá-cama y recuperaba el salón. Arrastraba el parque infantil de Carla fuera del dormitorio para vigilar a su hija mientras trabajaba en la cocina amarilla. Su mejor amiga, Marnie, y su marido ingeniero, Bob, se acababan de

comprar una casa nueva en Massapequa Park, en Long Island. El resto del mundo había avanzado, pensaban a lo grande, hacían ensaladas de gelatina mientras ella preparaba bizcochos desde cero e inventaba nuevas formas de sacar tres comidas de un pollo. La mayoría de los días llevaba a las niñas al parque de la Westchester Avenue donde las monjas de Saint Bridget enseñaban a los niños manualidades artísticas gratis en las enormes mesas de pícnic. No había nadie con quien hablar. Las otras madres del parque eran jóvenes puertorriqueñas, adolescentes incluso: chicas con pendientes de aro y labios de color rojo brillante que hablaban y reían en ráfagas de castellano rápido. A Emma le dio por pensar que el Bronx era un gran dormitorio para la mano de obra inmigrante construido a finales del siglo XIX. A remolque de la prosperidad de la Gilded Age, cada nueva ola de trabajadores estaba un poco más desesperada. Su verdadero padre se había escapado con su madre a Salt Lake mientras ella era una niña. Él tenía grandes planes de trasladarse a San Francisco, pero a su madre le daba miedo lo desconocido y se negó a ir con él. En su lugar, regresó al Bronx y se casó con Pat Kelley. El Bronx nunca cambiaría, y ella y sus hijas tampoco lo harían si se quedaban allí. Los chicos más inteligentes de su clase habían sido comunistas. Incluso sus viejas amigas del coro se estaban mudando a lugares como Garden City, Hempstead y Hoboken.

Mientras Catherine jugaba en los columpios y hacía animales con limpiapipas en las mesas de pícnic de las monjas, Emma mecía el cochecito de Carla y se preguntaba qué había hecho a su hija diferente. ¿Habían sido las paperas que había cogido cuando estaba embarazada, la cesárea? Ella sabía que había una persona completa,

incluso un ángel, encerrada tras la cara malhumorada y chillona de Carla. ¿Cómo podía ayudar a que emergiera el verdadero espíritu de Carla? ¿Y por qué no lo veían los médicos? A veces se remontaba hasta la concepción de su hija: una noche de octubre, en el veranillo de otoño, Jasper, ella y Catherine habían ido a Orchard Beach una última vez antes de que cerraran hasta la siguiente temporada. ¿Era algo que tenía que ver con su infancia, con el modo en que se reprimía, con que nunca se soltaba por completo? Pero eso no podía ser, no era científico. Cada día rezaba para que los médicos se hubieran equivocado respecto a Carla.

Carl Faiman, de quien Carla había tomado el nombre y a quien Jasper había conocido en el almacén de Longines-Wittnauer, se jubiló el año en que Carla cumplió dos años. Los dos hijos de Carl ya eran mayores y él y su mujer, Erna, compraron una casa enorme para dos familias en Milford, Connecticut, a una manzana de la playa. Carl, un inmigrante checo, había nacido en el mismo barrio judío de Praga que el difunto padre albañil de Jasper. El hombre mayor y el joven trabaron amistad. Quizá incluso eran familia, ¿quién sabía?

Carl había sopesado marcharse de la ciudad durante mucho tiempo. Las casas viejas eran baratas en Milford, una ganga comparadas con las viviendas unifamiliares en zonas residenciales que se estaban comprando las parejas jóvenes. En cuanto Erna y él se mudaron a la casa, Carl apenas se creía lo afortunado que era. Paseaba todos los días por la playa y con el alquiler que les entraba de la casa de abajo tenían más que suficiente para vivir. Aun así,

Erna y él se habían distanciado hacía tiempo y Carl a veces añoraba tener un amigo. Durante esos paseos, le vino una idea a la cabeza: él sabía que Jasper deseaba salir del Bronx, ¿y si él y su familia se mudaban a algún sitio cercano? Él les podía prestar el dinero para la entrada. Los invitó a pasar un fin de semana y les propuso la idea.

En cuanto llegaron a la pequeña estación de Milford, Jasper supo que quería vivir allí. Se olvidó de que su tren había partido de Grand Central una hora entera y cuarenta y dos minutos atrás. La estación estaba en medio del centro de Milford, a dos calles del enorme parque de la ciudad. Una torre de piedra vigilaba el Memorial Bridge, que se extendía sobre un pequeño brazo del río Wepawaug, con los nombres de los veintinueve fundadores puritanos de la ciudad tallados en grandes bloques de granito: James Prime, Thomas Tapping, Frances Bolt, Ezeckial Fowler. Había sido reconstruido y restaurado a lo largo de los años, pero el puente databa de 1640, el año en que fue fundado Milford. El parque de la ciudad tenía un quiosco de música y un cenador. Un espacioso y antiguo edificio de ladrillo de dos plantas albergaba la biblioteca de la ciudad enfrente de un banco. Emma sentía como si hubiera entrado en un sueño, no el suyo exactamente. Los patos hacían sus nidos y nadaban en el río que cruzaba serpenteando la ciudad. De camino, más de hora y media antes, habían pasado Old Greenwich, donde el jefe de Jasper, el señor Osborne, tenía una casa y algunas hectáreas…, y luego Darien y Westport, donde el director editorial, Bob Newbridge, y el controller financiero, Jack Sachmann, tenían sus casas.

Naturalmente, todo tenía un aspecto muy diferente cuando llegaron a la casa de Carl en Naugatuck Beach. Grandes casas impasibles construidas en los años veinte para los residentes

estivales que ya no llegaban se alzaban unas pegadas a otras, envueltas en revestimiento de aluminio. Pero estaban la playa y el parque de la ciudad y las escuelas públicas seguras y la biblioteca…

Tres semanas más tarde, Carl encontró la casa en el número 49 de Wildemere Avenue y pagó una reserva antes de que Jasper y Emma la vieran siquiera. Estaba a veinticinco minutos a pie en dirección sur desde su casa en Naugatuck Avenue, un encantador bungalow blanco de una planta y media con dos dormitorios pequeños y dos buhardillas y un porche acristalado sin calefacción. Emma compró su primera cama de matrimonio cerca de Bridgeport y se mudaron unos días después de Navidad.

En cuanto se instalaron se dio cuenta de que nunca había estado tan aislada, o tan sola.

2

Bette Pellicano invitó a Emma a tomar un café para darle la bienvenida al vecindario: un evento que Emma temía, y con razón. Una morena alta que llevaba pantalones ajustados y jerséis de rombos, Bette era siete años más joven que Emma. Su marido trabajaba en Sikorsky Aircraft y ella se había criado en Milford, así que por supuesto tenía muchos amigos. ¿De qué iban a hablar? A Emma no le gustaba tomar café porque le sentaba mal al estómago, pero le daba apuro pedirle a Bette un té.

Bette dio por hecho que habían trasladado al marido de Emma a Milford por trabajo. ¿Por qué si no se habrían mudado allí? Ella había estado en la ciudad de compras y para asistir a espectáculos pero no tenía ni idea de qué era el Bronx. Emma no sabía por dónde empezar a describirlo, le costaba pensar en qué le podría interesar a esa joven y hermosa mujer. ¿Los jardines botánicos? ¿El zoo del Bronx? Por cinco centavos dejaban a los niños darles un pescado a las focas si llegabas a las cuatro. A Catherine le encantaba.

El hijo de Bette, Kevin, tenía la misma edad que Catherine y, durante un rato, los niños jugaron juntos, fueron a sus respectivas habitaciones, treparon por la valla que se caía a pedazos y separaba sus jardines. Pero cuando Emma descubrió a Kevin y Catherine jugando a los médicos debajo del seto de forsitia, las dos mujeres decidieron que sería mejor si los niños dejaban de verse. Ambas

tuvieron mucho cuidado de no culparse pero tras aquello ya no tenían motivos para tomar café o charlar.

La mayoría de las mañanas Emma llevaba a Jasper a coger el tren de las seis cuarenta y cinco a Nueva York y le recogía doce horas más tarde. Idealmente, esos viajes a la ciudad suponían vestir a las niñas y asegurar a Carla en la sillita del coche mientras agitaba los puñitos en el aire. A veces, cuando se hacía tarde le daban un libro a Catherine, ponían a Carla en el parque infantil y las dejaban solas. ¿Cuántas cosas podían pasar en menos de una hora? Era mejor correr el riesgo, porque si ella dejaba que Jasper se llevara el coche a la estación, se quedaba varada todo el día con las dos niñas en Wildemere Avenue.

La estación estaba vacía y a oscuras cuando Jasper llegaba por la mañana. Otros cuatro o cinco hombres con sobretodos ocupaban el andén en dirección a Nueva York, doblando los dedos dentro de los guantes de cuero negros que sus mujeres les habían regalado por Navidad. El tren no se empezaba a llenar hasta que llegaban a Fairfield y hasta Westport los vagones estaban medio vacíos. Pero después, al parar en Darien, Old Greenwich, Cos Cob, los vagones se llenaban de viajeros que fumaban y leían el periódico y parecían conocerse unos a otros por el nombre. Jasper nunca vio a Osborne, a Sachmann o Newbridge subirse al tren. ¿Iban en coche al trabajo? Tal vez todos cogían el exprés que salía de Stamford.

Cuando Emma volvía a casa les servía cereales a las niñas, lavaba los platos y hacía las camas. Desde la ventana del pasillo en lo alto de la escalera, alcanzaba a ver una franja del estrecho de Long Island cuando las ramas de los árboles no tenían hojas. Esa era su casa. *En Connecticut*. Compró una vieja máquina de coser Singer en

la tienda de segunda mano e intentó hacer cortinas, un proyecto imposible.

Carla tenía casi dos años y medio pero todavía no hablaba, ni una palabra. Lloraba cuando Emma la sacaba del parque infantil para cambiarla. Así que Emma cantaba cualquier canción de la infancia que recordara, «You Are My Sunshine», «Pack Up Your Troubles», «Row Row Row Your Boat», y a menudo eso la calmaba. Una vez a la semana hacía la colada y la compra en Naugatuck Avenue, combinando los recados para ahorrarse el dinero de la gasolina. En septiembre, Catherine empezaría el parvulario. Seguramente entonces las cosas cambiarían: conocería a otras madres, iría a reuniones de padres. A veces, por impulso, se daba el gusto de comprarse una revista en la caja del supermercado IGA Foodliner.

En el tren en dirección a New Haven de las 17.15 que salía de Grand Central, los mismos viajeros —vendedores de seguros, diplomáticos, ejecutivos de publicidad— compraban bebidas en el vagón restaurante y giraban los asientos para jugar a las cartas, cuatro o seis hombres se sentaban unos enfrente de otros. Sentado solo, Jasper miraba por la ventana y hojeaba un libro de Cambridge University Press que había cogido del almacén…, libros sobre historia antigua, biología molecular, física cuántica. En casa, él cenaba mientras Emma llevaba a Carla a dormir. La casa apestaba a niños pequeños. Después, leía cuentos con Catherine y luego Emma y él hablaban un rato antes de irse a la cama. No comprarían una televisión antes de devolverle el préstamo a Carl Faiman.

Jasper y Emma conocían los peligros de la deuda. Habían visto a otras personas meterse en problemas, no eran estúpidos. Y además, ellos tenían otros placeres. Llenar la casa de música clásica todo el fin de semana con la emisora de radio WQXR…, poner su disco de *Carmina Burana* de Carl Orff tan alto que los vecinos lo oyeran, las irreverentes canciones de los curas y las monjas del siglo XIII saliendo por las ventanas en latín. Emma las seguía con la traducción al inglés que venía en el interior de la funda del disco y se sonrojaba cuando las escuchaba.

Los sábados por la mañana iban al vertedero que había más allá de Naugatuck Avenue. Allí, bandadas de gaviotas blancas se lanzaban en picado sobre las ingentes montañas de basura creadas por los bulldozers. Los residentes tiraban a los montículos bolsas de basura recientes desde sus coches en una apresurada orgía de libertad. Después de ir al vertedero, a veces iban a comer con los Faiman. Erna, la mujer de Carl, les servía *latkes* y col y apenas hablaba inglés. Era como si nunca se hubiera marchado de Praga.

Pero el punto álgido de cada semana para Emma y Jasper era la misa del domingo a las diez en la iglesia episcopal de Saint Andrew. El cura, el padre Luke, no era el obispo de Sutton, pero era amigable y decente. Su mujer, Charlene, era la organista. Había hecho la carrera de piano y llevaba su larga melena de color negro ala de cuervo en un moño suelto y despeinado. Al igual que su pelo, Charlene daba la impresión de ser alguien eternamente a punto de desmadejarse. Distraída, olvidadiza y acelerada, saltaba de tema en tema cuando conversaba con los feligreses de su marido después de misa o tomando café o té. El rostro ovalado de Charlene estaba desfigurado de forma permanente por un labio leporino que todo el

mundo trataba de no mirar. Emma encontraba a Charlene muy comprensiva y le hubiera gustado que fueran amigas, a pesar de que era consciente de que era imposible. La mujer del cura no podía tener favoritas en la congregación. No obstante, Emma percibía que Charlene entendía algo de la preocupación diaria que sentía por Carla.

Unos cuantos feligreses de Saint Andrew vivían en Laurel Beach. Los Peterson, los Hogg y los Conway prácticamente eran vecinos, sus casas estaban solo a unas manzanas. De hecho, tras unos cuantos domingos Jasper se dio cuenta de que Gregory Peterson era uno de los hombres que veía cada día en el andén en dirección a Nueva York. Greg trabajaba en Madison Avenue, a unas cuantas manzanas de la oficina de Cambridge University Press en la Cincuenta y siete con Lex. Después de conocerse en la iglesia, los dos hombres empezaron a darse los buenos días con un gesto. Si el tren llegaba tarde, intercambiaban impresiones sobre el tiempo y el horario de la línea de New Haven. Pero una vez que subían al tren, ambos ponían cuidado en escoger asientos al menos a unas cuantas filas de distancia el uno del otro. Ninguno estaba dispuesto a dar el primer paso o crear un precedente que ambos podrían lamentar más adelante.

Ese año, la revista *Time* publicó una entrevista con el célebre psiquiatra Leo Kanner sobre las madres nevera que tenían niños con problemas. Mujeres que «solo se descongelaban el tiempo suficiente para gestar un niño»; mujeres cuyo abandono maternal era el origen de la enfermedad mental de sus hijos. ¿Podía ser el caso de ella? Esa nueva perspectiva la había dejado anonadada. Durante un tiempo prolongado, todo el mundo hablaba de ello; los humoristas

hacían bromas sobre mujeres frígidas. Pero a raíz de esa reciente humillación, Emma descubrió una nueva simiente de duda o esperanza: quizá Carla tenía una enfermedad mental y no era retrasada. A pesar de que no hablaba, no sonreía ni reaccionaba, jugaba con sus Lego y los bloques de construcción magnéticos con una concentración feroz, los apilaba en complicadas estructuras. Era evidente que la niña tenía inteligencia. A veces Carla le recordaba a los ingenieros civiles cuyos planos y proyectos mecanografiaba.

Después de leer el artículo, Emma cogía en brazos a las niñas cada día y se las llevaba al dormitorio. «¿Queréis un poco de amor?», les preguntaba, abrazándolas y dando vueltas en la cama, haciéndole cosquillas a Carla hasta que todas acababan riendo y excitadas. No obstante, Emma se preguntaba si de algún modo, inconscientemente, le había traspasado a Carla el daño que su padrastro le había infligido de niña. Pat Kelley utilizaba el sexo para reprimirla, menospreciarla y humillarla, y aun así ella se había quedado. Su propia madre era una mujer débil y herida, que temía hasta su propia sombra. No ayudó o no pudo ayudar a Emma, pero si Emma se marchaba, ninguna habría tenido a nadie. Todo lo que importaba en la vida, decía todo el mundo, se remontaba al instinto sexual.

Emma se convirtió en una ávida coleccionista de cupones Plaid. El supermercado IGA Foodliner les daba gratis a los clientes cupones Plaid. Los cupones se podían pegar en cuadernos y luego cambiarlos por productos gratis. Cada vez que terminaba un cuaderno lo guardaba en la caja fuerte que tenía en el armario, junto con el

documento de identidad y los talonarios. Emma no había trabajado desde su último embarazo. Hojeaba el catálogo mirando todas las cosas bonitas que podía conseguir con los cupones.

Un lluvioso día de primavera que estaba más triste de lo habitual, metió a las niñas en el coche y condujo hasta el centro de canje más cercano. Mirando por la ventana desde el asiento de atrás, Catherine observó que las presuntuosas casas y jardines soporíferos, el «encanto colonial» de la ciudad, desaparecían tras cruzar el puente levadizo en Devon. Aparecieron aparcamientos y anuncios inmobiliarios con las palabras «Will Divide», divisible, en los solares vacíos llenos de maleza de Connecticut Avenue. Se preguntó quién sería Will Divide. Tras pasar la enorme fábrica de armas Remington y una maraña de vías de tren, se detuvieron en un enorme aparcamiento que rodeaba un viejo almacén rectangular: el centro de canje de cupones Plaid. Dentro, mujeres con niños pequeños y carritos examinaban los productos en enormes cubos expositores abiertos bajo las luces de fluorescente. Catherine supo entonces que haría lo que fuera necesario para no pertenecer a ese colectivo. Fue detrás mientras Emma empujaba la sillita de Carla al lado de muebles para la televisión y lámparas, cristalerías y cocteleras.

Emma tenía dieciocho cuadernos en el bolso, le llegaba para una tostadora Sunbeam nueva. El viaje la animó. Estaba satisfecha con la tostadora.

Cuando llegó el verano, llegaron los Catalano y aparcaron su lancha motora en el camino de entrada de al lado. Emma llevaba a las niñas a la playa cuando no llovía. La puerta al paseo marítimo de madera

de Laurel Beach estaba solo a unos metros del final de su calle, al otro lado de la Octava Avenida. Un estrecho camino bordeado de setos conducía de la puerta a un cenador abierto y una playa limpia de arena blanca. Un cartel soldado en la puerta decía «Playa privada — Solo para miembros». La puerta siempre se quedaba abierta pero aun así Emma caminaba dos manzanas hasta la playa pública y sin puerta de Ocean Avenue. Laurel Beach era una playa privada. ¿Y si alguien le preguntaba dónde vivía y qué estaba haciendo allí?

Encastrada entre dos muros de contención de cemento de dos casas en primera línea de mar, la playa de Ocean Beach era frecuentada mayoritariamente por adolescentes. Montañas de algas negras secas dividían una estrecha lengua de arena marrón de la rocosa línea de la costa. A menudo llegaban unas cuantas mujeres más de su edad a última hora de la tarde. Extendían sus mantas y abrían las sillas de playa y tomaban el sol con papel de aluminio alrededor de la cara. Las mujeres bebían cócteles que traían consigo en termos infantiles de plástico. Cuando el sol se suavizaba alrededor de las cinco, sus risas se volvían más fuertes y estridentes.

Emma quería nadar. Cuando era una niña, había aprendido a nadar en el río Hudson en sus excursiones a Croton… pero no se fiaba lo suficiente de Catherine para cuidar a Carla mientras se iba al agua, así que simplemente se sentaba en la arena. Los días claros se podía ver un trozo de Long Island al otro lado de la ensenada. Hacia el norte, estaba Charles Island, un lugar mágico cubierto de árboles al que se podía llegar cuando bajaba la marea caminando ochocientos metros sobre un fino banco de arena.

En septiembre empezaron las clases y los días de Emma se volvieron aún más complicados. Si hubieran vivido en la Octava

Avenida, Catherine habría podido tomar el autobús a la escuela elemental de Kay Avenue, pero Wildemere Avenue estaba una manzana demasiado cerca para optar al autobús gratuito. Con cinco años, todavía era demasiado pequeña para caminar los ochocientos metros, lo cual significaba dejarla en la entrada del parvulario antes de las nueve y recogerla al terminar a las doce. Catherine ya leía y escribía. Emma les suplicó que la dejaran entrar en primero de primaria, que era hasta las tres. Pero no se podía, dijo el director, ni se lo plantearía. ¿No comprendía que perderse un año tan crítico dificultaría el desarrollo social de la niña?

A Catherine le gustaban la hora de la merienda y la siesta. Aprendió a jugar a las mamás en la cocina de juguete y sufría durante la hora de los cuentos, en la que la señorita Morton arrastraba las palabras de cada cuento infantil como si estuviera sonámbula. En casa, su padre y ella estaban leyendo poemas de *The Oxford Book of English Verse*. A veces él la ayudaba a memorizarlos. Cuando aprendió a recitar «El Tigre» de Blake de memoria, Jasper le llevó una preciosa edición infantil ilustrada de *Canciones de inocencia y de experiencia*. La Depresión había cercenado tanto la infancia de Jasper, que nunca había pensado mucho en los niños hasta después de que Catherine empezara a hablar. Le sorprendía la permeabilidad de la imaginación de una niña despierta y la facilidad con que podía moldearla. Cuando Catherine se trababa con palabras como «sinuoso» o «simetría», él las pronunciaba para ella en voz alta, con su falso y entrecortado acento británico dividiendo y aun así de algún modo haciendo más clara cada sílaba. Luego él sacaba el *Shorter Oxford English Dictionary* de la librería más alta del salón y buscaban palabras juntos. Varado en Wildemere Avenue las

noches y los fines de semana, la niña era su proyecto personal, su camarada. Catherine sabía qué significaba cada palabra del poema «El Tigre», pero no siempre sabía qué significaban las palabras juntas.

Cuando la congregación de la iglesia episcopal de Saint Andrew decidió organizar un espectáculo de variedades para recaudar fondos para la sacristía, Jasper lo vio como una oportunidad para mostrar el trabajo que había hecho con Catherine. La apuntó para recitar un poema y decidió enseñarle una de las quintillas humorísticas que Giles Osborne compartía durante los comités editoriales de Cambridge University Press. Sería su secreto, le dijo a Catherine mientras ensayaban juntos. Sería una bonita sorpresa para su madre.

La noche del espectáculo, Catherine salió al vestíbulo a oscuras de la iglesia con un vestido almidonado de niña y recitó:

Por la pequeña Leonie no lloréis:
abducida por un marqués francés,
perder el honor fue un revés,
pero pensad cuánto mejoró su francés.

Emma estaba mortificada. El público, ya achispado por el ponche condimentado que habían ofrecido antes del espectáculo, estalló en una carcajada avergonzada, la clase de risa profunda y sonrojante que surge cuando una interacción banal se sexualiza de repente. Y entonces el padre Luke y unos cuantos hombres salieron de la sacristía llevando pelucas, maquillaje y vestidos para interpretar la

canción de Doris Day «I Enjoy Being a Girl», y para el fin de la velada, todo quedó olvidado.

En 1961, Cambridge University Press publicó *The New English Bible*, la primera traducción del texto sagrado que se había hecho desde la Biblia del rey Jacobo en el siglo XVII. Ese evento trajo conceptos bíblicos al siglo XX y también cambió las vidas de Jasper y Emma a mejor. Los pedidos inundaron la oficina desde todo Estados Unidos. La nueva Biblia se convirtió en el título más vendido de Cambridge University Press. Decenas de miles de copias se imprimían cada pocos meses y el almacén compartido en Tribeca se les quedó pequeño.

Osborne y Sachmann decidieron dejar la oficina de la calle Cincuenta y siete y trasladar todas las operaciones a New Rochelle, una ciudad de clase trabajadora en Westchester County. La mano de obra era barata y estaba solo a media hora de coche de sus casas de Connecticut. Compraron un edificio industrial vacío con la idea de que Jasper montara un nuevo almacén y lo dirigiera.

Jasper no solo recibió un pequeño aumento, sus traslados diarios se redujeron de cuatro horas y media a dos horas y media. Había tantos pedidos de *The New English Bible* que el personal de la oficina no daba abasto con la contabilidad y la facturación. Jack Sachmann permitió que Jasper se llevara a casa parte de ese trabajo para que lo hiciera Emma. La mesa de la cocina se convirtió en su oficina, donde ella clasificaba los pedidos por zonas durante dos o tres horas al día por treinta centavos más del sueldo mínimo. Compraron un segundo coche de segunda mano y una televisión. En

lugar de tomar el tren, Jasper iba al trabajo por la autopista de peaje.

Sin los dos viajes diarios a la estación, los días de Emma se hicieron más largos. Catherine estaba en primero, pasaba fuera la mayor parte del día y ahora era lo bastante mayor para ir andando sola o con otros niños. Sola todo el día con Carla, Emma ahora tenía el tiempo que había anhelado…, tiempo suficiente para preguntarse si su vida hubiera sido diferente si hubiera ido a la universidad o si se hubieran mudado a Long Island. Su amiga Marnie ya había vuelto al trabajo en Massapequa, de maestra de tercero de primaria.

Las mujeres que conocía de la iglesia de Saint Andrew eran amigables, pero vivían demasiado lejos para convertirse en amigas a las que pudiera ver con frecuencia. Las otras madres de la clase de Catherine eran más jóvenes que ella y habían crecido en Milford o en los alrededores. Algunas trabajaban a tiempo completo en restaurantes y fábricas y eran tan duras que le daban miedo…, mujeres con enormes camadas de niños que trabajaban los turnos opuestos a los de sus maridos y bebían los fines de semana. Otras, como la señora Jackowski, la madre de la amiga de Catt, estaban divorciadas o nunca se habían casado. Un grupo de madres que no trabajaban de las casas nuevas cerca de la escuela se hacían peinados unas a otras y organizaban ventas de pasteles. Esas mujeres vestían a sus hijas como si fueran muñecas. Las madres de Laurel Beach no se mezclaban. Emma daba por hecho que sus vidas eran más interesantes.

Para entonces, había conocido a la mayoría de vecinos de Wildemere Avenue que vivían allí todo el año. Las cosas con Bette eran tensas desde el incidente de los médicos. Estaban los O'Brien,

Joanne y Roger, devotos católicos romanos mayores, y enfrente de ellos estaban los Shaminski. Los Shaminski tenían cinco o seis hijos y una pegatina de la John Birch Society en la puerta. Emma nunca había conocido a la señora Shaminski, solo la había visto de refilón, pero había visto al señor Shaminski fuera de la casa arreglando su camioneta. La camioneta tenía un armero en uso y él la había mirado con una mueca de desdén a lo Pat Kelley. Según Catherine, que había empezado a ir con un grupo de niños del vecindario, a Jimmy Junior, que tenía su edad, le gustaba torturar ardillas y gatos.

Emma no quería cargar con esos problemas a Jasper. Pero una noche cuando las niñas estaban en la cama y él le preguntó cómo le había ido el día ella comenzó a sollozar. «¿Por qué me siento sola y estoy tan aburrida y deprimida?». Jasper miró a su mujer, su rostro alargado distante y pensativo, mientras ella le contaba lo mal que se había sentido al dejar a Catherine en la fiesta de cumpleaños de Holly Platt. La señora Platt, Marybeth, se ofreció a coger el regalo de Catherine en cuanto cruzaron la puerta, pero Emma no sabía hasta ese momento que los niños debían llegar regalos. «Me duele el estómago y cada día es peor. ¿Qué puedo hacer?». Y luego un grupo de las amigas de Marybeth, algunas de las otras madres, estaban sentadas en la cocina hablando, fumando y riendo. Marybeth no la había invitado, así que se marchó sola y regresó dos horas más tarde para recoger a Catherine.

«Mmm…», dijo Jasper, aclarándose la garganta. «¿Por qué no llamas a Lydia Bhattula?».

Nunca se le había ocurrido. Jasper siempre sabía qué hacer.

Mucho tiempo atrás, antes de conocer a Emma, cuando todavía trabajaba en el distrito joyero, Jasper cogía el metro a West Fourth Street una vez por semana para asistir a Introducción al griego en el centro de educación continua de la Universidad de Nueva York. Lydia Bhattula, cuyo apellido por entonces era Drakos, fue una de sus compañeras de clase. Lydia, una chica guapa dos años más joven que él, se había apuntado para aprender a hablar con sus abuelos griegos. Para ella, el griego era una lengua viva. Llevaba su melena hasta la cintura en un moño impresionante y trabajaba probándose las prendas y como dependienta en los grandes almacenes Bergdorf Goodman.

Jasper y Lydia eran los únicos estudiantes de su edad en la clase. Comenzaron a salir a tomar un café después de clase, y al final a cenar y de copas. Lydia era una chica exuberante con una voz como un gorjeo muy agudo, vibrante pero tal vez un poco inocente. Se había criado en Bucks County y creía en la paz mundial. Le encantaban el folclore, el arte moderno y la danza contemporánea. Salieron unas cuantas veces más después de que acabaran las clases. Las cosas entre ellos continuaron siendo ambiguas, y entonces ella conoció a Gautam Bhattula en el trabajo. Gautam, el hijo mayor de una familia india rica, se lanzó en picado a ganársela y Jasper dio un paso atrás. No obstante, Lydia y él siguieron siendo amigos, a veces quedaban para comer. Después de que Emma y él se prometiesen, Jasper las presentó.

Las dos mujeres se hicieron amigas ocasionales. Sus primeros embarazos se llevaron tres meses, pero luego Lydia y Gautam compraron una casa en un lago al sur de Fairfield, Connecticut. Después de eso perdieron el contacto salvo por las llamadas que

finalmente se redujeron a tarjetas por Navidad. El primer hijo de Lydia era un niño al que llamó Michael. Su segunda hija, Danielle, nació más o menos en la misma época que Carla.

Jasper tenía razón. Los casi tres años que había estado luchando para hacer nuevas amistades en Milford, Lydia y su familia habían estado solo a media hora. Emma decidió llamar. Ha pasado tanto tiempo, gorjeó Lydia, y a continuación invitó a toda la familia a comer el domingo siguiente.

Danielle era una niña muy dulce, pero Emma se dio cuenta de inmediato de que Michael, de seis años, tenía algo grave. Alto y fuerte para su edad, las extremidades de Michael caían a su alrededor como si fueran de gelatina. Lydia tuvo que acomodarlo en la silla y luego él no pudo quedarse sentado quieto. No era capaz de decir palabras, pero intentaba comunicarse, con gritos guturales, a veces de alegría, aunque eran más frecuentes los de rabia. Los ojos oscuros de Michael parecían estar en llamas y tenía una frente alta y prominente. Lydia no le había contado nada de los problemas que tenía con Michael, pero también era cierto que Emma tampoco había mencionado sus preocupaciones respecto a Carla en sus escasas llamadas y notas.

Gautam se llevó a Jasper fuera para enseñarle el lago y su barco. Mientras las niñas jugaban en el cuarto de Danielle, Lydia y Emma se pusieron al día en la cocina, con un ojo en sus hijos con problemas y la comida.

A Michael le habían diagnosticado una parálisis cerebral poco después de nacer, pero Lydia no se lo creía del todo. E incluso si el

diagnóstico era cierto, se negaba a aceptar el pronóstico del médico: que su hijo pasaría el resto de su vida en una silla de ruedas, con discapacidad intelectual, que sería incapaz de trabajar o hacer amigos o tener hijos. Lydia llevaba una camisa de seda, una falda larga fruncida y docenas de pulseras indias hechas de ámbar y jade. Seguía siendo la misma idealista chiflada que Jasper había conocido en Nueva York, aunque su pasión por cambiar el mundo ahora estaba centrada en un único objetivo, salvar a su hijo. En lugar de parecer hundida por las necesidades especiales de Michael, Lydia parecía haberse crecido. Cuando Emma sacó la teoría de las madres nevera, simplemente se rio.

¿Acaso tú no sabías que había algún problema que los médicos negaban?, preguntó Lydia. A nosotros nos sucedió lo mismo. Cuando a los niños les pasa algo, las madres lo saben.

Cuando diagnosticaron la parálisis cerebral a Michael, todavía vivíamos en el Upper West Side, explicó Lydia. Sabía que allí no podría hacerle frente. Decidimos mudarnos aquí al lago porque era más tranquilo, pero solo lo tenía en casa, no tenía un plan ni un médico que me gustase.

Cuando nació Danielle intenté llevar a Michael a la guardería, pero se alteró demasiado, no funcionó. El director dijo que debía probar Fairfield Day Academy, un centro nuevo para niños con necesidades especiales. ¡Ninguno de los médicos de Nueva York había mencionado este sitio!

Gautam y yo pedimos una cita para ver al doctor Robert Gallo, el hombre que lo llevaba. Tenían toda clase de niños, de entre tres y doce años, a los que les habían diagnosticado todo tipo de cosas terribles: parálisis cerebral, síndrome de Down, epilepsia, autismo,

retraso. El doctor Bob nos dijo que nos olvidáramos de la parálisis cerebral. No importaban las etiquetas que los médicos les habían puesto a nuestros hijos: no eran más que niños enfermos, que padecían retrasos de desarrollo y necesitaban nuestra ayuda.

Nos habló de un tratamiento nuevo, la técnica Doman-Delacato, diseñada para ayudar a niños con retrasos de desarrollo. Tenían un centro en Filadelfia, y el doctor Bob se había formado allí. Según Doman-Delacato, los niños se desarrollan del mismo modo que los humanos evolucionaron a partir de las flores y los peces hace millones de años. Cada uno de nosotros recapitula la historia entera de la humanidad al crecer de bebé a niño, pasando por etapas que replican nuestra evolución: de pez a anfibio, a reptil, a mamífero y, finalmente, a humano. El doctor Bob dijo que Michael se había quedado entre pez y mamífero, pero eso no significaba que tuviera que pararse ahí. Tienen una serie de técnicas que transforman el cerebro mediante la actividad motriz y hacen avanzar a tu hijo por las diferentes etapas. El doctor Bob dice que cada niño tiene el potencial para ser un genio.

Emma no sabía qué pensar. Nunca había oído esas teorías. Le costaba pensar que Carla era igual que una tortuga o un pez. Pero a la vez, nadie había sugerido nunca un tratamiento para ella. Esos hombres creían que, en lugar de dar por perdidos a esos niños o encerrarlos en una institución, podías hacer cosas para ayudarlos a desarrollarse.

Después de que las dos familias comiesen, Emma acompañó a Lydia al sótano, que había convertido en una especie de sala de

terapia ocupacional. Observó mientras Lydia tumbaba a Michel boca abajo en una camilla de masaje. Durante los siguientes treinta minutos, parecía como si estuviera nadando. Ella rotaba sus brazos, le movía la cabeza. Hacían eso dos veces cada día. La técnica se llamaba «crear patrones», y era verdad, Michael parecía una rana esforzándose por salir del agua e ir al barro. Crear patrones, explicó Lydia, ayudaba a Michael a controlar los músculos. Los movimientos que hacían en la camilla imprimían los patrones en su sistema nervioso y su cerebro. Después, habían pasado a «hacer crol» y «arrastrarse». Cuando terminó, Lydia sentó a Michael en un puf y sacó una bolsa de objetos pequeños. Había plumas y caracolas, rocas, palos, figuritas de plástico. Ten, dijo Lydia, elige uno. El tacto era el primer sentido, explicó. El tacto, la vista y el sonido son los medios con los que percibimos el mundo. Al elegir y sujetar esos objetos, el cerebro de Michael se soltaría y sería más receptivo a las cosas que percibía cada día en lugar de cerrarse a ellas.

Observando a Lydia trabajar con Michael, Emma olvidó por completo las humillaciones menores de su vida en Wildemere Avenue. Antes de marcharse, Lydia se ofreció a pedir una cita para Carla con el doctor Bob.

Jasper estaba irascible durante el camino de vuelta. En su opinión, Lydia Bhattula había pasado de volada a loca de atar. ¡Un niño humano no era un pez! ¿Y cómo podía Emma comparar a Carla con Michael, que claramente era retrasado? Sinceramente, el lugar de Michael quizá era una institución, ¿de verdad Emma creía que eso le estaba ayudando?

Sí, dijo Emma, entiendo lo que quieres decir.

Ella llamó a Lydia al día siguiente y, un mes después, Carla estaba apuntada en Fairfield Day tres días a la semana.

3

El campus de Fairfield Day Academy no era más que una casa grande estilo rancho discretamente ubicada en un tranquilo barrio residencial. El tratamiento era nuevo y Blue Cross no lo cubría. Salvo la secretaria de la oficina, el doctor Bob era la única persona que trabajaba a jornada completa del personal. Los logopedas y fisioterapeutas entraban y salían, pero la mayoría de las madres iban de voluntarias un día a la semana. Como le gustaba decir al doctor Bob, ellas tenían menos que desaprender que los profesionales.

Emma conoció a toda clase de madres en la academia: una mujer negra y su hijo anteriormente diagnosticado de síndrome de Down del centro de Bridgeport; una blanca licenciada por el Smith College de Westport y su hija, que había sido diagnosticada de retrasada mental. Las únicas diferencias que importaban entre ellas tenían que ver con los niños y con cómo respondían a la terapia. El salón había sido reconvertido en un gimnasio de terapia ocupacional con pasamanos, pesas, esterillas, pelotas y camillas de crear patrones. Cada mañana un pequeño equipo de madres ayudaba a los niños a lo largo del circuito, que empezaba con la terapia de crear patrones y terminaba con el círculo de escucha, donde escuchaban discos de cantos de pájaros y truenos. Como decía el doctor Bob, al aprender a oír e identificar sonidos, los niños estaban desbloqueando la parte del cerebro que controlaba el habla y el lenguaje.

Emma supo al instante que el tratamiento era bueno para Carla. El doctor Bob era la primera autoridad médica que al menos creía que se podían hacer cosas que la ayudarían. El mero hecho de llevarla allí tres días a la semana, a un sitio con otros niños, parecía hacer una diferencia. La movilidad de Carla ya era buena: solo tenían que trabajar en su habilidad verbal. El doctor Bob la empujó a la música y en poco tiempo Carla estaba tocando canciones de xilófono para los niños en el círculo de escucha, e incluso componiendo. A sus casi cuatro años, Carla todavía se negaba a hablar, pero Emma estaba segura de que estaba absorbiendo todo.

El trabajo de voluntaria de Emma les sirvió para obtener una reducción parcial de la matrícula. Para cubrir el resto, ella escribía las direcciones en los sobres, a dos centavos cada uno, en una enorme máquina de escribir que Jasper llevó a casa de la oficina. Pero eso seguía sin ser suficiente. Pidieron una segunda hipoteca y les pidieron dinero de nuevo a los Faiman.

Los días que Carla estaba en Fairfield, Catherine entraba en casa con una llave que llevaba al cuello debajo de sus camisas y vestidos. A los ocho años, era sensible e independiente. Se cuidaba de no perder la llave, se cuidada de no enseñársela nunca a los otros niños o a los maestros. Emma a veces se preocupaba porque estaba dejando a Catherine crecer a su aire, pero ¿qué alternativa había? Si los tratamientos fallaban, si Carla no podía superar sus retrasos de desarrollo, al final acabaría siendo responsabilidad de Catherine.

Catherine no soportaba mirar a Carla. No le gustaba pensar mucho en su hermana porque cuando lo hacía acababa sobrepasada

por el odio. Sus padres y la gente de Fairfield lo decían una y otra vez. A Carla no le pasa nada, simplemente es diferente, pero era evidente que no era cierto. Tratas a tu hermana como si fuera un vegetal, la regañó el terapeuta de visita en Fairfield. Por entonces, ella había estado intentando ocultar el odio del mismo modo que ocultaba la llave. Porque Carla era un pequeño monstruo: berreaba, chillaba y se mecía; expulsaba el aire por la boca como si estuviera tirando un pedo y luego sacaba la lengua con una sonrisita secreta. Carla sabía exactamente cómo molestar a la gente. Los ánimos y arrullos que Lydia y el resto de madres de Fairfield hacían alrededor de su hermana pequeña ponían enferma a Catherine. La cabeza de Carla parecía demasiado grande para su cuerpo, tenía los ojos redondos como platos y las cejas gruesas y pobladas, y daba la impresión de que la mitad de su cara era frente.

Ella sabía que todos los demás niños conocían que Carla era retrasada. Su amiga Margit se lo contó como si fuera un secreto, pero era un secreto que ella ya sabía. Cada vez que Emma obligaba a Catherine a llevar a Carla con ella a la playa y pasaban delante de la casa de los Muller, todos los hijos gritaban «¡Retrasada, retrasada!». Pero Carla no reaccionaba, no podía, así que cambiaban de insulto a «Catherine Green, eh, Catherine Greenberg, ¡tu hermana es retrasada! ¿Qué hay hoy de cena en tu casa, hamburguesas retrasadas?». Catherine se ponía roja. No sabía qué pensaba de los Muller, una numerosa familia católica de Laurel Beach cuyas hijas mayores iban a la escuela privada de Laurelton Hall, pero de repente la escasa docena de metros que separaban Wildemere Avenue y Laurel Beach se convertía en un escenario y

estaba atrapada bajo los focos. Catherine deseaba teletransportarse fuera de Milford sin ningún miembro de su familia.

Con la esperanza de apaciguar el abandono y la rabia de su hija mayor, Emma dejó a Catherine quedarse el gato negro callejero que había encontrado en la casa de al lado, la de los Catalano. Jasper odiaba los gatos, no le gustaban los animales en general, pero cuando Catherine quiso llamar a su nueva mascota Blackie se interesó lo suficiente para ayudarla a ponerle nombre. ¿El nombre Blackie no era un poco demasiado corriente para ese felino extraordinario? Por no hablar de que era desconsiderado desde un punto de vista racial. Podía probar en francés, Noir, que era más elegante. Dos días más tarde, a Jasper se le ocurrió un nombre todavía mejor: Trismegisto. Hermes Trismegisto era el dios de lo oculto y de la magia, venerado por los griegos antiguos del reino ptolemaico. Jasper sacó el volumen 2 de *The Cambridge Ancient History* y le leyó en voz alta a Catherine sobre magia negra y tablas esmeraldinas. «Lo que está abajo es como lo que está arriba. Y lo que está arriba es como lo que está abajo», repitió ella. ¿Estaban haciendo encantamientos? Su madre sabía que debía dejarlos en paz cuando estaban trabajando. A veces Catherine notaba que los miraba de una manera extraña. No obstante, la cría de gato desapareció antes de que nadie pudiera aprenderse su nombre y Catherine no tardó en olvidarse de él.

Catherine sabía que su padre la estaba preparando para una vida mejor más allá de Milford. La enseñó a nadar en aguas que le cubrían por encima de la cabeza y a montar en bicicleta sin ruedines antes de que ella se diera cuenta de lo que él había hecho. Le contaba historias sobre la columnista de arte del *New York Times*

con la que había salido un breve periodo de tiempo y Catherine se imaginaba el apartamento que tendría, dos habitaciones en las calles Setenta u Ochenta Este, con un enorme y frondoso árbol delante de la ventana. Los fines de semana, cuando iban sus amigas Bonnie o Margit, Jasper les organizaba un juego de deletrear. Cada niña avanzaba un escalón de la escalera por cada palabra que deletreaba correctamente. Él se aseguraba de darles a sus amigas las palabras fáciles. Catherine, deletrea «disolución», decía él, y luego sus ojos se encontraban con los de ella con el ligerísimo rastro de una sonrisa cuando les pedía a sus amigas que deletrearan «perro» y «pelota» y «coche». «Milford» era una especie de broma privada entre ellos.

Cuando tenía cinco años, dieciocho meses después de entrar en la Fairfield Day Academy, finalmente Carla empezó a hablar. Pero no como un bebé: decía frases enteras. Emma estaba lavando los platos, mirando por la ventana de la cocina otro crudo día de finales del invierno, cuando Carla se acercó, le tiró del vestido y le dijo: «Estoy cansada de ver la tele, ¿podemos ir fuera?». Emma la miró, luego la cogió en brazos y dieron vueltas por las cocina. De ese día en adelante fue como si Carla siempre hubiera tenido el don del habla, como cualquier otro niño, pero por las razones que fuera, hubiera decidido abstenerse de hablar. Al principio no podía formar del todo las palabras. Su discurso irrumpía como un torrente de frustración, era demasiado poderoso para que lo contuvieran los bloques de construcción del lenguaje. Aullaba y gorjeaba. Jasper pensaba que podía superar los defectos de habla si le ponían piedras en la boca y les hablaba a las olas de la ensenada de Long Island,

como el filósofo Demóstenes, pero el doctor Bob les recomendó un logopeda en Bridgeport. Si las cosas iban bien, Carla podría empezar primero de primaria el próximo otoño en Milford.

Ese año, para el día de San Valentín, Emma hizo una tarta amarilla con forma de corazón, con una cobertura de claras de huevo glaseadas que tiñó de color rosa pálido, y luego la decoró con un corazón hecho con caramelos Red Hot. ¿Por qué seguía tan deprimida? Tenía motivos para ser feliz: una casa, un marido cariñoso, dos hijas normales que estaban creciendo. Echaba de menos los primeros años de su matrimonio en el Bronx, la manera en que Jasper se sentaba a su lado en la cama y le leía cuentos cuando ella estaba indispuesta durante sus embarazos. Salvo la iglesia, apenas hacían nada juntos. Jasper tenía muchas responsabilidades en Cambridge University Press, y hacía poco había cogido un trabajo los sábados en una joyería del centro de una ciudad más allá para devolver el préstamo a los Faiman. Se negaba a trabajar en el nuevo centro comercial de Milford al que iba todo el mundo. ¿Y si le veía alguien de la iglesia?

La tarta parecía casi de foto de revista y Emma estaba satisfecha. Había ganado tanto peso los últimos años. Tenía que aprender a ser más sociable y extrovertida.

Cuando ya era una adulta joven, a Catherine le costaba recordar su infancia en Milford. Seguramente estaban los viajes en coche los domingos —su padre al volante, su madre esforzándose en convertir el trayecto sin propósito en una salida—, y hubo pícnics, excursiones, el centro comercial. Dunkin’ Donuts, el camión de

helados Mister Softee, viajes a Bridgeport con su hermana y su madre, a un zoo destartalado o a un museo. Los juegos que todo el mundo jugaba una primavera, o tal vez muchas primeras, en el enorme jardín de tierra de los Tierman. «Se está haciendo tarde». Los juegos se prolongaban hasta que anochecía y todo el mundo se marchaba a casa a cenar.

Catherine volvía a casa de la escuela caminando sola desde el comienzo de primero. Le gustaba cruzar los bosques pantanosos que empezaban cerca de la escuela y rodeaban todo el camino hasta Milford Point, por detrás de las casas. Un desvío desde la senda principal la llevaba prácticamente a casa, a un terreno baldío cerca de la casa de los Shaminski. Caminando de vuelta un día de invierno en segundo de primaria, vio un grupo de niños más adelante, corrían por el bosque con palos y ramas. Sintió una punzada de pánico. A medida que se acercaba formaron una cadena humana y bloquearon el camino. Jimmy Shaminski la miró y se rio. Ahora tienes que pagar un peaje, dijo él. Entrelazaron los brazos y no la dejaban pasar. ¿Un peaje? Estaba confundida, no entendía qué querían. Jimmy era el líder, pero lo que más le asustaba era ver a todos esos niños, niños que pensaba que conocía, convertidos en abusones, enloquecidos por el poder.

Hasta ese momento Catherine había logrado pasar por debajo del radar de la escuela elemental de Kay Avenue. No era popular como Pam Miller o Janice Romano, pero tampoco una marginada como Deirdre «Grimosa» Grimes o Patty Gordi. Catherine pensó: si volvía corriendo a la escuela la perseguirían, pero si pagaba le harían pagar el peaje siempre. Pero además era imposible que pagara porque se había gastado el dinero en la cafetería.

Al final les ofreció sus mitones. No eran nada del otro mundo, de color azul marino de Goodwill o Kresge. Jimmy los sujetó cerca de la cara de Catherine y escupió encima. Luego se los lanzó a Wesley Hall, que estaba al final de la cadena de niños, y este los tiró entre las eneas del pantano. Y después salieron corriendo y ella no podía parar de llorar. Tras aquello dejó de caminar por el bosque, no se lo contó a nadie.

Tercero de primaria fue un alivio temporal, un oasis de felicidad, gracias a la llegada de Susanne McCoy, la hija única de un profesor de literatura de Bloomington, Indiana. El doctor McCoy estaba de sabático, investigando para su próximo libro en Yale, y habían alquilado una antigua casa de verano cerca de la playa en Naugatuck Avenue. ¡Catherine al fin tenía alguien con quien hablar! Susanne parecía dulce y obediente con su pelo rubio casi hasta la cintura, pero en realidad era una marimacho diabólica a la búsqueda de nuevas aventuras. Las niñas hablaban sin parar en las habitaciones de ambas, escribían obras de teatro y las interpretaban juntas, jugaban a que eran espías rusas.

«¡Boris!», decía Susanne, tendiéndole los brazos, y Catherine se desmayaba en ellos y suspiraba, «¡Natasha!». Se hicieron amigas de un solitario locutor de anuncios de radio de una emisora que estaba cerca de la escuela y que las dejaba sentarse en la cabina durante sus retransmisiones. Incluso las dejó hacer una de sus obras en su programa.

En junio los McCoy regresaron a Bloomington y Catherine se pasó el verano triste. Emma intentó animarla apuntándola a una clase llamada Stretch ‘n Sew en la que las niñas aprendían a hacer

vestidos con telas sintéticas, pero ella se negó a ir. No se le ocurría nada más hortera o ridículo.

Al comenzar cuarto en septiembre, a Catherine le sorprendió la cantidad de amistades que se habían formado y las que habían cambiado. Cegada por el romance con Susanne, básicamente había ignorado a sus amigas Bonnie y Margit y habían sido reclutadas en el grupo de amigas de Pam Miller. Todo el mundo sabía que Pam odiaba a Catherine. Mientras tanto, otras niñas de Wildemere Beach —niñas de grandes familias trabajadoras cuyos padres salían de fiesta juntos los fines de semana— habían formado una cerrada camarilla en la que Catherine no encajaría jamás. En una ocasión, Catherine le pasó una nota a Bonnie preguntándole «¿Por qué me odia Pam?». En lugar de responder, Bonnie se la dio a Pam, que se la pasó a todo el mundo que era alguien.

La familia de Pam vivía en Laurel Beach. Su padre era arquitecto. Segura de sí misma y fría, llevaba el pelo rubio a lo paje y ropa de diseñador de lo más conservadora. Margit y Bonnie entraron más en la órbita de Pam y decidieron dejar de hablar a Catherine, lo cual convirtió el comedor en un nuevo motivo de preocupación. Todo el mundo lo sabía: los niños de Wildemere Beach temían despertar la ira de Pam, y de todos modos tampoco tenían mucho que decirle a Catherine, así que también la excluyeron. Eso la dejaba solo con la mesa de los descastados, gente como Juanita y Debbie, Tiny y Dale, cuyas familias eran pobres de verdad y a menudo estaban ausentes. Esos niños suspendían todas las asignaturas. Pero Catherine seguía sacando sobresalientes y todavía no eran sus amigos. Quedaban los

marginados —Lee «Narigón» Nadel, Grimosa Grimes y Patty Gordi—, que se sentaban juntos por defecto, pero Catherine no se animaba a unirse a ellos.

En su lugar, se marchaba. Cada día a la hora de la comida, se escabullía por la entrada del parvulario e iba a Bill's Diner, a cuatrocientos metros de la escuela, justo después del cruce principal de Naugatuck. Con el dinero del almuerzo pagaba una hamburguesa y una Coca-Cola y se sentaba a leer el periódico matinal al lado de los viajantes comerciales y los camioneros. Nadie sabía quién era. Le gustaba pensar que podía pasar por una adulta. En momentos como ese se relajaba, ya no se sentía sola.

Matricularon a Carla sin incidentes en primero de primaria y Emma esperaba que fuera capaz de sacarlo adelante. No había dicho nada del pasado de Carla. Odiaba mentir, pero sabía que la pondrían directamente en educación especial si les hablaba de Fairfield Day Academy o de su primer diagnóstico. Había descubierto lo prejuicioso que era todo el mundillo médico en lo tocante a la divergencia neurológica. Carla no es más que un niña de desarrollo tardío, decía Emma con ligereza.

Y durante un tiempo, Carla cumplió todos los deseos de Emma. Se sentaba al fondo de la clase y se quedaba callada. Imitaba cuidadosamente lo que hacían los demás niños, sabiendo que la estaban poniendo a prueba. Incluso hizo dos o tres amigos. Carla contenía la frustración y la rabia cuando estaba en la escuela. Pero luego explotaba en el resto de sitios. En el supermercado con Emma, corría por los pasillos metiendo cajas y latas en el carrito, dando

puñetazos en los estantes cuando Emma intentaba volver a colocar las cosas. En casa, les arrancaba la cabeza a las muñecas y las tiraba rodando como si fueran pelotas. Tu hermana está jugando a su juego jacobino, le decía Jasper irónico a Catherine. Pero lo que más le preocupaba a Emma era cómo Carla escuchaba las conversaciones entre ellos o en la televisión y repetía ciertas frases y palabras una y otra vez como si estuviera borracha, induciéndose con sus cánticos el estado extático de un cristiano renacido. ¿Era una enfermedad mental? ¿O solo trataba de burlarse de ellos?

Una noche de esa primavera, la familia salió a cenar, un lujo inusual. Era sábado por la noche y el comedor de atrás de Pasquale estaba lleno. Emma se permitió pedir un old-fashioned, su cóctel favorito. La conversación derivó hacia las historias de miedo, luego a Edgar Allan Poe. Recientemente, Jasper había llevado a casa el volumen de las obras de Edgar Allan Poe ilustrado por Gustave Doré. Emma había leído a Poe en el instituto y la había impresionado. Recordaba «El corazón delator» como una de las lecturas que más miedo le habían dado. El latido del corazón del hombre asesinado bajo las tablas de la tarima: Poe estaba enviando un mensaje, «nuestras acciones nos persiguen y la culpa es eterna». Un cuento no es un mensaje, pensó Catherine para sí misma, mirando de reojo y frunciendo los labios, es una escapada a un universo paralelo. Odiaba el modo en que su madre repetía frases populares de los sermones del padre Luke, la televisión y *Newsweek*. Era de una cultura tan mediocre. Tú tienes el potencial, le había dicho su padre una vez, para ser una pensadora original. Atesoraba esa observación. ¿Y qué hay de «La máscara de la muerte roja»?, preguntó Jasper cambiando de tema. Catherine lo había leído hacía

poco. «Muerte roja, muerterroja», repitió Carla excitada. Jasper, ¿por qué no le cuentas a Carla la historia?, preguntó Emma forzando una sonrisa.

Sin darse cuenta, Jasper se embarcó en la historia de un príncipe que había reunido a un millar de amigos en un suntuoso castillo para evitar la peste. ¿Qué es la peste?, preguntó Carla. «La muerte roja» era el nombre que Poe daba a la peste bubónica, que se propagó en Inglaterra procedente de Francia en la Edad Media, explicó Jasper, mirando a Catherine. La peste era una enfermedad terrible y mortal, elaboró Emma. «¡Niño enfermo!», se rio Carla mirando a Jasper. Pero cuando todos pensaban que estaban a salvo, continuó Jasper, el príncipe organizó un baile de máscaras y a medianoche, la propia peste roja, que se había disfrazado de misteriosa invitada, se quitó la máscara y el contagio y la muerte asolaron el castillo.

¿Dirías que Poe escribió una parábola o una alegoría?, preguntó Jasper en su voz más de profesor. «Niño enfermo», se mofó Carla. Justo cuando Catherine se estaba preparando para argumentar que era una alegoría, Carla golpeó con los puños en la mesa y empezó un nuevo cántico; «¡Papi es un niño enfermo!». Chis, dijo Emma, pero cuando Carla vio las caras en shock de su familia, se rio. «Papi es un niño enfermo, papi es un niño enfermo», cantó una y otra vez hasta que estaba berreando. Para entonces todo el mundo del restaurante les estaba mirando. Emma se llevó a Carla al coche mientras Jasper y Catherine se acababan los platos de pasta.

Una de las pocas escenas que Catherine recordaría de su infancia en Milford era la tarde del abrigo. Debía de tener diez u once años. Su

madre la dejó a cargo de Carla mientras ella iba al centro comercial. Emma necesitaba un abrigo de invierno nuevo y era el final de la temporada, el mejor momento para encontrar una ganga. Volvió cuando ya había oscurecido con una bolsa enorme de plástico. He encontrado un abrigo nuevo, ¿me lo pruebo? Catherine y Carla se sentaron en el suelo del salón y Emma sacó el abrigo de la bolsa: una prenda de invierno hasta la rodilla de canalé de poliéster color beige-mostaza con el cuello babero, estaba rebajado muchas veces, la clase de abrigo que parece viejo cuando todavía está en la percha. Emma se puso el abrigo, dio vueltas. Catherine y Carla se miraron y negaron. Por primera vez se entendían a la perfección.

Más o menos en esa época, Emma encontró un trabajo vendiendo enciclopedias *World Book*. Había visto un anuncio en el *Milford Post*: «¡Llamando a todas las amas de casa! ¡Gane dinero extra mientras mejora la educación americana!». Fue a una reunión informativa en Bridgeport y se inscribió para una entrevista. Los veinte volúmenes de *World Book* estaban diseñados para cubrir las necesidades de aprendizaje de los estudiantes desde primero de primaria hasta el instituto. Comprar la enciclopedia completa era la inversión más importante que un progenitor podía hacer por la educación de su hijo. Tener *World Book* en tu hogar era como poseer una biblioteca personal, pero mejor, porque cada entrada estaba orientada al currículo oficial. Era el primer paso hacia la universidad. Los poseedores de *World Book* obtenían calificaciones un veinte por ciento más altas en los exámenes de acceso a la universidad que otros niños menos privilegiados y se convertían en estudiantes para toda la vida.

World Book era algo en lo que Emma pensaba que podía creer. Y al igual que la gente de la Fairfield Academy, respetaban a las madres. ¿Quién podía estar más cualificado para hacer de embajador educacional? Podías venderles las enciclopedias a tus vecinos y amigos.

Desde la apertura del almacén de Cambridge University Press en New Rochelle, el salario de Jasper permanecía congelado. Las niñas se peleaban todo el tiempo y a él le daba miedo pedir un aumento. La casa era tan pequeña. Quizá si Catherine tuviera su propia habitación estaría menos resentida. Uno de los feligreses de la iglesia de Saint Andrew les enseñó cómo podían construir una habitación sobre el porche acristalado. Una enciclopedia completa de *World Book* se vendía por trescientos cincuenta dólares y la comisión era el 40 por ciento. Aunque los compradores decidieran pagar en cuotas, las madres-embajadoras recibirían la comisión por adelantado en cuanto se firmaran los contratos.

World Book le dio a Emma la enciclopedia completa a cuenta de su primera venta. Ningún miembro de la familia la leyó jamás. Siguiendo las instrucciones del director, ella hizo llamadas no solicitadas a todos los miembros de la asociación de padres y madres de la escuela Kay Avenue. La mayoría de las tardes, antes de la cena, Emma ocupaba su puesto al fondo de la cocina en un taburete al lado del teléfono. Mientras se enrollaba el largo cable color beige en las muñecas y caminaba de un lado a otro por el suelo de linóleo, ponía su mejor voz de señora de iglesia, alegre y animada. «Hola, ¿señora Miller? Soy Emma Greene, la madre de Catherine. ¿Cómo está? Sí, está en el mismo curso que su hija Pam. Mmm, no quiero robarle mucho tiempo…».

Catherine murió. Su madre sonaba igual que Amanda intentando engatusar al caballero que visitaba a Laura en *El zoo de cristal*, una obra que estaban leyendo en la escuela. Después de que las llamadas fracasaran a la hora de propiciar reuniones, Emma empezó a llevar su enciclopedia de muestra por las calles de Laurel Beach en un viejo carrito de la compra que había guardado de cuando vivían en el Bronx, lo cual era más rápido, pensaba, que descargar los veinte volúmenes del coche. Visitó al doctor Malone y su mujer, extraños cuya casa preciosa al otro lado de la valla había admirado desde su llegada. Visitó a los Muller, los Patterson, los Booth. Cuando ninguna de esas tácticas funcionó, contactó a gente de la iglesia y vendió unas cuantas enciclopedias, pero después no le quedaba a quién llamar. Jasper le sugirió que finiquitara su carrera en *World Book*. Sin contar el día que Carla dijo sus primeras palabras, Emma nunca se había sentido tan aliviada.

No obstante, ya había firmado el contrato para construir la ampliación esa primavera. Sería mucho más inteligente, pensó Emma, encontrar un trabajo de verdad con un sueldo de verdad. Nunca había trabajado de camarera, pero el restaurante Savarin en el área de descanso de camioneros de West Haven le dio cuatro turnos a la semana sin hacer preguntas. Solo tenía que comprarse el uniforme: un delantal blanco, un vestido rosa con cinturón, un par de zapatos blancos de camarera.

Cuando Catherine tenía diez años, el conflicto con Pam Miller escaló a un estado de guerra pura y dura. ¿Pam se estaba rebajando? Pam, Margit y Bonnie se unieron con Melissa, Brandy y las otras chicas de

Wildemere Beach y se aliaron con Jimmy Shaminski y su banda. Quedaban todos en la playa de Ocean Avenue después de clase, incluso cuando hacía frío. Se veían como una nueva familia de huérfanos y pasaban horas dibujando genealogías en la arena. La familia, como todos los juegos de niños, era un modo de manifestar miedos y conflictos irreconciliables con la esperanza de que se resolvieran. Pam siempre era la madre, pero el resto de roles cambiaba de un día para otro, de hermana o tío a primo segundo, dependiendo de la posición de cada uno en el grupo.

Margit y Bonnie ya no le dirigían la palabra a Catherine. Los Greene habían comprado un perro recientemente, un spaniel negro al que llamaron Sundae. Siempre que Catherine paseaba a Sundae por la playa, el clan de Pam se cerraba aún más. ¿Debería pasar sin más al lado del grupo? ¿Pararse, decir hola? A veces Jimmy o uno de su banda gritaba «Ahí viene Catherine la fea» y todos estallaban en carcajadas.

A medida que las semanas pasaban, Pam comenzó a alejarse de la familia huérfana, jugaba al tenis o iba de compras con un puñado de chicas de Laurelton Hall. Incluso habló de mudarse. Margit y Bonnie se quedaron atrapadas con los chavales de Wildemere y pensaron en formas de captar a Pam. Eran mediados de los sesenta. Las manifestaciones contra la segregación en el transporte escolar, contra la discriminación y la guerra de Vietnam aparecían en las noticias de la televisión cada noche. ¿Y si organizaban una gran protesta contra Catherine Greene? Pam todavía la odiaba, así que eso podría traerla de vuelta.

Todo el grupo se volcó en hacer pancartas y carteles —«Catherine Greene apesta»; «Catherine Greene tiene piojos y liendres»;

«Arderás, nena, arderás»; «¡Fuera Greene ya!»— y después una tarde se reunieron en la puerta de su casa, coreando cánticos y agitando los carteles.

Catherine contempló la manifestación por la ventana de la cocina, de pie detrás de Emma y haciendo cuanto podía para que no la vieran. No les hagas caso, dijo Emma, y se irán. Sube a tu habitación y pon la radio a todo volumen.

Emma se quedó mirando por la ventana un rato más. Aquello no se parecía a nada que ella hubiera visto en el Bronx. En su escuela, no todos los niños se caían bien, pero eran civilizados. No se podía creer que los niños de Milford fueran así de depravados.

Sola en su habitación, Catherine descubrió que se podía colocar inhalando el material de oficina que su padre traía de Cambridge University Press: botes de típex Liquid Paper, tubos de pegamento extrafuerte. Nadie sabía que hacía eso.

Empezó a hablar de suicidio en general. ¿Cuánto tenías que nadar en la ensenada para ahogarte? ¿Te matarías si saltabas desde el tejado? Alarmada, Emma contactó con una psicóloga infantil que tenía consulta cerca de Yale. Los martes después de clase Emma llevaba a Catherine a ver a la doctora Caroline Sterne. A Catherine le encantaba el trayecto a New Haven, le encantaba caminar por Yale hacia la consulta de la psicóloga. A Catherine le encantaban el corte de pelo de la doctora Sterne y la joyería de plexiglás. No estaba segura de qué sentía respecto a la propia doctora. La doctora Sterne hacía toda clase de preguntas sobre la familia Greene y tomaba notas constantemente.

«Querida Natasha —escribió Catherine a Susanne. Seguían carteándose entre Milford y Bloomington aunque habían pasado dos años—. Estoy loca (al menos mi madre piensa que lo estoy, ija, ja, ja!), estoy yendo a una loquera. La estúpida de mi madre me obligó porque le conté que quería saltar por el balcón y matarme. Ya sabes lo literal que es. Naturalmente, yo nunca haría eso».

La carta tenía el sello puesto y estaba lista para enviar cuando Emma la encontró en el escritorio de Catherine. No se lo pensó dos veces y la abrió. Ya apenas conocía a Catherine, se había vuelto tan sarcástica, distante e introvertida. Blue Cross no cubría la terapia. Cada sesión costaba más de lo que Emma ganaba en un turno de Savarin y todo ese tiempo Catherine había estado jugando con ellos, que era lo que debería haber sospechado desde el principio.

Después de eso, terminaron los viajes a New Haven.

En sexto Pam se cambió a Laurelton y la familia huérfana se desintegró. Tras años de ser elegida la última para cualquier equipo, Catherine descubrió el fútbol y se le empezaron a dar bien los deportes. Seguía sin hablar con Margit y Bonnie. Empezó a pasar tiempo con los «descastados» —Juanita y Debbie, Tiny y Dale—, cuyos padres no estaban nunca. Pasaban tiempo juntos en sus casas vacías. Nadie hacía los deberes. A menudo, bebían. A veces, iban caminando a los apartamentos baratos de una habitación en Walnut Beach para visitar a la hermana mayor de alguno que acababa de tener un bebé y había dejado los estudios. Todos fumaban. Catherine escogió Parliament, el cigarrillo de la mujer inteligente según los anuncios. Le gustaba la caja azul y blanca. Durante un

breve periodo, fue novia de Dale Caruso. Emma la dejaba en paz. Y luego Bonnie se peleó con Margit y ella y Catherine volvieron a ser mejores amigas.

Jasper llevaba a casa ejemplares de *The Village Voice*, *Ramparts* y *The New York Review of Books* para que Catherine las leyera. Hablaban sobre Lenny Bruce y Norman Mailer, Susan Sontag, Malcolm X, César Chávez y los braceros. Los apartamentos de Walnut Beach apestaban a pañales sucios y basura. Catherine no quería acabar allí. Eso es lo que pasa, le advertía Emma, si dejas que un chico se aproveche de ti: acabarás embarazada, y entonces ¿dónde estarás? Serías una idiota si creyeras que no te puede pasar a ti.

En séptimo los dividieron en dos líneas por primera vez. Salvo Bonnie, todos los nuevos amigos de Catherine estaban en séptimo B. Séptimo A leía Shakespeare y preparaba debates mientras que séptimo B aprendía cómo planificar comidas equilibradas y rellenar un talón. Todo el mundo sabía que las vidas de los niños de séptimo B habían sido descartadas, pero nadie lo discutía. Catherine sentía que estaba mal y era injusto. Algunas noches cuando hacía buen tiempo podía sintonizar la emisora underground de Manhattan WBAI. Si ponía en ángulo su radiodespertador rosa bajo las sábanas escuchaba a Bob Fass y Alison Steele como si le estuvieran hablando a ella. Absorbía cada palabra. Sabía que tenía que salir de Milford, pero no sabía cómo.

Para el decimotercer cumpleaños de Catherine, Emma cocinó un pollo e hizo una tarta casera con cobertura de chocolate. Después de cenar, le cantaron cumpleaños feliz. Después de que soplara las velas, Emma le dio a Catherine una tarjeta de regalo de la tienda de

discos Floyd's y Jasper sacó dos regalos envueltos del maletín. El primero y más pequeño era un cenicero de teselas naranjas y marrones. Tenía permiso para fumar en su habitación. No tendría que salir a escondidas cuando hacía frío para sentarse en el muro delantero de los Catalano. El segundo regalo era una bonita caja blanca plana de lencería de Bergdorf Goodman atada con un lazo morado. A Catherine le encantó la caja: era un artefacto de Nueva York, la llave al glamuroso mundo de Manhattan, donde no se burlarían de ella, donde no se sentiría un bicho raro. Ese mundo era exactamente lo que su padre le había prometido en secreto a través de todas sus lecturas desde que tenía tres años. Lo abrió con impaciencia. Pero cuando vio la combinación de encaje color malva con fruncidos y pinzas en el pecho se quedó confundida y avergonzada. ¿Eso era para ella? Le había venido la regla por primera vez hacía unos meses, pero no tenía unos pechos dignos de mención, y aunque los tuviera, nunca se pondría eso. Vio como su madre apretaba la mandíbula. No lo sacó, simplemente lo volvió a doblar en la caja y la escondió en un cajón.

Unas semanas más tarde, dando vueltas en bici antes de cenar, se encontró sin pensarlo delante del ala de séptimo y octavo de la escuela elemental de Kay Avenue. No había nadie. Los profesores y el personal se habían marchado al acabar su jornada y el conserje del turno de noche no había llegado. Dejó la bici en la acera. Las puertas del ala de secundaria estaban abiertas y entró sin más. Merodeando por el enorme escritorio del señor Sobanik en su aula, vio la pulcra cartulina con los planos de la distribución de sitios de su curso. Había uno para cada clase —séptimo A y séptimo B—, con el nombre de cada persona escrito en una cartulina blanca y colocado

en un hueco. Cogió los planos y los sacudió hasta que todos los nombres se mezclaron en el suelo. Luego arrancó los pósteres sobre la constitución y la bandera de nuestro país. Fuera, los patios seguían vacíos y su bici todavía estaba allí. Sin pensarlo, salió a las pistas donde siempre la elegían la última para los partidos y comenzó a coger piedras. Parada delante de las ventanas de su aula, tiró las piedras a la hilera de ventanas nuevas hasta que se resquebrajaron y rompieron.

El director convocó una reunión especial al día siguiente para hablar del abominable acto delictivo y vandálico. Ya habían llamado a la policía. Que no se confundieran, quien quiera que se hubiera atrevido a hacer eso sería atrapado y castigado con severidad. Pasaron los días y no sucedió nada. Aunque tampoco Catherine se enteraba mucho de qué pasaba en la escuela. Salvo cuando iba a su aula a las ocho para decir «presente» tras su nombre, dejó de asistir.

4

No le gustaba llamarse Catherine así que se cambió el nombre a Catt. Las chicas de Milford se cambian el nombre y la firma de una semana para otra, pero el nuevo nombre de Catherine se quedó porque fue insistente.

Durante las primeras semanas de su absentismo escolar, Catt merodeaba por un claro del bosque por el que solía atajar para ir al Bill's Diner y que se había convertido en el centro de reunión de la gente que estaba en un curso más que ella cuando faltaban a clase. La mayoría eran chicos. «Aquí viene el trozo de mierda», la saludaban. «Mira, ahí viene Catherine la fea». Intensamente avergonzaba se quedaba donde estaba y rebuscaba en los bolsillo un Parliament y luego, haciendo un esfuerzo para encontrar su voz, preguntaba si alguien tenía una cerilla. «Sí, mi culo en tu cara», le vacilaba su antiguo vecino Jimmy Shaminski. Eran los mismos chicos que le tiraban piedras a la espléndida Sam Sherman cuando paseaba por la playa con su caftán hecho en casa, que no era más que una sábana con un cinturón. Sam llevaba una lata de sopa Campbell colgada del cuello y probablemente Catt era la única de la escuela que sabía que era un guiño a Andy Warhol. Sam (que se había cambiado el nombre de Candy) era una persona de la que Catt deseaba ser amiga, pero Sam iba a un curso por encima, era distante y aislada, así que no sucedió nunca.

Leyendo *El libro tibetano de los muertos* en la incomprensible traducción que llevaban los hippies de Yale en New Haven, se dio cuenta de que estaba viviendo, en ese momento, en el bardo: su vida de verdad no comenzaría hasta que fuera lo bastante mayor para irse de casa de sus padres y de Milford.

Así que se dispuso a esperar. Quitó el estúpido altar con luces de navidad y papel Mylar que le había montado a los Beatles en su escritorio y lo sustituyó por un póster con un paisaje de China que compró en la tienda de Yale. Si su familia viviera en Darien u Old Greenwich como los Newbridge o los Osborne, las cosas hubieran sido diferentes. Había ido a una escuela de verdad donde habría gente como ella.

No podía hacer nada respecto a la cómoda vulgar y para niñas que le compraron sus padres cuando se trasladó a la habitación nueva. Eludiendo el cenicero de cerámica que le habían regalado por su cumpleaños, dejaba que los cigarrillos se consumieran hasta que la superficie blanca de estilo provenzal francés fake se llenó de quemaduras amarillas. Su madre sabía que la odiaba. La habitación se convirtió en su prisión. Emma ya ni siquiera se molestaba en gritar a su hija mayor. No reconocía a esa criatura extraña que flirteaba abiertamente con su marido. Catherine no sentía más que desprecio por todo y todas las personas que le importaban a Emma. De hecho, Emma le tenía miedo. Su hija era una poderosa influencia corruptora y Emma temía aun más por Jasper.

Siguiendo las instrucciones de una revista, Catt hizo un minitelar con un lápiz y empezó a tejer un cinturón con un patrón chrevron. Mirando por la ventana el paisaje estacional del estrecho de Long

Island, se imaginaba que era Penélope, pero en lugar de esperar a Odiseo, ella esperaba el futuro.

Para entonces había superado los colocones que le daban el pegamento y el típex líquido. ¿Qué sentido tenía? Una inhalación rápida y dos minutos después ya se había pasado. Sabía que había drogas mejores, y sabía que podía encontrarlas. Las drogas no eran el objetivo exactamente. Ni siquiera ansiaba el subidón, le gustaba más tener la mente clara. Las drogas eran un experimento de estados de conciencia alterados, la gente las tomaba para que estar sentado en un salón sin hacer nada pareciera excitante. No obstante, se imaginaba chutándose heroína y viviendo bajo un árbol cerca de Harvard en Cambridge Common. Se olvidaba de que le aterrorizaban las agujas.

A los trece, era demasiado joven para marcharse, pero no lo era para empezar a prepararse. Tenía que hacer amigos fuera de Milford, debía aprender mucho más sobre vivir en el mundo. Y por supuesto necesitaba dinero.

Catt rellenó formularios con su nuevo nombre y solicitó una tarjeta de la seguridad social. En cuanto la recibió, mintió sobre su edad y consiguió un trabajo de camarera en la heladería Friendly's. Su padre fue sorprendentemente partidario de esta iniciativa. Al darse cuenta de que un trabajo a tiempo parcial la alejaría de una forma segura de casa y minimizaría el cruento conflicto que él sin percatarse había desencadenado entre Catherine y su madre, Jasper la llevó en coche e incluso la preparó. «Muéstrate segura y dile al gerente que tienes experiencia». El LP de Jimi Hendrix con ese nombre, *Are You Experienced*, acababa de salir esa primavera y sonaba en todas partes. Cuando Catherine se presentó —«Hola, me

llamo Catt, tengo dieciséis años y tengo experiencia»—, el gerente estalló en carcajadas y repitió lo que ella acababa de decir para que lo oyeran todos, pero la contrató de todas maneras. Durante unas cuantas tarde fue una chica Friendly's, pero se le cayó la bandeja demasiadas veces al salir de la cocina, la despidieron.

El trabajo, entendía ella, era libertad, y habría otros trabajos. Hamburguesas Arby's, KFC. En su cabeza cantaba la canción de Brech-Weill «Pirate Jenny» mientras freía patatas y limpiaba encimeras:

Vosotros, caballeros, podéis mirar mientras friego suelos
y estoy fregando suelos mientras vosotros miráis boquiabiertos
y quizá una vez me disteis propina
y eso os hizo hincharos como pavos
en este hotel viejo y roñoso en este litoral roñoso
pero nunca sabréis con quién estabais hablando.

Y peinaba los anuncios clasificados de los periódicos en busca de oportunidades mejores.

Catt usó el dinero que ganó en Friendly's para comprar un bolso de batik de la tienda hippie que acababa de abrir cerca del instituto. El bolso era lo bastante grande para meter todos los libros y todos los folletos que cogía, el bolso fue el primer símbolo de su independencia. Pero se dio cuenta de que el pulgar era su vehículo. En el resto del mundo se estaba jugando a otra cosa. Ella anhelaba participar, y en el nivel más alto, y nada podía impedir que lo hiciera de inmediato. Por el momento, hacer autostop la ayudaba a olvidarse del futuro.

Al principio empezó a hacer autostop para ahorrarse el billete de autobús a sus trabajos. Pero luego se dio cuenta de que el pulgar podía llevarla a cualquier parte, así que su radio se expandió hasta la tienda de discos Cutler's y la tienda de Yale en New Haven, conciertos y manifestaciones en el parque de New Haven, el deli judío y las casas de empeño de State Street en el centro de Bridgeport.

Hacer autostop era divertido, interesante y fácil, y fue cómo aprendió a hablar con la gente. En realidad no le hacía falta un destino. A veces quienes la recogían iban a otros sitios, así que ella también iba y el sitio nuevo resultaba ser aún mejor que el destino que había planeado. Se enamoró del azar. Aunque no siempre era cierto. Algunos de los conductores que la recogían la llevaron al borde del peligro, aunque nunca más del que ella podía manejar.

Un día que estaba haciendo autostop para ir a un mitin de las Panteras Negras en New Haven la recogió un Chrysler último modelo en Walnut Beach. El conductor era un hombre blanco arreglado y musculoso de cuarenta y pocos años de ojos grises y un rostro terso y sin arrugas. Sabía que había algo raro incluso antes de que girara en el aparcamiento desierto de la playa estatal. Durante un momento se quedaron sentados mirando las olas. Abre la guantera, le dijo él.

El coche todavía estaba encendido, en punto muerto. El cuerpo de Catt se paralizó cuando intentó prever qué pasaría. Ábrela ya, dijo él sonriendo. Tengo una cosa que quiero enseñarte. Su voz era suave pero firme, contenida pero aun así insinuante. Hasta ese momento ella había estado parloteando sobre el asesinato por parte de la

policía del pantera negra Bobby Hutton, pero en ese instante tuvo el sentido común de parar. El aire entre ellos se había vuelto pesado.

Tienes que hacer exactamente lo que te diga.

Alargó la mano y presionó el botón y la puerta de la guantera se abrió. La pistola estaba en una caja abierta.

Okey. Ahora, ¿quieres tocarla?

Al coger la pistola, las descargas eléctricas recorrieron el brazo de Catt, pero tuvo la sensación de que si permanecía tranquila y dejaba que la guiara con su voz, no la mataría.

Pasando los dedos de la punta plateada de la pistola a la empuñadura, Catt encontró una voz que desconocía hasta entonces. Nunca había visto una pistola. La acarició con suavidad. Es tan grande, suave y brillante. Abrió más la boca. Y da una sensación, no sé, ¿de poder de verdad? El conductor sonrió y gruñó bajo. Catt lo miró con una sonrisa tímida. ¿Te parece bien si la vuelvo a guardar?

Adelante, dijo él. Sal. El coche arrancó y se fue.

Agitada, temblando, caminó hasta la playa y contó hasta cien. Miró. El coche había desaparecido. El siguiente viaje fue un tiro directo al mitin.

Una semana o dos después, uno de los conductores que recogió a Catt para ir a Bridgeport la dejó delante de Bard Diner, cerca de la salida de la autopista de Stratford. El Bard era un sitio que abría las veinticuatro horas siete días a la semana, era un tráiler convertido con reservados grandes y cromados y un bar de Harley aparcadas fuera. Decidió parar a tomar un café. El Bard era más grande y estaba más concurrido que el Bill’s Diner. Allí nadie le iba a preguntar si no debería estar en clase. Ahí se sintió segura de inmediato.

También —al inspeccionar la clientela— sintió que había posibilidades.

El Bard hacía las veces de club satélite para los Bridgeport Huns, un puñado de hombres adultos que llevaban pieles de mapache sobre sus melenas grasientas y chaquetas vaqueras sin mangas con sus insignias. Vinculados a diversas organizaciones criminales, eran víctimas y perpetradores de numerosos tiroteos fatales, pero para Catt los Huns parecían guays. No tenía ni idea de que había algo así tan cerca de Milford. El Bard se convirtió en un destino. Empezó a ir allí haciendo autostop, y si no conseguía que la llevaran, iba a pie.

El libro de los Ángeles del Infierno de Hunter S. Thompson contaban cómo aceleraban el desteñido de sus vaqueros meándolos y enterrándolos durante dos semanas. Se preguntaba si los Huns también lo hacían. A ella no le había funcionado, pero tampoco lo había intentado de verdad. «¿Qué demonios estás haciendo», le preguntó su padre cuando la vio excavando una tumba debajo de los árboles de sasafrás para sus Wrangler nuevos. Solo estar sentada en el Bard ya era interesante. Catt observaba cómo los hombres iban y venían entre los reservados de los que se apoderaban haciendo negocios. Al final se fijaron en ella. A veces, un par cruzaban el restaurante hasta la mesa de al lado de la ventana que ocupaba ella sola y le preguntaban: «Ey, niña, ¿qué haces? ¿Estás tomando apuntes? ¿O esperas a alguien? ¿O algo?».

Un día de abril que apestaba a verano, uno de los Huns le preguntó si le gustaría ir a dar una vuelta, lo cual podría haber sido una broma, pero Catt aceptó tan rápido que él no pudo desdecirse, sobre todo con todos los demás mirando. Catt siguió al hombre, que dijo que se llamaba Randy, al aparcamiento y él le enseñó cómo

subir al asiento de su Harley de 1.200 centímetros cúbicos. En cuanto arrancó la moto ella estaba en éxtasis: el aire libre, la velocidad, la potencia del acelerador. La cola de la capa de mapache de Randy se le pegó a la cara mientras conducían por la rotonda y pasaban bajo la autopista en dirección a los humedales.

El sol caía en picado sobre los pequeños almacenes y fábricas mientras ella se aferraba a Randy, empapándose en el olor a gasolina y polen. Eso debía ser la libertad. En ese momento sintió que todo lo que tenía que ver con su vida de mierda estaba justificado. Pero el hecho de que Catt era menor era mucho más relevante para los Huns que para el gerente de Friendly's. Randy volvió al aparcamiento demasiado pronto. «Ahora vete a casa, niña, y haz los deberes».

Después de eso, Catt dejó de ir tan a menudo al Bard. El viaje mágico en moto era algo que solo podía pasar una vez. No quería que Randy y los demás Huns se rieran de ella o la llamaran avariciosa. No obstante, la semilla estaba plantada.

Unas semanas más tarde, cuando Bonnie y ella estaban en la habitación de Bonnie escuchando el nuevo disco de Mothers of Invention, Catt le habló de sus aventuras en el Bard. Bonnie más o menos seguía yendo a clase. Ella ni siquiera había hecho nunca autostop, pero decía que quería probarlo. Catt valoró todas las opciones. New Haven estaba demasiado lejos y a Bonnie no le interesaba Yale, pero sin duda podían probar a ir al Bard Diner…

No tardaron mucho en encontrar un coche que las llevara del puente de Devon a Stratford. Al entrar, Catt vio que Randy no estaba. Los otros Huns fingieron que no la reconocían. Pero solo estar en el Bard parecía suficiente para Bonnie. Su madre trabajaba

de noche y a ella le gustaba quedarse en casa. No estaba acostumbrada a ir a esa clase de sitios para adultos. Las dos chicas se sentaron en la mesa de la ventana de Catt; dos chicas de trece años muy maquilladas con faldas cortísimas y sandalias, hablando y riéndose sobre qué pensaría la gente de Kay Avenue si las viera allí. Fumando cigarrillos y aplastando las puntas quemadas del merengue de un lemon pie con sus cucharas, eran todopoderosas. Sentían que podía pasar cualquier cosa.

Alrededor de las cinco el local se empezó a llenar. Un par de tipos que Catt no había visto nunca se acercaron a la mesa y les preguntaron si podían sentarse con ellas. No parecían estudiantes universitarios y definitivamente no eran hippies, solo chicos normales de veintipocos, ¿tal vez estudiantes de formación profesional? Las chicas se chocaron las rodillas debajo de la mesa, rieron. «Vaaale». Antes de acercarse a Catt y a Bonnie habían estado en la otra punta del restaurante hablando con los Huns, así que quizá estaban comprando o vendiendo drogas.

Antes de conseguir que alguien las llevara, las chicas habían decidido que si alguien les preguntaba darían nombres falsos y dirían que estaban en el instituto. Los chicos, Jason y Ritchie, se sentaron y se presentaron. Bonnie dijo: Mi nombre es Rose. Y esta es mi amiga Wanda. Eso hizo que las dos chicas rompieran a reír y confundió a los chicos. Así que ¿vivís por aquí?, preguntó Ritchie. ¿Vais al instituto? Ajá, dijo Catt, pero solo nos quedan dos semanas. Estamos en el último año. Sí, vamos al Milford High, añadió Bonnie, y estamos a punto de graduarnos. A Catt le preocupó que conocieran a algunas familias de Milford y les empezaran a preguntar si conocían a fulanito o a menganito. Bueno, dijo Jason.

Entonces deberíamos celebrarlo. ¿A alguna de vosotras le apetece colocarse? Bonnie miró a Catt, las dos sintieron que la excitación se disparaba. Sin contar el pegamento, eran vírgenes totales en drogas.

Claro, por qué no, contestó Catt inexpresiva. Está bien, «Wanda», dijo Jason con una sonrisa de satisfacción. ¿Cuándo fue la última vez que te colocaste? Supongo que nunca. Sabes que tienes razón, respondió sin pensar Bonnie. Pero llevamos tiempo queriendo hacerlo. Al otro lado del local, muchos de los Huns estaban mirando. Está bien, Rose, vamos a hacerlo —tenía ese brillo especial que tenían los hombres cuando estaban animando a una chica a hacer algo que no había hecho nunca—, será un honor. Podemos fumar en el coche, dijo Ritchie. Pero tenemos una mierda mejor en el apartamento, así que ¿por qué no vamos allí, ya que es vuestra primera vez? Todo estaba escalando muy rápido a una situación completamente nueva pero a ninguna de las chicas se le ocurría la manera de escapar. Jason dijo que no estaba lejos y que después las traerían de vuelta al restaurante.

El apartamento estaba en el piso de arriba de una casa de tres plantas en un vecindario roñoso en alguna parte de la decadente periferia de Bridgeport. El sol se estaba poniendo cuando se bajaron del coche. Subieron las escaleras y entraron en un pequeño espacio abierto que era el salón y la cocina. Catt se sentó en un extremo de un sofá de segunda mano, Ritchie se sentó en el otro. Un arco sin puerta daba a una habitación individual. No había pósteres en las paredes, ni equipo de música, ni discos, solo una radio sobre la encimera de la cocina.

Jason encendió una lámpara de bombilla roja y lio un superporro, marihuana mezclada con polvo de ángel y hachís. Le dio una calada

y se lo pasó a Bonnie, que estaba sentada en un cojín. Se ahogó y todos rieron. Esto es mierda superior, dijo él. Se lo pasaron y volvió a Bonnie. Vamos, Rose, tienes que aguantar el humo dentro. ¡No puedo!

Nadie estaba juzgando a nadie y todos reían. Pero la habitación daba vueltas, producía un hormigueo. Nunca me había sentido así, dijo Bonnie. Catt notaba la cabeza tan pesada que no podía mantenerla erguida y la dejó caer en el hombro de Ritchie. Bonnie todavía estaba sentada en el suelo y Catt la oía reír en alguna parte. Ritchie le pasó el brazo por los hombros y se acercaron, luego se acercaron más. La radio estaba encendida, se oía hablar. Todo parecía estar muy lejos, excepto el cuerpo de Ritchie, y ella notaba cómo se alejaban a la deriva.

A su lado, en el suelo, estaba sucediendo otra cosa. Bonnie en su cojín, riéndose, y luego Jason la está cogiendo de la mano, tirando de ella para que se ponga de rodillas, luego de pie, para conducirla al dormitorio. No… Aparta… No puedo… Bonnie sacudió la cabeza y se puso a dar pisotones, lo cual era demasiado raro para Jason, que de repente encendió la luz del techo. Ritchie, eh, son menores de edad, tío. No seas idiota. Ya es hora de levantarse, enana. Este establecimiento va a cerrar.

Catt y Bonnie se sentaron juntas en el asiento de atrás del coche, con las piernas tocándose. En la radio sonaba de nuevo «A Whiter Shade of Pale» y ellas pensaron que esa canción estaba compuesta para ellas. Las luces de los otros coches destellaban en sus caras. Seguían mirándose la una a la otra, sonriendo. ¿Había pasado de verdad eso? Jason las dejó en el aparcamiento. Gracias, le gritaron.

Como era tarde cogieron un taxi para volver a casa de Bonnie. La madre de Bonnie seguía en el trabajo, sus padres estaban divorciados, así que no hubo problemas. Catt les dijo a sus padres que se quedaba a dormir en casa de Bonnie. Para entonces, habían desistido de cualquier intento de influir en ella o disciplinarla. Llamar a Catherine por su nombre de nacimiento era su único acto de resistencia.

«El primer trabajo de un revolucionario es que no le atrapen», pensó Catt cuando estuvieron sanas y salvas de vuelta en casa de Bonnie. Al fin y al cabo nadie las había echado de menos.

Catherine era un catalizador para la rabia de Emma, pero no era su única causa. Emma tenía cuarenta y tres años. ¿Adónde había ido a parar su vida? El futuro de Catherine había sido una de sus grandes esperanzas. Cuando era pequeña Jasper se la imaginaba yendo a la Universidad de Cambridge. En ese momento se hubieran considerado afortunados si Catherine se sacaba una diplomatura en Housatonic, el centro de formación profesional de grado superior, o si al menos terminaba el instituto.

Carla todavía asistía a la escuela Kay Avenue, entre las primeras de su clase de cuarto, pero al menos una vez al mes volvía a casa con una nota de la maestra. Su comportamiento era errático, disruptivo y aterrador. ¿Había algún antecedente de retraso de desarrollo del que no tuviera conocimiento la escuela? Jasper y Emma habían decidido no revelarlo jamás porque la mandarían a educación especial para siempre. Emma no podía hacer nada aparte

de rezar para que Carla finalmente se calmara, o que al menos les tocara el año siguiente una maestra menos inquisitiva.

Lo que Emma deseaba más era ir al fin a la universidad y sacarse el grado de literatura, pero era imposible. En su lugar, consiguió un trabajo de media jornada en la biblioteca pública de Milford como asistente de bibliotecario, pero, puesto que solo le pagaban el sueldo mínimo, tuvo que seguir haciendo dos turnos en el restaurante Savarin del área de descanso de camioneros. Emma había visto a algunas de sus compañeras subirse a las cabinas de los camiones. Sabía qué estaba pasando, pero se hacía la loca. A Jasper no le habían dado un aumento en cinco años y estaban hablando de llevar a un especialista de IT para informatizar el almacén. Y si hacían eso, ¿dónde quedaría él? No pagarían a dos gerentes.

Cuando la iglesia de Saint Andrew copatrocinó una jornada formativa ecuménica sobre igualdad y justicia raciales, Emma lo vio como una oportunidad para reconectar con su hija mayor. Ella sabía que a Catherine le importaba mucho la política. El ponente principal sería Henry Harris Bowen, un joven brillante de Harlem que acababa de llegar para liderar el Comité Coordinador Estudiantil No Violento de Bridgeport. Orgullosa de sí misma, Emma compró dos entradas y lo planeó como una salida de madre e hija. Al fin estaba haciendo algo que Catherine admiraría.

Esa noche casi dos tercios del auditorio de la escuela elemental Calf Pen Meadow estaban ocupados: un público más numeroso del que Emma esperaba, sinceramente, para una reunión de ese tipo en Milford. El padre Luke presentó al rabino Stein de Bet-Shalom y el rabino Stein presentó al ponente.

Sin ni siquiera darle las gracias al rabino, Henry Bowen examinó al público totalmente blanco de episcopalianos y judíos y procedió a execrarlos. «Es una señal», dijo él, «de que al fin ha llegado el movimiento Poder Negro cuando incluso las comunidades blancas más privilegiadas desean aprender la sangrienta historia racial de este país y la opresión absoluta y sistémica de Amérika sobre las personas negras y marrones».

Bowen a continuación presentó una lista de hechos formidable y desgarradora sobre la vida negra en Bridgeport: la pobreza infantil y el analfabetismo, la oposición racista de los residentes al transporte escolar, la escandalosa superpoblación de familias en infraviviendas y la exclusión histórica de los trabajadores negros de los sindicatos dirigidos por irlandeses.

Un susurro atónito se apodero de la sala cuando terminó de hablar. Finalmente, el rabino Stein preguntó si había alguna pregunta.

Para su propia sorpresa, Emma se puso en pie. «Lo que describe», dijo, «bueno, es sencillamente terrible. Comprendo lo difícil de su situación, y me avergüenzo de Bridgeport, pero, bueno, ¿hay algo que podamos hacer aquí en Milford para ayudar? ¿Qué nos sugiere?».

«Señora», dijo él, «no estamos buscando su comprensión y no necesitamos su ayuda. Ese es el problema con los liberales blancos. Están tan llenos de comprensión. Estamos hablando de poder y autonomías negros. Estamos hablando de un cambio sistémico profundo…».

Incluso Catt se quedó en shock. Al sentarse, intensamente sonrojada, se preguntó si Pat Kelley tenía razón cuando la ridiculizó

por recolectar dinero para los huérfanos de guerra y para los niños de los mineros de carbón en huelga. «¿Qué eres tú?», se burló, «¿la señora pródiga? A esa gente no le importas una mierda. Cada uno se preocupa por sí mismo y tal vez por su familia, y cualquiera que finja lo contrario te está timando. Si fueras tan lista como crees que eres, te quedarías con tu dinero». ¿Qué le había pasado a Estados Unidos? Nada nuevo. Pero para Emma se había vuelto casi insoportable.

Ese verano, Catt encontró un trabajo cosechando tabaco en una de las pequeñas granjas a las afueras de Wheelers Farms Road. La única trabajadora estadounidense in situ, Catt ocupó su lugar en los campos entre un grupo de hombres que habían traído desde República Dominicana. Los hombres le enseñaron cómo cortar y desmochar las altas plantas de tabaco. Para el tercer o cuarto día, recolectaba lo bastante rápido como para que no la despidieran. Después del trabajo, se reunían en la barraca para beber vino, tocar la guitarra, incluso cantar. Parecía una oportunidad magnífica para aprender castellano. Quizá podría mudarse a vivir a México o a Cuba.

Los amigos de la iglesia vieron a Catt al salir de trabajar haciendo autostop en el arcén. En lugar de confrontar a Catherine de nuevo, Emma decidió ir a buscarla después del trabajo. Cuando llegó a la granja, un capataz la condujo hasta la barraca, donde ella vio a su hija apenas adolescente cruzada de piernas en el suelo en una sala llena de hombres solteros bebiendo vino tinto barato de vasitos de gelatina. ¡Eso era demasiado! ¿Acaso Catherine estaba intentando que la violaran? Por primera vez desde que tenía memoria, Emma se

atrevió a ser maternal. Catherine, ve a buscar tu paga. Te vienes a casa conmigo. Ahora mismo.

… Y luego estaba ese viaje borroso a Massachusetts, la ciudad universitaria cualquiera en la que Julie Hudson y ella acabaron en la cama con dos tíos en una residencia de estudiantes cuando se dirigían a casa del padre de Julie en Springfield.

Hachís fuerte, y el tiempo —nieve y aguanieve—, el diminuto asiento de atrás de un Volkswagen, una larga caminata a través de un patio interior, y luego despertarse o caerse alarmada porque no sabía dónde estaba, como si Julie y ella se hubieran teletransportado a algún campus genérico de la tele. Y después de algún modo regresaron a Milford. Ella sabía que no habían follado. Eso era todo lo que Catt recordaba. Si el capital de su cuerpo femenino adolescente era fuerza impulsora de todas esas aventuras, Catt no era consciente. O quizá solo vagamente. Quería escapar, quería probar todas las drogas, quería saberlo todo. Perder la virginidad estaba en su lista de aspiraciones pero por debajo de aprender a leer francés y tomar tripis. Si hubiera habido mujeres ofreciendo esas cosas, habría ido con ellas.

Cuando sus padres encontraron las drogas, decidieron que el campamento de la iglesia episcopal probablemente era lo mejor para ella. Camp Jefferson: a orillas del lago Bantam, a las afueras de Litchfield, Connecticut, un lugar sagrado y festivo donde el amor de Dios por el mundo, que nos dio a conocer en Jesucristo, es

compartido a través del ministerio de la hospitalidad. Todo el mundo era blanco excepto una niña negra llamada Tanaquil, de Bridgeport, que asistía gracias a una beca del obispado. Se esperaba que Tanaquil se hiciera amiga de todo el mundo y a Catt le daba pena.

Nadar, navegar, misas y oraciones juntos y hogueras…, treinta participantes durmiendo en un espacio abierto en la cabaña dormitorio de madera. Catt se instaló para dos semanas de ese castigo. Había otros que veían Camp Jefferson así, y naturalmente se encontraron unos a otros.

Heather Kimmelson fue enviada al campamento después de que su madre leyera su diario. Su padre trabajaba en una compañía de seguros y vivían en algún lugar en los suburbios a las afueras de Hartford. Heather era aún más delgada que Catt. Tenía una mata de pelo castaño rizado, aclarado por el sol de forma natural, y llevaba vaqueros perfectamente rotos y desteñidos. Después de crear un vínculo entre ellas gracias a su odio común a Camp Jefferson, las dos se apuntaron a manualidades para huir de la natación. En la sala oscura y relativamente vacía de manualidades, Catt y Heather se lo contaron todo. A pesar de que vivían a dos horas de distancia, decidieron ser amigas para siempre.

Emma y Jasper se sintieron aliviados al ver que Catt al fin había encontrado una amiga normal y saludable de una familia episcopaliana. Cuando los Kimmelson invitaron a Catt a pasar una semana con su hija en agosto, se sintieron aliviados y luego se quedaron impresionados al ver la enorme casa de estilo colonial de los Kimmelson en una exclusiva zona residencial. A Catt se le cayó el alma a los pies al ver la casa. Sabía que habría presión para hacer

las cosas al estilo de los Kimmelson, y de todos modos, ¿qué había para hacer ahí?

El primer sábado de su visita, Heather le dijo a su madre que iban al centro comercial e hicieron autostop hasta Bushnell Park después de que las dejara allí. A última hora de la tarde el parque estaba lleno de gente: familias, parejas, vendedores ambulantes de pretzels, hippies con guitarras y mantas, vendedores de periódicos. Había anuncios buscando grupos de música y carteles de una manifestación que se celebraría pronto «Poned fin a la guerra». Evidentemente, las mantas de los hippies eran el lugar donde pasaban las cosas más interesantes. Las dos chicas gravitaron alrededor de ellos, pero los hippies estaban inmersos en su mundo y nadie quería hablar con ellas.

Al final conocieron a dos chicos que llevaban unas mochilas gigantescas caminando por el paseo. Damien y Jonathan acababan de llegar en tren a Union Station. Empezaron pidiéndole indicaciones a Heather, pero después se pusieron a hablar. Damien y Jonathan no conocían a nadie en Hartford. No sabían dónde iban a dormir esa noche, en el peor de los casos sería al raso en el parque: ¿estaba permitido? Habían llegado desde Providence. Era el primer día de su gran viaje al oeste, a San Francisco o Seattle, habían trabajado todo el verano para ahorrar. No querían meterse en problemas. No podían permitirse hoteles, pero si los cerdos de Hartford eran avariciosos, probablemente podían pedir limosna un rato y dormir con los borrachos del Ejército de Salvación en un albergue.

Heather metió la mano en el bolso y le dio a Jonathan los diez dólares que su madre les había dado a Catt y a ella para ir de

compras. Los chicos se emocionaron. Tenían un poco de hierba…, ¿les apetecía fumar con ellos?

Mientras pasaban el rato debajo de unos arbustos, los cuatro amigos forjaron un plan. Los vecinos de Heather, los Johannsen, estaban de vacaciones. Se suponía que Heather debía dar de comer a su gato. Su madre tenía las llaves y no quería pedírselas y levantar sospechas, pero daba la casualidad de que ella sabía que los Johannsen dejaban sin bloquear una de las ventanas de atrás por si alguien se olvidaba las llaves. Volverían todos juntos en autostop a la calle de Heather, y los chicos se esconderían detrás de la casa de los Johannsen mientras Catt y ella iban a casa a cenar. Después, ella les diría a sus padres que se iban caminando a casa de una amiga a ver la tele, pero en cambio se pasaría a dejarles entrar. Los chicos dormirían en casa de los Johannsen, bastaba con que hicieran las camas antes de irse y nadie se enteraría jamás.

Casi había oscurecido cuando Catt y Heather fueron a casa de los Johannsen después de cenar. Les sorprendió que los chicos siguieran allí, esperando en el jardín con las mochilas tal y como habían planeado. Jonathan subió a Heather a hombros y la ventana de la cocina se abrió, exactamente como ella esperaba. Se coló dentro y les abrió las puertas de la terraza.

La casa de los Johannsen era un paraíso de mobiliario danés moderno y tenía un equipo de sonido de primera. Fumaron un poco de hachís especial que los chicos reservaban para una ocasión especial y subieron a las habitaciones. Heather y Jonathan escogieron la habitación de los padres con la cama grande y Damien y Catt fueron a la de la hija. Catt sintonizó la radio de la mesilla de noche en la WYBC y se metieron debajo de las sábanas. Sonaba una

canción que decía «Quiero acostarme contigo… Solo quiero acostarme contigo». Todo flotaba como si estuvieran en el agua. Damien le quitó la camiseta, le bajó la cremallera de los vaqueros. Olas y más olas. «¿Quieres acostarte conmigo ahora?». Catt no sabía la repuesta. Sabía que el cuerpo de Damien era más grande y fuerte que el de los universitarios que había conocido con Julie. No había duda al respecto. Ella escuchó la canción y dejó que Damien condujera su mano a acariciar su pene, con dudas.

La policía primero encendió las linternas. Los vieron por la ventana. Todavía estaban buscando la ropa cuando los agentes forzaron la puerta y subieron al piso de arriba. «¡Policía de Hartford! Levantaos despacio con las manos arriba…». Heather y Jonathan salieron del dormitorio de los Johannsen medio desnudos. Avergonzada, Heather trataba de explicar lo que estaba pasando. «Os vamos a arrestar». Y un policía dijo: «Creo que las chicas son menores de edad», mientras el otro pedía refuerzos. «Allanamiento de morada», dijo el primer agente. «Invasión de propiedad privada, posesión de drogas con intención de traficar, inducción al delito de una menor…».

Escoltaron a los cuatro escaleras abajo.

Lo último que Catt y Heather vieron fue a Jonathan y a Damien esposados con sus mochilas en la acera. «Lo sentimos mucho», gritó Catt. «Intentaremos sacaros». Pero Damien y Jonathan se negaron a mirarlas.

Durante la segunda semana de colegio, convocaron a Emma y a Jasper a una reunión con la maestra de quinto de Carla, la psicóloga

escolar externa y el director. Todo el equipo estaba de acuerdo en que las necesidades de Carla estarían mejor atendidas si la cambiaban al módulo de educación especial.

En Cambridge University Press, Giles Osborne y Jack Sachmann celebraron la llegada de Richard Donnegan, graduado en ciencias computacionales. El señor Donnegan lideraría la automatización del almacén. No despidieron aún a Jasper, pero cuando le pidieron que le diera su oficina a Donnegan vio lo que se le venía encima. A los cuarenta y dos años, sin títulos, era prácticamente incontratable.

Castigada y con la prohibición de por vida de volver a hablar con Heather Kimmelson, Catt consideró el suicidio como una penitencia por lo que les habían hecho a Jonathan y a Damien.

Después de cenar, una noche de octubre antes de Halloween, Jasper y Emma les dijeron a las chicas que tenían una noticia importante. Que habían aprobado sus solicitudes de migración asistida a Nueva Zelanda. Catt y Carla no sabían nada de esas solicitudes, o de Nueva Zelanda. Jasper sería el director de la oficina de la editorial más importante de Nueva Zelanda, A. H. & A. W. Reed. Emma les enseñó a las chicas un libro ilustrado publicado por Reed sobre su maravilloso y pequeño país. Dos islas en el Pacífico a dieciséis mil kilómetros de distancia: un país con seis millones de ovejas y la mitad de personas.

Venderían la casa y los coches y les sacarían el pasaporte a las chicas. En cuanto lo hicieran, partirían a Wellington.

SEGUNDA PARTE

BALSAM



1

La primera vez que Catt vio la casa gris en Balsam, enloqueció de deseo. Era una casa de campo a la antigua, de planta y media de altura, en la ubicación perfecta. Levantada en mitad de una colina de un enorme prado ondulante, estaba a unos centenares de metros de un pequeño lago en forma de óvalo. Quien fuera que había construido la casa allí evidentemente lo había pensado bien. El camino de tierra terminaba en un garaje de dos plazas. Atravesando el bosque que quedaba a la izquierda había una cabaña para invitados sin acabar, que el hijo de los propietarios originales había hecho traer en un camión de un campamento para chicas. El hijo —para entonces ya un anciano— había trabajado de responsable de mantenimiento antes de que el campamento quebrara. Había un cobertizo detrás del garaje, y a unos cincuenta metros al norte, cerca del lago, la cabaña de madera original de una habitación que el primer propietario había construido con un escoplo y un hacha cuando llegó allí desde Finlandia.

Un largo camino de cemento unía el garaje a la casa, donde una puerta en el porche de la entrada daba acceso a una terraza acristalada. El sol de la tarde se colaba entre los pinos, y a Catt le pareció oír el gorjeo de un colimbo a lo lejos. Había decidido tomarse la tarde libre y no escribir el artículo para el catálogo de un museo para ir a nadar al parque Scenic State de Bigfork. Después de

hacer una parada para comer en el restaurante del cruce principal de Balsam, había visto el cartel de «Se vende» enfrente de la iglesia bíblica, al lado de la ruta 7. Mientras se bajaba de su vieja camioneta Ford Ranger, el primer pensamiento de Catt fue: «No podremos permitírnoslo en la vida». Pero eso no impidió que caminara hasta la casa para mirar por las ventanas.

Era un miércoles de finales de junio de 2012. Unos días antes las margaritas silvestres habían florecido de la noche a la mañana, en todas partes: en los reducidos jardines de las ciudades mineras de Iron Range, al lado de las sendas ciclables y en las cunetas, y alrededor de la agreste cabaña de verano con vistas a Twin Lake donde Catt vivía.

Finales de junio también era el final de la temporada de tortugas en el norte de Minnesota. Tras una larga hibernación, los galápagos de bosque y las tortugas mordedoras salían a buscar alimento en la hierba alta y sin cortar de los bordes de la carretera antes de construir sus nidos. Ajenas a los peligros del tráfico, les gustaba tomar el sol en las carreteras de dos carriles recién asfaltadas. Durante dos o tres semanas, al menos dos veces al día, Catt dejaba la furgoneta en el arcén y salía a rescatarlas.

Ese era el cuarto verano de Catt en Twin Lake. Encontró la cabaña en Craiglist en 2008, el año en que había seguido a su pareja, Paul Garcia, a Center City, Minnesota. Paul estaba a punto de empezar un posgrado de un año sobre adicciones en el centro de rehabilitación Hazelden Betty Ford. Catt y Paul se habían conocido en 2006 y habían mantenido una relación a distancia entre Los Ángeles y Albuquerque, donde Paul estaba terminando la carrera de psicología. El año en Hazelden sería su primera oportunidad de vivir juntos de

verdad. Catt dejó su trabajo temporal en el programa de escritura creativa de la Universidad de California de San Diego para terminar una novela. Subarrendaron la casa de ella en Los Ángeles y alquilaron una casa de tres dormitorios sin amueblar, con un contrato mes a mes, en Lindstrom, a dieciséis kilómetros del campus.

La casa de dos plantas del rancho estaba situada en un lago, y Catt imaginaba las veladas delante de la chimenea en las que invitarían a cenar fondue a los colegas de Paul. Pero después de descargar el camión con los muebles que había llevado de su casa en la oscuridad a menos de cero grados, Paul entró en un misterioso estado de fuga. Durante el resto de la noche y la mitad del día siguiente, se cerró en banda, se negó a dirigirle la palabra pese a sus ruegos. Finalmente, el estado de ánimo sombrío y silencioso estalló en forma de rabia: «¿No te das cuenta? ¡He cometido un error! Te quiero, pero no estoy enamorado de ti. No quiero vivir contigo». Catt no lo entendía. ¿Qué diferencia había entre querer a alguien y estar enamorado? Acababa de dejar su trabajo, había pagado la matrícula del primer semestre de Paul, había conducido tres mil kilómetros y subarrendado su casa hasta el próximo enero. Temerosa de ahogarse en la rabia imparable de Paul, Catt valoró sus opciones. Él podía dejar la universidad y volver a Albuquerque. O él podía quedarse y ella volver a Los Ángeles, o quizá incluso a México D. F., y subarrendar un apartamento. Cuando consiguiera su primer trabajo podría empezar a devolverle el dinero de la matrícula.

La nube pasó. Paul cambió de idea y se disculpó. Ninguna de esas soluciones sería necesaria.

Nunca volvieron a hablar de esa primera noche. Durante el largo invierno, Catt trabajó en su libro a diario mientras Paul iba a clase. Por la noche, preparaban pastel de carne y guisos de legumbres del norte. Catt no conoció a nadie del curso de Paul. «No es como la escuela de Bellas Artes», le dijo él. La mayoría de sus compañeros eran de la zona y eran reservados. Los fines de semana se dedicaron a explorar las singularidades de Minnesota. Se alojaban en moteles de carretera, jugaban a las cartas por la noche, y hasta inventaron un juego: ¿cuál de los sitios por los que pasaban ganaría el concurso del pueblo más triste? A media tarde, la noche caía sobre cientos de hectáreas de hojas de maíz. Caballos con gruesos abrigos mordisqueaban tallos en los campos de soja. Los antiguos supermercados IGA y los talleres de reparación de electrodomésticos de las calles principales o bien habían cerrado o bien se habían convertido en colmados y tiendas de segunda mano. Los bares seguían abiertos.

Cuando la empresa que gestionaba el alquiler les notificó inesperadamente que tendrían que dejar la casa en junio, Paul se mudó con un compañero para terminar las prácticas y la tesis. Deseosa de acabar su libro y explorar Northwoods cerca de la frontera con Canadá, Catt peinó Craiglist hasta que encontró la cabaña de Cheryl Thorsen en Twin Lakes.

Sin ducha ni internet, Cheryl y su marido se habían trasladado desde las Ciudades Gemelas y habían construido la casa ellos mismos en los sesenta. Ahora que su marido había muerto y ella vivía a dos días de coche en Dakota del Sur, Cheryl ya no la utilizaba. Era una maestra retirada, que vivía sola y trabajaba a media jornada en Walmart. Llena de baratijas y recuerdos familiares, la cabaña era

lo único que le quedaba de tiempos más felices y no quería venderla.

Ese verano, Catt paseó y escribió todos los días, montó en bicicleta por la senda pavimentada de más de cien kilómetros del bosque y leyó en el porche resguardado con mosquiteras cada noche hasta las diez, contemplando los atardeceres de color naranja sanguina. El cielo, los árboles y los lagos insondables eran de los mismos profundos azules y verdes imposibles que Catt recordaba de su adolescencia en Nueva Zelanda. El verano siguiente, y los que vinieron después, no vio razón para no volver. Se levantaba la mayoría de las mañanas al alba y daba un paseo con su perro por el camino de quinientos metros que se adentraba en el bosque profundo tomando una taza de café caliente. Desde allí, bajaba hasta el muelle de la cabaña de al lado eternamente a la venta, el único punto de Twin Lakes que tenía cobertura. Observando cómo se levantaba la niebla del lago, llamaba a Paul para darle el parte de la fauna y el tiempo mientras él iba en coche a trabajar. Paul dirigía cinco grupos al día en el pabellón cerrado de un hospital psiquiátrico, para tener las horas supervisadas que necesitaba para obtener la licencia de terapeuta. Envidiaba la libertad de Catt, aunque como siempre había tenido trabajos normales, si la tuviera probablemente no sabría qué hacer con ella. Las garzas grises anidaban en las copas de los árboles. Catt contempló a los colimbos planeando sobre el lago mientras el sol subía y su café se enfriaba.

2011, 2012 y 2013 fueron los años en que parecía que todo había empeorado en Los Ángeles. ¿Sería porque todo el mundo estaba online a todas horas? Lanzaron UberX, promovido por la administración Obama, lo cual expulsó a los taxistas oficiales del

negocio, endeudándolos o empujándolos al suicidio. Uber, a cambio, hizo presión a favor del Obamacare. Nadie hablaba de que la red invisible de vigilancia y control de los datos que envolvía el mundo se estaba cerrando. El tiempo se aceleró, un flujo continuo de eventos en cascada que cada vez significaban menos y se movían más rápido.

En casa en Los Ángeles, Catt se sentía más viva que en ninguna parte delante de la pantalla, hirviendo de rabia ante los fanfarroneos mal disimulados con falsa humildad de sus amigos entre comillas de Facebook. Era totalmente adictivo, todo el mundo cuestionando sus privilegios mientras presumían de ellos. No importaba lo claramente interesadas que fueran esas publicaciones. Gente que en su día se había vanagloriado de su desconfianza en las autoridades se tiraba de cabeza como lemmings en las redes sociales, hambrientos de la aprobación de sus nuevas comunidades online. Indignada tras leer su muro, Catt se desconectaba a regañadientes para leer *The New York Times*. Luego, revisaba el correo electrónico y escribía respuestas automáticas insulsas hasta que finalmente, exhausta, se volvía a conectar a las redes sociales. Leer siempre había sido su gran escape, y los libros su consuelo. Ahora tenía que obligarse a dejar la pantalla y por lo menos abrir uno.

Y después estaba la larga sucesión de muertes prematuras de la gente con la que había crecido. Un amigo se cayó y se mató mientras estaba de excursión en la cordillera de las Cascadas, otra amiga fue apalizada hasta la muerte por su hijo epiléptico en su apartamento de Nueva York. Un viejo amigo de Nueva Zelanda murió de un ataque al corazón mientras estaba de gira en Ámsterdam. Un amigo reciente de Los Ángeles murió de la

enfermedad de las vacas locas. Su antigua profesora de interpretación murió en Nueva York tras una breve batalla contra el cáncer; otro amigo murió de una enfermedad rara de la sangre. La que más la había angustiado fue la de su antigua mejor amiga Leslie, que murió en Nueva York, Catt suponía que de una sobredosis, pero no había forma de saberlo con seguridad porque no había rastro online de su muerte, y mucho menos de su vida. Leslie se había casado con un director famoso y había dejado la interpretación y para cuando Catt quiso localizar a su mejor amigo mutuo, había muerto de cáncer. Muchas de esas muertes se lamentaron públicamente en Facebook.

A Catt le resultaba extraño ver cómo los desahogos de dolor se premiaban con la estrellita de oro característica de la aplicación: un emoji de un pulgar hacia arriba amarillo. «¿Las generaciones anteriores no gestionaron esto mejor?», escribió en su cuaderno. «Evitación, vacío. La gente que conocíamos desaparece en el olvido». Para cuando introdujeron el emoji de la carita llorando en 2016, ella ya se había acostumbrado. La sala de eco estaba sellada, ya no había forma de salir.

La automatización, advirtió el matemático Norbert Wiener en un mundo inconsciente en 1950, acabará con las bases económicas y políticas para una democracia social estable basada en valores humanos que no sean comprar y vender. No obstante, al mismo tiempo, la migración de todo a online le dio un gran impulso a la carrera de Catt como escritora. Las cosas que había escrito más de una década antes estaban siendo descubiertas, publicadas y tuiteadas por una nueva generación de mujeres más jóvenes. «Te vas a convertir en una autora famosa», comentó su amiga Bettina

cuando una estrella de la televisión publicó uno de sus libros en Instagram. Catt y sus amigos estaban haciendo más trabajo para más gente, así que apenas tenían tiempo para llorar a sus contemporáneos fallecidos. Pero ¿qué quería decir eso? A veces hablaban de esa escalada, pero la única conclusión a la que llegaban era seguir adelante.

Los garitos y las galerías de mala muerte en las que solían presentar su trabajo a un puñado de amigos estaban siendo reemplazados por espacios suntuosos y capitalizados discretamente. Había conferencias, seminarios, lanzamientos e inauguraciones, eventos bien recibidos y rápidamente olvidados por audiencias mayores y más adineradas.

Los veranos que Catt pasaba en Twin Lake eran la única parte del año en que sentía que nadaba en el tiempo, en lugar de ahogarse. Bajaba caminando al lago a última hora de la tarde con su kayak, leía, escribía e iba en coche al pueblo a consultar el correo electrónico una vez a la semana. A finales del último agosto, empezó a preguntarse si no sería mejor encontrar su propia cabaña en el norte… Un lugar donde pudiera dejar todos sus libros y ahorrarse el viaje de media hora al albergue de Greatwoods para ducharse.

En menos de tres días se marcharía de la cabaña para ir a dar un curso durante una semana en los Alpes suizos con el que pronto sería su exmarido, Mikal, crítico y profesor de filosofía. Mikal y ella habían hecho ese viaje cada verano desde hacía bastantes años. Ahora que Mikal mediaba la setentena, a Catt le parecía el último humanista, un avatar del europeo del siglo xx. Había leído a Bajtín con Lucien Goldmann, había estudiado literatura con Roland Barthes y había protestado contra la guerra francesa en Algeria. En Nueva

York había estudiado y enseñado política pospolítica. Catt notaba que Mikal estaba resentido por su reciente popularidad cultural, aunque no entendía por qué. Él mejor que nadie debía de saber que la fama en internet no significaba prácticamente nada. En su día, habían imaginado estar enterrados uno al lado del otro a los pies de un árbol, como las cenizas de Virginia y Leonard. En ese momento ese curso a medias era básicamente todo lo que quedaba de su profunda unión.

El sábado por la mañana, Catt saldría de la cabaña de Cheryl y conduciría cuatro horas en dirección sur hasta Minneapolis para coger el vuelo nocturno directo a Ámsterdam. En Schiphol, cogería un vuelo regional a Zúrich por la mañana. Llegaría sobre las doce, tomaría un taxi a la estación de tren de cercanías de Kloten, se bajaría en la estación central de Zúrich y tomaría un tren en dirección a Lausana con parada en Brig. Dos horas y media más tarde, se bajaría en Brig, saldría de la estación y esperaría el autobús que llegaba hasta Saas-Fee, donde estaba la escuela de posgrado. Durante ese largo viaje, observaría cómo el paisaje se iba volviendo más alpino y bonito. Cuando el autobús llegara a Saas-Fee un hombre del hotel la estaría esperando con un carrito para el equipaje. Abriría la maleta antes de entregársela y se pondría una chaqueta de invierno ligera.

Cuatro días después, desharía esos pasos de vuelta a la cabaña con un abultado sobre de efectivo escondido en el fondo de la mochila.

El filósofo de Alemania del Este que dirigía la escuela de posgrado había establecido la costumbre de convocar a los miembros del profesorado en su habitación de hotel de uno en uno a última hora

de la noche tras su último día de clases. Después de comentar sus seminarios abría la caja fuerte y les pagaba en billetes grandes nuevos y crujientes, como si hubiera terminado un turno en un bar de topless o hubieran cometido un robo. A Catt y a Mikal les gustaba el trato. Les encantaban los estudiantes que atraía la escuela, de una inteligencia casi autista y procedentes de todas partes del mundo. En Saas-Fee, sentían que habían encontrado a su gente.

Ahora que su divorcio prácticamente era definitivo, parecía más importante que nunca que Catt encontrara una casa que Paul y ella pudieran comprar juntos. Paul era diez años más joven que Catt y todo en sus vidas era anterior a su vida en pareja. Él llevaba sobrio dos años cuando se conocieron. Antes de eso, su vida era una sucesión de catástrofes alcohólicas.

Pero para 2012 encontrar otro sitio en Los Ángeles estaba fuera de cuestión. Los precios habían subido: la gente llegaba en tropel, expulsada por los precios de Nueva York y San Francisco. Catt había comprado su enorme casa antigua en Westlake cerca del parque MacArthur más de una década antes. Construido en los años veinte, Westlake evocaba el Bronx de la primera infancia de Catt, con sus altos edificios de apartamentos de ladrillo y sus hoteles antaño señoriales, con largos toldos amarillos. Originalmente, el barrio era en su mayoría judío, pero durante el gran éxodo a Los Ángeles desde Guatemala y El Salvador durante las guerras sucias de los ochenta, se convirtió en el hogar de la comunidad centroamericana más grande fuera de Centroamérica. Las fachadas de los servicios de paquetería se sucedían en las calles, con fotografías de televisores y cocinas entregadas en burro en aldeas remotas de las montañas de Guatemala. Paseando por el parque MacArthur, Catt casi podía fingir

que había regresado al Bronx o que estaba en Centroamérica. Era como viajar en el tiempo. Oculta tras una puerta de hierro forjado al final de una calle sin salida, su casa era una de las joyas del barrio sin gentrificar y asolado por el crimen que Catt amaba y Paul odiaba. Pero ahora que Los Ángeles se había vuelto tan caro, trasladarse a una parte más de clase media en Los Ángeles significaría cambiar su maravillosa casa art déco por un piso. Así que se quedaron.

Recientemente a los dos se les había ocurrido que comprar una casa en Northwoods, a tres mil kilómetros de Los Ángeles, podía ser la respuesta. Salvo los padres de Catt, que ahora vivían en Palm Springs, no tenían lazos familiares con Los Ángeles o en realidad con ninguna parte. Paul había trabajado el tiempo suficiente en el hospital como para solicitar una hipoteca. Aunque él solo podría ir en verano durante dos o tres semanas, a los dos les encantaban los profundos azules y verdes de la llanura del norte, los bosques, las nubes y el clima.

El norte de Minnesota era como Paul se imaginaba el paisaje en Oregón, donde él había nacido, antes de que su familia se escabullese a Albuquerque. Paul era el menor de una extensa familia católica mexicano-libanesa y según la leyenda familiar su nacimiento fue la causa de su descenso a la pobreza de verdad. Mientras su madre estaba embarazada de Paul, contrataron a su padre como director de estudios de lengua española en una pequeña universidad jesuita en Silverton, Oregón. Llevaban allí menos de un año cuando su madre, que tenía esquizofrenia aguda, atacó a una de las monjas en un arranque de ira posparto: «Puta asquerosa, te has estado

acostando con mi marido». Al año siguiente eliminaron su puesto y durante el resto de su vida su padre los mantuvo a todos dando clases en institutos de Albuquerque.

A Catt le encantaba el norte de Minnesota porque le recordaba a Thurman, el pueblo de las Adirondack sur donde Mikal y ella habían pasado los años más aislados e íntimos de su vida juntos. Se mudaron a Thurman a finales de los años ochenta, antes de los móviles, internet y la televisión por cable, cuando los viejos vivían según un calendario rural que marcaban las señales de la naturaleza y en el que cada mes estaba definido por la agricultura, la captura, la caza, las migraciones animales. Catt descubrió que en el norte de Minnesota la vida salvaje estaba más intacta y era más abundante. Centenares de kilómetros de bosques y lagos se expandían desde la parte central y norte del estado hasta más allá de la frontera canadiense. Águilas y grullas, halcones, garcetas y pelícanos blancos volaban en círculo sobre Twin Lakes cada verano. En una ocasión, había visto un lobo gris en el sendero de bicis. En el norte de Minnesota Catt casi podía olvidar el apocalipsis ecológico. Un verano que intentó hacer una broma sobre el calentamiento global después de una semana de lluvias, la señora que troquelaba las tarjetas en el vertedero del pueblo prorrumpió en una danza de negacionismo climático. «¡Eso es falso! Los cambios de clima son cíclicos, nos lo ha dicho nuestro pastor. Si piensas que el planeta se está calentando, ¡prueba a pasar un invierno aquí! Ha sido así durante miles de años, basta con leer la Biblia».

Para cuando encontró la casa gris, Catt casi había abandonado su búsqueda intermitente de una cabaña en Northwoods. Las orillas de los lagos estaban salpicadas de enormes cabañas de cristal y cedro,

en las que veraneaban las grandes familias de Minneapolis. A lo largo de la carretera 169, entre Greatwoods y Harding, había una sucesión de pequeñas ciudades llenas de casas de madera en ruinas que habían construido las minas en los años veinte y habían alquilado a los trabajadores inmigrantes. Después de extraer la mena, las empresas se fueron y vendieron las casas a familias de la zona. A lo largo de las décadas, a medida que la región decaía, las antiguas ciudades mineras se convirtieron en la última fuente de casas baratas para discapacitados y trabajadores eventuales. Aquellos que tenían buenos trabajos o buenas pensiones se trasladaron a caravanas dobles nuevas o casas prefabricadas más lejos en el campo. A diferencia de las señoriales casas de verano de los grandes lagos, esos lugares estaban a escasos metros de la carretera, lo cual facilitaba limpiar la nieve de la salida los seis meses de invierno.

Catt recordaba que en Thurman Mikal y ella se habían sumergido en un mundo paralelo de grupos de música de Adirondack, historiadores amateur, cantautores y escritores, pero ahí parecía que no había ninguna cultura regional más allá de la minería. La región de Iron Range tenía cuatro museos dedicados a la minería, a pesar de que las antiguas minas estaban cerradas y las nuevas estaban completamente automatizadas. Cualquier otra historia que hubiera ocurrido estaba profundamente enterrada.

Hasta entonces nunca había visto en la zona de Iron Range nada ni remotamente parecido a la casa gris —un terreno pequeño con tres construcciones anexas y un muelle, pero modesto, discreto, rodeado de pinos altos y prados—, un sitio como el que podías encontrar en los Berkshires. Era la clase de lugar con el que ella

soñaba cuando estaba arruinada y vivía en Nueva York a los veinte años.

Catt aparcó y recorrió el largo camino hasta la casa. Encontró la puerta principal cerrada, así que rodeó la casa, buscando una ventana abierta. Había una puerta trasera detrás de un arbusto de lilas cerrada porque la madera estaba hinchada. Catt empujó para abrirla y entró. Había suelos de tarima de arce en el salón y en la cocina, ventanas con listones de madera que daban al lago, y una puerta de paneles de madera conducía a un dormitorio pequeño. Habían reformado la cocina con moderación: los electrodomésticos eran antiguos, pero habían invertido en un fregadero rústico profundo y en los armarios con puertas de cristal pintados de color burdeos. Una escalera de medio piso llevaba a una amplia sala abierta que parecía un barco. Catt tuvo una sensación de regreso que también era el principio de algo. Se preguntó quiénes serían los anteriores ocupantes y de dónde vendrían. Cualquier local se habría gastado el dinero en una nevera de acero inoxidable y un lavavajillas.

De pie en el dormitorio del piso de abajo con sus dos estrechas ventanas, Catt se visualizó escribiendo un libro ahí, quizá muchos. La estancia grande con forma de barco del piso de arriba era agradable y envolvente, con paredes bajas de yeso y el techo inclinado. Había una habitación pequeña que daba al lago en el lado norte de la estancia: ¡Paul podría usarla de despacho! El corazón le latía acelerado mientras buscaba el teléfono: eran las dos y media en Minnesota, por tanto, las doce y media en Los Ángeles, estaría en el descanso para comer, pero no había cobertura más allá del cruce de Balsam.

Tras cerrar bien la puerta al salir, Catt descendió la colina hasta un muelle de madera irregular a los pies del lago South Jonas. Nenúfares, iris silvestres. Contó unos cuantos muelles más, pero las casas estaban ocultas tras el denso follaje de junio. No había nadie. Catt se sacó los zapatos y metió los pies en el agua. Dos colimbos se zambullían y emergían entre las olas picadas. Le parecía impensable que ese lugar increíble costara menos de trescientos cincuenta mil dólares. No tenía sentido siquiera pensarlo; era imposible.

No obstante, en cuanto volvió a la zona donde había cobertura llamó al número que había visto en el cartel y el agente le respondió de inmediato. ¿El lago South Jonas? Había estado a la venta más de un año, pero el mes pasado el propietario finalmente aceptó una oferta. Cuando Catt preguntó el precio, la cifra era menos de la mitad de lo que había imaginado. Se lamentó y le hizo prometer que, por favor, la llamaría si cambiaba o surgía algo.

Paul y Catt se conocieron en Albuquerque en abril de 2005. Él vivía en una zona residencial nueva en Northwest con su hermana Pam y Daniel, su hijo de diez años. Un mes antes, había salido de la prisión estatal Los Lunas por haber cargado 953 dólares en la tarjeta de crédito para gasolina de su antiguo jefe. Trabajaba para Halliburton conduciendo un enorme camión cisterna de gas en Farmington, Nuevo México. Donnie, su padrino de Alcohólicos Anónimos, le había conseguido el trabajo, pero tuvo una recaída. Paul dejó de ir a trabajar, pero sus jefes tardaron tres semanas en bloquear la tarjeta. Hasta entonces, había estado merodeando por la gasolinera de Circle K poniendo gasolina a mitad de precio a cualquiera que no le

mandara a la mierda. Al principio se gastó el dinero en Jack Daniel's y Marlboro Lights, pero al final se pasó al crack; era más rentable. Siniestró su coche, todo era desastre. Cuando finalmente lo arrestaron nadie le dejó dinero para la fianza o un abogado. El abogado de oficio le prometió que conseguiría sacarlo en libertad condicional si se declaraba culpable de un delito grave de tercer grado, pero el juez lo condenó a treinta y dos meses, la pena máxima. Halliburton controlaba todo en esa ciudad. Salvo unas cuantas multas por alcoholemia, Paul no tenía antecedentes.

Dejó de consumir la primera noche en la cárcel y consiguió que lo liberaran antes gracias a ir a Alcohólicos Anónimos, al temazcal, a clases de estudio de la Biblia y a la capilla. Tras lograr que lo cambiaran del nivel tres de media seguridad en Santa Fe al nivel 1, en la granja Los Lunas, en un primer momento regresó a Farmington. Pero cuando se dio cuenta de que con sus amigos de allí volvería a meterse en problemas, decidió mudarse de nuevo a Albuquerque, donde su hermana Pam le permitió quedarse con ella. Pam, la más funcional de sus cinco hermanos, era médico de planta en un hospital grande. También era muy crítica con Paul, que siempre había sido listo y debería haberle ido mejor. Pam y Daniel vivían en una enorme McMansion, pero no ayudó a Paul a pagar el abogado. Cuando él estaba a punto de morir en el nivel tres de media seguridad, intentando mantenerse alejado de los gánsteres, Pam llevó a Daniel a visitarle con la idea de que ver a su tío entre barrotes con un mono naranja «le metería miedo y se comportaría». Daniel todavía conservaba la foto.

Albuquerque había cambiado mucho durante los diez años desde que Paul había huido a Farmington para escapar de unos cuantos

problemas que le había causado su alcoholismo, además de su familia. Antes él salía a la calle y prácticamente podía conseguir cualquier trabajo o apartamento con labia. Ahora todo eran solicitudes online, verificaciones de antecedentes y solvencia. No importaba lo bien que fuera una entrevista, todo cambiaba cuando respondía a la pregunta de los antecedentes. Gracias, decían todos, nos pondremos en contacto. Empezaba a preguntarse si alguna vez volvería a encontrar trabajo, de un apartamento ya ni hablar. Y entonces vio el anuncio de Catt en el periódico buscando un gerente residente para unos apartamentos. El anuncio ofrecía un buen sueldo a tiempo parcial y un apartamento sin cargos en un complejo de diez viviendas.

Albuquerque, como todo el mundo sabía, estaba claramente dividido entre el bueno y el malo. De pequeño, él había gravitado hacia el Albuquerque nuevo, hizo amigos entre los niños de clase media alta, aprendió vela y tenis, pero la bebida le había mezclado con el Albuquerque malo. Los apartamentos de Catt estaban en el epicentro del Albuquerque malo, a cinco kilómetros nada más del centro y de la universidad, pero asediado de fumaderos de crack y gánsteres. Paul lo sabía: había ido a menudo a comprar drogas allí.

A Paul no le cuadraba la impresión que le había causado Catt con los apartamentos que acababa de comprar. Con sus botas bonitas y su corte de pelo, claramente ella pertenecía al Albuquerque bueno; no obstante, parecía diferente de la mayoría del Albuquerque bueno, más libre y ligera, quizá más parecida a una persona de Taos.

Antes incluso de conocerse en persona, la primera vez que hablaron por teléfono, algo encajó y conectaron. Cuando finalmente se conocieron, ella le ofreció el trabajo de inmediato. Al igual que él,

ella no tenía hijos, algo casi inaudito para alguien de su edad. Catt vivía en Los Ángeles, escribía y enseñaba a tiempo parcial en una universidad. Él no tenía ni idea de qué hacía con todos esos apartamentos en un barrio tan peligroso.

Había ido desde Los Ángeles con una cuadrilla liderada por su amigo Vernon, un carpintero-manitas de cuarenta y muchos, para arreglar los apartamentos. Paul empezó ayudando. Casi de inmediato, empezaron a flirtear, pero antes de su primera cita, Catt le contó que estaba casada. Mikal y ella, le explicó, ya no tenían relaciones sexuales ni vivían juntos, pero seguían siendo sus respectivos mejores amigos y todavía tenían el dinero a medias.

A Paul le costó entenderlo. Cuando él rompía con una mujer, era como si no hubiera existido nunca. Catt y él llevaban «juntos» unas cuantas semanas cuando Mikal fue de visita a ver los apartamentos. Era francés, viejo, europeo, y parecía un tío realmente agradable. Les invitó a los dos a un restaurante de servilletas de tela por el cuarenta cumpleaños de Paul. Paul no había visto nunca una cosa así. Mikal parecía completamente feliz de verlos juntos, como si fuera el padre o el hermano mayor de Catt.

Esa primavera Catt había comprado treinta y seis apartamentos hechos polvo en uno de los peores barrios de Albuquerque con un optimismo equivocado. Ella había hecho sus pinitos en pequeñas aventuras inmobiliarias desde que Mikal y ella —expulsados por los precios de Nueva York— se mudaron a Thurman. La madre de Mikal les había dado dos sumas de dinero y puesto que no era suficiente

para comprar un apartamento en Nueva York, en su lugar habían decidido invertirlo.

El dinero procedía de la hermana mayor de Mikal, Jacqueline. En el boom inmobiliario de posguerra de París, Jacqueline había salvado a sus padres inmigrantes de una vejez empobrecida comprando bloques de apartamentos sin pagar entrada y levantando un modesto imperio inmobiliario. Jacqueline, una secretaria titulada, era estilosa, ambiciosa e inteligente, una figura a lo Maria Braun, incansablemente encantadora, que incluso se parecía un poco a Hanna Schygulla. Mikal y Catt la querían y la admiraban. Bajo su influencia, habían comprado y arreglado una casa de alquiler pequeña y al final adquirieron un apartamento de una habitación en el East Village.

Para cuando Catt se trasladó a Los Ángeles a mediados de los noventa, ella ya sabía bastante de fontanería, pulir suelos y pintar. Así que en lugar de alquilar una casa, se compró una cabaña en ruinas en la parte baja del barrio Mount Washington. Era la primera cosa que tenía a su nombre y su trabajo de profesora adjunta cubría de sobra la hipoteca. Puesto que no podía permitirse un contratista general, Catt decidió quitar las tejas de amianto ella misma y techar toda la cabaña. Vernon, el dependiente de la carpintería, se ofreció a acercarse un fin de semana para enseñarle a colocar las nuevas tejas de cedro. Continuó yendo y terminaron la cabaña juntos.

Vern y su mujer, Felicia, se convirtieron en los nuevos amigos de Los Ángeles de Catt. Todos tenían más o menos la misma edad, y la pareja vivía en un camping de casas prefabricadas al este de Los Ángeles, en Upland. Catt ya sentía un conflicto salvaje con su vida en el mundo del arte de Los Ángeles y sus visitas a Vern y Felicia se

convirtieron en su nueva escapada secreta. Vern era una especie de sabio: había dejado los estudios en el instituto, tenía un gusto perfecto y era capaz de arreglar o restaurar casi cualquier cosa.

Cuando Catt y Vern se quedaron sin trabajo en la misma época, decidieron seguir trabajando juntos. Después de los disturbios y el terremoto, había muchísimas casas viejas que nadie más quería. Encontraron y restauraron un chalet destrozado en las montañas de San Bernardino a cien kilómetros al este de Los Ángeles, y luego un edificio de dos plantas en Atwater Village. Los créditos eran baratos y era fácil pagar los sueldos de Catt y Vern y obtener algo de beneficio sin subir los alquileres o echar a la gente. Ella compró su casa cerca del parque MacArthur y un edificio de dos plantas vacío enorme a la vuelta de la esquina que estaba enredado en un pleito y los dos se ocuparon de los arreglos. Antes de que Mikal y ella empezaran a salir juntos, ella había sido muy pobre en Nueva York, había tenido trabajos muy humildes. Tenía los dientes torcidos, se los tapaba con los labios al sonreír porque hasta los cuarenta años no se pudo permitir arreglárselos. «El universo», pensaba Catt, «ahora me dice que gane dinero».

Pero al final Los Ángeles despertó de su duermevela. El zumbido cálido del capital latía por las calles como cafeína, los viejos restaurantes estaban cerrando y siendo reemplazados por cafés de diseño. Artistas que ella conocía salieron corriendo a comprar casas residenciales abandonadas y duplicaron la inversión, las convirtieron en obras de arte de mediados del siglo xx. Catt anhelaba la estabilidad: a ella le encantaban esos barrios dejados por lo que eran y la gente que vivía en ellos, y odiaba la idea de ser parte de ese tsunami de gentrificación.

Alrededor de esa época, había empezado a salir con un abogado de bienes raíces inconformista que había conocido en un avión. Hank Forster era de los Apalaches y no se había podido arreglar los dientes hasta que terminó la universidad. Era una especie de Robin Hood, representaba a la ciudad y el condado en las transacciones con promotores extranjeros. Hank estaba fascinado con su pequeño imperio y la animó a profesionalizarlo. Así que vendió el edificio de Atwater y compró un edificio de doce viviendas cerca del desierto de Mojave, dos horas al noreste de Los Ángeles. Allí las cosas eran más estables. Podía arreglar los apartamentos sin gentrificarlos por completo y alquilárselos a gente de clase trabajadora. Vern y Felicia se trasladaron allí y se convirtieron en gerentes residentes.

Dos años después el boom de Los Ángeles se extendió al desierto. Cuando un promotor profesional le ofreció tres veces lo que había pagado por el edificio, ella sabía que sería idiota si no lo aceptaba. Pero no podía coger el dinero y largarse. Había comprado el edificio de doce viviendas con fondos de impuestos diferidos. Para mantener el aplazamiento tenía que comprar otros apartamentos de alquiler por el mismo valor o más. Los agentes le aconsejaron ir a Las Vegas o Phoenix, pero ella odiaba esos sitios.

Cuando vio los edificios de estuco de estilo ruta 66 en Albuquerque se enamoró. Las gruesas ventanas con bisagras, la luz y el polvo…, vestigios de una América desaparecida. Los apartamentos llevaban en venta meses, con muy pocos inquilinos, lo cual ella inocentemente vio como un plus: los arreglaría todos y empezaría de cero sin subir los alquileres y sin echar a nadie. Con treinta y seis inquilinos se podía permitir poner azulejos de cerámica en cocinas y baños, asfaltar los aparcamientos y pintar una pared en

cada habitación de colores del suroeste. A diferencia de las empresas de administración profesionales de la ciudad, ella les alquilaría los apartamentos a los clientes de la agencia de personas sin hogar y a gente con antecedentes criminales. Se imaginaba a la gente volviendo a empezar sus vidas en el refugio que les brindarían en esos elegantes edificios antiguos.

Después de ayudarla a rehabilitar las casas de Albuquerque, Vern y Felicia volverían al desierto. Catt les prestó dinero para comprar una vieja casa Craftsman y tres apartamentos de alquiler. Ella pensaba que sería mejor separar la parte de su vida llena de baños y calentadores de agua caliente que perdían de su vida como escritora en Los Ángeles.

Cuando Mikal fue a ver a Catt y los apartamentos nuevos ese mayo, hablaron largo y tendido sobre Paul y todo. Acababan de vender la casa que tenían en Thurman. Dentro de poco, Mikal se retiraría de su puesto de profesor titular en Nueva York. Ese sería el primer verano en veinte años que no pasarían juntos. Mikal iría a visitar a su familia en Francia y luego continuaría el viaje para hacer una residencia en Italia.

Catt tenía planes de viaje sin concretar, pero después de conocer a Paul comenzó a replanteárselos. Recientemente había cerrado la puerta del aspecto sexual de su amistad con Hank, que tenía casi la misma edad que Mikal. Mikal se preguntaba cuán seria sería en realidad la relación de Catt con Paul, pero no lo preguntó directamente. En su lugar, hablaron de política.

Era finales de la primavera de 2005: desde la invasión de Irak dos años antes, habían contemplado horrorizados cómo George Bush y Dick Cheney imponían un estado de excepción permanente. Las nuevas leyes antiterroristas alentaban la persecución de los actos de buena fe y desobediencia civil. El Gobierno acosaba a gente indefensa, personas que no les importaban a los medios de comunicación: taxistas y albañiles, activistas ecologistas del noroeste del Pacífico que iban a universidades estatales. Hubo redadas y arrestos preventivos de inmigrantes musulmanes y se les impusieron duras condenas federales a chavales que habían destrozado unos cuantos SUV devoradores de gasolina en un concesionario Ford. Una de cada cien personas en Estados Unidos estaba en la cárcel. Apenas se prestaba atención a esos eventos, y se oponía aún menos resistencia. «Los pobres deben marcharse», recordaba Catt que había dicho Jean Baudrillard de los años de Reagan en su libro *América*. Once años antes de las primeras elecciones de Donald Trump, seis años antes de Occupy Wall Street y de la Primavera Árabe, el activismo no había tenía mucho valor cultural. Mikal y Catt pensaban en esas cosas a diario, pero, como el resto de la gente, se sentían aislados, separados e impotentes en su rabia frustrada.

«¡Fíjate en lo que le pasó a Paul! —le dijo Catt a Mikal—. Estuvo dieciséis meses en prisión por robar 953 dólares a Halliburton, el negocio de Dick Cheney que abasteció la guerra de Irak y probablemente malversó miles de millones».

Mikal asentía atentamente. A pesar de lo sofisticado que era como teórico crítico, le conmovían profundamente las injusticias. «¡Y Paul ni siquiera ve su caso como un caso político! —continuó Catt—. Está avergonzado, cohibido. Se lo toma todo de forma personal. Pero

cualquier persona de clase media con un abogado jamás se habría declarado culpable. La habrían procesado y mandado a casa en cuestión de horas».

Catt creía apasionadamente en Paul. Quería ayudar a Mikal a comprender la emoción que sentía por haberlo conocido y, mejor aún, compartirla con él. Como niño judío escondido durante la ocupación francesa, el impulso por defecto de Mikal era actuar siempre por principios. ¿Acaso la amiga de sus padres, Esther, una mujer soltera de la Resistencia francesa, no se había tirado por la ventana de un cuarto piso cuando la Gestapo llamó a su puerta para no traicionar a sus camaradas? La guerra era el pasado de Mikal y él se sumergía en ella. Escondido y a salvo en el campo cuando su padre fue arrestado, Mikal creció tan traumatizado que nunca sabía cómo se sentía respecto a nada mientras estaba sucediendo, o si sentía algo. Le resultaba más fácil organizar su vida alrededor de imperativos éticos. «No basta», le gustaba decir, «solo con ser inteligente». Más que ninguna otra cosa, Catt seguía anhelando el profundo entendimiento que tenían.

El sueño de Paul era volver a estudiar y sacarse la carrera de psicología. Lo había apuntado como una de sus afirmaciones en el diario que llevaba en la cárcel. A Catt le conmovía y le asombraba la cantidad de obstáculos que le impedían hacerlo. Tenía que pagar tantas cosas: tasas de análisis de drogas y tasas por la libertad condicional; un costoso alcoholímetro y otros ciento veinte dólares para que lo monitorizaran. No podía beneficiarse de la matrícula reducida para residentes del estado hasta saldar el préstamo de tres

mil dólares que había pedido para estudiar en una escuela técnica muchos años antes, puesto que desde entonces había metastatizado en una deuda de dieciocho mil dólares. «Los pobres deben marcharse». ¿Esos cargos y tasas no eran una forma blanda de encarcelamiento?

Antes de marcharse de Albuquerque, Mikal aceptó sin mucho entusiasmo, cuando Catt se lo propuso, que pagaran las deudas de Paul y le dieran una tarjeta de crédito. Sería un nuevo comienzo, una acción política. Ella se las había arreglado para escapar de su pasado, ¿por qué no debería todo el mundo? Mikal y Catt tenían ordenadores que habían encontrado en Craiglist, pero llevaron a Paul a la tienda de Apple del centro comercial de la parte alta de la ciudad y le compraron un MacBook nuevo. «Bienvenido a la clase profesional», le dijo Mikal con ironía.

Siete años más tarde, Paul había terminado la carrera y el posgrado en Hazelden y estaba trabajando a jornada completa en un hospital psiquiátrico. Parecía que su apuesta por él había dado sus frutos, pero a costa de distanciarse.

En Saas-Fee, Catt se instaló en la cómoda habitación de hotel que ofrecía la escuela. Mikal llegaría temprano al día siguiente, justo antes de que comenzaran las clases. Como siempre, les habían dado habitaciones contiguas, pero ese verano no se habían visto mucho. De hecho, desde que habían firmado su acuerdo de separación en una servilleta en un deli judío dos meses antes, apenas habían hablado. Él y su nueva pareja, Claire, siempre estaban de viaje u ocupados.

«Tendremos tiempo en Saas-Fee», le aseguró Mikal. «Espera un poco. Las cosas volverán a la normalidad». Y sin embargo, no fue así. Ya nunca hablaban por teléfono mientras tomaban café. Catt sentía que sus correos sobre negocios se habían vuelto tensos y más fríos.

Mikal estaba exhausto después de haber viajado toda la noche cuando llegó el lunes por la mañana. No tenía tiempo para tomar un café con Catt porque tenía que preparar su primera clase. Y así fue toda la estancia. El trabajo de Mikal era dar clases sobre filosofía posestructuralista seis horas al día.

Su estilo de enseñar se basaba en la improvisación. Nunca estaba suficientemente preparado. Tenía que sumergirse en los textos para poder sintetizarlos extemporáneamente. Puesto que Catt daba clases de escritura creativa, no tenía mucho trabajo fuera del aula. «Toda mi vida», le gustaba pensar, «es la preparación». Solo tenía que presentarse a la hora, proponer algunas lecturas, inventar un juego o motivación para escribir y luego escuchar mientras leían lo que habían escrito. De acuerdo con la costumbre de Saas-Fee, los profesores de la escuela comían con los estudiantes. Pero incluso en las cenas, Mikal evitó a Catt sentándose en la mesa de los profesores.

La última noche en Saas-Fee, iban a cenar en un restaurante de fondue a unas cuantas manzanas de la escuela, a salvo de las interrupciones de los estudiantes. En cuanto se sentaron a la barra para pedir algo de beber mientras esperaban una mesa, Volker, otro miembro del profesorado, entró y se sentó entre ellos. Volker, un conocido director del nuevo cine alemán, había nacido el mismo año que Mikal. Un alemán y un judío: él y Mikal eran ambos niños de la

Segunda Guerra Mundial, aunque de bandos opuestos. Los dos hombres tenían mucho de que hablar.

Mikal le preguntó a Volker si quería unirse a ellos para cenar. Mientras los dos hombres conversaban, Catt contempló cómo la posibilidad de volver a reconectar con Mikal menguaba. Se marchó antes de que pidieran los cafés. Al día siguiente cogió sola el autobús a Brig y luego viajó a Zurich.

Catt se negaba a comprar una tarjeta SIM especial para que su teléfono funcionara en Europa, así que hasta que no estuvo de vuelta en Minneapolis no vio la llamada perdida de un número del norte de Minnesota. El agente inmobiliario de Jonas Lake le había dejado un mensaje en el buzón de voz: los compradores se habían echado atrás, la casa era de Paul y suya si todavía la querían.

Paul ya había utilizado sus dos semanas de vacaciones en el hospital psiquiátrico, así que no podía ir a ver la casa. Confiando en la intuición y el entusiasmo de Catt, firmó el contrato y la hipoteca.

En navidad condujeron tres mil kilómetros desde Los Ángeles hasta Balsam, con todas las cosas que habían reunido para la casa embaladas en un camión.

2

Atravesaron Nevada y Utah, Idaho, Wyoming, Montana y Dakota del Norte con su perrito Blaze vestido con un jersey rojo teñido a mano. Catt se lo había comprado en una nueva y cara tienda ética del Lower East Side la última vez que había hecho una lectura en Nueva York. ¿Cuánto se puede gastar en una vela aromática?, se preguntó entonces. La respuesta era 73 dólares. El jersey era precioso, pero seguía imaginándose el desprecio y el desconcierto de la mujer boliviana que lo había tejido.

Pararon cerca de la una la víspera de Navidad en un motel vacío próximo a los yacimientos petrolíferos a las afueras de Bismarck. Una guirnalda de bombillas antiguas de colores vivos colgaba de los aleros. Las luces eran como las que tenían Paul y Catt de pequeños, sus padres eran demasiado tacaños para gastar en las nuevas que parpadeaban. Pequeñas manchas de color brillaban en la oscura noche de las praderas y el aire era tan frío que dolía caminar por el aparcamiento.

Esa noche Paul estaba enfadado y Catt no sabía por qué. ¿Era por la discusión que habían tenido en el China Buffet siete horas antes? Catt insistía en que el China Buffet era la única oportunidad real de comer rápido y saludable en los viajes por carretera largos. Como siempre, ella se llenó a medias el plato de arroz blanco y verduras. Paul percibió su desesperación mientras cargaba su plato de cerdo,

arroz frito y rollitos de huevo. Ella quería hablar, de lo que fuera. «Paul», susurró mientras él se metía el veneno en la boca, «¿puedes bajar el ritmo, por favor?». Él la fulminó con la mirada, le dedicó una sonrisa y volvió al bufet a por los segundos. Desde ese instante se había encerrado en un silencio que podía estallar en ira en cualquier momento. Ella había intentado bromear y luego un juego de coche que los dos recordaban de la infancia. En Montana, encontró una emisora de la NPR que estaba poniendo las cantatas de Navidad de Bach. A Paul le encantaba la música barroca —su madre había estudiado piano de joven—, pero la apagó con furia. Cuando le sobrevenían esos estados de ánimo sombríos no había forma de sacarle de ahí, aunque ella cometía la estupidez de intentarlo.

En un viaje en coche que habían hecho juntos —¿fue antes o después de ese?— Catt se había sentado en el suelo y había tratado de desaparecer en el rincón de una habitación de motel de Nebraska o Kansas. Él le gritó hasta que ella se puso a llorar y luego se metió en la cama y durmió como un muerto. A Catt le daba miedo su ira pero todavía no había aprendido a prevenirla. Ya había aprendido a no sacar el tema después, porque si lo hacía, él le gruñía «¿Por qué eres siempre tan negativa?» y volvía a comenzar el enfado. Al final, un día o una semana después, él encontraba el camino de vuelta y hacía una referencia velada y en broma a su «mal humor», que era su manera de disculparse. Buscando en Google «¿Es mi pareja un maltratador?» por la noche, a veces Catt sentía que los humores cambiantes de Paul reducían su agencia. Pero, por otro lado, ¿no estaba sobrevalorada la agencia? Tenía tantas cosas entre manos —escribir y dar clase, su carrera de escritora, los apartamentos en

Albuquerque—, que en tanto en cuanto sus enfados no fueran demasiado frecuentes era más fácil ignorarlos.

Paul se quedó en el camión mientras Catt entraba en la oficina e intercambiaba efectivo por la llave de una habitación. Cogieron sus bolsas de viaje y subieron al perro escondido en una manta. Esos fantasmagóricos moteles de los sesenta que a Catt le parecían tan interesantes eran exactamente iguales a los sitios en los que Paul fumaba crack. Encendió la calefacción y sin decir una palabra desapareció en una de las dos camas dobles.

Cuando se despertaron era Navidad. Paul se puso la parka y las botas y fue al camión a buscar la cafetera. Preparó café y le dio una taza grande solo con dos cucharadas de azúcar moreno, justo como a ella le gustaba. «¡Feliz Navidad, *kitten duck*!». Cogió al perro en brazos. El mal humor había terminado.

El cielo estaba tan gris como la casa en la carretera del lago South Jonas cuando tomaron el camino de entrada. Había gruesas capas de nieve sobre los altos pinos de Balsam. Era el primer invierno de Minnesota que veían en cinco años, después de que Paul terminara su posgrado en Hazelden. A pesar de que había seguido estudiando para sacarse el doctorado en Los Ángeles, Paul nunca acabó de comprar el concepto de escuela o incluso de psicología. A veces ganaba un dinero extra redactando certificados al amparo de su licencia de terapeuta: «A quien corresponda: El paciente X se ha visitado en mi consulta con síntomas compatibles con una depresión moderada y le he prescrito terapia con animales». Era ridículo. Aun así, era mejor estudiar y tener una profesión que no tenerla si quería

ser funcional en la vida y vivir cómodamente. ¡Y había valido la pena! La casa gris era un sueño. ¿Quién habría pensado que tendría una casa en el lago cuando salió de la prisión Los Lunas hacía menos de diez años? Las escrituras estaban a nombre de los dos. Catt era autónoma: a ella nunca le hubieran concedido la hipoteca sin las nóminas de él y su alto puntaje de crédito.

El agente inmobiliario había hecho limpiar la casa y encender la calefacción. Al descargar el camión y poner en la casa los muebles que habían reunido durante meses, no se podían creer lo bien que quedaban. Catt calentó un poco de sidra de manzana y bajaron hasta el lago con las tazas a través de unos cuantos centímetro de nieve. «Es tan silencioso —dijo Paul, absorbiéndolo todo—, tan limpio». El lago era una clara de huevo perfecta rodeada de abedules y pinos. Era como renacer. Catt no podía esperar a que volviera y viera el lugar en verano.

No obstante, en el fondo de su mente, Paul ya temía el fin de las vacaciones, cuando tendría que volver a su trabajo en de Skid Row con una nueva unidad móvil de salud mental. Skid Row, Death Row, Skideath Row…, ni siquiera era un distrito per se, las fronteras seguían cambiando en el centro de Los Ángeles. Cuando aceptó el trabajo, había creído que dar vueltas conduciendo en una reluciente furgoneta blanca todos los días sería una mejora temporal en comparación con el área cerrada del hospital. Pero había tanto sufrimiento allá donde iba en el campo de la psicología. La energía que sobrevolaba en sus grupos de terapia era desesperada y demente, y él la sentía, pero al menos después del grupo podía regresar a su despacho. En cuanto se bajaba de la furgoneta en Skid Row, sabía que podía escapar. El aire de las calles lo aprisionaba.

Mantenía la boca cerrada; no quería probarlo, pero de todos modos el olor se le quedaba pegado en la piel. Todo estaba sucio y mal. Adonde mirara había cientos de personas empujando carritos llenos de posesiones que en realidad eran basura. Tenían el pelo apelmazado, la piel tan sucia que parecía totalmente de otro color. Andrajos rotos y podridos cubiertos de manchas de comida y mierda viejas, el olor a pis en los callejones, todo apestaba. Durante todo el día, sentía que algo malo se le había adherido a la piel y le picaba. No se lo contó a Catt.

Ella y sus amigos pensaban que era un trabajo importante, glamuroso incluso. Por supuesto: ellos no tenían que hacerlo. La nueva unidad móvil de salud mental era responsable de hacer el triaje entre aquellos que estaban más cerca de la muerte y llevarlos a un nuevo programa de cuidados integrales, donde médicos, psiquiatras, terapeutas y especialistas en vivienda trabajaban juntos para asegurar su supervivencia. Una vez aceptados en el programa, sacaban a los nuevos usuarios de la calle y les daban tratamiento médico gratuito, supervisión psiquiátrica, cupones para alimentos y apartamentos nuevos. Durante los dos meses que él llevaba en el puesto, habían salvado a entre ocho y diez personas. Pero había muchísimos más. El dolor que presenciaba era infinito.

La casa gris se erigía en una colina blanca nevada como un sueño. Eso era por lo que había trabajado. ¡Si encontrara la manera de vivir de veras ahí! Agarró la mano de Catt cubierta por un mitón con sus guantes de cuero nuevos, los guantes que le habían regalado los padres de ella por Navidad.

Devolvieron el camión la mañana siguiente en Nuttal's Garage, en Greatwoods. Greatwoods era más pequeño y bonito que Harding, la siguiente ciudad importante de Iron Range, a unos cincuenta kilómetros por la autopista. Había una fábrica de papel todavía en funcionamiento, un centro cultural, un albergue y un café vegetariano. Por supuesto, la ciudad tenía un Walmart grande, pero también había un estudio de yoga y danza al lado de la cárcel y los juzgados. Se notaba que había gente en la ciudad que había vivido en otros lugares. El agente inmobiliario les había dicho que Greatwoods estaba a veinticinco minutos de Balsam, pero conducir el camión sobre hielo les llevó casi una hora. El tipo del alquiler parecía sorprendido de que hubieran ido a Iron Range desde California. La mayoría de la gente se mudaba en dirección contraria.

De ahí fueron al café hippie y tomaron una sopa de curry tailandés y muffins de arándanos. Catt estaba decidida a hacer esquí de fondo como mínimo unas cuantas veces durante esas vacaciones de invierno. Había investigado las pistas y traído todo el material que habían comprado cinco años antes durante el invierno en Hazelden. Conduciendo en dirección norte por la ruta 38 al salir de Greatwoods, siguieron el mapa hasta las carreteras secundarias nevadas y al final llegaron a una pequeña zona de aparcamiento. Había solo unos cuantos coches. Pero detrás de una enorme puerta de metal encontraron una pista por la naturaleza bien mantenida que a lo largo de diez kilómetros recorría un puñado de lagos y bosques y llegaba a una propiedad abandonada. Se pusieron los esquís y avanzaron por una serie de colinas que subían y bajaban al lado de dos lagos. Era cerca de la una de la tarde; la temperatura del día, alrededor de doce grados bajo cero. Ramas cubiertas de

hielo de alerces, arces y robles entretejidas por encima de sus cabezas, y a través de ellas, el cielo. Catt descendía veloz las colinas en éxtasis. Cuando Mikal y ella se mudaron a Thurman se había puesto a aprender todas las destrezas de clase media que se había perdido en la infancia. Aprendió a esquiar, a montar a caballo, a asar pollos al estilo francés, y dio clases de ballet. «Tienes que deslizarte, Paul, ¡deslizarte!», le gritaba ella desde lo alto de las colinas. Ascendiendo con dificultad cada colina sobre los bordes de los esquís, Paul se lo tomaba con deportividad. Veía lo mucho que le gustaba todo eso.

Esa noche en el sótano, Paul encontró una vieja estufa de madera. La llenó de leña y se durmieron con el perro a los pies al calor de la madera. Más tarde esa noche, Paul oyó una serie de golpes fuertes en la chimenea, como si alguien la estuviera golpeando con un enorme palo de metal, pero Catt no oía bien y no se enteró.

Las vacaciones casi habían terminado pero todavía no se habían acostado en la casa nueva. Catt estaba preocupada, pero no quería forzarlo. La cuestión, o el tema, del sexo se había vuelto muy tensa y sensible. Paul estaba cansado la mayoría de noches que trabajaba o deprimido los fines de semana. Una vez, en uno de sus malos humores, él le había gruñido: «Si tuviéramos la misma edad y me sintiera atraído por ti, nuestra relación sería perfecta». Pero luego se disculpó y le explicó que solo estaba buscando algo horrible y doloroso que decir. Estaba tan disgustado que ella casi sintió pena por él. «Oh, *kitten*», dijo él, abrazándola bajo las mantas, «tú eres mi persona favorita». Había escarcha en la ventana que tenían a su lado y más allá nada aparte de nieve.

Por la mañana se encontraron una nota en la puerta al levantarse.

¡Bienvenidos a Balsam! Venid a saludarnos cuando queráis, somos la casa blanca al final de la carretera.

WALTER y HEATHER LAPKE

Los Lapke eran sus vecinos más cercanos; de hecho, los únicos, que vivían todo el año en el lago South Jonas. Walter y Heather, y sus cuatro o cinco hijos que estudiaban en casa, estaban en la vivienda cuando Paul y Catt caminaron por la carretera sin asfaltar y llamaron a su puerta.

Los Lapke eran misioneros. Antes del nacimiento de su primer hijo habían estado destinados en Namibia y Centroamérica. Ahora Walter editaba un blog cristiano y Heather era la tesorera de Balsam. También vendían leche de cabra.

Paul y Catt se quitaron las botas y siguieron a Walter al salón. Tenía cuarenta y muchos años, llevaba un chaleco de forro polar, vaqueros anchos y unas gafas bifocales baratas. Heather, unos siete años más joven y de pelo castaño rizado, salió de la cocina con el delantal puesto. De cara rosada, robustos e imperturbables, tenían aspecto de personas de clase media del siglo pasado que habían adoptado la vida granjera como hobby. El salón era luminoso y alegre: una mesa cerca de las ventanas con cortinas amarillo claro; una televisión y una librería; un sofá grande y dos butacas reclinables, todos mirando a la chimenea. El sol brillaba, pero fuera hacía menos dieciséis grados. Walter les preguntó qué tal se estaban adaptando y llevando el tiempo viniendo de California. El agente

inmobiliario les había contado que los nuevos propietarios conducirían desde Los Ángeles.

Sin motivo aparente —nadie les había preguntado—, a Paul y a Catt les costó explicar su presencia en Balsam. Catt era profesora y escritora —había pasado veranos ahí—, habían descubierto el norte del país mientras Paul estaba en la escuela de posgrado en Hazelden.

Habíamos empezado a pensar, dijo Heather mientras les ofrecía unas tazas de té caliente y galletas de navidad caseras, que nunca se vendería la casa Ellison.

Antes de que llegarais vosotros, estuvo dos años a la venta, añadió Walter.

Todo esto pertenecía a los Ellison, dijo Heather. Cincuenta hectáreas, era la antigua propiedad Maki.

En cuanto vi la casa gris en junio del año pasado, confesó Catt, nos imaginé aquí. Era exactamente el lugar con el que había soñado, casi me volví loca de deseo.

¡Nos pasó lo mismo!, dijo Heather sonriendo. Acabábamos de volver de Zaire tras el nacimiento de Walt Junior. Estábamos de alquiler en Saint Paul y buscábamos por toda Minnesota una casa con granero en un lago que nos pudiéramos permitir en ese momento. Le compramos nuestra casa a Theresa Ellison justo después de que se divorciara.

¿Era de las Ciudades Gemelas?

No, era de algún sitio de Inglaterra. Tenía planes de lo más ambiciosos para convertir toda la propiedad Maki en una finca ecuestre. Abrieron pistas al lado del arroyo que usaban para hacer esquí de fondo. Por supuesto, hace mucho que están cubiertas de

maleza. Pero cuando ella y su marido se divorciaron dividieron la finca en parcelas. Un tipo de Harding compró las dieciocho hectáreas de atrás y las usa para cazar osos.

¿Cazar osos?, preguntó Paul.

Sí, eso es, dijo Walter con orgullo. Será mejor que tengáis cuidado allí.

¿Dónde están los Ellison ahora?

Bueno, dijo Heather, creo que se han mudado al área metropolitana de Minnesota-Saint Paul. No sé dónde está Theresa ahora, pero durante una época fuimos vecinos. Después de que Walter y yo compráramos la vivienda, Theresa se mudó a vuestra casa y tuvimos oportunidad de conocerla un poco. Su hija Mariah vivía con amigos en Greatwoods, en parte había crecido aquí. Y luego Theresa tuvo que volver a Inglaterra a ocuparse de asuntos familiares, así que puso la casa a la venta. Originalmente iba a vender vuestra casa más un establo de metal y veintiséis hectáreas. Theresa dio permiso a Mariah y a su novio para mudarse a vuestra cabaña sin pagar alquiler, la vieja cabaña de verano de campamento que uno de los hijos del viejo Maki hizo traer. La idea era que iban a arreglarla y luego Theresa dividiría media hectárea, la vendería y les daría la mitad del dinero. Pero al final no salió así.

Al parecer las cosas se fueron un poco de madre, dijo Walter, durante el invierno. Naturalmente a nosotros no nos molestaron mucho…

Pero cuando Theresa volvió y vio el estado de la finca, no quiso saber nada, añadió Heather. Volvió a cambiar las cosas, unió la cabaña a la casa, el establo y las hectáreas y puso todo a la venta por quinientos mil dólares, pero nadie picó, así que lo dividió de

nuevo, el establo y el terreno, la casa y la cabaña, y entonces llegasteis vosotros…

Hablando de picar, dijo Walter volviéndose hacia Paul, ¿tú pescas? Porque, guau. El lago tiene veinticinco metros de profundidad en el medio, lo cual no te esperarías dado el tamaño. Este verano prepárate para unos róbalos y unas luciopercas estupendos.

No veo la hora, dijo Paul con una sonrisa forzada. En realidad, solo había ido a pescar una vez de niño. Había tirado su primer y único pez de vuelta al agua, le llamaron cobarde, pero no pudo soportar verlo sufrir. No se lo contó a Walter.

La temperatura se acercó a cero por la tarde: iba a nevar otra vez. Caminando de vuelta a casa, Paul y Catt se pararon a echar un vistazo a la cabaña. La nieve se había amontonado en la puerta de entrada. Paul la abrió empujándola y entraron a una pequeña estancia en la que había instalación eléctrica y de fontanería: un váter, un fregadero, un calentador de agua, un microondas. Alguien había empezado a construir una cocina y un baño. A través de una puerta, en la sala principal, se habían atornillado de cualquier manera planchas de contrachapado a las vigas, pero quien fuera que había comenzado a panelar la habitación la había dejado sin acabar. Un montón de hojas muertas se habían colado a través de una puerta mosquitera rota y se amontonaban en una esquina. Paul tuvo un fuerte presentimiento de que algo malo, diabólico incluso, había sucedido en ese lugar, pero Catt no lo notaba. Era una cabaña extra completa: ¡sesenta metros cuadrados con electricidad, tuberías y agua! La arreglarían, invitarían a amigos en verano.

Esa noche Paul soñó que estaba en un enorme parque vacío: «Era un parque muy bonito, muy verde, estaba sorprendido, casi me sentía afortunado de haberlo encontrado. Vi algo que parecía un ciempiés grande avanzando lentamente por el césped al lado de dos cachorros recién nacidos. Una mano humana gigante se alargó desde los matorrales, tratando de empujar al ciempiés de nuevo hacia los cachorros, pero los había sorteado sin percances. Continué caminando, me volví y ahí estaba el ciempiés comiéndose a los cachorros. Gritaban en el interior de su boca mientras estaban siendo devorados».

Al despertarse, todavía lo oía. Pero no era más que una lechuza al otro lado de la ventana.

Paul dejó el trabajo en Skid Row tras un larga sucesión de días tórridos que tuvieron lugar en mayo. Ni siquiera era verano pero el calor y la peste, el ruido y el caos de los enfermos mentales sin hogar ya le habían provocado un estado de pánico y desesperación. Cada día que pasaba en esas calles lo retrotraía a su infancia. Era como ver a su madre loca y enfurecida lanzándole un ladrillo a su pie de seis años multiplicado por miles de veces en diferentes razas y géneros. Ahora que tenía sus títulos y la licencia de terapeuta podía encontrar trabajo en cualquier momento, y tenía la esperanza de que fuera uno que le gustara más. Soñaba con tomarse libre todo el mes de julio para estar con Catt en su casa del lago en Balsam. Para su sorpresa, ella estaba de acuerdo con el plan. Acamparían e irían en kayak, harían hogueras, tal vez podrían reparar la cabaña.

Paul se fue a Balsam a finales de junio y condujo dos días sin hacer paradas. El verano de 2013… Catt seguía en Los Ángeles, planeaba reunirse con él más o menos una semana después.

Mikal y ella firmaron el divorcio en un café de Eagle Rock el día después de que Paul se marchara a Balsam. Catt creía que el divorcio se alargaría unos cuantos meses más con los abogados, pero Mikal y su pareja, Claire, decidieron de repente ocuparse ellos mismos. Él se sentó en una butaca leyendo un libro mientras Claire le explicaba a Catt las cuarenta páginas de documentos. Como le tembló la mano y se salió de la línea de la firma un par de milímetros, Claire, que había crecido en Austria, se preocupó por si las autoridades rechazaban los papeles y se los devolvían. «¿Estás intentando sabotearlo?», le preguntó a Catt. «Ay, Claire, no está intentando sabotearlo», dijo Mikal tras levantar la vista, defendiéndola por última vez. Después de firmar el resto de documentos Catt se marchó con sus copias en una abultada carpeta rosa. Al día siguiente, Mikal le envió una respuesta airada a su petición de que le devolviera unas millas aéreas que le había prestado. «Subsané mi deuda contigo cuando te conseguí un viaje gratis a Baltimore», escribió él —se refería a un compromiso para una charla en un museo para el que él la había recomendado a ella tras declinarlo él—, «una buena cena, hotel, honorarios de mil dólares y extra de adulación. Creo que es un intercambio justo».

Hablaron muchas veces después, pero no de verdad.

Ese verano en Balsam, Paul y Catt se enamoraron del norte: los dibujos en el cielo de las nubes que cambiaban constantemente, las

orquídeas salvajes y las alas de las libélulas, los modestos y hogareños acianos de color lavanda.

Cuando salieron al exterior la primera noche que pasaron juntos en la casa, el cielo estaba iluminado por las luciérnagas. Miles de puntos luz del tamaño de la cabeza de un alfiler destellaban en la oscuridad. Pensaron en atrapar algunas y meterlas en un bote, pero les pareció demasiado cruel y decidieron no hacerlo. En lugar de eso, llamaron a la casa Estanque de las luciérnagas. Hablaron de poner un cartel pintado a mano al comienzo del camino de entrada.

Catt encontró unas cortinas viejas de croché en la tienda de segunda mano de Harding. Pusieron dos tumbonas mirando al lago y contemplaban cómo subía la niebla mientras leían el *Harding Tribune* y el *Greatwoods Herald*. Su perrito, Blaze, corría por la colina entre la hierba de color verde brillante. Paul compró algunas herramientas y un tractor cortacésped y organizó el garaje mientras Catt leía a Paul Bowles y empezaba a pensar en escribir.

Su último libro había salido el verano anterior. Había escrito sobre conocer a Paul y los apartamentos en Albuquerque, la justicia criminal y la pobreza estadounidense. Era su primer libro fuera del mundo del arte y la recepción fue tibia, pero ella creía en el libro totalmente. Desde entonces, no había escrito nada salvo ensayos sobre arte: encargados y entregados cada dos o tres semanas.

La vida de Catt como crítica había comenzado cuando se mudó a Los Ángeles a enseñar en una escuela de arte. Había conseguido el trabajo a través de una serie de favores. La gente daba por hecho que sabía algo de arte, lo cual no era así, dado el prestigio del programa. A Catt ni siquiera le gustaba el arte especialmente. Si

tenía un día libre en una ciudad extraña, siempre elegía los jardines botánicos antes que los museos o las galerías.

Al principio consideraba su trabajo como crítica de arte una suerte de timo pretencioso. Cuando escribía una columna para una revista de arte, se retaba a sí misma para cuán pocas palabras era capaz de dedicar al arte propiamente mientras describía la ciudad, sus estados de ánimo y su novedosa e intrépida vida sexual. Pero a medida que pasaba el tiempo, acabó respetando el arte y a los artistas sobre los que escribía. Toda obra de arte se hacía con intención. Aprendió a mirar con más atención. Para su sorpresa, empezó a recibir premios y encargos para escribir sobre artistas serios para museos importantes. Concedida esa pequeña parcela de poder, ella quería usarla para apoyar a artistas infrarreconocidos y obras en las que creía.

En consecuencia, desde que había terminado su última novela dos años antes, solo había escrito sobre arte visual, y por encargo. Toda su ficción hasta el momento procedía de su vida —la gente y las cosas que observaba—, pero ahora se sentía en una posición incierta. ¿Había agotado su vida? Empezó a pensar que debía escribir sobre otra persona.

Casi dos décadas antes, había comenzado a trabajar en la biografía de la escritora estadounidense Kathy Acker. Acker murió a los cincuenta años, más o menos en la misma época en que salió el primer libro de Catt. Solo se habían visto una o dos veces y ni siquiera se habían caído bien, pero ella llegó a creer que sus destinos estaban conectados. Como todo el mundo del East Village, Catt leyó los libros autopublicados de Acker a finales de los setenta y sus escritos le dispararon directamente en el corazón. Cuando leía a

Acker, sentía que una persona mejor, más inteligente, hablaba por ella. Catt acababa de llegar a Nueva York procedente de Wellington y no conocía a nadie. Se obligaba a ir a lecturas y proyecciones y conciertos sola, y a menudo veía a Acker —perfectamente arreglada y rodeada de su séquito—, pero era demasiado tímida para acercarse a ella. Y de todas maneras, ¿qué le iba a decir? Se limitaba a observar asombrada cómo Acker absorbía toda la energía ansiosa en su órbita personal. Más adelante, Catt descubrió que Acker había sido la novia más importante y seria de Mikal antes de que dejara Nueva York por Seattle y Londres en una oleada de malentendidos entre ellos. En el Londres de los años ochenta, Acker se hizo muy famosa. Todos los años que pasó con Mikal, Catt sintió la sombra que Acker había proyectado sobre su vida y la respetó.

En Los Ángeles, dos décadas después, cuando Catt se enteró de que Acker se había desplomado estando sola en un motel de San Francisco con un cáncer metastásico, se quedó devastada y la empatía la llevó al hospital también con un brote de la enfermedad de Crohn. Acker fue trasladada a una clínica alternativa en Tijuana y Catt convenció a Mikal para que fuera a visitarla. Lo llevó al otro lado de la frontera y esperó fuera mientras él le hacía su última visita. Toda su vida adulta, Catt había admirado, observado y envidiado a Kathy Acker. No obstante, el arco de vida parecía tener un mensaje, y no era bueno. Los meses posteriores a su muerte, Catt entrevistó a algunas de las amistades más estrechas de Acker, pensando que escribiría sobre ella.

Las transcripciones llevaban dieciséis años en una caja. Ahora, mientras iba en kayak y salía en bici con Paul, comenzó a pensar en cómo podría usarlas.

El tiempo ese verano fue perfecto: largas lluvias nocturnas, brisas que olían a hierba fresca durante el día. Catt y Paul compraron un atlas en la tienda Four Corners de Balsam y se dispusieron a recorrer en kayak algunos de los mil lagos del condado de Itasca.

Haciendo kayak una noche en su lago, conocieron a Bob y a Dolores, una pareja de ancianos que pasaba cada verano en su rancho en el lado de la autopista del lago. Bob los saludó con la mano y les invitó a entrar y Dolores sirvió té helado y galletas. Su casa, descubrieron Paul y Catt, había sido el viejo almacén general que más adelante trasladaron al cruce principal de Balsam. Bob les hizo un tour y les enseñó dónde se habían añadido paredes y dónde se habían quitado mostradores. Los antiguos propietarios, les dijo, vendieron y se marcharon del estado inmediatamente después de la tragedia. A Bob le sorprendía que nadie le hubiera contado a Paul y Catt lo del chico desaparecido cuando le preguntaron al respecto.

Era finales de los años ochenta, dijo Bob. Julio, verano. La tienda llevaba ahí toda la vida. Una pareja había venido de vacaciones desde las Ciudades Gemelas para comprar cebo y supongo que se distrajeron. Tenían un hijo de seis años, fue andando hasta el lago para cazar tortugas o algo por el estilo, no lo estaban vigilando. Y el chico desapareció sin más, nunca se encontró su cuerpo. ¿Sabíais que el lago tiene veinticinco metros de profundidad en medio? Todo el mundo sabía que la única manera en que podía haber desaparecido era ahogándose. El sheriff cerró el caso rápido.

De excursión en lo profundo de los bosques del parque Scenic State, vieron sus primeras y espectaculares zapatitos de dama, la

flor estatal de Minnesota, una espléndida orquídea terrestre con angelicales alas blancas y unas bulbosas barrigas rosas. Haciendo kayak en Two Rivers, atravesaron un bosquecillo donde anidaban las garzas grises. Un cervatillo salió de entre los árboles y se quedó completamente quieto. Durante esas salidas, Catt sentía que estaba almacenando pedazos de felicidad, tejiéndose el capullo para cuando llegara el momento en que Paul se marchara y ella se quedase sola el resto del verano para escribir.

Pero ¿qué iba a hacer él cuando volviera a Los Ángeles? Habían hablado de ello muchísimo. Sin duda tenía que encontrar trabajo. Era para lo que había vuelto a estudiar, y necesitaban el dinero. Las cosas no estaban yendo bien con los apartamentos en Albuquerque. Después de que un par de empresas de gestión les extorsionaran, contrataron a un matrimonio, Sammy y Patrizia Chee, para que trabajaran para ellos directamente. Patrizia, una blanca de clase trabajadora aspirante a chola, y Sammy, integrante de una extensa familia navajo de Gallup, había pasado bastantes años en la cárcel por infracciones menores relacionadas con drogas y alcohol antes de desintoxicarse. En cierto sentido, eran los dobles de clase baja de Paul y Catt y por ese motivo Catt se sentía obligada a ayudarlos: les prestó dinero, pagó el taller del viejo Chevy Blazer de Sammy, les compró billetes de avión para que recuperaran relaciones perdidas hacía tiempo. Aunque en realidad quien de veras estaba al mando era Patrizia, porque Sammy trabajaba a jornada completa en control de inventario en Best Buy. Cuando Paul gestionaba los apartamentos, se los había alquilado a toda clase de personas y las cosas habían funcionado sin contratiempos. O bien Patrizia era una inepta total o estaba robando. Porque ahora la gente —la mayoría

amigos y familiares de Patrizia— se mudaba, dejaba de pagar el alquiler y antes de irse destrozaba las cañerías y los suelos, las ventanas y las paredes. Y entonces empezaba una nueva ronda de reparaciones que realizaban miembros de la familia Chee. Cada vez que Catt cuestionaba a Patrizia, ella amenazaba con dimitir en el acto, lo cual, ya que ella tenía todos los alquileres, recibos, facturas y cheques, hubiera sido un desastre. Para arreglar el desastre, Catt tendría que haber abandonado sus otros compromisos y haberse mudado a Albuquerque.

Paul siempre había dado por hecho que tendría una consulta privada. Durante los largos y felices días del verano de 2014, decidieron que esa era su oportunidad. En lugar de buscar otro trabajo a jornada completa que odiaría, Paul alquilaría una oficina pequeña y montaría una consulta, pondría sus horarios, e incluso viajaría una vez al mes a Albuquerque para supervisar las cosas. Catt no tendría que preocuparse. Podría dejar de aceptar todos esos encargos y ponerse a escribir un libro de nuevo.

Al finales de julio acamparon en la orilla de un lago salvaje. Contemplando el sol a través de las hojas en las aguas doradas de la última hora de la tarde, Catt sintió que habían quitado la tapa de la caja del mundo. En cuanto Paul se marchó a Albuquerque, comenzó a tomar notas de las transcripciones de las entrevistas.

Pero al final la consulta de Paul no funcionó. Contrataron a una consultora que prometió llenarle la agenda y en tres meses lo consiguió, con pacientes de mutuas de seguros. Después de pagar la facturación, la creación de historiales, los impuestos y el alquiler,

Paul ganaba un poco más del sueldo mínimo. La única manera en que podía funcionar una consulta privada era visitando pacientes por privado, pero no tenía ni idea de cómo conseguirlos. Del mismo modo, sus viajes a Albuquerque fueron inútiles. El dinero volaba en todas direcciones entre cinco subcuentas y media docena de miembros de la familia Chee. Para entenderlo habría hecho falta una auditoría forense. Los seguros médicos de mierda que habían contratado Catt y él costaban más que la hipoteca. Con el trabajo en Skid Row al menos tenían seguro médico.

A finales de 2014, Paul aceptó un trabajo a jornada completa como director clínico de Sunrise Recovery, un nuevo centro de tratamiento a las afueras del valle de San Fernando. Un buen cargo, todos los beneficios, un sueldo de casi seis cifras.

Pero el centro de tratamiento en realidad no era un centro para nada…, era una casa a las afueras con doce pacientes amontonados en cuatro habitaciones. La tele de pantalla grande del salón estaba puesta todo el día excepto la hora que Paul o uno de los terapeutas sin licencia los reunía para «terapia de grupo». Una vez por semana, llevaban a los pacientes en furgoneta a Chatsworth, donde recibían «terapia equina» en el minirrancho de un amigo del propietario. Todo el mundo esperaba con ganas esa tarde de cepillar a los caballos y darles zanahorias. El resto del tiempo, los pacientes se sentaban en el jardín o pasaban el rato en el salón viendo la tele. En el piso de arriba, en una habitación a la que no se permitía la entrada a nadie del personal médico, el propietario armenio y dos de sus sobrinos desempeñaban el verdadero negocio del centro, fuera el que fuese, y dada la extensa flota personal de vehículos de lujo, Paul suponía que era turbio.

Puesto que necesitaban todas las habitaciones para los pacientes, Paul no tenía despacho. Una parte esencial de su trabajo era proveer de una sesión de terapia individual por semana a cada paciente —un requisito de todas las aseguradoras—, pero no había donde llevarlo a cabo. Allá donde mirara en la casa, había un grupo de pacientes pasando el rato. La única manera de ver a alguien a solas era llevarlo en coche a la tienda de vapeo, así que usaba la furgoneta de oficina. Unos cuantos pacientes a los que visitó realmente querían rehabilitarse. El resto estaban por orden judicial o para aplacar a sus familias, contando los veintiocho días hasta que les dejaran irse y drogarse de nuevo. Los propietarios insistían en que estuviera allí de ocho a cinco de lunes a viernes, así que cada día desalentador en el centro comenzaba y acababa con una hora infernal al volante en hora punta. A veces llevaba a su perrito, Blaze, a trabajar. Blaze proveía de «terapia con mascotas», lo cual animaba las cosas, pero nunca lo suficiente. Todo el mundo le acariciaba.

Comenzaba a preguntarse si se había equivocado de profesión. Ninguno de los trabajos que había tenido tras obtener la licencia había sido lo que él imaginaba. El tratamiento no tenía nada que ver con los cuidados o la sobriedad. Todo giraba en torno al dinero. Cualquiera que de veras quisiera dejar las sustancias podía ir a Alcohólicos Anónimos. Eso era lo que él había hecho…, aunque había dejado de ir a las reuniones. ¿Acaso siempre tenía que tratar todo de alcohol y drogas? Estaba harto de la retórica; después de una jornada completa o de una semana de trabajo prefería quedarse en casa en lugar de volver al tráfico.

En consecuencia, no había hecho ni un amigo en los cinco años que habían pasado desde que se había mudado a Los Ángeles. Catt

era su salvavidas, pero casi siempre estaba fuera. Si no estaba de gira, estaba escribiendo en Balsam o dando clases en Europa. Cuando se acercaba otro verano solitario, colgó un folleto del veterinario de Blaze en el corcho con la esperanza de que ella pillara el mensaje: «Ansiedad por separación canina: conozca los síntomas».

Pronto haría un calor apestoso en Los Ángeles y él estaría solo de nuevo. Su humor se ensombreció. Cuando no estaba en el trabajo se sentaba en la mecedora del salón, a ver la tele y mecerse con la mirada perdida. «¿Por qué no me dejas en paz?», explotaba cuando ella intentaba convencerle para dar un paseo o ir al mercado. Era aún peor si trataba de iniciar una conversación «de verdad»: «¿Por qué eres tan infeliz?», le preguntaba ella con timidez. «¿Qué preferirías estar haciendo?». Como si cada problema tuviera una solución. «Creo que me gustaría ser actor», decía él frunciendo el ceño. «O quizá camionero de larga distancia».

Un sábado por la mañana en que no pudo soportar escuchar su voz de falsa alegría, cogió la mesita de al lado de su mecedora y la tiró. No exactamente a ella, pero sí hacia ella. Era la primera vez. Ella huyó de la casa, llorando. Le daba miedo quedarse y le daba miedo dejarlo solo. «Tienes razón», dijo él cuando ella volvió horas más tarde. «Sé que estoy deprimido. Tengo que hacer algo al respecto».

Esa tarde fueron a urgencias y allí la ayudante de un médico le extendió recetas para Prozac y Xanax. El Xanax, dijo ella, le ayudaría hasta que el Prozac hiciera efecto, y así fue.

Y entonces Catt se marchó a pasar el verano fuera, en cierto modo aliviada, pero intranquila. ¿Tal vez las cosas mejorarían?

A Paul le gustaba la sensación de serenidad y estabilidad que tenía después de tomar uno o tres Xanax. No había nadie allí que lo juzgara u observara, así que en lugar de ver la televisión se permitía hundirse en un sueño profundo y tranquilo después de acabarse la comida para llevar. Puesto que ya no era abstemio —el viejo mandato de Alcohólicos Anónimos—, no encontró motivos para no empezar a fumar marihuana, una droga que siempre le había gustado y no le daba problemas. Estar más o menos colocado todos los días ayudaba a Paul a tolerar la vida en el centro de rehabilitación.

Para cuando Catt volvió de Balsam, él había conseguido encontrar el equilibrio perfecto del Xanax y la marihuana y las cosas estaban más tranquilas. Además, estaban empezando a pasar cosas nuevas. Habían adquirido los derechos televisivos para el primer libro de Catt, *Amo a Dick*, ese que tenía una cubierta con la que todo el mundo posaba y colgaba la foto en Twitter. Un mes después consiguieron financiación para el piloto y, con base en eso, el libro se iba a publicar en Reino Unido y una docena de países más.

Paul estaba verdaderamente feliz por Catt. Estaba orgulloso de su éxito y, aún más, de su escritura. Lástima que no pudiera disfrutarlo…, la perspectiva de asistir a más cenas, inauguraciones y eventos literarios le helaba la sangre. En esos eventos todo el mundo bebía y nadie hablaba con él. Era intensamente consciente de que estaba allí en calidad de pareja de Catt: un apéndice social al que la gente solo saludaba con una dosis extra de amabilidad si querían algo de ella. E iba a empeorar.

«¿Qué pasa si bebo?», le preguntó Paul un domingo por la tarde mientras volvían a casa en coche desde Palm Springs después de

visitar a los padres de ella. Lo propuso justo como debía: su voz sonó natural, madura, encantadora y casual. «Ya sabes la fobia social que sufro», dijo riendo. Y ella lo sabía, y no sentía más que lástima. «Solo en ocasiones especiales: me tomaré una o dos copas para sentirme más parecido el resto».

Catt no tenía ni idea de qué decir. Le daba la sensación de que tenía una compasión infinita por el estatus de outsider de Paul porque reflejaba el pasado de Catt. «Por supuesto que no lo haré, si crees que no debería hacerlo». No obstante, ella sabía lo suficiente sobre el programa de los doce pasos como para estar al tanto de que la decisión entre beber y no beber no era privada. ¿Tal vez Paul tenía razón? Su vida en Los Ángeles era muy distinta de su antigua vida en Farmington. Antes él no tenía nada que perder. Ahora tenía sus títulos y su licencia, su trabajo y su vida juntos. «Bueno, mmm, supongo».

Ella también se sentía alejada de gente que conocía en el mundo del arte, gente que siempre había sido rica o que se sentía menos privilegiada si sus padres no eran más que profesores o abogados. «Tienes que hacer lo que creas que es mejor». Paul desplegó su sonrisa más radiante. «¿Por qué no salimos a cenar esta noche? Te llevaré a comer sushi».

Paul pidió una botella de sake grande. Brindaron solemnemente por sus respectivos éxitos. El brillo caliente del sake fue con un bálsamo antes de que el alcohol hiciera efecto. Paul sabía que había vuelto a casa. No volvería a beber después de esa noche, se dijo. Habría muchas otras noches, muchas.

«Sabes, Catt, somos afortunados», dijo él. «Tenemos una buena vida. Y ahora te lo prometo: si alguna vez se me va de las manos,

pararé cuando tú lo digas».

3

Unos días más tarde, Paul tuvo un sueño inquietante.

«Estaba solo en una habitación y había una araña enorme de color carne en una mesa delante de mí. De repente saltó por los aires. La tiré al suelo de un manotazo, pero luego me estaba observando. No obstante, yo pensé que estaba a salvo, pero entonces saltó a mi puño. Intenté quitármela de encima, pero era como si estuviéramos en punto muerto. La araña era grande y se aferraba con fuerza.

Entonces un hombre chino entró en la habitación, por la razón que fuera. Le pedí ayuda, y él agarró la cosa y le arrancó la parte del medio. Pero las patas seguían hundidas en mi mano, la cabeza seguía allí, intentando morderme. Yo miraba mientras él hacía trizas la cosa y la cosa moría en el suelo, con un líquido goteándole de la boca. Las patas cayeron de mi mano sin más, como sin fuerzas».

¿La araña representaba su alcoholismo? Él no quería que le mordiera, pero no quería que muriera.

Logró mantener la compostura en Navidad con los padres de Catt en Palm Springs, pero solo apenas. ¿Aguantar las conversaciones forzadas, los regalos, las cordialidades, la cena pasada de cocción, el postre no deseado con una sola copa de vino blanco? No veía la hora de que se marcharan.

Los padres de Catt habían vuelto de Nueva Zelanda al comienzo del siglo XXI, treinta años después de haber emigrado. Tenían

setenta y uno y setenta y dos años y parecía como si alguien hubiera pulsado un interruptor y los hubiera despertado después de un sueño de décadas. Incluso en Palm Springs, a donde se mudaron para estar más cerca de la nieta de Jasper, Elena, estaban asustados y en shock por la compresión del tiempo. Llegar a Wellington había sido como volver a caer en el mundo de su infancia. Ahora se habían visto arrojados a un futuro digital en el que los robots contestaban el teléfono, los SUV circulaban por las amplias calles desiertas y nadie sabía dar indicaciones.

Nueva Zelanda había sido la elección adecuada para sus hijas, pero sus vidas como inmigrantes de mediana edad no había funcionado del todo. Era una sociedad pequeña y cerrada, y no importaba cuánto se esforzara, Emma no lograba dominar el acento. Meses después de que llegaran, a Jasper le despidieron de A. H. & A. W. Reed por ponerse firme con el pago de los derechos de autor. Después de eso, hubo una breve cascada descendente de trabajos de gestión de almacenes que acabó en desempleo. Emma los mantenía trabajando a tiempo completo como mecanógrafa mientras Jasper luchaba para poner en marcha su propio negocio. Cuando un antiguo compañero de Reed lo invitó a participar en una nueva aventura editorial, vendieron la casa, le entregaron el capital y se mudaron a Auckland con lo justo para pagar la entrada de una pequeña casa en una urbanización media hora al norte de la ciudad en un suburbio llamado Sunnynook. El antiguo compañero de Jasper desapareció poco después de que se mudaran y dejó de responder a sus llamadas. Durante años, Emma trabajó a jornada completa en la ciudad y Jasper recibió un subsidio de desempleo hasta que

finalmente pudieron conseguir una pensión de jubilación a los sesenta.

Viviendo de sus modestas pensiones, Jasper y Emma compartían un coche de segunda mano que se averiaba constantemente y publicaban una revista anual de poesía. Catt les ayudaba cuando podía. Su hermana, Carla, vivía en una comunidad religiosa hindú en el noroeste del Pacífico y trabajaba media jornada después de haber abandonado la idea de convertirse en violonchelista clásica. Catt entendía que parte de su destino podía ser acabar manteniendo a toda la familia.

Pero justo antes de cumplir los setenta, Emma recibió una herencia inesperada. Su padre biológico, Warren, había muerto en el norte de California un año antes. Él había sido un misterio toda su vida, pero con la ayuda de internet finalmente había conseguido localizarlo. Unos meses antes de que Warren muriera, Jasper y ella habían tomado un avión para conocerlo. Warren se había ido de Salt Lake a San Francisco después de que la madre de Emma volviera al Bronx. Había amasado, perdido y vuelto a amasar muchas fortunas. Con la ayuda de Catt, Emma viajó de nuevo a California para su funeral. Como era su única pariente consanguínea viva, ella firmó el certificado de defunción. Emma no se atrevía a esperar nada, pero, de todas maneras, se quedó devastada cuando descubrió que él había cambiado su testamento tras su encuentro específicamente para desheredarla. Las vidas de sus vecinos del suburbio estaban llenas de grandes familias extendidas. Ellos eran las únicas personas de su edad que no tenían nietos, y sus dos hijas vivían a medio mundo de distancia en California. Aunque Catt y Mikal ya no estaban exactamente juntos, estaban pensando en comprarles a sus padres

una casa en Crestline o en algún sitio asequible no demasiado lejos de Los Ángeles.

Cuando la Interpol llamó a la puerta de Sunnynook de Jasper y Emma y preguntaron por Violet Taylor, ella no sabía de quién hablaban. Pero Violet Taylor —la tía de Emma, la hermana soltera de Warren— había muerto sola en un camping para caravanas en Banning, California, sin nada de valor excepto una cartera de acciones que le había comprado su hermano. Las acciones valían 1,5 millones de dólares, y puesto que Emma era la única superviviente de la familia, las recibiría ella.

Jasper y Emma se mudaron a Palm Springs siguiendo el consejo de Elena, la nieta de Jasper, y compraron una casa cerca de la iglesia episcopal en la antigua Movie Colony. Después de triunfar en varios emprendimientos, Elena y su marido, Mack, se retiraron a Palm Springs y Cancún a los cuarenta y pocos. Creían que Palm Springs sería perfecto para Jasper y Emma y tenían razón. Emma hizo toda clase de nuevas amistades en la iglesia y Jasper estuvo a la altura de su cambio de suerte de inmediato. Su acento de Oxbridge se hizo más pronunciado y llamaba a su nueva casa de Palm Springs las «oficinas americanas» de su revista de poesía neozelandesa.

Emma era agradable, pero Paul nunca se sintió aceptado del todo por los padres de Catt. Jasper tenía esa manera de mirarle, como si supiera exactamente quién era Paul y qué tramaba. Llevaba con Catt más de una década, pero la única foto enmarcada que sus padres tenían era de ella y Mikal juntos. Cuando Catt y él se casaron en 2014, decidieron no asistir a su boda íntima en el jardín. A veces se preguntaba si siquiera apreciaban tanto a Catt. Le habían enviado

una carta pidiéndole que se llevara la almohada de plumón que guardaba en el armario de su cuarto de invitados —«No queremos tus cosas en esta casa […], nos resultas demasiado brusca y controladora»—, escrita sin duda por Jasper, pero firmada también por Emma. Jasper era un bicho raro y Emma era dulce y sumisa.

Como siempre, la Navidad en Palm Springs consistía en una gran comida en casa de los padres de Catt con Elena y Mack. Paul se había privado de una bebida de verdad toda la tarde. Mack iba por su tercer bourbon para cuando Elena sirvió el postre. Claramente tan deseoso de irse como Paul, Mack empezó a desbarrar sobre lo maravilloso que era Donald Trump…, lo cual era muy pasivo-agresivo, dado que Mack sabía que los padres de Catt eran progresistas. Mack había visto el debate y pensaba que Trump tenía razón: los estadounidenses tenían que unirse y prohibir a los musulmanes ahora que ISIS se había apoderado de internet. Dado que Mack tenía un máster de UCLA, probablemente no creía eso de verdad, solo estaba buscando algo ofensivo que decir. Como alcohólico, Paul lo entendía, pero aun así, al ser medio libanés, le ofendía. Todo el mundo sabía que Trump era un payaso y un mentiroso.

Conduciendo de vuelta desde Palm Springs a ciento cincuenta kilómetros por hora, Paul no veía la hora de llegar a casa, tomar unas copas y relajarse. Pero entonces perdió todo el tiempo que había ganado cuando un policía le paró por exceso de velocidad. Los primeros días bebiendo de Paul fueron como salir con una chica popular en el instituto: debías tener cuidado y no demostrarle lo mucho que te gustaba, porque si no lo perderías todo.

Había montado un circuito de bebida en casa…, una botella de Jack Daniel's detrás de la barbacoa bajo la hiedra, una de vodka detrás de la secadora. De ese modo, podía disfrutar de una copa de vino durante la cena con Catt y luego «hacer la colada» para relajarse de verdad. Siempre ponía cuidado en evitar beber hasta el punto que en realidad deseaba, que era el olvido total.

Para Fin de Año fueron en coche hasta Baja, el día de Año Nuevo llegaron a una laguna donde las ballenas migrantes acababan de parir a sus crías. Y fue extático, una mañana nueva: todo límpido y fresco, las ballenas y sus ballenatos nadando hasta el barco, tan cerca que podías tocarlos. Pero en cuanto llegaron al hotel, Paul sintió un deseo incontrolable de volver a casa. Era demasiado difícil beber a escondidas mientras estaba con Catt de viaje en coche.

Dentro de cinco días comenzaría en un nuevo trabajo sin ánimo de lucro en South Central. El trabajo en el centro de tratamiento no había funcionado. Él había tenido alguna discusión de más con los propietarios y le habían despedido dos días antes de sus primeras vacaciones pagadas. Después de eso, había llamado a su antigua jefa de la unidad móvil de salud mental. La agencia había crecido desde entonces y le ofreció al momento ser el subdirector de una clínica ambulatoria para los ex sin hogar.

La clínica estaba en el centro de South Central, a diez manzanas en dirección sur del bulevar Martin Luther King. El bulevar era la frontera entre el campus de la Universidad del Sur de California, con sus cafés, su supermercado Trader Joe's y las residencias de estudiantes y el gueto de South Central. South Cen —como lo

llamaban— era otro mundo comparado con Skid Row y también era completamente distinto a Albuquerque. Todo sucedía en la calle. Al principio, parecía un caos absoluto, pero después de un tiempo se dio cuenta de que estaba muy organizado. Por la acera merodeaban grupos de chavales y jóvenes vendiendo drogas, gestionando apuestas, hablando y riendo. Las mujeres con sudaderas y trenzas hacían de mensajeras mientras llevaban niños y bebés. Paseando por la ancha calle de cuatro carriles percibías los vestigios de otros siglos…, un quiosco de periódicos y tabaco abandonado, un hotel viejo llamado Broadway que ya no estaba abierto, con una recargada entrada de terrazo.

Paul notaba a diario que el barrio estaba cambiando. Empezó a sacar fotos para documentarlo. A dos manzanas de la clínica, acababan de terminar la estación de una línea nueva de metro que conectaría el centro de Los Ángeles con Santa Mónica. Había brotado un nuevo Target al lado. Arriba y abajo de Vermont Avenue, se reclamaban los solares vacíos para construir apartamentos nuevos: los mismos cubos de estuco con balcones que ya proliferaban por todo Echo Park y Koreatown.

Como todo el mundo, Paul sabía que ese cambio no sería para mejor, al menos no para la gente que ya vivía allí. Cada día, había estallidos de violencia de la nada: un disparo, un apuñalamiento, una pelea. Llamó a la policía cuando un adicto a la metanfetamina con un cuchillo amenazó a uno de los trabajadores sociales. No obstante, un viejo que se sentaba todos los días en los escalones de la entrada de dos puertas más allá de la clínica hizo saber a Paul que estaba a salvo. «Sabemos que estás haciendo un buen trabajo aquí». Podía aparcar su Subaru nuevo en la calle y nadie lo tocaría.

Algunos de los usuarios eran personas a las que había ayudado a dejar la calle en Skid Row. Dos años después seguían vivos, estables e instalados en apartamentos. Estaba Barbara McBride, que había intentado saltar del puente de Mission Road antes de que una patrulla que pasaba se detuviera y la mandara al hospital. Y estaba el amigo de Paul, el señor Featherstone, un anciano de barba blanca al que llamaba Feather. Durante su primera sesión Feather le contó a Paul que la nueva medicación no acallaba las voces, solo las amortiguaba. Juntos, pensaron de qué modo Feather podía usar su cerebro como una centralita. Cuando las voces le daban buenos consejos podía aceptarlos. Pero cuando le decían que le hiciera daño a la gente, podía elegir ignorarlas.

Paul quería al señor Featherstone. Una de las mejores partes de su nuevo trabajo era pasar tiempo con él, llevarle a Target a comprar las provisiones del mes. Aunque la última vez que Paul había ido, Feather no había acudido a la puerta. Oyó la voz débil del anciano: «¿Doctor Paul? Ayúdeme, me he caído dos veces». Paul corrió escalera abajo a buscar la llave maestra. Cuando al fin logró entrar se le agolparon las lágrimas en los ojos al ver a su amigo tan indefenso allí tirado en el suelo. Por una vez, los paramédicos llegaron de inmediato. Pero había sido algo pasajero, nada serio.

La promoción del piloto del programa de televisión del libro de Catt comenzó en primavera y estaba en todas partes. Las ediciones extranjeras de *Amo a Dick* se lanzarían más o menos en la misma época del estreno del piloto en agosto. La gente, mayoritariamente chicas, tuiteaban fotos suyas con el libro en toda clase de espacios públicos. Las aficionadas a las manualidades hicieron versiones en 3D de la portada con plastilina, con cereales Rice Krispies y

maquillaje. Una lectora rayó el título del libro en el coche de su exnovio y consiguió miles de likes de sus seguidores.

Había preguntas de traductores, peticiones de entrevistas y sesiones de fotos. Los medios generalistas la invitaban a opinar sobre temas como la menopausia, los romances de verano y el envejecimiento femenino… «¿Qué parte de tu cuerpo te gusta menos?». Catt intercambió correos con los editores europeos durante toda la primavera sobre una gira de verano de un mes. Una escritora a la que respetaba le preguntó si podía hacerle un perfil para el *New Yorker*. «Mis padres se morirán», le escribió ella al correo del trabajo. «Tengo sentimientos encontrados».

Porque lo que finalmente estaba conjeturando ella es que el interés en el libro apenas tenía que ver con el libro que ella creía que había escrito. Escribiendo cartas de amor a un hombre que no la quería, ella había volcado sus pensamientos y sentimientos sobre la pobreza rural en Estados Unidos, las guerras civiles de Centroamérica, la ausencia de artistas de clase trabajadora en la cultura estadounidense. Ella había tratado de conmemorar las vidas de algunos artistas que le encantaban que habían estado tan marginalizados que se habían vuelto completamente locos. Al hacerlo, Catt había logrado sacarse de su propia invisibilidad. Pero dos décadas más tarde, era el fenómeno del libro lo que le interesaba a la gente.

«¿Cómo es ver que *Amo a Dick* haya triunfado después de tantos años?», le preguntaba la gente una y otra vez. 2016 fue el momento de la artista blanca infrarreconocida y madura y los periodistas escribían artículos sobre la cobertura. «¿Qué se siente al ser un icono?». Catt comprendió que la estaban invitando a convertirse en

una ponente motivacional y descubrió que podía destacar en ese campo. Algunas noches se iluminaba y sentía que se estaba convirtiendo en una transmisora, que absorbía la energía de la gente en su corazón y se la devolvía. Otras noches se sentía un fraude y una cursi. Perdida y exhausta, como tanta otra gente, al fin había conseguido el éxito, solo que no era la clase de éxito que ella había deseado.

En febrero de 2016, Donald Trump, que ya era el favorito para la candidatura republicana, le dijo a una multitud de Iowa que apalizaran a los manifestantes. Os prometo que yo pagaré los gastos legales. Tres semanas después, en un mitin en Nevada, señaló a un manifestante solitario y exclamó que le gustaría darle un puñetazo en la cara. Pero al igual que sus amigos, Paul y Catt no le estaban prestando mucha atención. Trump era un verdadero payaso. Estaban más interesados en la carrera entre Hillary y Bernie Sanders, el candidato que ambos apoyaban. El equipo de marketing de Hillary, completamente desconectado de la gente, repartió panfletos en el barrio latino cerca del parque MacArthur donde vivían con el lema «¡Hillary Clinton es como mi abuela!», lo cual era absurdo. El hashtag #Notmyabuela proliferó de la noche a la mañana. Mientras, Bernie seguía dando la paliza con las tarifas de conferencia y los correos electrónicos de Hillary. Inevitablemente, Hillary se convirtió en la candidata demócrata, pero muy tocada, porque Estados Unidos estaba empezando a comprender que, una vez que ciertas cosas se dicen, ya no importa si son verdad o siquiera pertinentes. «Las piedras se pudren, pero las palabras viven para siempre». Catt se acordaba del proverbio samoano que había aprendido en Nueva Zelanda de adolescente.

Las cosas en Albuquerque se estaban saliendo de control. El barrio había empeorado. Catt usó parte del dinero del programa de televisión para arreglar los apartamentos pero no había tiempo para atacar los problemas reales. La puerta de seguridad automática que habían instalado para proteger a los residentes era vandalizada una y otra vez. El solar vacío que había al lado de los dieciséis apartamentos se había convertido en un mercado de droga al aire libre. Catt había accedido a dejar que uno de los exmaridos de Patrizia viviera sin pagar alquiler a cambio de ocuparse de la «seguridad», pero seguía habiendo tiroteos y sobredosis. Los apartamentos que constaban como vacíos parecían tener múltiples ocupantes.

A Catt le daba miedo hacerle demasiadas preguntas a Patrizia porque siempre que lo hacía Patrizia se enfadaba y amenazaba con dimitir. En su lugar, le enviaba textos con las palabras cuidadosamente elegidas y revisados dos veces a los que Patrizia respondía cosas así:

> la semana antes de la anterior el 10 tenía un agujero en el techo y goteaba en el salón que se quedó hecho un cristo hizo saltar la luz 1 par días por eso luego yo pinté 5 de sola limpié 12 en lomas así que sí Sammy montones de horas Sammy tiene que cobrar ahora. 6 pagarán el viernes una muerte en la familia tuve que pagar por el funeral 15 pagarán el viernes él tuvo que reducir horas 3 dice que también pagan se mudaron de las cruces…

Paul y Catt tenían una sensación enfermiza de que les sobrevendría una catástrofe en cualquier momento, pero estaban a mil trescientos kilómetros y no podían hacer gran cosa porque siempre estaban demasiado ocupados.

A veces Paul pensaba que debía dejar su trabajo en la clínica y volver a gestionar las propiedades. Pero hacer eso sería un paso atrás enorme: le había llevado siete años sacarse los títulos y la licencia y, además, todo el lío de Albuquerque le ponía enfermo.

Una noche esa primavera llamó Eloise, la amiga de Catt, histérica y aterrorizada. Su novio acababa de morir de una sobredosis en el suelo de la cocina…, había llamado al 911 y había observado cómo los paramédicos lo metían en una bolsa y lo empujaban con la camilla a la calle. Eloise, que en su día fue un prodigioso fenómeno del mundo del arte, había echado a perder su carrera por la pobreza, las drogas y la enfermedad mental. Puesto que Catt y ella se habían distanciado, Catt interpretó su llamada como una crisis. Su primer pensamiento fue pedirle a Paul que interviniera. Ella todavía no tenía ni idea del alcance del alcoholismo de Paul y Eloise y él habían congeniado siempre que habían coincidido. A Catt le asombraba el don de Paul para conectar con gente que padecía enfermedades mentales severas en sus propios términos, de una manera genuina.

Cuando Paul llegó, encontró a Eloise acurrucada al fondo de la pequeña cueva a pie de calle en la que estaba viviendo. La habitación estaba cubierta de obras que había hecho recientemente, a pesar de que ya no tenía una carrera. Estaba desconsolada pero tranquila, la idea de recibir una visita a domicilio de un terapeuta le resultaba rara. Se sentaron en la cocina juntos —en el mismo lugar donde ella había intentado reanimar a su novio muerto menos de veinticuatro horas antes—, fumando un porro y relajándose hasta un punto en el que al menos podía pensar en lo que había pasado. Su

pelo largo estaba enmarañado y tenía los brazos llenos de cicatrices de picaduras de chinche infectadas. Paul se preguntó si Eloise esperaba que él diera el primer paso, ¿era eso lo que estaba pasando? Bueno, vale, eso está mejor, Eloise suspiró. Pero ¿quizá también una pastilla? En dos semanas estaría muerta por una sobredosis intencionada. Ella se rio y abrió la botella. ¿Quieres una? La pastilla, una oxy de treinta y seis miligramos, fue fantástica. ¿Por qué había sido tan cauto? La pastilla le llevó de nuevo a la zona que había anhelado desde aquel primer sorbo de sake.

En mayo Donald Trump fue declarado el candidato tácito. Catt le suplicó a Paul que volara a Albuquerque para reunirse con la nueva empresa de administración que había contratado para sustituir a Patrizia y Sammy. «Me habéis oído decir que era un sistema amañado, pero ya no lo diré más porque he ganado», bromeó Trump en la CNN. A Paul le molestaba malgastar su fin de semana libre así y al principio se resistió. Pero luego se lo pensó mejor: tres días fuera le permitirían beber y colocarse y comer un burrito de chile verde de Golden Pride. «Es verdad», se rio Trump. «Ahora no me importa». Paul no se presentó a las reuniones y tampoco las canceló. Se quedó en el motel emborrachándose y se dio el lujo de pedir una masajista cuando empezó a sentirse solo.

Una semana después el nuevo gestor le envió un correo electrónico a Catt:

> Hoy he tenido una confrontación con el inquilino del número 7 […]. Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, pero con inquilinos como estos, que

amenazan, me lo estoy tomando con calma. No quería excederme y acabar apuñalado, etcétera. No hay dinero en el mundo para tratar con esta gente…

Catt envió más dinero para que arreglaran los balcones hundidos, los mismos balcones que supuestamente habían sido arreglados por uno de los medio hermanos de Sammy.

De vuelta en Los Ángeles, Paul sabía que tenía que hacerse cargo de su alcoholismo, y rápido. Tenía mucho que perder. En el trabajo estaban hablando de ascenderle a director clínico. En cuanto Catt se fue de gira, llenó la nevera de cerveza, una opción mucho más inteligente que Jack Daniel's o vodka. Decidió que se permitiría beber dos cervezas por noche, aunque la mayoría de las noches en realidad eran cuatro. Se obligó a no beber las noches que se había tomado seis la noche anterior. Agotado por los cálculos, los fines de semana se daba permiso para relajarse y emborracharse de verdad.

Al mismo tiempo, emprendió una campaña para convencer a Catt de que aceptara su alcoholismo. Ella siempre le pinchaba con que debería salir más, adoptar alguna afición, hacer nuevos amigos. Él se decidió por la astronomía y compró un telescopio nuevo caro, a pesar de que ni se molestaba en mirar por él. Luego le envió una serie de correos cariñosos de apoyo condimentados con animadas crónicas de sus nuevas actividades optimizadas por el alcohol. «Robbie y yo fuimos a un bar del barrio y jugamos unas cuantas partidas de billar», le escribió él cuando ella estaba en Londres. «Ánimo, *kitten*, le escribió en un correo cuando ella estaba en Estocolmo. «Hank y yo lo pasamos en grande anoche en la filarmónica de Los Ángeles. Fuimos a comer dim sum después y nos

tomamos una cerveza». Cuando estaba en Ámsterdam le escribió sobre su viaje en coche solo:

> Conduciendo aquí tengo una profunda sensación de paz y pertenencia. Paré en nuestro restaurante favorito pero era demasiado pronto para comer, así que me tomé una cerveza en la barra […]. Por cierto, parece que alguien se ha fumado toda nuestra marihuana. Queda un poco que me voy a fumar ahora mismo, ¿sabes quién la ha cogido?

«¿Cómo es hablar de este libro después de tantos años?», le preguntaba la gente a Catt una y otra vez. Es mejor que servir mesas, quería responder, pero no lo hacía. En Ámsterdam se tropezó en la calle cuando la dejaron salir sola a comer un sándwich. De viaje la mayor parte de los días y actuando según las expectativas de otras personas casi cada noche, Catt se dejaba reconfortar por los correos electrónicos de Paul.

«¡Sé cómo ir a recibir a alguien al aeropuerto!», le respondió Paul cuando Catt le mandó los datos de su vuelo. La frase se había convertido en una especie de mantra para ellos: fue lo primero que le dijo Paul cuando ella tuvo que volar de vuelta a Los Ángeles unos días después de que empezaran a estar juntos en Albuquerque. Y a ella le había conmovido. Nunca había conocido a nadie tan inocente y abiertamente entusiasta. Paul había pensado ir a recibirla con un ramo de rosas rojas pero al final decidió que era demasiado, demasiado burdo, para una viajera experimentada. No obstante, ella nunca había olvidado el alivio y la alegría de su abrazo —«¡Has vuelto!»— cuando salió a la terminal de Llegadas.

La primera noche que ella estaba de vuelta, fueron en coche hasta Tujunga para visitar a sus nuevos amigos Johannes y Astrid, una pareja de artistas a los que habían conocido a través de Bettina, la amiga de Catt. Después, harían un fresco trayecto nocturno por la carretera de Los Ángeles Crest. Era una tarde calurosa y grisácea de finales de junio y Johannes había traído una caja de cerveza importada del mercado alemán. Astrid y él estaban renovando la preciosa casa mid-century que habían comprado en Descanso Tract a los pies del monte Lukens. Los dos tenían un don para las cosas mid-century. Eran anfitriones expertos, capaces de hablar con cualquiera durante horas sobre nada y nunca tenían miedo de tomar unas copas.

Catt y Astrid se pusieron al día con las noticias de Bettina: se acababa de mudar de K-Town a Oakland y Catt iba a coger un avión al día siguiente para ir a verla. Mientras tanto, parecía que Paul hablaba alegremente con Johannes. No fue hasta que llegaron a la ambivalencia de Bettina respecto a salir con gente que Catt se dio cuenta de que Paul ya se había acabado tres cervezas. Y luego se bebió otra, y otra; su conversación con Johannes sobre el libre albedrío y el determinismo, uno de sus temas favoritos, cada vez subía más y más de volumen. Pasada media hora estaba claramente borracho.

Cuando oscureció en el terreno suburbano de Johannes y Astrid, Paul se acordó de su plan de ir con el coche nuevo por las montañas. ¡Él quería que sus nuevos amigos fueran con ellos! «Esta es la noche en que Júpiter ascenderá en el cielo del oeste», insistió. «Tengo el telescopio, ¡podemos ir todos en el Subaru!». A Catt no se le ocurría nada peor que Paul conduciendo borracho por la inclinada

carreterita de montaña con curvas de ciento ochenta grados. Aun así, Johannes y Astrid casi parecían dispuestos… Los miró suplicante, esperando que intervinieran y le ahorraran la angustia de provocar la ira de Paul, pero ellos se mantuvieron neutrales. Eran veteranos de muchas noches en fosos de salones de Descanso Tract que se habían ido al garete después de muchas copas, sabían que lo mejor era dar un paso atrás. Al final, Catt cogió las llaves de Paul. «Se está haciendo tarde. Nos tenemos que ir a casa».

«¿Por qué no lo dejamos para otro día?». Astrid sonrió mientras los acompañaba al garaje abierto.

Volvieron en coche al parque MacArthur en silencio. Catt intentó bromear. Creía que querías que hiciera amigos, repuso él con desprecio. Una vez en casa, él cerró de un portazo la puerta de su dormitorio y desapareció en la cama.

Catt se quedó en el pasillo: temblando y superalerta, con los nervios tintineando, como cada vez que Paul daba rienda suelta a su rabia y luego se escabullía en el sueño. No sabía a dónde ir, qué hacer. Debía coger el avión a Oakland temprano la mañana siguiente. En ocho días emprendería el largo viaje en coche a Balsam, donde, si Dios quería, acabaría la biografía de Acker la primera semana de septiembre. Y tenía que terminarla para entonces porque después de que estrenaran el piloto a finales de agosto estaría demasiado ocupada para trabajar. En los meses que habían pasado desde que Paul le pidió «permiso» para beber ella le había visto borracho una o dos veces, pero nunca así de borracho y nunca delante de sus amigos. Todavía con jet lag de Europa, sintió que las paredes se cernían sobre ella. No podía sentarse quieta el

tiempo suficiente para ver la tele, leer un libro, o al menos ver las noticias en el portátil.

Catt pensó que podía hacer el viaje en coche que habían planeado. Conduciría hasta la carretera de Los Ángeles Crest, escucharía música, quizá podía mirar el cielo en el observatorio del monte Wilson. A falta de una alternativa mejor, condujo su viejo Fiat Pop sesenta kilómetros a través de las montañas hasta el área de pícnic de Red Box. Era noche cerrada y hacía fresco cuando se detuvo en el aparcamiento —el cielo lleno de estrellas rutilantes— y estaba completamente sola salvo por una pareja. Pensó en ir a caminar por el sendero pero decidió no hacerlo. El tiempo y la distancia la habían ayudado a calmarse. Quizá las cosas irían bien; en ese momento no podía hacer nada excepto volver a casa.

La puerta de entrada estaba cerrada (ellos nunca la cerraban). Salvo por una luz en el despacho de Paul la casa estaba a oscuras. Golpeó la puerta con fuerza, pero no obtuvo respuesta. Catt cruzó el patio para coger la llave de repuesto del cajetín de seguridad. Mientras estaba introduciendo el código, una chica blanca delgada, con una camiseta atada al cuello y a la que le faltaban dos dientes, salió corriendo de la casa por la puerta y desapareció en la calle. Paul estaba en la entrada, llevaba solo los pantalones cortos del gimnasio. «Vaya, *kitten duck*, ¡estás en casa! Estaba preocupado. No sabía a dónde habías ido».

Bajó las escaleras a su despacho hecha una furia y vio un bote abierto de lubricante sobre su escritorio. «Estaba entrevistando a una posible paciente, ¡no es lo que piensas!», insistió él.

Durante el viaje a Oakland, Catt volvería a visualizar esos eventos una y otra vez, pero no tenían sentido. Paul sabía que la noche

siguiente dormiría en casa de Bettina. Si hubiera esperado un día, ella nunca se habría enterado, él se habría salido con la suya. Claramente le estaba mandando un mensaje, él quería que ella le pillara. El mensaje, coincidieron todos sus amigos, era que se divorciara de él inmediatamente. Volvió a pensar con pavor en el acuerdo prematrimonial chapucero que habían descargado y firmado antes de casarse. ¿Sería válido? Para divorciarse de Paul tendría que quedarse en Los Ángeles y contratar a un abogado de verdad, lo cual supondría renunciar a su verano en Balsam, y entonces quién sabía si o cuándo acabaría la biografía de Acker. Y se había comprometido a escribir un artículo para la sección Passage de *Artforum* que tenía que entregar la semana que viene, el obituario de su amiga Eloise… Cass, el amigo más íntimo de Catt, interpretó la situación con más matices: «Pero, Catt, ¿no te das cuenta? Es un grito de ayuda. Lo siento tanto por él». Hank, siempre su defensor, le dijo que se protegiera y que esperara a ver qué pasaba.

Paul llamó a Catt treinta y cinco veces durante el fin de semana. Cuando se iba de casa de Bettina el domingo, finalmente contestó al teléfono. Profundamente arrepentido, Paul parecía confundido por sus actos y juró que si ella le daba una oportunidad dejaría de beber y volvería a Alcohólicos Anónimos. El lunes Hank redactó un documento pseudolegal reproduciendo las promesas de Paul y los términos del acuerdo prematrimonial, y Catt se marchó a Balsam en cuanto lo firmaron.

Las viejas fotos pornográficas de Melania Trump estaban apareciendo en internet mientras Catt conducía hacia Balsam. Los carteles de Trump/Pence 2016 jalonaban la carretera de cada pueblo en el que paró desde que salió de California. Catt escribió el artículo

para *Artforum* en un motel de Kansas y copió dos frases de un libro de Peter Handke en su cuaderno: «Andaba y andaba, hasta que, agotada, tenía que sentarse otra vez. Tenía que levantarse enseguida y seguir andando». Y luego ella añadió: «Soledad terrible. Mientras estoy trabajando mi mente está absorta y me alejo. No parar. Cuando paro, un abismo de tristeza».

En Balsam limpió y barrió ratones muertos del porche. Sentía una bola en la garganta, como si tuviera algo atragantado. Cada mañana una pálida luz ámbar se colaba entre los árboles que había fuera de su habitación proyectando las sombras de las hojas en las cortinas de croché color crema. Las cortinas —halladas en la tienda de segunda mano de Harding— eran iguales a las que había visto con Mikal la primera vez que fueron a la Bretaña. Habían ido a Quimper a visitar los archivos del poeta Max Jacob, y recitaron sus poemas durante el viaje en tren: *L'enfant, l'enfant, l'elephant*… Se preguntó si la casa gris de Balsam no era más que un monumento a sus antiguas ilusiones.

Paul fue a Alcohólicos Anónimos en Los Ángeles dos veces por semanas y se abstuvo de beber. A principios de agosto finalmente le ascendieron y se convirtió en el nuevo director clínico de South Central. Quería celebrarlo, pero como estaba solo, se permitió beber unas cuantas copas…, aunque Catt no lo sabría hasta más tarde. El 30 de agosto ella terminó el libro en fecha, dos días antes de que llegara Paul para sus muy esperadas vacaciones en septiembre.

Septiembre es el mes más dorado en el norte de Minnesota. Los lagos siguen templados por el calor de agosto y los tallos blancos y

amarillos de las flores silvestres bordean los arcenes. La temperatura cae casi hasta helar por la noche pero el sol de la tarde es del color de la miel. Las hojas empezaban a cambiar de color y las bandadas de patos y gansos salvajes sobrevolaban ruidosamente antes de comenzar su migración.

Ese septiembre, un mitin de Trump en el pequeño pueblo de Wilmington, Ohio, atrajo a una multitud de 5.500 personas. El *StarTribune* de Minneapolis empezó a tomarse la campaña de Trump en serio. En un editorial de un profesor de política pública invitado analizó su promesa de revertir los efectos devastadores de la globalización neoliberal.

Catt recogió a Paul en Harding de su vuelo regional nocturno el jueves antes del puente del Trabajo. Ella llevaba todo el verano deseando hacer las cosas que Paul y ella hacían mejor: jugar con su perro, ir de excursión y hacer kayak, coleccionar hojas de otoño y pasar largas mañanas hablando en la cama con tazas de café caliente. El verano anterior incluso les habían escrito haikus a los pájaros. Catt tenía todas las vacaciones planeadas: una visita a la reserva de osos, el especial de lucioperca del viernes por la noche en el Dam Restaurant en Orr, dos o tres noches en una cabaña rústica en un alojamiento a la vieja usanza en el lago Pelikan.

Pero ese viernes por la noche, conduciendo por la red de carreteras de doble sentido desde Balsam hasta el Dam Restaurant, el humor de Paul se ensombreció. Como siempre, Catt intentó animarlo, y como siempre, él no podía o no quería responder. En el restaurante, se levantó de la mesa en cuanto el camarero les tomó nota. Catt esperó, y luego esperó un poco más. Finalmente, surfeando una profunda ola de pánico, se obligó a cruzar la estancia

hasta la barra, donde Paul se estaba acabando un vodka doble. Recobró el aliento. Aterrorizada, fue corriendo a buscar el bolso, salió del restaurante y se quedó de pie al lado del coche. Unos minutos después, Paul se reunió con ella.

Ya no había nada que discutir; el acuerdo estaba roto. Paul dijo: Soy un adulto y beberé si quiero. Catt dijo que era cierto, pero eso no significaba que ella viviría con su alcoholismo. Supongo que eso es una diferencia irreconciliable, dijo ella, y estuvieron de acuerdo en que el divorcio era la mejor solución.

Pero ¿qué pasaba con el resto de las vacaciones? La mente de Catt funcionaba a toda velocidad. Tenía billetes para una breve gira por el Medio Oeste que comenzaba con un vuelo que salía de Harding en dos semanas, no podía irse a casa a Los Ángeles sin más. Paul se sentía como una mierda de perro. Ese vodka doble no había sido suficiente. Odiaba hacerle daño a Catt y no quería dejar el maravilloso clima fresco del norte para ir y venir del gueto de su casa al gueto de su trabajo durante el sofocante principio de septiembre. «¿Y si simplemente no bebo?», dijo él.

Estuvieron de acuerdo en que esa sería la mejor solución.

Por la mañana Paul preparó café y juró que dejaría el alcohol para siempre. Por la tarde aprovechó un viaje solo a la tienda de bricolaje y jardinería de Harding para pillar una botella de vodka y un pack de treinta y seis cervezas.

Esa noche, Catt se encontró por casualidad con su bar improvisado cuando fue a limpiar el cobertizo.

«¡El acuerdo se cancela!», gritó ella.

Solo era sábado todavía, el inicio de un largo fin de semana de tres días. Los vuelos de Delta que salían de Harding estaban

agotados hasta el miércoles por la mañana, lo cual significaba que Catt estaba atrapada. Al final se le ocurrió un plan. Puesto que estaban varados allí hasta el miércoles y Paul tenía que beber, podía trasladarse a la cabaña y beber sin restricciones allí. Ella cancelaría la reserva en el lago Pelikan y se pondría a trabajar en otro texto para un catálogo que tenía que entregar dentro de poco.

«De acuerdo, pararé», dijo Paul. «Pero… por favor». En realidad, Paul se odiaba cuando bebía. ¡Él no quería cancelar las vacaciones! Los sencillos años de sobriedad parecían muy lejanos.

Tiraron el resto de cervezas y el vodka que quedaba con solemnidad. Todos esos sucesos los dejaban a los dos exhaustos y vacíos. Ya eran las cinco: demasiado pronto para empezar a cenar, demasiado tarde para volver a trabajar en la cabaña. «Ya sé», se aventuró Catt. «¿Por qué no damos una vuelta en coche? Podríamos ir a ver los cisnes trompeteros de Scenic?».

El parque Scenic State tenía dos grandes lagos salvajes. El parque estaba en Bigfork, a unos treinta kilómetros al norte. Para entonces, Paul estaba lo bastante sobrio como para conducir. Aliviados y exhaustos, fueron en silencio hasta que un ciervo apareció en la carretera desde el bosque y golpeó el faro del lado del conductor. Los airbags no saltaron pero el ciervo estaba malherido. Cojeando y magullado, desapareció de nuevo en el bosque. Pararon en el arcén, se bajaron del coche y vieron el faro manchado de su sangre. «El ciervo…», dijo Catt. Ambos estaban al borde de las lágrimas. «¡Ha sido un sacrificio!». Paul juró por la sangre del ciervo que dejaría de beber en ese momento, para siempre.

El lunes por la noche, Paul se levantó abruptamente mientras estaban viendo una película. Tenía que cargar los kayaks. «Pero ¿por

qué?». Estaba lloviendo y era tarde. Con el corazón acelerado, Catt se quedó en la terraza acristalada y observó a Paul salir marcha atrás con la camioneta por el camino de entrada. Le faltaba tiempo para marcharse. Consideró la posibilidad de seguirle con el coche, pero ¿a dónde? Había bares en cada pueblito. No obstante, a pesar de que sabía que Paul estaba bebiendo, no podía saberlo hasta que lo supiera seguro. «¿Qué hago?», le escribió en un mensaje a Hank. Todavía eran las ocho en Los Ángeles. «¡Aconséjame!».

«Vete a dormir», le respondió. «Finge que no es nada raro. Por la mañana dale las gracias por cargar los kayaks».

Sentados en el porche con mosquiteras de su pequeña cabaña en el Northwoods Lodge, Paul y Catt contemplaron la larga y lenta puesta de sol sobre el lago Pelikan bebiendo té negro cargado. Retazos de nubes rosas y púrpuras cruzaban el cielo naranja.

«Catt», dijo Paul. «Yo no quiero divorciarme. Todas las cosas malas que me han pasado en la vida tienen que ver con el alcohol. Beber me ha ido fatal. Tengo que parar». Se le llenaron los ojos de lágrimas. «No quiero perderte, no puedo tirar por la borda la vida que hemos creado juntos…».

La mañana siguiente alquilaron una lancha a motor grande y salieron al lago Pelikan. Recorriendo la orilla más alejada del lago, vieron una bandada de preciosos pelícanos blancos alzando vuelo de un arrozal silvestre. La lancha se balanceaba en las olas pequeñas y agitadas.

«Cuando tengamos setenta años, tendremos una lancha como esta», dijo Paul. Él había cumplido cincuenta años a principios de

ese verano.

Catt visualizó otros veinte años de crisis alcohólicas, arrepentimientos y promesas, traiciones e interrogatorios. Sabía que se estaría traicionando a sí misma si asentía, pero cuestionarle podía desatar su ira.

«¿Tú crees?», le preguntó sonriendo.

La mañana siguiente encontró una botella de vodka bajo el colchón mientras hacia la maleta.

4

«Sí», confesó. «He estado bebiendo. Bebo. ¿No lo entiendes?». Era tarde el viernes por la noche. Estaban de vuelta en Balsam y Paul cogería el vuelo de las seis de la mañana desde Harding para volver a Los Ángeles y a su trabajo en South Central. «¡Y quiero seguir bebiendo!». Borracho, furioso y atrincherado en un rincón, se sacó la alianza de oro y la tiró sobre la mesa. «No quiero estar casado contigo. Solo me casé contigo por tu dinero. Eres vieja y eres fea».

Al día siguiente él la llamó y se disculpó profusamente.

«¿Dormí esa noche?», escribió Catt en su cuaderno mucho después. «No lo recuerdo. La sensación habitual de asco que rodeaba esos episodios».

Paul estaba borracho y alterado, no lo decía de verdad.

«Y poco después yo estaba llorando, confiando, lamentándolo», Catt escribió. «Anhelaba tanto que aquello acabara… que no me di cuenta en el momento de que me estaban metiendo de nuevo en la jaula. Y me marchaba de nuevo dos días más tarde a Detroit, Chicago, Nueva York y Champaign-Urbana».

«El alcohol es un espíritu malvado», le diría Paul a Catt cuando estaba a punto de volver a recaer muchos años después. «¿Por qué matar al adicto? Sería un despilfarro de sufrimiento». Sería la última recaída de la que ella sería testigo. «El espíritu malvado prefiere destruir todo y a todos los que rodean al adicto».

Durante los meses siguientes Paul hizo lo que pudo por mantenerse sobrio, pero siempre había algo que lo impedía. El mundo era como el cielo en el norte, siempre cambiante. Él trataba de aferrarse a un estado mental sereno y claro, pero entonces aparecían nubes de tormenta por los extremos.

En una ocasión llevaba noventa y cinco días sobrio (él siempre estaba contando), pero entonces vio a cinco policías pegando una paliza a un hombre en la puerta de la clínica. Fue tan horrible, podría haber sido uno de sus pacientes, y él no pudo hacer nada. Paul vio cómo la cara del hombre se ablandaba como la goma a causa del dolor antes de que lo ataran de pies y manos. Y a continuación su mente alumbró el plan de parar en la licorería de camino a casa esa tarde para comprar vodka. Cada recaída empezaba con un plan y en cuanto tenía el plan en mente no podía evitarlo. No importaba cuánto se torturara cuestionando el plan, sabía que al final lo ejecutaría.

La primera temporada de *Amo a Dick* se empezó a rodar poco después del estreno del piloto. Catt leyó los guiones, visitó el set y se abstuvo de formarse una opinión. Era otro mundo, uno que no tenía nada que ver con ella, a pesar de que los protagonistas tenían su nombre y el de Mikal. La biografía de Acker se publicaría el siguiente otoño, en 2017. Entre los viajes a los eventos para apoyar la serie y las nuevas ediciones extranjeras, tenía que editar el libro nuevo y trabajar en el índice.

Paul le envió a Catt un flujo constante de correos efusivos y opacos ese otoño mientras ella estaba de gira. «Hola, *kitten*, no sé

nada de ti. Solo era para saber cómo estás. ¡Espero que estés teniendo una mañana estupenda!». Ella se preguntó si estaría bebiendo. Cada noche buscaba en Google «Cómo dejar a tu marido alcohólico» y soñaba con perderse en ciudades extranjeras. En Indiana su padre le mandó un correo sobre una llamada extraña y preocupante de Paul, sonaba borracho, ¿estaba bebiendo? Al bajar del taxi que la llevó a casa la noche siguiente, Catt vio a alguien sacando latas vacías de Bud Lights de sus contenedores de basura. Cruzó la puerta decidida a sonsacar la verdad a Paul. «¡Eres como un pitbull!», chilló él. «Esto es demasiado intenso, ¡estás loca!». Según el acuerdo de separación que les había preparado Hank, Paul se iría de casa si empezaba a beber. Ella estaba desesperada por encontrar pruebas…

Con el corazón martilleando, Catt salió de nuevo y se metió hasta dentro de uno de los contenedores de basura. Y allí fue donde encontró una de sus bolsas de basura azules con asas con tres nudos llena de correo antiguo y tres botellas de vodka.

Pero ahora que las tenía, ¿de qué le servían las pruebas? No podía echar a Paul de casa sin más. ¿A dónde iría? Además, legalmente estaban casados. A pesar de que había dejado la casa solo a su nombre, habían firmado una hipoteca nueva juntos. Al final ella prevalecería, pero le llevaría tiempo y esfuerzo y no sería capaz de hacer todo lo que esperaban que hiciera. El estrés pondría a Paul al límite: se descontrolaría, dejaría de ir a trabajar y le despedirían. Las cosas empeorarían antes de mejorar. Cuando Paul le juró otra vez que dejaría de beber, fue más sencillo creerle.

Así que en lugar de presentar los papeles del divorcio, cogió el portátil y sus archivos, metió algo de ropa en una bolsa y condujo

cinco horas en dirección al sur hasta Baja California. Había un camping de playa al sur de Ensenada a donde había ido a escribir en el pasado. Se instaló en el Trailer Park and Beach Camp de La Joya el resto del otoño, hizo toda la promoción online y terminó el índice.

La noche de las elecciones, el 8 de noviembre, Catt fue a ver los resultados al Sharky's Bar, en Punta Banda. En la tele estaba puesta la CNN y por el aspecto del sitio se hubiera podido pensar que era una noche cualquiera. La mayoría de los clientes habituales —jubilados estadounidenses que se habían mudado al sur para beber y vivir de sus cheques de la seguridad social— estaban jugando al billar apostando cantidades pequeñas, como siempre.

Catt se sentó en un taburete en la barra al lado de un hombre delgado y pensativo que parecía un artista reconvertido en carpintero. Comenzaron a hablar. El hombre —un exsurfista de cuarenta y tantos— le contó que le habían diagnosticado una leucemia terminal. En lugar de hacer quimioterapia, había decidido mudarse allí y pasar sus últimos días en el lugar en que solía hacer surf en los noventa. «No pinta bien», dijo cuando Wolf Blitzer declaró que Trump había ganado en Florida. Juntos vieron cómo Trump conquistaba Carolina del Norte y luego Utah. «Creo que no puedo seguir viendo esto», dijo Catt, y se fue a casa cuando ganó en Pennsylvania.

La mañana siguiente en el muro de Facebook de Catt había una explosión de publicaciones de gente que buscaba y ofrecía consuelo. «Nos protegeremos unos a otros […]. Cuidaremos de nuestra comunidad». A media mañana apareció la autopsia. Estallaron

discusiones entre amigos. ¿La chocante victoria de Trump se debía a los misóginos seguidores de Bernie Sanders y sus cómplices o al liderazgo demócrata corrupto y desfasado? «Cada vez que escucho la palabra "comunidad" pienso en Shirley Jackson y "La lotería"», posteó un inconformista solitario.

Dos semanas antes de la toma de posesión de Trump, la madre de Catt, Emma, tuvo una apoplejía y luego un ataque al corazón. Murió pacíficamente en su casa y no vivió para verlo.

Sus amigas fueron a Washington DC para la marcha de las Mujeres tras la toma de posesión de Trump. Cerca de medio millón de personas llenaron el Capitolio, el triple de las que asistieron a la toma de posesión. «¡Fue extático!», escribió en un mensaje Lucia, la amiga de Catt. El enorme mar de cabezas a las puertas de la Casa Blanca estaba cubierto de un manto de *pussy hats* rosas de lana tejidos a mano que había inventado la activista Krista Suh, que compartió el patrón online después de la victoria de Trump. A última hora de la tarde, los usuarios de las redes sociales comenzaron a debatir si en realidad esos gorros no eran racistas y tránsfobos. Dado que esa controversia era mucho más entretenida que la marcha en sí, acaparó la mayor parte de la cobertura. Catt se dio cuenta de que la mitad de las noticias del *New York Times* consistían en artículos y análisis de comentarios publicados en Twitter, como si la misma realidad se hubiera trasladado a las redes sociales.

Como se regodeó más adelante Steve Bannon, uno de los primeros asesores de Trump: «Nos han votado por "drenar el pantano", "que la encierren" y "levantar un muro". Ha sido pura rabia. La rabia y el miedo es lo que lleva a la gente a las urnas. Los demócratas no importan. La oposición real son los medios de

comunicación. Y la manera de lidiar con ellos es inundar la zona de mierda». Catt se acordó del comentario famoso en su día y ampliamente atribuido a Karl Rove en 2002, un comentario que Rove más adelante desmintió, antes de que Estados Unidos invadiera Irak: «Ahora somos un imperio, y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras tú estás estudiando esa realidad —con criterio, si quieres—, nosotros actuaremos de nuevo, creando otras realidades nuevas».

Paul le ocultó a Catt que estaba bebiendo hasta unos días antes de la Navidad de 2016. Habían comprado billetes para ir a Belize pero para cuando se acercaba el día de su partida, él ya no podía ocultarlo. Catt se marchó sola y el día de Fin de Año, Paul ingresó en un centro de desintoxicación. Después de la desintoxicación entró en un programa de tratamiento ambulatorio y se mantuvo sobrio unos cuantos meses. Y luego recayó.

«Estamos en el Subaru conduciendo por una carretera nevada a través de unas montañas bajas», le contó Catt a Paul un domingo por la mañana mientras estaba sobrio. Desde la muerte de su madre, ella no quería hacer nada aparte de dormir y recordaba todos sus sueños. «El coche patina y cae dando muchas vueltas de campana por la ladera. Al final aparecen algunas personas y luego nos llevan al hospital donde están haciendo triaje en función de los grados de trauma. Entonces nos separan, me dicen que estoy en el grupo severo pero no entiendo del todo las instrucciones. No entiendo por qué no entienden que no les entiendo. Mi cerebro funciona lentamente y me preocupa que me cuesta hacer

conexiones. Al final encuentro el grupo de trauma severo, pero ya me he perdido la reunión…».

Aparecieron vallas publicitarias con la serie de televisión por todo Los Ángeles en mayo cuando se estrenó la primera temporada. La actriz que interpretaba a Catt se parecía un poco a ella, solo que era más joven y más guapa.

Y luego Catt se fue a pasar fuera el verano: primero a dirigir un programa de verano de arte en Winnipeg y de ahí a Balsam. Entre clases, daba vueltas por Winnipeg en una bici vieja prestada y asistía a las reuniones diarias de Al-Anon. Nadie, decían, puede decirle al cónyuge de un adicto que se quede o se vaya. Aun así, ella estaba empezando a entender que nunca sería feliz de verdad mientras viviera con un adicto.

Justo antes de que el programa de Catt terminara, Paul perdió el trabajo por faltar demasiado alegando que estaba enfermo. Ella sabía que era ahora o nunca. «Nos tenemos que divorciar», le dijo ella por teléfono armándose de valor.

Paul estaba solo medio borracho cuando le entregaron los papeles. No tenía sentido quedarse en Los Ángeles si Catt y él no estaban casados. Él no quería volver a Albuquerque y no se le ocurría a dónde podía ir excepto Balsam. Catt y él eran copropietarios de la casa, ella no le echaría. Con todas sus licencias y títulos, no tendría problema para encontrar trabajo allí. Desde que compraron la casa gris en 2012, él había deseado pasar allí todo el año y ver cambiar las estaciones. Tenían los kayaks y el tractor cortacésped, y si estaba allí solo no tendría que ocultar que bebía. Podría ir a trabajar sobrio, relajarse por las noches y emborracharse los fines de semana.

Paul metió sus cosas en el coche y condujo los tres mil kilómetros. El mundo tal y como lo había conocido durante años se estaba cayendo a pedazos, pero aquello era un nuevo comienzo. Cuando él llegó, Catt ya estaba allí. Era principios de julio, pleno verano en el norte, había colimbos en el lago y soleados días largos, todo era cálido, amable y tranquilo.

Persiguiendo a su perrito, Blaze, por el prado que rodeaba la casa, Paul se dio cuenta de que había estado completamente sobrio durante el largo viaje. ¿Por qué no continuar sobrio? Quizá así ella cambiaría de idea y seguirían casados. De todas formas, ya casi tenían una relación a distancia.

Encontró un grupo de Alcohólicos Anónimos en el pueblo de al lado, limpió el garaje e hizo barbacoas con carne de animales criados en una granja de la zona. Evan, su nuevo padrino, vivía a tres kilómetros. Juntos, revisaron los pasos y él buscó trabajo todos los días.

Paul seguía sobrio un mes después cuando Catt se marchó a Europa. A él le acababan de contratar como terapeuta de primera línea en Lake Resort, un centro residencial de rehabilitación en un lago precioso a solo unos kilómetros. Cuando Paul llevó a Catt al aeropuerto de Minneapolis le preguntó mientras cenaban si se repensaría lo del divorcio. El verano hasta ese momento había sido maravilloso. Ella dijo: «Ya veremos».

Puesto que estaba programada la publicación de la biografía de Acker, Catt tenía eventos organizados a finales de verano y en otoño. Tras dos semanas en Europa voló de vuelta a Balsam antes de volver

a irse a Canadá y luego al Bard College, en el norte del estado de Nueva York. Durante los pocos días que se quedó en Balsam, Paul estaba tan bien que ella accedió a retirar la demanda de divorcio. Desde Bard fue en tren a Nueva York para participar en un debate en la City University de Nueva York y después a Londres para unos cuantos eventos más. Tras eso volvería a casa a Los Ángeles para una conversación con su amigo escritor Bruce en el espacio artístico 282 Byod Street, cerca del centro de Los Ángeles.

En Londres Catt recibió un correo electrónico preocupante de su amigo mexicano Beto Pena. Se conocieron cuando él vivía en Tijuana y dirigía un centro cultural allí, pero había vuelto a Los Ángeles. Beto y Catt no habían mantenido un contacto estrecho, pero ella recordaba cuánto se había sorprendido por lo mucho que habían subido los alquileres en el antiguo barrio de su familia, Echo Park. Las casas habían cambiado de manos muchas veces desde que él se había ido: los jardines delanteros hechos polvo y sembrados de juguetes se habían convertido en jardines cuidadosamente diseñados con plantas nativas y cerrados tras flamantes barricadas de cedro barnizadas. Las lavanderías habían sido reemplazadas por cafés de lujo. El barrio estaba casi irreconocible y ya no podía permitirse vivir allí. Después de una larga búsqueda, encontró el último estudio de menos de mil dólares en el barrio mexicano de clase trabajadora Boyle Heights, que se estaba gentrificando rápidamente.

«Ey, Catt», escribió Beto. «Seguramente has oído hablar del boicot contra las galerías de Boyle Heights. La llamada al boicot se debe a que la presencia de estas galerías es cómplice de la subida de los precios de las casas de un modo que pone en peligro la comunidad

histórica de clase trabajadora de Boyle Heights. Este es el momento en que los artistas y las organizaciones artísticas deben mostrar dónde se posicionan con respecto a la gentrificación, el capitalismo y el neocolonialismo. Sé que debes de tener amigos en 282 Boyd Street, pero creo que colaborar con nosotros será una prueba esencial de que la cultura pertenece al pueblo…».

Era un correo amistoso y cordial, pero no dejaba de ser un correo y no una llamada. Catt se quedó sorprendida, incluso espantada, al ver que Beto se había unido, o al menos había abrazado, a BHG, los Guardianes de Boyle Heights, un grupo activista mayoritariamente compuesto de estudiantes de CalArts y recién titulados. No todos los miembros vivían en Boyle Heights, pero habían puesto las miras en una serie de objetivos concretos: el propietario de una nueva cafetería; un taller de ascendencia chicana llamado Self-Help Graphics & Art que se fundó en Boyle Heights antes de que nacieran los estudiantes, y el espacio artístico sin ánimo de lucro 282 Boyd Street. Los miembros de BHG hostigaban y molestaban a cualquiera que osara entrar en los sitios señalados y lanzaron virulentas campañas personales online contra sus directores. El supuesto crimen que había cometido Self-Help Graphics era que la mujer del director de la empresa sin ánimo de lucro trabajaba como agente inmobiliaria. No muy lejos habían abierto galerías de primera categoría como Hauser & Wirth, pero a esas las dejaban en paz. Era 2017, el primer año de la presidencia de Trump. El ICE estaba recorriendo los barrios latinos de Los Ángeles y deteniendo a quienes no tenían papeles, y los ánimos estaban caldeados.

No obstante, a Catt le costaba creer que Beto creyera de veras que esas medidas abordaban los problemas reales de la

gentrificación. Ella pensaba que compartían una idea sobre la cultura y la política, siendo ambos relativamente outsiders, autodidactas que habían ido a universidades estatales. En tanto hubiera un beneficio que obtener en Boyle Heights, sería obtenido. La gente mayor que había vivido allí durante décadas estaba vendiendo sus modestas casas por más de lo que jamás habrían esperado, y ¿quién podía culparlos?

A Catt las tácticas de acoso de BHG no le gustaban y declinó unirse al boicot. El segundo correo electrónico de Beto fue mucho más corto: «Esto nos pone en una posición desafortunada, pero tenemos que ser fieles a nuestros ideales».

Organizado por la Lost and Found Poetics Initiative en la CUNY, el simposio sobre los logros de Kathy Acker era el punto álgido de la gira del libro para Catt. Una estudiante de doctorado de poética moderaría; Catt leería un fragmento, y dos destacadas poetas más jóvenes hablarían de la obra y la influencia de Acker. La primera poeta, de hecho, era una amiga.

Brillante y temperamental, se había puesto en contacto con Catt hacía diez años, cuando todavía era estudiante de doctorado de Mikal. Desde entonces habían compartido cenas y largos correos y habían dormido en casa la una de la otra. Catt no conocía a la segunda poeta pero era muy admirada por su prosa elegante y apasionada y por su oposición al capitalismo. Catt y la Poeta 2 charlaron incómodas hasta que apareció la Poeta 1, que llegó tarde, y luego empezó el evento.

Todo iba según lo planeado hasta que la moderadora abrió el turno de preguntas y una pareja joven desplegó una pancarta blanca con las palabras *Amo a explotar* pintadas en rojo. Amigos de Beto y afiliados de la costa Este de los Guardianes de Boyle Heights habían acudido desde Yale para protestar ante la negativa de Catt de cancelar el evento del libro en 282 Boyd Street. Por un momento, Catt se quedó confundida. *Amo a Dick* era una serie de televisión…, ¿no había ido ahí a hablar de Kathy Acker? Todavía sujetando su mitad de la pancarta, la joven aceptó el micrófono de la moderadora.

«Hola, Catt. Es una pregunta para ti. Tienes programado un evento en 282 Boyd, que básicamente es un sitio que está desplazando a la gente. Y hay un boicot organizado por un grupo de activistas en Boyle Heights. Me gustaría saber si te vas a retirar de este».

Catt no había oído la pregunta y le pidió a la Poeta 2 que se le repitiera. «Es una pregunta sobre el boicot de Boyle Heights y si vas a trasladar el evento para no cruzar la línea de piquete». Catt dijo que no, que lo iban a mantener. «¿Qué te empuja a pensar que está bien», prosiguió la joven, «desplazar a la gente, ser parte de esa organización que está desplazando a un barrio?». La Poeta 2 parafraseó: «Quiere saber por qué no lo vas a hacer. Y en particular quiere saber sobre el desplazamiento del que esa galería de arte es parte». Catt estaba en desacuerdo con los fundamentos de la pregunta pero no veía el sentido de decirlo en ese momento. En su lugar, intentó reconducir el turno de preguntas. «¿Por qué no dejamos este debate para otro momento? Las dos poetas han

venido para hablar de Kathy Acker y no quiero apropiarme de la conversación».

Catt esperaba que las poetas la apoyaran, pero, para su sorpresa, decidieron abandonar el barco y ponerse del lado de los manifestantes. «Creo que estamos viviendo una época en la que el envoltorio de la realidad está cambiando», dijo la Poeta 1, «y la gente está tratando de responder de una forma nueva. La gentrificación no tiene por qué ser esta cosa inexorable, Puerto Rico no tiene por qué estar inundado…».

«Yo he estado reflexionando sobre la relación entre el boicot al desplazamiento y Acker, y la política, y todas esas pequeñas mentiras que compiten dentro de la gran mentira, sobre la respetabilidad de la política en torno al cáncer de mama, la mortalidad femenina, en todo. Y apoyo el boicot», dijo la Poeta 2.

«Lo que me gustaría que hiciera la gente cuando escribe es examinarse más a fondo. Porque el holograma en el que estamos es un poco raro», añadió la Poeta 1.

«Tenemos sitios para hablar de libros», dijo la Poeta 2. «No es necesario destruir barrios para hacerlo. Tenemos que encontrar formas de pensar fuera de la monstruosa trampa del capitalismo».

«¿Crees que podemos ir acabando?», le preguntó Catt a la moderadora. Las dos poetas se quedaron en el escenario después de que ella abandonara la mesa redonda. «¿No te hubiera gustado saberlo de antemano?», le susurró la Poeta 1 a la Poeta 2.

«Lo sabía…», dijo la Poeta 2.

«¿Antes de venir?», preguntó la Poeta 1.

«Sí, sí, ¿vale?», respondió la Poeta 2. «Unos veintisiete minutos antes, por el teléfono».

La mañana siguiente colgaron el vídeo del evento en YouTube y los Guardianes de Boyle Heights publicaron un nuevo comunicado en todas las plataformas de redes sociales:

> LOS MODERNOS DE 282 BOYD QUIEREN HACER UN FIESTÓN ARTÍSTICO PARA CATT GREENE EN NUESTRO BARRIO EN BOYLE HEIGHTS. CATT GREEN REPRESENTA A LA ARTISTA DE LOS ÁNGELES CONVERTIDA EN ESPECULADORA INMOBILIARIA. FORMA PARTE DEL MITO FUNDACIONAL DETRÁS DE LOS MANDAMASES LISTILLOS APOCALÍPTICOS BLANCOS QUE SE INFILTRAN EN LOS ÁNGELES A TRAVÉS DE LOS PROGRAMAS DE MÁSTER DE ARTE E INFESTAN LA CIUDAD CON EMPRESAS DE MIERDA FINANCIADAS CON FIDEICOMISOS SIN SENTIDO. SU VIDA EN LOS NOVENTA CONSISTÍA EN ESPECULAR CON VIVIENDAS EN HIGHLAND PARK MIENTRAS FETICHIZABA CUERPOS MARRONES. ESE ES EL METATEXTO DE TODA SU EGOÍSTA ESCRITURA CONFESIONAL.

Cuando lo vio en Facebook, Catt estaba fuera de sí. ¿«Empresas financiadas con fideicomisos»? Hasta donde ella sabía, ninguno de los antiguos estudiantes del máster de arte que formaban parte de BHG tenía un trabajo de verdad. Su sueño de rehabilitar los edificios de Albuquerque no había comenzado únicamente como un medio para mantenerse, también era un pequeño proyecto social. A diferencia de los inversores de bolsa, los propietarios particulares sabían de dónde venía su dinero y cómo se gastaba. A veces podían decidir anteponer las personas a los beneficios, eximir de tasas, perdonar pagos atrasados y alquilar a gente con antecedentes crediticios o penales menos que ideales. Y ¿«fetichizar cuerpos marrones»? ¿Se referían a Paul?

«Esta gente son pitbulls», le escribió él por correo desde Balsam. «Parece que están respondiendo de veras a Trump…, te pueden

atacar y salir airosos, en contraposición a sentarse y ver cómo el ICE se lleva a sus familias. Sin el clima político actual, esto no estaría sucediendo. Cambia de sitio el evento y no respondas». Se dio cuenta de que Paul tenía razón e hizo eso.

Al volver a Los Ángeles, Catt colapsó con una fiebre de 39,5 durante una sucesión de días de octubre a 38 grados. «Me siento sobre todo avergonzada», escribió en su cuaderno. «También: sucia, exhausta». Hizo unos cuantos eventos en la costa Oeste en modo fuga, evitó ver a sus amigos y luego huyó a Balsam. «¡Las noticias falsas hacen todo lo posible para degradar y denigrar! ¡Cuánto odio!», tuiteó Trump. La bolsa subió. En Nueva York, Galen Stein, el coeditor de la revista *Artissues*, renunció tras una denuncia por acoso sexual. La revista emitió un comunicado: «Lamentablemente este comportamiento socava los ideales feministas por los que llevamos tanto tiempo luchando. Como respuesta, estamos creando un grupo de trabajo de mujeres». Una reunión abierta de la comunidad general de *Artissues* debatió cómo enajenarle de sus acciones de la compañía. Era un elfo de sesenta años, que vestía trajes de color naranja chillón y hacía chistes sexuales que en cierto modo llevaron una ligereza muy necesaria a la revista. Antes de asumir su puesto en el mundo del arte, había fundado y vendido una exitosa marca de calcetines.

En *Artissues*, había una competencia feroz para puestos editoriales junior mal pagados. Las candidatas que los conseguían eran a menudo jóvenes ansiosas, concienciadas y con educaciones carísimas. Galen les prestaba mucha atención, y rompía el hielo sexualizando inesperadamente las conversaciones más triviales. Él se veía como su defensor, y ellas le veían como un chiste, y ponían los

ojos en blanco ante su comportamiento zafio al tiempo que disfrutaban de sus consejos sin filtros y los favores profesionales. Claramente, el comportamiento gonzo de Galen tenía que parar; no tenía cabida en un entorno laboral ni en ninguna parte. No obstante, a Catt la dejó asombrada el alcance global de su exilio. Las mujeres que en su día hacían bromas sobre él ahora estaban recuperando sus recuerdos en las redes sociales, su enfado transformado en trauma.

Galen había ayudado y apoyado a muchos artistas a lo largo de los años. Catt se preguntaba por qué nadie pedía moderación o clemencia. Pero una vez más en cuanto el troleo comenzó, las posturas se endurecieron al instante. No importaba lo que dijeras, el significado estaba en otra parte.

En Balsam, nevó. «Al fin aquí, ¡y al fin feliz!», escribió Catt en su cuaderno cuando llegó a mediados de octubre. La primera mañana, Paul y ella salieron a correr cuando todavía se veían las estrellas y ella volvió a la cama después de que Paul se marchara a trabajar. Soñó que estaba dando vueltas en coche cerca del parque MacArthur con una pecera en la que había un pez verde. Sabía que el pez necesitaba comida y agua limpia, pero no podía llegar a la tienda porque había demasiada gente alrededor, haciendo colas en puestos de comida y tiendas.

Paul volvió a casa de trabajar temprano y fueron en coche a una tienda de pienso para animales en Harding para comprar trigo para los ciervos. Puesto que estaría allí todo el invierno, Paul había

decidido alimentarlos. Y luego vaciaron un calabaza enorme, jugaron a las cartas y asaron un pollo.

Estuvo sobrio hasta que Catt se fue con Blaze a principios de noviembre. Sin ellos, hacía frío y estaba muy solo. Cuando Paul salía de casa a las ocho estaba oscuro y estaba oscuro cuando conducía de vuelta a casa a las cuatro y media. La gente que trabajaba en el centro de rehabilitación era gente normal del norte: algunos eran simpáticos, otros menos, pero todos tenían sus vidas y sus familias.

Los pacientes de Lake Resort venían de toda Minnesota, de pueblos y ciudades con nombres como Red Wing y Thief River Falls, lugares de los que él nunca había oído hablar. La mayoría iban por mandato judicial, lo cual quería decir que un juez les había permitido escoger entre quedarse en la cárcel o ir a rehabilitación. Prácticamente nadie enviado por un juez lo conseguía. Asistían al grupo y trabajaban en los pasos hasta que al final encontraban la manera de comprar drogas —siempre metanfetamina— en el aparcamiento en los viajes en furgoneta al Walmart de Harding. Walmart era donde todo sucedía. Si no se fugaban esa noche con un amigo que los esperaba en el aparcamiento, volvían al centro para drogarse y al día siguiente no pasaban el examen de drogas o quizá un compañero los delataba. A veces se escapaban al bosque entrada la noche, lo cual era una verdadera locura. Nunca estaban preparados, siempre se perdían, ninguno lo logró jamás. Y después por la mañana Paul u otra persona llamaba al sheriff. Te preguntabas sí o sí por qué preferían la cárcel al tratamiento, sobre todo teniendo en cuenta que Lake Resort era muy bonito…, una cama cómoda con

vistas al lago, comidas ecológicas frescas, wifi gratis y pesca en el hielo. O no. En cualquier caso, confirmaba algo que Paul siempre había sabido: el tratamiento no servía de nada.

Los fines de semana iba en coche a Greatwoods o a Harding a hacer la compra. «¿Por qué no te apuntas a las actividades del albergue de Greatwoods?», le insistía Catt desde Los Ángeles, «¿o vas yoga?». Pero un día frío y gris seguía al anterior, no le apetecía. Salvo por la compra y la reunión de los miércoles por la noche, se quedaba en Balsam. Cada noche entre semana llegaba a casa, alimentaba a la manada de ocho ciervos que llegaban todas las noches, se calentaba un burrito en el microondas y veía *The Walking Dead* o *The Office*.

Cuando la nieve empezó a congelarse en las montañas comenzó a oír ruidos.

Estaba en la planta de arriba en la cama cuando oyó un golpe fuerte en el porche…, ¿serían los ciervos acercándose hasta la casa? Los golpes llegaban de tres en tres, se repetían una y otra vez. Se levantó para ir a ver pero no había huellas. Cuando volvió a casa empezaron los aullidos…, no distinguía si era un animal o un grito mezclado con llanto. Fue el llanto lo que le perturbó. Recordaba la historia del vecino sobre el niño que se había ahogado en el lago. Pero entonces los golpes pararon y se olvidó del tema.

Un mes más tarde estaba en la planta de arriba en la cama cuando comenzaron los toques. Toc toc toc —de nuevo de tres en tres— desde dentro del armario. Se obligó a levantarse y mirar pero cuando abrió la puerta no había nada y el sonido se detuvo hasta que volvió a la cama. Esa noche durmió con las luces encendidas porque tenía miedo. Y después, durante una o dos semanas, nada,

hasta que sucedió de nuevo. Nunca podía relajarse del todo porque nunca sabía cuándo volvería a comenzar. Y luego los toques se trasladaron a las paredes, como si hubiera algo, un ratón o una rata, atrapado dentro.

Nunca bebía los miércoles por la noche porque era su noche de Alcohólicos Anónimos. A veces aguantaba una semana sin beber. Pero al final el pensamiento llegaba, como los toques en la pared: «Compraré nada más un pack de seis». Y después no había forma de librarse de él. Ya en la tienda se daba cuenta de que se podía ahorrar un viaje si compraba doce o una caja y tal vez una botella de tequila para el fin de semana. Su regla era beber solo cerveza las noches entre semana, pero a veces después de la novena o décima cerveza se tomaba un chupito para tranquilizarse, y luego otro. Y antes de que se hubiera dado cuenta era demasiado tarde para ir a dormir y tenía que llamar al trabajo para avisar de que estaba enfermo, o si no, ir oliendo a alcohol. Los días que iba estaba nervioso las ocho horas esperando que nadie lo notara…, y no lo notaban. ¿O tal vez sí? El centro estaba en un lugar tan remoto que para los propietarios era una lucha constante conservar a los terapeutas con licencia.

A veces se preguntaba si Catt había instalado una cámara en alguna parte para comprobar si bebía… porque se oían unos pitiditos bajos dentro de los armarios de la cocina, pero cuando se acercaba paraban. La casa lo estaba volviendo loco. Se planteó destrozar a golpes los armarios.

La tortura de la casa paró en diciembre cuando Catt y su perro, Blaze, llegaron para las fiestas. Durante un tiempo, Paul dejó de beber. Al fin estaba feliz. Catt escribía sus piezas para catálogos de

arte mientras él estaba en el trabajo. Los fines de semana iban a hacer esquí de fondo y cocinaban espaguetis con albóndigas. Él anhelaba liberarse de su trabajo en el centro de rehabilitación. ¿Por qué tenía que trabajar? Catt iba y venía a su antojo. Él soñaba con convertirse en minero o camionero o capitán de barco.

El día después de Navidad fueron a Winnipeg a pasar unos días. Catt reservó una habitación en un hotel antiguo con encanto que tenía bar y restaurante. Paul lo vio como su oportunidad y no la dejó pasar. Se excusó para no ir a la cena con los amigos de Winnipeg de Catt y fue al bar a emborracharse. El bar fue el primer sitio donde ella buscó cuando regresó a su habitación. Verlo en el bar fue como que la atropellara un camión, pero en el viaje de vuelta él se arrepintió. Estar todo el día rodeado de adictos había acabado con su recuperación: tenía que salir del centro de rehabilitación. De vuelta en Balsam, ella le ayudó a revisar su currículo. Para cuando Catt se marchó a dar clase a Los Ángeles, Paul tenía un nuevo trabajo en Greatwoods.

A Paul le encantaba su nuevo trabajo en North Country Kids Care. El resto del invierno, visitó escuelas de todo el condado para hacer sesiones de terapia con niños pequeños. Por primera vez en mucho tiempo, sintió un poco de esperanza…, pero en marzo, todo cambió de nuevo. North Country Kids Care tenía un contrato con un centro de detención juvenil. Dada su raza, género y experiencia, creyeron que sus credenciales serían de mayor utilidad en el centro para adolescentes River Road. Alojado en una antigua prisión, el espacio

albergaba a los chicos más problemáticos condenados a un centro de internamiento de menores.

Paul se trasladó del centro principal en Greatwoods a una antigua celda que habían transformado de una oficina sin ventanas. La mayor parte de su trabajo consistía en entrevistar a los jóvenes convictos cuando llegaban para asignarles los códigos de diagnóstico que la agencia necesitaba para facturar. La mayoría de las veces tenía que inventarse los códigos porque los chavales no querían hablar con él. El silencio era su única arma. Sus lemas eran: «No chivarse», «No hablar» y «No contar». Día tras día se sentaba en su celda con pacientes que le odiaban. «¿Por qué no conoces un poco más a tus compañeros?», le sugirió Catt alegremente. Y él lo intentó, pero todos tenían sus familias y sus vidas. Cuando invitó a comer a una terapeuta, se comportó como si él estuviera tratando de ligar con ella.

Catt y Blaze volvieron a Balsam en mayo y Paul se obligó a mantenerse sobrio. Sabía que si bebía ella se marcharía, y Catt y el perro eran su única familia de verdad. Ocho horas al día, él trabajaba en su celda de River Road mientras Catt se quedaba en casa escribiendo un monográfico de arte. Él iba dos veces por semana a Alcohólicos Anónimos y ella, a las reuniones de Al-Anon. Los fines de semana hacían barbacoas, kayaks y conducían hasta Canadá para hacer camping en canoa.

En agosto de 2018, el *New York Times* publicó un extenso reportaje sobre la queja en virtud del Título IX presentada por Nimrod Rietman, un antiguo estudiante de doctorado de la

Universidad de Nueva York, contra la filósofa Avital Ronell: «¿Qué le pasa al #metoo cuando acusan a una feminista?». Dos años antes de eso, ella había sido la tutora de su tesis. El artículo había sido organizado por el portavoz de Reitman y citaba profusamente su demanda: los correos que ella le había enviado, los excéntricos términos cariñosos. El retrato del *New York Times* de Reitman, de treinta y cuatro años, lo mostraba agraviado pero en buen estado, arreglado y en forma, mientras que la imagen poco favorecedora de Ronell, de sesenta y seis años, en una conferencia la habían sacado de internet. Sus ojos negro y brillantes ardían tras unas enormes gafas de plástico negras.

¿Un hombre gay abusado por una mujer queer? Era un excitante y lujurioso giro nuevo del #metoo. Reitman, que parecía venir, o disfrutar, de una gran fortuna, también iba a interponer una demanda civil para pedir daños económicos no especificados por la angustia mental que supuestamente había padecido. El *Sunday Times* de Londres se hizo eco de la noticia: «Los besos de la profesora manoseadora Avital Ronell y su "peluche" Nimrod Reitman se vuelven tóxicos». La misma semana el agente del FBI que había dirigido la investigación de la interferencia en las elecciones de 2016 fue despedido y Trump revocó los permisos de seguridad de diversos agentes de inteligencia por husmear en las actividades de su administración.

Catt no conocía a Avital, pero habían coincidido años antes en Saas-Fee y le había parecido un espíritu ágil y generoso, una filósofa-duende. Por erróneo y confundido que hubiera sido su comportamiento con Reitman, él era un adulto de treinta y tantos que lo había consentido. Ella era su tutora de tesis, pero nadie le

había obligado a alojarse con ella en su apartamento de París. Seguramente ella no se merecía ese escarnio. ¿Por qué el *New York Times* aceptaba la versión de Reitman como la realidad de base? Muchos amigos más jóvenes de Catt habían estudiado con Avital y la adoraban. Se preguntaba quién daría un paso al frente para defenderla más allá de una carta firmada por un grupo de profesores distinguidos —y más adelante, parte de ellos se retractaron—, nadie lo hizo.

Cuando un exestudiante de Saas-Fee le pidió que publicara en un blog que había creado en defensa de Avital, Catt no se lo pensó dos veces. «Nadie», escribió Catt, «le impedía cambiar de tutora […], él es un participante empoderado y privilegiado. Su fingida indefensión tras los hechos es evidente para cualquiera que se tome la molestia de valorar la situación».

En el plazo de horas, Twitter se levantó para atacarla. «Patética […]. Doblemente patética […]. Qué taimada, retorcida y engañosa. Dios mío, guau […]. A Catt Greene se le ha visto el plumero […]. ¿Por qué no es ninguna sorpresa?».

Todo aquello hubiera muerto en una semana de no haber sido por un segundo incidente. En Nueva York un nuevo grupito de críticos literarios jóvenes, listos y modernos había empezado a quedar para tomar algo cada semana. Con sus doctorados de Yale y sus legiones de seguidores en Twitter, le dieron un aire nuevo y arriesgado al moribundo arte de las reseñas. Los críticos buscaban el favor de los escritores estadounidenses más mordaces, brillantes y erróneamente ignorados, con quienes ellos se identificaban. Entre esos escritores estaba la amiga de Catt G., una reclusa declarada de setenta y muchos que no usaba las redes sociales. Invitaron a G. a tomar algo

en su mesa, y cuando salió el nombre de Catt G. bromeó bebida: «¿Catt Greene? Ella es rentista, no escritora».

La mañana siguiente, una de los críticos tuiteó el comentario alcoholizado de G. a sus más de veinte mil seguidores: «Lo más gracioso que me ha dicho nunca G. fue que Catt Greene es rentista no escritora», reafirmando con habilidad su proximidad con G. y su desprecio por una feminista blanca mayor. «No es una rentista, es una negrera», añadió unos minutos después una amiga de la crítica que a su vez era crítica para varios medios de comunicación de gran alcance. «No», la corrigió una académica de clásicas de Princeton, «Catt Greene es una rentista sin escrúpulos y un trozo de mierda».

A Twitter le pareció muy gracioso. Los críticos, que publicaban en cabeceras como *New York Times*, *New York Review of Books* y *New Yorker*, no tardaron en borrar sus tuits, pero no lo hicieron antes de que recibieran me gustas, corazones y fueran compartidos por sus miles de seguidores. Esos seguidores —estudiantes de posgrado, escritores para medios no tan relevantes— se reafirmaron a sí mismos y sus nombres leyendo los textos y las entrevistas de Catt desde el odio. Para la gente que se había hecho adulta durante la crisis de 2008, la novela de Catt *Verano de odio* sobre conocer a Paul y renovar los apartamentos de Albuquerque era totalmente condenatoria. Acompañada de varias entrevistas en las que hablaba sin tapujos sobre cómo se ganaba la vida —un acto político, creía ella, puesto que todos excepto los artistas de mayor éxito comercial disponían de fuentes de ingresos invisibles—, la novela se convirtió en la Prueba A de su caso. Las observaciones que había hecho sobre el dinero y la clase, la cultura y la raza, fueron ridiculizadas. Le costaba entender de dónde venían sus detractores. ¿Se oponían a

cualquier clase de vivienda de alquiler? ¿Debía gestionarlo el estado? ¿Creían que los edificios se mantenían solos? A veces los tuits tenían un argumento válido, pero la mayoría no tenían argumentos más allá del odio sin motivo. «Catt Greene puso la primera piedra en el abrigo de Virginia Woolf», tuiteó una antigua estudiante. «Y encendió el horno de Sylvia», añadió la Poeta 2 del evento de la City University de Nueva York.

«Estoy cansada del feminismo radical blanco que mayoritariamente ignora las cuestiones de raza», escribió una estudiante de doctorado de Berkeley.

«Es peor persona de lo que jamás había pensado.

Martes. Catt se conecta al foro de caseros, alguien ha respondido a su pregunta sobre cómo hacer que el inquilino pague las bombillas nuevas del edificio sin ascensor.

Es gracioso saber que Catt Greene y Donald Trump podrían intercambiar consejos sobre gestionar propiedades».

Catt Greene, dijo la gente, había sido cancelada. Alguien fue a su página de Wikipedia y cambió su profesión de escritora a rentista.

El martes después del puente del día del Trabajo, Paul dejó a Catt en el aeropuerto Thunder Bay en Canadá. Habían pasado una semana preciosa de camping en canoa. Catt iba a Toronto y luego volvería a Los Ángeles. Hasta finales de noviembre, él estaría solo de nuevo. La idea de beber le llamaba como una hermosa sirena. Al día siguiente estaría de vuelta en su celda en el centro para adolescentes River Road. En un mes habría nieve y llegaría otro invierno en el norte.

Tras cruzar la frontera compró un pack de doce cervezas canadienses Molson y una botella de whisky Canadian Club en honor a sus vacaciones. Se bebió la mitad de la botella, a la cual siguieron un par de latas antes de salir del aparcamiento. «Ahora estamos hablando». El calor invadió su cuerpo: el inicio del delicioso olvido.

Condujo todo el camino a Balsam con un control impecable y sin ningún incidente. Pero cuando se acercaba a la tienda Four Corners con su camioneta cargada con los kayaks, un camión articulado apareció de la nada y chocó con él. La camioneta colapsó. Nadie resultó herido, pero la policía y una ambulancia llegaron en cuestión de minutos.

Justo antes de salir al escenario para leer en Toronto, Catt recibió un mensaje de la hermana de Paul: «Hola, solo quería que supieras que Paul está en la cárcel. Ha tenido un accidente y había bebido».

Pagaron la fianza, pagaron a un buen abogado y Paul salió con bastante facilidad. No perdió el trabajo. North Country Kids Care padecía una grave escasez de médicos. Puesto que era la primera vez que conducía bajo los efectos del alcohol en más de diez años, el juez le condenó a un mes de arresto domiciliario en lugar de treinta días de cárcel y tres años de libertad condicional. Tendría que instalar un alcoholímetro en el coche y presentarse cada día para realizar pruebas aleatorias de drogas y alcohol durante el año siguiente. No le quedaba otra alternativa que dejar de beber.

Catt se quedó con Paul desde las vacaciones de Acción de Gracias hasta después de Año Nuevo. Beber ya no era una opción y su estancia en la casa gris fue tranquila. Talaron ellos mismos su árbol de Navidad, asaron un pavo e hicieron esquí de fondo.

El nombre de Catt Greene continuaba apareciendo cada día en Twitter. Hacía mucho que el caso Avital había caído en el olvido, pero a medida que se agravaba el problema del acceso a la vivienda, los artistas, músicos y escritores que se habían aventurado en el sector inmobiliario se convertían en objetivos. La vivienda era un derecho humano y la sola idea de poseer y alquilar una casa o un apartamento —evidentemente con ánimo de lucro— ahora se consideraba inmoral, una depravación, porque los propietarios echaban a los que no cumplían con los pagos y el desahucio significaba quedarse sin hogar. Cada día alguien retuiteaba «Catt Greene es una rentista». Una alumna recientemente graduada en la Sarah Lawrence vendía pegatinas anti Catt Greene en Etsy.

Cada mañana antes de que amaneciera, Paul salía al cobertizo, llenaba los cubos del pienso que compraban en la tienda de alimentos para animales y esparcía el grano por la colina para su pequeño rebaño. Catt observaba a los ciervos comer mientras salía el sol y ella tomaba café sentada en la cocina. Sola en casa hasta que Paul volvía del trabajo a las cinco y media, escribió un texto para la artista Kate Newby. Se suscribieron al *Harding Tribune* y al *Duluth Dailey News* y cada día cerca de las doce caminaba casi un kilómetro hasta el buzón para recoger los periódicos.

El martes 8 de enero de 2019 —pocos días antes de que volara de vuelta a Los Ángeles— la primera página de ambos periódicos informaba de un asesinato cruento.

PAREJA ACUSADA DEL ASESINATO

EN EL SENDERO NAGAMO

El sábado por la mañana le vendaron los ojos y condujeron al bosque a un hombre de 33 años de Iron Range. Allí le dispararon dos veces en la cara por supuestamente andar detrás de la novia de diecisiete años de otro hombre.

Micah Waldon, 18, Evan Stanton, 20, y Brittney Linn Moran, 17, todos de Harding, han sido acusados de asesinato en segundo grado, secuestro y robo de la víctima, Brandon Halbach, de North Start. El calvario de Halbach comenzó con una visita a Moran en el apartamento de Stanton el sábado por la mañana.

Según el cómplice Evan Stanton, los cuatro pasaron el día juntos y Waldon, que portaba un arma, habló de un plan para matar a Halbach como represalia por las insinuaciones sexuales no deseadas y tocamientos inapropiados a Moran, quien era su novia.

Según la documentación judicial, el cuerpo de Halbach fue descubierto en el sendero Nagamo el domingo con dos disparos en la cara por una persona que conducía una moto de nieve. El sospechoso permanece en prisión con una fianza de un millón de dólares a la espera de pasar a disposición del juez el 19 de enero.

El asesinato del sendero Nagamo es el segundo homicidio en el área de Harding en menos de dos semanas. El 25 de diciembre, Jesiah Augustus Benedict, 34, natural de Harding, recibió un disparo y murió a las puertas de una residencia. Marsell Darik Atkins, 29, ha sido acusado de asesinato en segundo grado y de delito de lesiones graves en ese caso.

El caso captó el interés de Catt. ¿Quién era esa gente? La ejecución con arma de fuego había tenido lugar en el mismo sendero de ciento treinta kilómetros donde Paul y ella solían montar en bici por el bosque cada verano, en busca de zorros y águilas. Balsam eran

cabañas, bosques y pequeñas granjas, un mundo completamente distinto, a solo treinta y cinco kilómetros de distancia de donde se habían producido los disparos. Micah y Brittney, los dos chavales del caso, podrían haber sido pacientes de Paul en el centro para adolescentes River Road. Debían de estar colocados —¿de qué drogas?—, y ¿qué hicieron con la víctima durante casi un día desde el momento en que llegó a su casa y el momento en que le dispararon? El artículo del periódico decía «los cuatro pasaron el día juntos». ¿Eran amigos? ¿De qué hablaron? Catt ansiaba investigar.

Las novelas de Catt siempre habían partido de su vida, pero ahora su vida parecía superflua en comparación con su grotesca imagen de rentista. Desde que Trump había ganado las elecciones y todo se había tuiterizado, había empezado a preguntarse si siquiera tenía sentido seguir escribiendo libros. ¿Y para quién? La crueldad sin sentido de la era Trump había roto el velo del comportamiento social y había destruido la ilusión de que todas las vidas humanas importaban. «Lo único que de verdad queríamos hacer», escribió en su cuaderno, «era ver *Supervivientes* y *El aprendiz*».

Catt se acordó del fragmento de un libro de un amigo suyo, el difunto Erje Ayden, publicado a mediados de los sesenta.

«Cada vez que un autobús se detenía en un motel Howard Johnson en un pueblo nuevo, estaba más convencido de que había una América que no había visto nunca. No se trataba solo de las caras y aspectos diferentes de la gente, sino de su misteriosa frialdad y rabia. Esta América sin artistas ni restaurantes italianos daba un poco miedo. Pero sospechaba que tenía que aprender sobre esta América de inmediato si quería tener éxito en mis futuros proyectos».

Por supuesto, la crueldad siempre había estado ahí. Intentó imaginar Estados Unidos a través de los ojos de Erje, que llegó a Nueva York desde Estambul en 1957: las caras tensas y crispadas de los ciudadanos honrados y el sadismo aleatorio de un grupo de estudiantes de instituto de fiesta. Pensó en las distancias entre Los Ángeles y la casa gris de Balsam y las vidas de esos cuatro jóvenes en Iron Range y decidió que intentaría construir un puente entre ellas.

TERCERA PARTE

HARDING

«Los cuatro pasaron el día juntos»



Sencillamente repugnante. / La conozco desde hace años, siempre ha sido problemática, cuando sale con tíos por su culpa acaban en la cárcel, miente sobre su edad. / Nunca ha parecido que ella estuviera bien de la cabeza. / ¡Se acuesta con hombres mayores! Lo hace constantemente. / Maldad. / Al parecer ella tuvo problemas con las drogas durante un tiempo. / Su mirada lo dice todo. / Asesinado

1

… La familia de Brittney se mudó a la casa color beige mostaza en East Harding cuando ella tenía siete años. Era una de las trescientas casas de una antigua colonia minera construida por las minas para alojar a los trabajadores inmigrantes en los años veinte del siglo xx, a un breve paseo de distancia del centro. Con escasas variaciones, las casas de la antigua colonia minera eran parecidas: sótanos profundos, exterior de madera, ubicadas cerca de la calle, con media planta extra para embutir las habitaciones de los niños en la buhardilla. Brittney, la pequeña, tuvo que esperar hasta que sus dos hermanas mayores se fueron de casa para tener una habitación propia. Todas las casas tenían diminutos jardines delanteros y unos caminitos de cemento que llevaban a la puerta principal o el porche. Los jardines de atrás —que daban a una serie de callejones que dividían las calles— eran amplios. A lo largo de los años la gente añadió garajes, talleres y columpios. La familia de Brittney se mudó a la casa después de que la embargaran. Hacía mucho que las minas no estaban en funcionamiento y la crisis financiera les dio a sus padres la oportunidad de comprarse una casa. Ninguna de sus familias llevaba mucho en Iron Range: se mudaron cuando la madre de Brittney, Erin Page, y su padre, Jeff Moran, eran pequeños todavía.

La casa de los Moran estaba a cinco minutos a pie de las dos calles principales del centro de Harding, First Avenue y Howard Street. Aunque el «centro» no había sido gran cosa desde que Brittney tenía memoria. Estaban el Nick's Bar, para los viejos que bebían de día; una tienda de segunda mano regentada por veteranos; una tienda solidaria de segunda mano Goodwill, y el Ejército de Salvación. El restaurante mexicano, la consulta del quiropráctico y la peluquería habían cerrado. Pero había un China Buffet y dos pizzerías, además del estudio de tatuaje de Andy, dos licorerías, una tienda de bicis y una casa de empeños. Todo lo demás —los sitios a los que iba todo el mundo, el Walmart, la tienda de bricolaje y jardinería Lowe's, el hospital y centro municipal, el concesionario Chevrolet— se había trasladado fuera de las dos autopistas que rodeaban Harding. A principios de 2019, cuando Brittney y su novio, Micah, y su amigo Evan secuestraron a Brandon Halbach y le dispararon en la cara a quemarropa, nadie había pensado en convertir East Harding y los edificios antiguos de ladrillo del centro en un distrito histórico. La clase profesional de Harding —los médicos y abogados, los jueces y los fiscales de distrito a los que habían enviado a hacer carrera en una ciudad minera arruinada a cuatro horas al norte de las Ciudades Gemelas, más bien seis en invierno— se recluía en las enormes casas de los lagos más populares. No había escuelas privadas para sus hijos ni puertas pintadas de rojo Navidad o amarillo canario ni jardineras ni carteles en forma de corazón con la bandera arcoíris en el jardín delantero proclamando «Todo el mundo es bienvenido». Los únicos carteles que quedaban eran los de Trump/Pence que se habían quedado de las elecciones de 2016 y los carteles que había repartido la

multinacional minera que pedían exenciones a una prohibición estatal para hacer fracking, «Nosotros apoyamos la minería / La minería nos apoya a nosotros», que ya no era verdad, ni siquiera remotamente. El cincuenta por ciento de los trabajos de la ciudad correspondía al ámbito sanitario, y el resto, a los comercios y servicios. Pero la minería seguía siendo el mito fundacional de Harding, el mito del que hablaba Trump: la época en que una familia de clase trabajadora vivía con un solo sueldo, iba a misa y solo necesitaba un coche, porque mamá podía ir caminando a hacer la compra al supermercado IGA local mientras papá estaba en el trabajo y los niños en el colegio. Por las tardes y los fines de semana iban a partidos de hockey y a funciones de los Caballeros de Colón y la iglesia.

El viernes a última de la tarde, antes de que Brittney conociera a Brandon Halbach y todo pasara, ella y su amiga Misty estaban solas en casa en la pequeña habitación de la buhardilla de Brittney con sus teléfonos. Sus padres todavía estaban en el trabajo y el aburrido cielo gris granito casi se había fundido a negro.

«Ey», le escribió Tyler del lago Moose a Misty en un mensaje. Se habían conocido en LiveMe una hora antes. Era la primera vez de Misty en LiveMe. Nunca lo hubiera hecho en casa porque vivía con Evan, su nuevo novio. Llevaban viviendo juntos menos de tres semanas y era demasiado arriesgado que él lo viera.

«Eyyyy», respondió ella. LiveMe era una página donde los tíos enviaban dinero por PayPal a las chicas para que hicieran cosas. Si Brittney no la hubiera ayudado a darse de alta, ella nunca se habría atrevido, no se le hubiera ocurrido hacerlo.

«La cuestión es si te entregarás a mí».

«Quizá. Depende».

«Así que eres una niña mala, ¿eh?».

«Oh, sí».

«No será un problema someterte».

Misty no estaba segura de cómo funcionaba o de qué pasaba a continuación. El calentador de aire zumbó y convirtió la reducida habitación en una sauna. Brittney estaba en su cama individual, ya se había cambiado y puesto un top y estaba con alguien. Misty se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en un puf, sudando profusamente con sus leggins forrados de borreguito.

«Inmovilizarte».

«Besarte el cuello».

Instintivamente alejó el teléfono y se quitó el jersey. ¿Eso la convertía en una puta? Brittney la había ayudado a abrirse una cuenta secreta de PayPal.Me para el dinero.

«Te tiraré del pelo».

Misty era una rubia cobrizo rellenita.

«Mmm», dijo ella, agitando la melena.

«¿Me vas a enviar las fotos por aquí? ¿Y una lista de tus fetiches?».

LiveMe en realidad no era en vivo porque hacer cosas en cámara solo no era suficiente para ganar dinero de verdad. Como le explicó Brittney, tenías que enviar fotos. Brittney era una intrépida. Todos sus amigos pensaban que tenía un *body count* por encima de cien y eso sin ni siquiera contar lo online. En realidad Misty no estaba haciendo nada con ese tío, era invisible.

«Primero tienes que pagar». Misty copió y le envió el enlace de su PayPal.Me. En cuanto apareció la notificación «Has recibido dinero»

en su teléfono, empezó a hacerse fotos y enviarlas.

«Quieres que deslice la cabeza arriba y abajo de tu coño hasta que estés chorreando y que luego te la meta tan rápido que te haga jadear», le escribió Tyler, pero ya lo había dejado colgado para escribir un mensaje a Micah por Facebook.

«Ey, tendré los 60 dólares esta noche».

A lo que Misty se dedicaba en realidad desde que la habían despedido de Walmart después de Navidad era a cuidar niños y vender marihuana. El nuevo novio de Brittney, Micah, era su proveedor. Realmente la marihuana procedía de sus padres: su madre, Crystal, y Quinton, su novio. Darle marihuana a Micah era una de las muchas maneras en las que Crystal se preocupaba por su hijo. Le habían hecho tanto bullying de niño y de adolescente. Ya tenía dieciocho años y ella quería que se sintiera independiente pero que se quedara viviendo en casa el tiempo suficiente para sacarse el título.

A Misty se le hacía extraño, pero en el buen sentido, estar ahí, en esa habitación, con Brittney, de aventuras como si fueras niñas pequeñas de nuevo.

Si le preguntabas a Misty, ella hubiera dicho que Brittney era su mejor amiga en el mundo. ¡Habían llevado los pañales juntas! Habían trepado árboles en el jardín de la abuela Ann, habían preparado cosas raras para comer en la cocina, se habían contado secretos y perseguido gallinas. Brittney era la amiga que Misty recordaba más de la infancia: una infancia que se interrumpió cuando tenía once años y al llegar del colegio se encontró a su madre en el suelo de la cocina, muerta de una sobredosis. Después de eso, dio tumbos por centros de menores y casas de acogida en el

área norte y centro de Minnesota —nunca en el reformatorio— antes de mudarse a Harding el agosto anterior con su novio de por entonces, Fernando, justo a tiempo de cumplir dieciocho años.

Cuando Misty volvió a Harding, Brittney todavía estaba en el centro de detención juvenil Duluth. La habían condenado a ir a un centro de rehabilitación, pero tuvo que esperar cinco meses, hasta principios de septiembre, cuando se abrió una plaza en el centro juvenil Prairie River en las Ciudades Gemelas. Brittney odió a las niñas ricas que estaban en rehabilitación con el seguro de sus padres, pero durante su estancia de noventa días finalmente dejó la metanfetamina. Antes de que volviera a casa por Acción de Gracias, sus padres habían pintado su habitación en un precioso tono azul pálido para sorprenderla. Y salvo por algo de marihuana, se las había arreglado para mantenerse completamente limpia desde que había vuelto. Brittney era un año menor que Misty pero mucho más adulta en todos los aspectos. Mantenía su pequeña habitación acogedora y minimalista: su escritorio de siempre y la cama, unos cuantos pósteres de anime, un fular de gasa naranja transparente sobre la lámpara. Brittney era delgada y baja, era una skater muy rápida pero nunca fue una atleta. En rehabilitación había relajado su estilo skater-punk/motorista, pero todavía se cortaba el pelo a cuchilla ella misma y llevaba una chaqueta negra de cuero. Misty se compraba la ropa en Walmart. Le gustaban las camisetas y el borreguito, pero más allá de eso no tenía un estilo particular.

La opinión de Brittney sobre su amistad con Misty era evasiva. Para ella, Misty solo era alguien a quien conocía de por ahí. Habían pasado tantas cosas desde que tenía diez años. Misty no había formado parte de su antiguo grupo de amigos del instituto y el

hecho de que Misty tuviera su propio apartamento era la única razón por la que Brittney había decidido que debían pasar tiempo juntas. Micah —con quien llevaba saliendo menos de una semana, quizá dos, quién podía acordarse— era un viejo amigo de Evan, así que naturalmente los cuatro estaban de chill juntos. Brittney tenía llave del apartamento de Misty y la usaba para ocuparse del negocio y también para escapar de sus padres. Su padre tenía mal carácter y su madre se ponía muy triste cuando ella se metía en líos. Cuando tenía quince años le habían arruinado la vida al pedir una orden de protección contra Dylan, su novio mucho mayor que ella, el amor de su vida.

Misty realmente no entendía qué veía Brittney en Micah. Nunca había visto a Brittney salir con alguien tan cercano a su edad: todos sus novios eran mayores. Micah era pálido e intenso, con el pelo color negro cuero como Eduardo Manostijeras. Llevaba un abrigo de lana de viejo. Algunas personas de Harding le tenían miedo, pero en realidad era callado y leal y agradable. Micah y ella se habían liado un par de veces antes de que ella conociera a Evan y antes de que Brittney volviera. Nunca se lo había contado a Brittney o a Evan y Micah tampoco lo había hecho… porque no había nada de lo que hablar.

El teléfono de Misty vibró. Era su amiga Rosetta, que quería veinte dólares de marihuana. Dos días antes, Rosetta le había vendido a Misty medio gramo de crack que ella había compartido con Evan. Rosetta quería pasarse por casa de Brittney y darle el dinero a Misty, pero Misty no creía que eso fuera a funcionar, porque nunca le había contado a Brittney que vendía marihuana para Micah. ¿Acaso le importaría eso? No estaba segura, Brittney podía ser difícil de

interpretar. Para no correr riesgos, le pidió a Rosetta que se pasara por el apartamento que compartía con Evan.

Misty se levantó y se puso la parka color azul aguamarina y le hizo un gesto a Brittney de que luego volvería, pero Brittney no levantó la vista del teléfono.

«Tú engañas?», escribió Justin Cole a Brittney —su nombre en LiveMe era Cherry— desde el sótano de su madre en Biwabik.

«No pero trabajo».

«Qué quiere decir que trabajas qué clase de trabajo».

Tío, de qué tipo de trabajo crees que estamos hablando, piensa Brittney, pero en su lugar escribe: «Soplo vidrio (lo cual hace de verdad, tiene una amiga con un banco de trabajo y soplete) / soy asistente personal (algo que había organizado con su abuela Dee, 140 dólares del estado, que por supuesto se repartirían) / y también me acuesto con gente por una mierda».

«Ok si estuviéramos juntos lo harías sabiendo que estás conmigo?», quiere saber Justin Cole. Claramente no se refiere a ser asistente personal. ¿De qué habla? ¿Piensa que están saliendo?

«Te lo diría pero para mí el dinero es el dinero», le responde y luego cierra la aplicación. Ese tío parecía aún más idiota que la mayoría.

Misty se había ido y estaba sola, inquieta y ansiosa. Intentó llamar al móvil de Micah, pero iba directo al buzón de voz. Se preguntó dónde estaría y qué estaría haciendo. «Qué haces», le escribió. Quizá estaba en casa, en el sótano de la casa nueva de Crystal y Quinton, a dos manzanas, en el sitio donde había puesto su habitación, el wifi no iba muy bien.

Media hora más tarde Micah le respondió: «Todo bien perdona el teléfono murió».

«Ya imaginaba».

«Los 20 que me dio Brant se me cayeron del bolsillo y ahora no puedo recargar hasta mañana». Él le estaba escribiendo desde su habitación: una cama individual y unas mantas colgadas en la fría pared del sótano para convertirla en un sofá. Tenía la pistola de su madre, que la guardaba en una bolsa de papel marrón sobre la nevera, y su funda negra de nailon. «Estoy teniendo el peor día del mundo».

«Lo siento amor».

«Solo tengo ganas de pegarle un tiro a alguien».

Es una forma de hablar: ella no se alarma. Micah es un aspirante a matón. Parte de él cree de verdad que están a punto de invitarle a unirse a la rama de Minneapolis de los Gangster Disciples, pero también se llamaba a sí mismo Pinapple Man por la película para fumados que había visto con su padre biológico a los ocho años.

«No puedes recurrir a eso cada vez que estás enfadado».

Brittney sabe que Micah es un alma inocente. Haría lo que fuera por proteger a sus hermanos y a su madre.

«Pero ayuda a que desaparezca la rabia».

«Sí y el sexo también».

«Cierto pero estás castigada».

En la planta de arriba, Crystal y Quinton estaban viendo la tele con los hermanos pequeños de Micah, Paisley y Zeke, y su medio hermana bebé, Cheyenne. La familia de Micah se había dividido, casi por la mitad, cuando su madre y su expadrastro, Pete King, se divorciaron un año atrás. Pete había vuelto a instalarse en las

Ciudades Gemelas con su nueva prometida —la antigua mejor amiga de Crystal— y los otros dos niños que tenían Crystal y él. Micah no tenía ganas de subir las escaleras así que le envió un mensaje a Crystal: «Va a venir a verme Brittney podéis criticarla todos pero yo la quiero».

No hubo respuesta.

«Y ella me hace feliz».

Esperó un momento y luego tecleó: «Y necesito estar feliz porque ahora mismo me estoy deprimiendo de verdad».

«Ok si ella te hace feliz», respondió Crystal.

«¿Tienes 2 gramos?», le preguntó Micah a su madre.

«Sí».

«Puedo venderlos».

Pausa.

«Te daré el dinero».

«Supongo que sí».

Más tarde esa noche, cuando los padres de Brittney estaban en su garaje reformado bebiendo con algunos amigos de su padre, salió a hurtadillas y fue caminando a casa de Micah. Pasaron el rato y fumaron marihuana con su madre y Quinton y su hermana Paisley. Cuando Brittney se marchó para volver a casa caminando, todo el mundo en casa de Micah estaba despierto, excepto el bebé, Cheyenne.

Nueve horas más tarde, Brandon Halbach dejó una nota y unos cuantos Marlboro rojos en la mesa de la cocina de su apartamento

en Beulah. «Cojo el coche prestado para ir a follar de verdad vuelvo en un par de horas».

A las diez de la mañana del sábado del primer fin de semana de enero, él era el único levantado. Su compañera de piso Pixi estaba durmiendo y su novio, Mikey, le contó el subjefe de policía de Harding a Catt más tarde, estaba en la cárcel ese fin de semana, cumpliendo otros tres días de su condena de sesenta días de reclusión intermitente por conducir bajo los efectos de sustancias por segunda vez con suspensión de la pena. El coche, un Chevy Malibu de 2002, en realidad era de Mikey, no de Pixi. Estaba en las últimas, pero Mikey siempre había sido generoso a la hora de prestarlo.

Brandon tenía treinta y tres años, cumplía treinta y cuatro el lunes, y le daba vergüenza no tener coche, pero como había vuelto a estudiar, no podía empezar a ahorrar para comprar uno. El julio anterior le habían arrestado por no pasar la pensión alimenticia. Puesto que todavía estaba en libertad condicional (le había caído una acusación de robo con allanamiento de morada en segundo grado por conducir el coche cuando su amigo robó una televisión de pantalla plana a uno que le debía ciento cuarenta dólares), el juez le dio a elegir: un mes en una granja agrícola al sur del estado u otros cuatro años en libertad condicional. Brandon escogió la granja. Todo el mundo sabía que la libertad condicional eran arenas movedizas y para entonces se sentía listo para salir de Iron Range y desintoxicarse. En la granja agrícola se dedicó a hacer pizzas para todo el mundo, aprobó el examen del diploma de Equivalencia General y paseó por los prados buscando tréboles de cuatro hojas. Después de todo lo que sucedió, nadie que lo conociera podía creer

que Brandon hubiera estado a punto de violar a Brittney. Era un tímido patológico; había sido virgen hasta los diecinueve.

Tras la granja agrícola regresó a Beulah y se inscribió en un centro de formación profesional para aprender calefacción y refrigeración. Cuando aprobara el examen en seis meses y obtuviera la licencia, las cosas serían diferentes. Hasta entonces tendría que ir tirando con cupones para alimentos, unos cuantos préstamos de su padre y vendiendo pequeñas dosis de metanfetamina para viejos amigos que querían ayudarle.

El Malibu arrancó de inmediato. Todavía no hacía frío para ser enero. Condujo los treinta y cinco kilómetros a Harding despacio y con cuidado, con calma; aun así, se encendió el piloto de revisar el motor en Colberg y este chirriaba. Fue un alivio que el Malibu llegara hasta la dirección que la tal Cherry —probablemente no era su nombre real— le había dado y cerca de las once de la mañana aparcó delante del edificio de Misty y Evan.

Una noche calurosa de finales de julio de 2004 en Gilbert, Minnesota, una pequeña ciudad de unos dos mil habitantes en el lado noreste del Iron Range, Frank Miller, Jesse Ridlon y Jason Anderson asaltaron a Travis Holappa, de veinticinco años, fuera del Gladiator Bar, en North Broadway, y le metieron a la fuerza en el maletero de Frank Muller. Al ser el único club de striptease en un radio de trescientos kilómetros y contar con todas las licencias, el Gladiator era un sitio popular. Esa noche de sábado de mitad de verano había mucha gente fuera en la acera, fumando y dando una vuelta. Todavía no era noche cerrada. En la parte baja del cielo

había una luz color oro bruñido que bañaba la maltrecha calle principal con un brillo liminal. Nadie de los que estaban fuera del bar intentó detenerlos; nadie llamó a la policía.

El coche, un Cadillac de un modelo reciente azul oscuro, se perdió a toda velocidad en el crepúsculo y recorrió veintisiete kilómetros en dirección sureste hasta la casa de Jesse Ridlon en Makinen. Cuando llegaron, los tres hombres trasladaron a Travis Holappa del maletero al garaje de Ridlon. Después de atarle los tobillos y las muñecas con cinta americana, se pasaron una pipa de metanfetamina y se turnaron para pegarle con los puños, con una correa de ventilador vieja y con la culata de la Remington Magnum del calibre 44 de Frank. Cuando Holappa empezó a perder la conciencia, lo empaparon de ácido de batería y lo encerraron de nuevo en el maletero del coche. Luego entraron en la casa a colocarse. Cuando salió el sol el domingo por la mañana, se dieron cuenta de que podían haberse metido en un lío. Frank Miller salió para resolverlo, abrió el maletero y disparó a Holappa, que todavía estaba vivo, diez veces en la cabeza. «No iba a permitir que nadie se ocupara de mis mierdas», presumió Miller después ante su hermano. «Le llené la cabeza con el cargador. Es broma. Le mandé a Colorado».

Seis semanas más tarde, cuatro días después de que comenzara la temporada de cazar osos, descubrieron los restos de Holappa, desenterrados, cerca de una presa situada a pocos kilómetros.

Según la gente cuyas familias tienen una larga historia en Iron Range, 2004 —cuando Brittney Misty eran niñas de dos años— fue el año que todo cambió. La truculenta muerte de Holappa tuvo lugar trece meses después de la desaparición de Susanna Martin, una niña de cinco años, en Colberg, donde fue abducida a plena luz del día

mientras volvía caminando a casa desde la de una amiga. Salieron a buscarla grupos de voluntarios, perros rastreadores y helicópteros, pero nunca encontraron su cuerpo. No eran exactamente las drogas lo que había hecho perder los papeles a la gente, insistían personas como las dos tías de Brandon Halbach de North Start. Todo el mundo sabía que existían las drogas, las drogas siempre habían estado ahí. Pero lo que sucedió en Gilbert en 2004 fue diferente. El horror absoluto del secuestro y asesinato de Travis Holappa, la idea de que podían coger a alguien de la calle principal a la vista de todo el mundo y luego torturarlo y matarlo por una deuda de drogas significaba que nadie estaba a salvo. Gente joven como las dos hermanas mayores de Brandon Halback captaron el mensaje y huyeron: la era de la crianza al aire libre en un pueblo pequeño había terminado. Las dos chicas habían crecido con su madre y en cuando terminaron el instituto se mudaron lejos de Iron Range. Brandon se quedó con su padre. Le encantaba la naturaleza, recoger plumas y piedras, ir de camping y pescar. Se imaginaba convertirse en guía de la naturaleza en el noroeste del Pacífico, pero no tenía ni idea de cómo hacer realidad ese sueño. ¿Cómo podía ahorrar lo suficiente para mudarse a un sitio donde no conocía a nadie y que estaba tan lejos? Además, su padre tenía mala salud y necesitaba su ayuda, así que se quedó.

El 11 de enero de 2019, el día que Brittney, Micah y Evan fueron procesados, Paul llevó a Catt a las Ciudades Gemelas para coger el vuelo de vuelta a Los Ángeles. Cuando se estaban acercando a la terminal vio el destello de las luces rojas y azules de la policía del

aeropuerto. Su matrícula estaba marcada en el sistema y la agente quería comprobar si Paul había instalado el alcoholímetro que el juez de su caso de conducción bajo los efectos del alcohol había ordenado. La supervisión del alcoholímetro le habría costado doscientos dólares al mes, por no hablar del bochornoso proceso de soplar en la cosa fuera del trabajo a la vista de sus compañeros. Él había llevado el monitor electrónico de tobillo que le rozaba en la pierna y pitó a todas horas durante un mes, sin duda eso bastaba. Cuando la agente vio que no había instalado el aparato le retiró el carnet. Pero en lugar de llevar el vehículo al depósito dejó que se lo llevara Catt. En cuanto salieron del aeropuerto le devolvió las llaves a Paul y pidió un Lyft para volver a la terminal.

Con el carnet de conducir suspendido, Paul ni siquiera podía salir legalmente de Balsam para hacer la compra, ni por supuesto llegar al trabajo. «Intenta evitar los problemas», le aconsejó su abogado. Los siguientes treinta días condujo sin carnet hasta que instaló el alcoholímetro y el juez le dio permiso para conducir.

La tercera semana de enero la temperatura bajó a -35 grados. La radió lo llamó vórtice polar. La nieve llegaba a los dos metros, bloqueaba las ventanas, que se habían congelado tanto que no se movían. Cada día, Paul publicaba sin desanimarse una foto del termómetro del coche en Facebook (-32, -38, -35), pero se sentía triste y abandonado. Por el momento, cada dos semanas tendría que salir del trabajo para presentarse ante los agentes de la libertad condicional. La oficina le resultaba nauseabundamente familiar: los mismos suelos sucios, las sillas plegables y la pintura marrón, el mismo cubículo de metal donde tenía que hacer pis en un recipiente con alguien mirando, que le recordaba a estar en libertad condicional

en Albuquerque. En la sala de espera a veces se sentaba al lado de sus antiguos pacientes de Lake Resort. Paul tenía cincuenta y dos años, pronto cumpliría cincuenta y tres, y se preguntaba si toda su vida consistiría en esas repeticiones. «No sé, Catt», le escribió en un correo electrónico un sábado por la mañana, «supongo que me estoy deprimiendo un poco. Acabo de dar de comer a los ciervos y he hecho todas mis rutinas, pero me siento un poco como Jack en *El resplandor*. Es un día tras otro gris, gélido, de frío glacial y conducción peligrosa. Sigo oyendo esos golpes extraños en la casa después de irme a la cama. Pararon un par de días y anoche empezaron de nuevo. ¿Me estoy volviendo loco? La verdad es que me da bastante miedo y me gustaría que estuvieras aquí de testigo ☺».

A Catt le daba muchísima pena Paul. Se preguntaba si estaría bebiendo de nuevo. La misma semana, el 17 de enero, Micah Waldon y Evan Stanton tuvieron sus primeras vistas en los juzgados. Salieron a luz bastantes novedades. Brittney, que estaba retenida en el centro de detención juvenil de Duluth mientras el fiscal decidía si la acusaba como adulta o no, le contó a la policía que los tres habían secuestrado a Brandon Halbach y le habían llevado en coche al sendero Nagamo. Evan se quedó en el coche mientras Micah y ella conducían a Brandon al bosque. Caminaron cuesta arriba durante un rato y luego se detuvieron cerca de la débil luz parpadeante de una subestación eléctrica. La luz proyectaba un haz difuso pero triangular en el sendero que casi parecía un foco de teatro, y fue allí, al borde de esa luz, donde Micah le disparó. Dos balas descerrajadas a quemarropa entraron en la cabeza de Brandon, una en la frente, una en la sien izquierda. Treinta y seis horas después del crimen, la

policía encontró la pistola de la madre de Micah debajo de la cama de Brittney. Evan, el primero de los tres en ser arrestado, le contó a la policía que «Halbach había intentado un contacto sexual no deseado con Brittney». Le entregó a la policía la tarjeta de crédito EBT con el límite superado que los tres habían usado después de su muerte.

Catt tenía dos trabajos de docencia: el habitual en la escuela de bellas artes y uno muy prestigioso de profesora visitante en una escuela de bellas artes liberal que pagaba muy bien. Decidió usar los fondos para construir una casita en un campo en Baja, a cinco horas de Los Ángeles. Necesitaría un sitio al que ir si Paul empezaba a beber de nuevo cuando volviera a Los Ángeles. Para ella, esos dos posibles futuros parecían inevitables. Había intentado sin éxito tantas veces marcharse que convivir con el alcoholismo de Paul parecía un hecho consumado. Cada vez que las cosas se ponían realmente mal ella esperaba que alguien, quien fuera, de su vida dijera sin rodeos: «Tienes que irte». Pero nadie lo hacía y ella se quedaba.

Después de las vistas, todo el mundo tenía algo que decir sobre Brittney en Facebook:

«Asesina…».

«Sencillamente repugnante».

«La conozco desde hace años, siempre ha sido problemática, cuando sale con tíos por su culpa acaban en la cárcel, miente sobre su edad».

«Al parecer ella tuvo problemas con las drogas durante un tiempo».

«Es realmente despreciable».

«Nunca ha parecido que ella estuviera bien de la cabeza».

«¡Se acuesta con hombres mayores! Lo hace constantemente».

«El pobre Brandon solo ha cometido el error de enredarse con la zorra equivocada».

«Su mirada lo dice todo».

«Maldad».

Debajo de esos comentarios la madre de Brittney publicó una foto de Brittney tomada cuando tenía cinco años: aparecía dormida bajo un edredón blanco, su cara dulce y tranquila hundida en la manta.

Paul acudió varias veces a los juzgados de Harding para solicitar las transcripciones de las sesiones del juicio oral del sendero Nagamo. Después del asesinato, Catt había empezado a leer todo lo que podía sobre el caso y los implicados, y Paul estaba emocionado ante la posibilidad de que escribiera un *true crime* de verdad. Pero dando tres clases por semana y viajando para reunirse con el constructor de Baja cada vez que podía, los meses siguientes ella perdió la pista del tema.

Menos de dos semanas antes del asesinato del sendero Nagamo, a dos puertas del dúplex de Misty y Evan en East Harding, Marsell Atkins mató con un arma de fuego a Jesiah Benedict en la acera. Era el día de Navidad de 2018. Marsell Atkins se bajó de su SUV y caminó hasta Benedict, que estaba hablando con unos vecinos. «¿Y ahora qué?», le preguntó Atkins a Benedict antes de disparar los tiros que lo mataron e hirieron a otras dos personas. La autopsia reveló una mezcla de metanfetamina, marihuana y anfetaminas en el cuerpo de Benedict. Los amigos le contaron a la policía que los

dos hombres tenían una disputa desde hacía tiempo, supuestamente por una deuda de drogas.

Un año antes, Bobby Horvat había matado a su anterior casera, Jessica Lenske, de setenta y un años, en su casa en Clifton, una antigua localidad minera adyacente a Harding. Convencido de que tenía «sacos de efectivo» en su casa, Horvat ató, amordazó y estranguló a la mujer y luego se marchó dándola por muerta con sus ahorros de tres mil dólares. Le arrestaron tres años y medio después de los hechos cuando la policía lo buscaba por cargos separados de distribución de metanfetamina.

El mismo año, el 8 de julio de 2017, Jay Simic fue hallado apuñalado hasta la muerte en el apartamento de detrás de su pequeña licorería en East Harding. El 17 de enero de 2017, Everett Sundquist apuñaló quince veces en la espalda y el pecho al repartidor de periódicos de cincuenta y cuatro años Lou Graigner en su habitación número 12 del viejo motel Sky de Harding. Colocado desde hacía cinco días y con un brote de psicosis provocado por la metanfetamina, Sundquist le contó a la policía que «al final todo era doce» y que Jesús le había dicho que lo hiciera.

Unos dieciocho meses antes de eso, el 24 de junio de 2016, Charles Gunnarsen, de treinta y seis años, y su novia, Joleene Muller, de veintidós, secuestraron y mataron a Bryce Hartman, de veinte años y natural de Harding, decapitándolo en el bosque a las afueras de Greatwoods con un machete. Hartman era el hermano menor de Tiffany Hartman, una de las exnovias de Charles, y tenía un *crush* con Joleene. Los tres compraron y fumaron metanfetamina juntos unas cuantas veces y en una de esas ocasiones Joleene se acostó con Charles y Bryce a la vez bajo la dirección de Charles.

Asesorando a Joleene para la audiencia preliminar del juicio oral durante el año siguiente, el abogado de oficio Todd Sterling —que también era el abogado de Paul Garcia— le preguntó si recordaba cuándo se había mudado con Charles Gunnarsen, pero Joleene no se acordaba ni del mes ni del día. Dijo: «La nieve se estaba fundiendo».

«¿Recuerda que el señor Hartman fuera a su casa?».

«Sí».

«¿Recuerda qué hora del día era?».

«No».

«¿Sabe si fuera estaba oscuro o había luz?».

«No lo recuerdo».

Después de fumar metanfetamina juntos en el apartamento de Joleene y Charles, la pareja ató, amordazó y golpeó a Bryce Hartman y lo cargaron hasta el coche. Condujeron hasta el lago Blue y desataron a su víctima cuando llegaron a casa de un amigo, donde todos, incluido Bryce, fumaron más metanfetamina juntos. Cuando el día ya llegaba a su fin, fueron a la caravana de otro amigo que estaba cerca y se hicieron unas cuantas rayas más de metanfetamina. Luego Charles y Joleene le pidieron prestado el quad a su amigo. Mientras daban una vuelta, Charles Gunnarsen le dijo a Joleene que iban a matar a Bryce Hartman juntos. No le dijo por qué. Más tarde, cuando los tres se marcharon en el coche de Charles Gunnarsen, Charles le dijo a Bryce: «Podríamos habernos ahorrado todo esto si me hubieras contado que Tifanny estaba haciendo el tonto mientras salíamos juntos», lo cual no tenía sentido porque cuando eso sucedió ellos dos todavía no se conocían. Al pasar por un barrizal salió humo del capó y Charles le dijo a Bryce

Hartman que saliera y comprobara el aceite. Charles golpeó a Bryce en la cabeza con un bate de béisbol mientras estaba mirando bajo el capó. Ensangrentado y aturdido, Bryce buscó con la mirada desde el suelo y gritó el nombre de Joleene, y entonces ella le apuñaló.

«¿Qué utilizasteis para cortarle la cabeza?».

«Un machete».

«¿De dónde salió el machete?».

«No lo recuerdo. Lo tenía en la mano».

Después de eso, Charles utilizó un cuchillo de filetear para cortarle la cabeza a Bryce. Una vez la hubo seccionado por completo, Charles la metió en una bolsa y la tiró al bosque.

Mientras esperaba la audiencia preliminar del juicio, Joleene se entregó a Jesús.

Un mes antes de eso, en Harding, Dustin Christensen, de diecinueve años, apuñaló y apaleó a su compañero de piso de veinte años Jacob Fenn en el apartamento del centro que compartían con unos amigos por una disputa por un iPad. Los otros dos compañeros de piso, incluida una chica de dieciséis años, fueron arrestados y luego puestos en libertad. La chica, llamada Mariah, le contó a la policía que había llegado a casa y se había encontrado con el asesinato en marcha antes de salir huyendo. Cuando ella llegó Dustin ya había dejado irreconocible a Jacob de la paliza que le había propinado y le estaba ahorcando con un cable en una butaca reclinable La-Z-Boy. Tenía «aspecto de locura inducida por la metanfetamina», declaró ella. Dustin luego llevó el cadáver de Jacob al foso de la mina Mount en Oreville, lo roció con gasolina y le prendió fuego. Un hombre paseando a su perro encontró los restos de Jacob al día siguiente.

«La metanfetamina conduce a la posesión demoniaca», le diría uno de los fiscales a Catt cuando finalmente se decidió a investigar el asesinato del sendero Nagamo. «En esta zona, es la droga preferida, cuesta cien dólares el gramo. Vuelve a la gente muy agresiva e iracunda. La metanfetamina atrapa el espíritu maligno que haya rondando y lo activa, lo cataliza».

Cuando entrevistó al detective de homicidios de Harding Matt Rogers, él le dijo que no recordaba ningún caso en sus dieciocho años de carrera en el que no estuviera involucrada la metanfetamina.

Dos grandes jurados acordaron el 26 de febrero de 2019 revisar los cargos del estado contra Micah y Brittney, y estos fueron incrementados a asesinato en primer grado. El nuevo cargo en primer grado significaba que Brittney, de diecisiete años, sería juzgada automáticamente como adulta. Quizá mal asesorada por su abogado de oficio, ella «entró arrastrando los pies en la sala con unos vaqueros azules y una camiseta negra con una calavera gris», informó el periódico de Harding. Después de la audiencia, la trasladaron del reformatorio a la cárcel del condado en Duluth, donde desconcertó a todo el mundo.

Según una amiga que había estado en la cárcel con ella, Brittney presumía de que se había acostado con más de doscientas personas; la pusieron en confinamiento de inmediato por su comportamiento sexual, porque se frotaba con la espalda de las presas e intentaba besarlas. Y lo hizo de nuevo en cuanto la volvieron a trasladar al pabellón general. Su abuela Jean le ponía

trescientos dólares de crédito en la cuenta del economato que ella utilizaba para comprar drogas y amistades.

Brittney no podía controlar su consumo de drogas. Se quedaba despierta toda la noche haciendo ruido y riéndose de mentira tan fuerte que se hacía pis encima. Estaba de cháchara con el asesinato de Brandon todos los días, como si fuera un día aburrido cualquiera con un poco más de sangre. Sus compañeras de celda le advirtieron que no echara a perder su caso, que había micrófonos por todas partes, pero no parecía importarle.

Por otro lado, era fácil hablar con ella. Brittney notaba enseguida cuando alguien no estaba bien y se ofrecía a consolarlo. Si a esa persona le gustaba jugar a las cartas, jugaba a las cartas con ella.

A Brittney nunca se le pasó por la cabeza que se había arruinado la vida. O tal vez lo sabía. Le decía a la gente que le caería una amonestación menor, quizá cinco años, y que a los chicos los condenarían a cadena perpetua.

No entendía, en el sentido más básico, qué iba a pasar.

El día después de que los dos grandes jurados incrementaran los cargos contra Micah y Brittney, su amigo y cómplice Evan Stanton hizo un trato a cambio de su cooperación.

Evan fue el primero de los tres en ser arrestado cuando salió de casa de Brittney el lunes por la noche a las seis y media en el Chevy Malibu de 2002. Para entonces Brandon llevaba muerto cerca de treinta horas. A última hora de la tarde del domingo, una pareja de Harding descubrió el cuerpo de Brandon en el sendero Nagamo mientras montaban en moto de nieve. Los coágulos de sangre

alrededor de su cabeza no estaban congelados del todo y el forense estableció la hora de la muerte entre las dos y las tres de la madrugada del domingo.

Puesto que Brandon había sido arrestado con anterioridad, la policía de Harding y la oficina de investigaciones criminales de Minnesota lo identificaron por sus huellas el lunes por la mañana. A mediodía el crimen se anunció en Alertas Criminales de Harding en Facebook y los investigadores estaban interrogando a los responsables de los negocios locales de Harding donde se había usado la tarjeta de crédito EBT de Brandon Halbach desde la hora de su secuestro. El sábado a las tres de la tarde, Brandon, Brittney y Evan fueron al Short Stop de East Harding a comprar snacks y cartuchos de vapeador. Después de disparar a Brandon, a las 4.08 de la madrugada del domingo, Evan, Brittney y Micah pararon en una gasolinera Holiday y usaron su tarjeta EBT para comprar patatas y bebidas energéticas Monster. Y luego otra vez esa noche, sobre las once, Evan y Misty fueron a Walmart, donde superaron el límite de la tarjeta con *noodles* para ramen y algunos refrescos. Mientras tanto, los compañeros de piso de Brandon denunciaron que el Chevrolet Malibu de Mickey había desaparecido…, pero la policía ya tenía la matrícula porque el coche aparecía en los vídeos de las cámaras de seguridad de los aparcamientos de los tres establecimientos.

Para cuando Evan se fue de la casa de Brittney el lunes por la noche, la policía de todo el condado estaba buscando el Chevy Malibu de 2002. Los agentes de policía de Harding que lo pararon le preguntaron si no le importaría acompañarlos a la comisaría. Él no sabía qué pensar. Llevaba colocado y despierto varios días y obedeció y fue voluntariamente. Allí, los detectives de homicidios de

la policía de Harding y de la oficina de investigaciones criminales lo interrogaron durante horas. Le ofrecieron comida de Taco John y Evan no tardó en contarles todo. Poner en palabras las cosas malas era una manera de detener el caos del interior de su cabeza y dejarlo atrás. Además, todavía no lo habían arrestado. Evan creía de verdad que en cuanto terminara de contar su historia le llevarían a casa y al fin podría dormir y todo habría terminado. Llevaba en Harding menos de un mes y no sabía mucho de la gente y los sitios, pero le costaba recordar todo. «No sé» o «No me acuerdo» eran sus respuestas a la mayoría de las preguntas.

Finalmente la fiscalía utilizaría la declaración de Evan como la narrativa principal en los tres casos. En cuanto terminó, la policía le leyó sus derechos y le puso las esposas.

A medida que el largo invierno de 2019 avanzaba penosamente, Paul iba a trabajar cada día al centro para adolescentes River Road. Salvo por el sueldo que recibía cada dos semanas, no tenía ni idea de por qué estaba allí o qué estaba haciendo. North Country Kids Care era un empleador liberal y progresista. El propietario, Eddie Whitsen, era un filántropo local. Lo enviaban a formaciones en Duluth y en las Ciudades Gemelas en las que todo el mundo hablaba de los resultados positivos y de modalidades de tratamiento, pero no había tratamiento como tal. El libro de ejercicios sobre gestión de la ira que le dieron para leer en voz alta a los niños decía: «La gente exitosa tiene un plan para tener éxito. Ahora es el momento de que desarrolles un plan para lograr gestionar tu ira con éxito. Identifica los disparadores de tu ira, haz una lista de pensamientos positivos para obtener resultados positivos y crear un mensaje positivo…».

Paul se sentía incapaz de hacerlo. Todos sus pacientes juveniles habían ido y venido entre casas y centros de acogida después de que sus padres, hechos mierda, que estaban o muertos o en la cárcel o en rehabilitación, los abandonaran o abusaran sexualmente de ellos. La única modalidad de tratamiento que para él conseguía un resultado positivo era llevar a los chavales al gimnasio y tirar unas canastas. A veces entre lanzamientos decían algo de verdad. Pero incluso en esos casos nada cambiaba. Tan pronto como colocaban a unos cuantos niños llegaba un grupo nuevo. Desde su celda sin ventanas en el centro para adolescentes de River Road, contemplaba un flujo perpetuo de disfuncionalidad y miseria.

A finales de abril, enviaron la evaluación psicológica de Micah al juez. El psicólogo del condado lo consideraba en condiciones mentales adecuadas para ser juzgado. A Micah le habían diagnosticado esquizofrenia paranoide en Lincoln, Nebraska, a los cuatro años, después de que intentara apuñalar a sus padres con unas tijeras mientras estaban durmiendo. Un año más tarde, los médicos de Minneapolis corrigieron el diagnóstico a lo que por entonces se llamaba síndrome de Asperger, que, según dijeron, al menos en su caso, era intratable. Ante la inminencia del juicio por asesinato, su madre, Crystal, convenció a Justin Wiedel, un abogado del Centro de Defensa y Derechos de los Autistas, para que lo representara. El 13 de junio Micah se declaró no culpable contraviniendo el consejo de su abogado y solicitó un juicio rápido, pero en dos semanas retiró la solicitud.

Paul seguía sobrio cuando Catt llegó para pasar el verano. Entre la libertad condicional, las pruebas aleatorias y soplar en el alcoholímetro cada vez que arrancaba el coche, no tenía oportunidades para beber. Todavía acudía a Alcohólicos Anónimos dos veces por semana, pero tanto su padrino como él estuvieron de acuerdo en que era una tontería hablar de su deseo de beber o sus recaídas. «Lenguas largas hunden barcas». Iron Range era un pueblo pequeño grande. ¿Por qué arriesgarse a perder su trabajo y perjudicarse todavía más?

Mientras Paul estaba en North Country Kids Care, Catt daba vueltas preguntándose en qué debería trabajar. Había terminado todos sus encargos de verano y estaba cansada de escribir ensayos para catálogos que tan solo servirían de publicidad para el artista. Se planteó escribir algo sobre el asesinato del sendero Nagamo e hizo unas cuantas llamadas a la policía y a los fiscales, pero los casos de los chavales estaban abiertos y hasta que no se cerraran nadie podía hablar con ella. Por el momento, lo dejó. Amigos bien intencionados le sugirieron que intentara escribir relatos, pero no dominaba el formato ni veía el propósito. Nunca había estudiado escritura creativa ni se había unido a ningún grupo o participado en ningún taller de escritura. Para ella, escribir era investigar. No tenía ningún hábito de escritura. La única manera en que era capaz de hacerlo era por defecto: las veces en que estaba poseída por una idea demasiado grande e inquietante para formularla.

Durante años había pensado en escribir algo sobre la huida de su familia de Milford, Connecticut, y su primer año en Nueva Zelanda. Pero los intentos que había hecho mientras Paul estaba en el trabajo sonaban pintorescos y forzados, no iban a ninguna parte. El único

objetivo de Catt cuando escribía era la verdad; su triste vida familiar se había estructurado alrededor de una escala de valores basada en secretos no contados e imposturas. En lo profundo de su ser sabía que mientras su padre estuviera vivo no sería posible. «Tu hermana es perfectamente normal», le decía con desprecio cada vez que ella sacaba el tema de los grupos de apoyo y los tratamientos para el autismo.

Durante el verano se instaló la clase de rutina plácida que Catt había anhelado. Paul llegaba a casa de trabajar cada día a las cuatro y media o cinco. Cenaban y veían la tele hasta las nueve y media. Los fines de semana hacían kayak y algunas noches conducían hasta la autopista para comprar helado en la tienda del lago Antler. Era como si el sueño de Catt de una vida doméstica placentera y el alcoholismo de Paul hubieran llegado a una tregua. Pero a la vez la monotonía se había asentado como el polvo sobre todas las cosas. Después de pasar dos inviernos en Balsam, las largas noches de verano habían perdido la magia para Paul. Eran una cuenta atrás para la oscuridad y el sufrimiento. Los viejos del café Four Corners de Balsam hablaban de vender e irse a Arizona. Había matorrales de carteles de MAGA al lado de las carreteras, como si todavía no hubieran sido las elecciones. Los gritos y carcajadas en las plataformas hinchables del lago les parecían fingidos. Catt seguía yendo a Greatwoods a hacer yoga y al café vegetariano y salía a montar en bici, pero era consciente de la distancia entre el mundo de sus vacaciones de verano y el mundo en el que Paul trabajaba.

En agosto Paul recibió una carta de la junta estatal de licencias de salud mental de Minnesota que hizo añicos su letargo. Tras recibir las quejas de un médico de Greatwoods, iban a revisar su licencia.

Ese médico en particular se negaba a aprobar su acreditación para tratar a pacientes de renta baja subvencionados por su historial de conducción bajo los efectos de sustancias. Puesto que la mayoría de los pacientes de North Country Kids Care eran de renta baja, el centro decidió ignorar la notificación y asumir que estaba pendiente de aprobación. Ahora el médico le acusaba de ejercer bajo la influencia de sustancias: una acusación que podía acabar con su carrera y que salía de la nada. No había habido quejas y había estado sobrio todo el tiempo que había trabajado para la agencia.

Paul no hablaba español y no se consideraba especialmente mexicano, pero ¿habría sucedido eso en la ciudad de Greatwoods con su 96 por ciento de población blanca si él no fuera marrón y no se apellidara Garcia? Sus jefes de North Country Kids Care le dijeron que no se preocupara. Paul todavía estaba pagando los honorarios al abogado Todd Sterling por la denuncia de conducción bajo los efectos de sustancias del septiembre anterior y ahora tenía que contratar a otro abogado, a un especialista en licencias de Minneapolis, para ayudarle a defender su licencia.

Para cuando Catt se marchó en septiembre acordaron que tenía que salir de ese poema pastoril y volver a Los Ángeles, donde las cosas eran más normales.

El 25 de septiembre Micah aceptó un acuerdo. El estado retiraba el cambio de cargo del gran jurado de asesinato en primer grado durante un secuestro a cambio de que se declarara culpable de asesinato en primer grado durante un robo. La razón para hacerlo era que, en lugar de cumplir una cadena perpetua por asesinato y

secuestro, el cargo de robo le permitiría pedir la libertad anticipada después de tres décadas en prisión. La perpetua sin derecho a libertad condicional era la pena más dura del estado. Dada la juventud de Micah y su historial de salud mental, la fiscalía probablemente pensó que si lo condenaban por el cargo rebajado podía acabar con sus posibilidades de tener éxito en una apelación posterior.

¿Era Micah consciente de esas implicaciones? Tal vez sí. La fiscal tuvo que abordarlo desde muchos ángulos antes de que confesara el robo de cinco dólares.

—¿Cogió usted algún objeto que perteneciera al señor Halbach?

—No.

—¿Alguna persona con la que usted estuvo cogió alguna propiedad personal del señor Halbach?

—No puedo responder a esa pregunta.

—¿En ningún momento usted estuvo en posesión de dinero en efectivo que le perteneciera al señor Halbach?

—Sí. Estuve en posesión de un billete de cinco dólares.

—¿Puede describir para este juzgado cómo le coaccionó para que le diera ese dinero en efectivo?

—No sé cómo responder a esa pregunta.

—¿Ejerció la fuerza sobre el señor Halbach?

—Yo era un factor intimidatorio.

—¿Usted era un factor intimidatorio?

—Sí, señora.

—¿En qué sentido?

—Es solo que soy un tío grande, supongo. Me refiero a que lo único que hice fue sentarme allí.

—¿Estaba usted en posesión de un arma de fuego en ese momento?

—Sí, señora. Pero estaba oculta.

—¿Cómo amenazaron o intimidaron los demás al señor Halbach?

—Realmente no puedo contestar a esa pregunta. Está todo como borroso.

—¿Le prohibieron irse?

—No. Era libre de marcharse.

—¿Qué le estaban diciendo los otros al señor Halbach cuando le quitaron el dinero?

—No estaba prestando atención, la verdad.

—Después de que le quitaran el dinero, ¿usted provocó la muerte del señor Halbach?

—Sí, señora.

—¿Cómo le causó la muerte al señor Halbach?

—Le disparé dos veces en la cabeza.

«El tirador se declara culpable», anunció la primera página del *Duluth News Tribune* la mañana siguiente.

Los abogados de oficio de Brittney y Evan asistieron a todas las sesiones del juicio y no se quedaron impresionados para nada con la actuación del abogado Wiedel. «No habló con nadie de aquí durante el juicio», dijo uno de ellos. «Subía y bajaba desde las Ciudades Gemelas, y entraba y salía de la sala del juzgado. Algunos nos preguntábamos si era autista». Micah suplicó que lo sentenciaran a prisión de inmediato. Eso, dijo el juez, era imposible. Los amigos y parientes de Brandon necesitaban tiempo para preparar sus declaraciones de impacto, de modo que la fecha para la sentencia se fijó para un mes después.

La hermana mayor de Brandon leyó la declaración de su padre al juzgado en la audiencia de la sentencia. «No puedo decir lo que querría decir…, esto me ha afectado muchísimo. Me siento en la esquina aquí, en North Star, durante horas y horas. Cuando la gente me pregunta por qué, digo que estoy aburrido y no tengo televisión. Pero la verdadera razón es que estoy meditando, tratando de mantener a raya al diablo. Mataron a mi hijo. Mataron una parte de mí y nunca los perdonaré».

Antes de la sentencia Micah se puso en pie y dijo: «Salen muchas cosas en el periódico y en la investigación…, la policía no ha investigado este caso. Muchas cosas no se han dicho. Me manipularon para hacer esto. Yo… me refiero…, no sé qué decir aparte de que soy un hombre al que criaron con principios y valores. Y lo que hice estuvo mal pero en el momento yo pensaba que estaba haciendo lo correcto. Mis disculpas a la familia».

Antes de leer la sentencia, el juez contó una historia sobre un tío suyo que murió repentinamente en la flor de la vida de un aneurisma. «No hay ninguna explicación satisfactoria para esto», dijo el juez, «y no hay ninguna razón para que esto sucediera aparte de motivos sin sentido».

Catt estaba en Balsam con Paul para las vacaciones de Acción de Gracias cuando sentenciaron a Evan Stanton. Una ola de frío ártico temprana les obligó a quedarse en casa. Las temperaturas bajaron a —27 grados, rompiendo todos los récords, informó el *Duluth News Tribune*. Paul mantenía la estufa de leña bien provista y se sentaban cerca del tiro a jugar a las damas y hablar. No había ciervos que

cuidar en el jardín. Paul había decidido no empezar a darles de comer porque sabía que se iba a marchar y no quería que murieran de hambre. Ya había dado el aviso a North Country Kids Care y planeaba volver a instalarse en Los Ángeles antes de Navidad.

Ese mes, una joven escritora cultural rusa residente en Nueva York a la que Catt admiraba volvió a poner su nombre en circulación al tuitear «Catt Greener es una rentista», y una nueva generación abrazó el titular. Se preguntaba si sería la proximidad a la pobreza que tenía lo que los enfurecía.

«TENEMOS que hablar de Catt Greene y su extraña política de rentista…».

«Que Catt Greene sea una rentista de Los Ángeles es solo una de unas cuantas cosas que no me gustan de Catt Greene».

«Catt Greene es una RENTISTA???? En MÉXICO???? QUÉ???? ESTOY CHILLANDO!!!».

«Probablemente la peor clase de gente sobre la faz de la Tierra: artistas que se convierten en rentistas para sustentar su trabajo creativo».

«Si lees cualquiera de sus libros sabrás que Catt Greene es una rentista!! Escribe siempre de ello!!».

«Me estoy imaginando una biografía de Catt Greene, pero solo de la parte en la que es una rentista».

«La rentista más destacada de las letras estadounidenses».

«Catt Greene defendiendo sus actividades de negrera diciendo que es mejor que el negrero medio de modo que su negrerismo es un balance positivo».

«Da la casualidad de que también pienso que su obra es una mierda porque es una puta locura desde el punto de vista histórico y

directamente racista y homófoba».

«Que Catt Greene sea lo peor no es ninguna sorpresa, pero DIOS, recomendar convertirse en rentista "como una manera de conectar con una población completamente alejada de la industria cultural"!!!!!».

«O sea, literalmente estaba leyendo *Sobre la historia natural de la destrucción* de Sebald hasta hace unos segundos y este crimen contra la humanidad es mucho más irrefutable, bien hecho, CG!».

«La vi defenderlo en persona y fue lo más asqueroso del mundo».

«LMAO Catt Greene literalmente gana dinero ejerciendo de rentista de inquilinos con ingresos bajos, pero la serie de televisión sobre su monumento a zumbarse a un heterosexual mediocre es un problema feminista».

«Tengo que decir que yo sentí aversión por ella primero».

El días después de la audiencia en la que se leyó la sentencia de Evan, el *Harding Tribune* publicó un artículo de varias páginas resumiendo los tres casos. Emergieron detalles nuevos que no habían aparecido anteriormente. Los cuatro habían pasado el día juntos, repitió el periódico, hasta las dos de la mañana, cuando fueron en coche a la antigua mina de Kerr, a las afueras de Harding. Aparcaron en una calle sin salida junto a la autopista que discurría en paralelo al sendero y Brittney usó su bandana para taparle los ojos a Brandon. A Brandon no pareció importarle, lo cual quizá no era tan sorprendente teniendo en cuenta que Evan recordaba que «él estaba principalmente volado, no prestaba atención, yo sabía que había fumado cristal o algo». Pero también, antes de eso, antes

de marcharse del piso de arriba del apartamento de Misty y Evan en el Chevy Malibu, para convencerlo de que bajara las escaleras, le habían dicho que lo estaban llevando al bosque para vender marihuana al cártel mexicano para conseguir dinero para gasolina para que pudiera volver a casa, a Beulah. Así que quizá por esa razón Brandon no se resistió cuando Brittney le puso la bandana y le ajustó la capucha, porque ellos ya le habían dicho que el cártel no quería verlo, que «nadie podía verle la cara». La otra razón podía ser que estuviera cagado de miedo. Evan recordaba que «estuvo callado todo el tiempo, que no cuestionó nada».

Micah ya estaba fuera del coche cuando Brittney le preguntó a Evan si podían cambiarse los zapatos porque había nieve en el suelo. «Yo me puse sus tacones y ella se llevó mis zapatillas», recordaba Evan. Y luego Brittney y Micah ayudaron a Brandon a salir del coche y lo llevaron al bosque. Evan no se acordaba de cuánto tiempo esperó pero un rato después oyó dos disparos a lo lejos. Y después Micah y Brittney volvieron al coche y pararon en una gasolinera Holiday para comprar snacks y unas bebidas energéticas.

Catt estaba intrigada y confundida con la historia. Le afectó aún más la declaración que leyó el abogado de oficio de Evan Chad Thayer a la sala del juzgado.

«La adicción es una cosa terrible, su señoría. Te lleva a lugares a los que de otro modo no irías. La adicción del señor Stanton le llevó al lugar equivocado, en el momento equivocado, con la gente equivocada. Más allá de eso, la vida del señor Stanton ha sido una vida de victimización que terminó en la extracción de la casa de sus padres a los seis años para ingresar en el sistema de acogida. Como resultado de los daños infligidos, ha tenido problemas de salud

mental. Yo veo al señor Stanton como alguien vulnerable a causa de su adicción, a causa de su victimización, a causa de su deseo de pertenencia. Quería ser amado y apoyado por alguien y esa vulnerabilidad le llevó con gente y a lugares que no eran buenos para él.

Tenemos que preguntarnos cómo ha podido suceder. Todos deberíamos echarnos a llorar, aquí estamos todos implicados».

«Los familiares y amigos de Halbach ahogaron un grito y susurraron improperios mientras el abogado de la defensa proseguía», informó el periódico.

«Evan llora por el señor Halbach. Llora por toda la familia. También sabemos que menos gente llorará por el señor Stanton, pero, su señoría, yo lo hago. Yo lloro por el señor Stanton. El señor Stanton está preparado para aceptar las consecuencias de sus actos. Pero, su señoría, deberíamos llorar por el señor Halbach. Deberíamos llorar por las familias. Deberíamos llorar por estos jóvenes, estos tres jóvenes, y deberíamos llorar por la sociedad».

¿Quién era el abogado Chad Thayer? Más o menos de la edad de Catt, había terminado Derecho en Minneapolis a principios de los noventa. ¿Se había manifestado contra el apartheid, contra las operaciones secretas de la CIA? Era un humanista a la antigua usanza, y su sentido discurso conjuraba el mundo de los padres de Catt, lo cual era anormal en cualquier parte, pero especialmente allí, en Iron Range.

Catt acababa de terminar *Hinterland*, un libro del geógrafo Phil A. Neel, que se había criado en una caravana en el este de Oregón. Neel definía «hinterlands» como las regiones alejadas del centro de la economía postindustrial global —regiones rurales abandonadas

como vertederos—, las áreas de las «demografías yonquis», adictos a la metanfetamina blancos cuyos ancestros en su día consumían speed para soportar los largos turnos en la mina y en el aserradero. «Estoy convencido», escribió Phil A. Neel, «de que los ojos de los drogadictos ven algo que los otros ojos no ven […], como si se hundieran directamente en el cerebro […], el iris negro como una única pupila dilatada y abierta a las numerosas heridas del mundo y capaz por tanto de ver el mundo como es: un congreso de explosiones despedazando cuerpos a diferentes velocidades y en diferentes direcciones».

Durante las vacaciones de Acción de Gracias Catt continuó pensando en los casos del sendero Nagamo. Claramente ahí había un libro y si ella no lo escribía, ¿quién lo haría? Investigar la vida de esos chavales era una manera de abrir una grieta en la llanura helada y comprender qué pasaba dentro de las caravanas, de los centros comunitarios abandonados, de las viejas casas de madera de las minas. Paul se volvería a Los Ángeles, conseguiría otro trabajo y lo más probable es que vendieran la casa y se marcharan de Balsam. Se le ocurrió que antes de irse de la zona para siempre podría aprender algo sobre un Estados Unidos que sus detractores de Twitter no entenderían, ni siquiera verían.

Una semana antes de Navidad Paul cerró y vació la casa, llenó el coche con sus pertenencias y condujo de vuelta a Los Ángeles. En enero empezaría un trabajo nuevo como director clínico de un programa de derivación para pacientes psiquiátricos con delitos graves en South Central. Cuando llegó, Catt estaba totalmente

inmersa en los casos del sendero Nagamo. Había encontrado los perfiles de Facebook en ese momento inactivos de Brittney, Micah, Evan y Brandon y siguió los enlaces a las redes sociales de todos sus amigos y familiares: hizo capturas de pantalla de sus fondos de banderas confederadas, de estrellas de rap gangsta y gatos rodeados de despliegues masivos de armas automáticas sobre edredones.

El 6 enero de 2020 —el primer aniversario del asesinato— se acercaba rápidamente. Valoró volar a Harding, fumar metanfetamina y visitar la escena del crimen a las dos y media de la mañana. Paul la convenció de que no lo hiciera. No obstante, ansiaba un ritual, lo que fuera que la sacara del estado sonámbulo en que había caído en los últimos tiempos y que la acercara a los chavales, porque la distancia con ellos le parecía insalvable. Luego empezaría el segundo semestre y no podría hacer nada.

Al final compró un billete de avión a Harding para el 8 de enero, reservó un coche de alquiler y una habitación en un motel. Luego escribió un correo al periodista del *Harding Tribune* que había cubierto los casos.

Cuando hizo el transbordo en el aeropuerto de Minneapolis, Catt notó un cambio abrupto mientras caminaba a la terminal regional desde la principal del aeropuerto. La hilera ininterrumpida de tiendas de lujo, librerías y restaurantes ecológicos se convertía en algo que subconscientemente era más familiar, triste y cutre. Un largo tramo de escaleras descendientes terminaba en un anfiteatro con un bar deportivo. Más allá del bar, un pasillo iluminado con fluorescentes conducía a una larga fila de puertas de embarque donde hombres solitarios, con sobrepeso, botas de trabajo y parkas esperaban

derrumbados sobre sillas de plástico vuelos a lugares como Bismarck, Thief River Falls y Bemidji.

Era el segundo miércoles del año, había pasado un año y tres días desde que los cuatro habían pasado el día juntos. Catt tenía un ejemplar de *Hinterland* en la mochila y una cita para comer con el periodista del *Harding Tribune*. A partir ahí suponía que ya vería. Sabía la dirección del apartamento que Evan había compartido con Misty y las direcciones de las casas de East Harding donde Micah, Britnney, Evan y Misty vivían a dos manzanas unos de los otros. Incluso había encontrado la antigua dirección de la casa móvil de un módulo de North Start donde Brandon había vivido con su padre antes de que los echaran a raíz del arresto de Brandon en 2017 por posesión de metanfetamina.

En Harding fue a buscar el Nissan Sentra que había reservado y condujo hasta el motel Rodeway Inn. A pesar de que el Rodeway era el último motel en funcionamiento de Harding, tres cuartas partes del establecimiento estaban vacías. Se levantó a las ocho y miró por la ventana. El cielo estaba más gris que el pecho de una paloma y se teñía de rosa en el horizonte. Había un centro comercial a un lado del cruce de dos carreteras rurales. Al otro lado de la calle había un lavadero de coches y un taller de chapa y pintura, y más allá, solo la desolada pradera cubierta de nieve. Un lento flujo de coches de camino al trabajo atravesaba la niebla.

«Harding es un cementerio», le dijo al final el periodista del *Harding Tribune*. Él se había mudado a Iron Range después de que una serie de problemas familiares le obligaran a marcharse de su antigua casa en Boulder, Colorado. Había crecido en Livermore, California, y había estudiado la carrera en Berkeley. Había ganado

premios, había publicado reportajes sobre las industrias del gas y la petrolera en medios importantes, pero el puesto de editor asociado del *Harding Tribune* había sido el único trabajo de periodista a jornada completa que había encontrado. «Toda la sala del juzgado», prosiguió, «se quedó desconcertada cuando Justin Weidel introdujo el autismo de Micah en su defensa. Tienes que entender que aquí arriba es como estar en 1980. No saben qué es el autismo o qué diferencia hay entre el autismo y una enfermedad mental».

La primera parada de Catt fue el museo de historia de Harding, un homenaje al pasado minero de la ciudad, que abría tres días a la semana durante tres horas. Compró una colección de tarjetas de un artista local, Ron Durham. Durham pintó las escenas de la típica ciudad pequeña estadounidense de los años treinta a mediados de los ochenta. Su obra bebía de la nostalgia de la era Reagan. Para entonces, el majestuoso y antiguo hotel Palace ya se había convertido en apartamentos para gente con ingresos bajos y las minas que no habían cerrado todavía estaban siendo automatizadas, según explicaba el folleto del museo, para afrontar los retos globales. Dada la extrema brevedad de las generaciones en Iron Range, mediados de los ochenta fue la época de los abuelos de Micah y Brittney.

Una franja de luz pálida color naranja brilló bajo las masas de nubes grises virando a púrpura cuando oscureció a las cuatro y media. Caminando por los callejones entre el apartamento de Evan y Misty, la casa de Micah y la de Britnney, Catt sintió que la fuerza de la gravedad la llevaba de vuelta al Milford de su infancia. Había los mismos tendederos de metal en jardines roñosos, los mismos cables de electricidad colgando entre postes de madera viejos, los mismos

setos raquíticos y terrazas acristaladas. Se acordó del olor a lodo de la primavera y de los partidos de kickball que continuaban hasta que se hacía de noche en el jardín lateral de los Tierman. Se acordó de que todo el mundo sabía que habían sido los Shaminski quienes habían pintado con espray la palabra «negro» en el garaje de la única familia negra del barrio y de que nadie había dicho nada.

Haciendo cola en el Caribou Coffee en el centro comercial que estaba cerca del motel a la mañana siguiente, Catt vio a tres estudiantes de secundaria o de bachillerato bajar de un Toyota RAV4 último modelo a buscar cafés. Dos chicos y una chica, todos con chaquetas varsity azul marino con el nombre del equipo de hockey sobre hielo del instituto, Harding Blue Jackets. Altos, rubios y esbeltos, tenían el mismo aspecto que los estudiantes de primero de la escuela Kay Avenue salvo por los dientes, que eran más blancos y alineados.

Observándolos, Catt sintió una lenta oleada de vergüenza. Pensó que acababa de entender a qué se había enfrentado Brittney.

A principios de marzo, justo antes de los confinamientos por la COVID, Paul voló a Minneapolis a defender su licencia estatal en una audiencia de la junta. Los miembros de la junta eran cuatro hombres blancos, cuatro mujeres blancas de mediana edad y un latino solitario. Paul se puso chaqueta y corbata, se sentó al lado de su abogada y respondió preguntas sobre sus antecedentes desde 1985, cuando le habían expulsado de forma poco honorable de la Marina. Sí, había tenido un problema de alcoholismo. Sí, había tenido cinco denuncias por conducir bajo los efectos de sustancias en Nuevo

México. Sí, había conducido con el carnet retirado y había ido a la cárcel quince años atrás por utilizar la tarjeta de crédito de su empleador durante una recaída. Paul se había inscrito en la escuela de posgrado para redimirse de su pasado ayudando a la gente, pero cada paso adelante que daba en la profesión involucraba un nuevo escrutinio de su pasado. Después de doctorarse en psicología, el Colegio de Psicología de California se negó a concederle la licencia a causa de sus antecedentes penales. Tuvo que conformarse con una licencia de nivel de máster para terapia matrimonial y de familia que finalmente le concedió el Colegio de Ciencias del Comportamiento de California cuando apeló tras su primera negativa. Paul había entregado su vida a Dios, había pagado todas las multas, tasas y reparaciones, y sí, había recaído, beber era lo que más temía, también era de lo que más se arrepentía, pero nunca había ejercido su profesión bajo la influencia de sustancias, no había ninguna prueba de que así fuera. ¡Eso estaría tan mal! Era algo que no podía concebir. La junta discutió su caso durante quince minutos. Cuando Paul volvió a entrar en la sala le dijeron que recibiría una reprimenda formal y debería pagar una multa de mil dólares. Su abogada le abrazó, le estrechó la mano y lo llevó al aeropuerto. Para ella era un final feliz.

Paul fue al bar del aeropuerto en cuanto pasó el control de seguridad y se tomó cuatro bloody marys. Estaba tan borracho que no le dejaron subirse a su avión. Decidido a llegar a casa sin faltar más al trabajo, cogió la lanzadera a Hertz y alquiló un Ford Taurus. Saliendo del aparcamiento, chocó con una verja y la policía acudió de inmediato. Esa noche Catt recibió «una llamada de un recluso del

centro penitenciario de Minnesota» y pagó la fianza, doce mil dólares.

2

Misty se mudó al espacioso apartamento del piso de arriba en el número 2659 de East Fifth Street el 1 de septiembre, cuatro meses antes del asesinato. Estaba a punto de cumplir dieciocho años y se acababa de fugar del último centro de acogida, que había sido el peor, con Fernando, su novio de ese momento, y el hermano de este, Diego.

Se mudaron a Harding desde Thief River Falls, una pequeña ciudad de ocho mil personas a más de trescientos kilómetros completamente rodeada de praderas congeladas. Misty había suspendido el último año de secundaria en el instituto de Thief River Falls y trabajaba en el restaurante Dairy Queen. El centro de acogida se quedaba la mitad de su sueldo.

Fernando tenía veintitrés años y había crecido en Thief River Falls. Salvo por un par de viajes para ir a conciertos a las Ciudades Gemelas nunca había salido de allí, pero supo que tenía desaparecer cuando una infracción de la libertad condicional dio lugar a una orden de detención. Los policías de Thief River Falls eran unos idiotas, pero el cargo original era tan insignificante, comprar alcohol a menores, que nadie se iba a tomar la molestia de recorrer el estado buscándole.

Micah, sus hermanos y su madre, Crystal, y su novio, Quinton, vivían en el apartamento de abajo cuando los tres se mudaron al de

arriba. El trabajo de Fernando, hasta donde se podía decir que tenía trabajo, era vender marihuana a los chavales de Thief River Falls y de inmediato se hicieron buenos amigos y empezaron a pasar tiempo juntos.

Las cosas se torcieron entre ellos dos meses y medio después. A Fernando le gustaba beber y cuando bebía su comportamiento amable se volvía asesino y estúpido. El domingo por la noche antes de Acción de Gracias, Micah estaba pasando el rato con ellos en el piso de arriba. Los cuatro estaban aburridos, simplemente de chill —un poco de marihuana, un poco de purple drunk, un poco de vodka —, cuando Fernando hizo una broma tonta sobre New Genesis, el negocio de masajes al que Crystal dedicaba la mitad de la jornada.

—Ey, tío, menos mal que tu madre apaga las luces cuando está dando esos masajes porque nadie se correría si viera su horror de cara, ja, ja.

—Será mejor que retires lo que acabas de decir…

—¡Si lo sabré yo, tío!

—¡Que te follen, panchito!

—Sabes que es verdad.

Fernando sonrió y se hundió de nuevo en el sofá, agitando su cerveza como si acabara de ganar una medalla, y Micah no se lo pensó dos veces y arrancó la botella de cerveza de la mano del gordo de mierda. Se formó una piscina de espuma y cristales en el suelo y Fernando se puso de pie y cogió a Micah del cuello, lo levantó de la butaca…

—Será mejor que te lo pienses, retrasado.

Misty les suplicó a los dos que pararan, pero Fernando no era ningún idiota, sabía que había un trasfondo y el trasfondo era que

Misty se había liado con ese friki al menos una vez, quizá dos. La imagen de aquello era tan desagradable que no soportaba mirarla a la cara, así que la tiró al suelo donde estaba la cerveza derramada. Los cristales rotos rajaron la pierna de Misty, y ahora había sangre. Misty gemía. Como era un hombre de honor y principios, Micah le dio un cabezazo a Fernando, pero entonces Diego se levantó e inmovilizó a Micah en el sofá, y hundió los puños en su feísima cara una y otra vez.

Cuando Crystal oyó los gritos de Micah una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo. Corrió escaleras arriba, aporreó la puerta y al final la abrió de una patada.

—¡Imbécil! ¡Maricón! ¡Estás pegando a un niño!

Crystal chilló cuando vio la cara ensangrentada de Micah e intentó separarlos con su cuerpo.

Misty estaba en el suelo, llorando. Diego apartó a Crystal de Fernando y la arrojó contra la pared, golpeándole la cabeza contra el yeso. Los gritos de Crystal le recordaron a Fernando que Misty no era más que una puta barata, tenía que hacer algo para herirla, así que cogió el terrario con su geco y lo estrelló contra el suelo. Misty, ahora sollozando, acunó a su lagarto, pero Fernando seguía dándole golpes. Cuando creyó que ya le había pegado suficiente, seguía muy enchufado, así que les dio puñetazos a unas cuantas ventanas.

Los vecinos lo oyeron y llamaron a la policía.

INFORME POLICIAL — 19/11/2018 — 2659 EAST FIFTH STREET, HARDING

Cuando salí del patrullero oí gente gritando. Un hombre, identificado como Fernando Jesus Cortez, chillaba muy alto y daba vueltas tambaleándose. Cuando el sargento Amherst le dijo a Fernando que íbamos a esposarle,

> Fernando comenzó a dar voces muy alto y luego se puso a pegar al sargento Amherst. En ese momento vi al agente Hermann aplicar su táser en el estómago de Fernando. Me puse los guantes de goma y recogí a Fernando con ayuda del agente Benjamin. Fernando estaba gritando insultos racistas, me llamó «puto blanco que debe odiar a los nativos y a los mexicanos». También afirmó que él «iba a matarme» y luego me escupió en la cara. Se me quedaron las gafas cubiertas de la saliva de Fernando, que creo que me entró en la boca y en los ojos…

La policía interrogó a Misty, pero ella se negó a delatarle. Aun así, el escupitajo, los insultos racistas y la amenaza de muerte, además de la orden de arresto pendiente, llevarían a la cárcel a Fernando en el futuro inmediato. Al día siguiente Diego se mudó de nuevo a Thief River Falls, lo cual dejaba a Misty sola para pagar el alquiler, que era de ochocientos dólares.

En esa época, Evan Stanton todavía no conocía a Misty. Vivía a tres horas al sur, en el condado de Isanti, pero la misma noche que ella estaba recibiendo una paliza de Fernando, él publicó en Facebook:

«Sentirlo duele, estoy asustado». Acababa de tener otra pelea horrible con Kristen, su novia. «Cada vez que mi vida mejora y estoy feliz me lo quitan de repente y no sé qué hacer».

Habían pasado las últimas semanas en una furgoneta camperizada con amigos fumando cristal. Antes de eso, había estado limpio y trabajando a jornada completa en una empresa de mudanzas en Fargo, Dakota del Norte, con Kristen y su hija de meses, pero todo se había ido a la mierda cuando volvieron a vivir a Minnesota.

Evan y Kristen llevaban juntos diez meses y habían pasado muchas cosas juntos. Cuando se conocieron ella estaba embarazada

y vivía en un centro para personas sin hogar. El trabajador social de Kristen le había aconsejado dar en adopción al bebé y ella estaba dispuesta a hacerlo, pero para Evan, conocer a alguien como Kristen, que estaba embarazada y en una situación mucho peor que la suya, parecía una señal del destino. Él acababa de cumplir veinte años y toda su vida, desde que le habían puesto en el sistema de acogida, había soñado con tener su propia familia. Podemos hacerlo, le dijo Evan, y al principio lo hicieron. Se mudaron a vivir con la madre de Kristen en Fargo, trabajaron y se mantuvieron limpios y se dedicaron a cuidar del bebé… Pero entonces los padres del padre biológico del bebé los convencieron para volver a Isanti prometiéndole a Evan un trabajo bien pagado en la construcción. Cuando llegaron no había trabajo. No tenían dónde alojarse y se estaban quedando sin dinero mientras dormían en sofás de amigos. Los abuelos llamaron al servicio de protección de menores y les dieron la custodia inmediata.

Después todo se derrumbó. Les confiscaron el coche que habían comprado en Dakota del Norte porque no se habían podido permitir registrarlo en Minnesota. No tenían forma de llegar al trabajo. Al final se mudaron a la furgoneta camperizada con unos amigos de amigos y volvieron a fumar cristal.

La noche de la gran pelea, Kristen se emborrachó de más y empezó a gritarle a Evan que la estaba engañando de nuevo. Era demasiado. Evan tenía ganas de golpearla pero en su lugar salió corriendo hasta un granero de madera y se golpeó la cabeza contra la pared. No podía parar, se golpeaba una y otra vez. Le dolía tanto que comenzó a llorar y cuando Kristen lo vio estaba tan asustada que llamó al 911 para pedir ayuda.

Evan estaba más calmado cuando llegaron los policías, pero dijeron que no podían marcharse de la escena de un caso de violencia doméstica sin hacer un arresto. Para proteger a Kristen, Evan dio un paso al frente y se fue con ellos.

Cinco días más tarde el fiscal retiró los cargos. Evan quedó en libertad pero no tenía a dónde ir y durmió en un cobertizo unas cuantas noches. Finalmente llamó a Josh, uno de sus exhermanos de acogida. Josh le dejó quedarse unos días, pero cuando sus compañeros de piso empezaron a hablar de echarles a los dos, publicó en su perfil de Facebook «Ey, ¿alguien puede ayudar a mi hermano Evan? Necesita un sitio para vivir», y Crystal lo vio. Ella y Josh eran viejos amigos, iban a la misma iglesia cuando ella y su primer marido, Ray, vivían en el condado de Pine. Cuando ella conoció a Josh, Evan todavía era un niño —dos años mayor que Micah—, pero le había parecido bueno, tranquilo y educado. Incluso había sido protector con Micah, una especie de hermano mayor, porque a Micah siempre le estaban haciendo bullying.

A Crystal le gustaba verse como una suerte de madre universal, una MILF, por supuesto. Tenía treinta y ocho años y había parido ocho veces. Se había ocupado de maravilla de su hijo Callan desde que nació con una parálisis cerebral severa y epilepsia hasta que murió antes de cumplir diez años. Crystal pensó en la publicación de su amigo Josh. Misty, la del piso de arriba, parecía una buena chica, ella sabía que Evan era bueno, y los dos tenían casi la misma edad. Misty necesitaba un compañero de piso, Evan necesitaba un lugar donde vivir. Además, Evan era mono y Misty se merecía a alguien bueno después de ese monstruo de Fernando, así que les envió un mensaje a los dos:

«Ey, creo que deberíais conoceros».

Se escribieron por Messenger un rato y luego hablaron por teléfono. En un día pasaron a FaceTime y decidieron que debían vivir juntos.

El 20 de diciembre de 2018 —un día antes del solsticio de invierno y dieciséis días antes del asesinato—, Crystal, Quinton y Misty bajaron desde Harding a recoger a Evan en Isanti. Ya era tarde cuando llegaron. Evan recogió sus cosas y las siguientes tres horas Misty y él fueron en el asiento de atrás del viejo Ford Expedition de Crystal haciendo manitas. Condujeron unas dos horas en dirección al norte. Cuando salieron de la interestatal en el lago Moose no se cruzaron con ningún coche en los siguientes cien kilómetros. Internándose cada vez más en la oscuridad con Misty al lado, Evan se sintió feliz y en paz. Nunca había estado en Harding, no sabía gran cosa de Iron Range. Pero llevaba limpio desde que se había quedado en casa de Josh. En Harding, pensó, podría empezar de cero, podría volver a comenzar su vida.

Crystal y su segundo exmarido, Pete King, se habían mudado a Iron Range en 2015 para empezar de nuevo una vez más. En los ocho años juntos habían pasado por muchas cosas. Todavía al cuidado de Callum y sus otros dos hijos cuando su primer marido se marchó, Crystal se había visto obligada a dejar a Micah en un orfanato católico, el último orfanato del estado. Abandonar a su hijo le rompió el corazón, pero sus pataletas estaban fuera de control. Cuando Micah la empujó por una escalera, algo se quebró: ella tenía que estar allí para sus otros tres hijos y no podía con Micah. Y entonces

apareció Pete King para ayudar. Se llevaron a Micah a casa y dos años más tarde tuvieron un hijo juntos. Después de que muriera Callen nació su hija Onyx y se mudaron a Carolina del Norte para que Pete pudiera estudiar para ser mecánico en el instituto técnico de NASCAR.

Pero cuando Crystal descubrió que Pete la estaba engañando volvió a Minneapolis con los niños. Pete la siguió y volvieron juntos. Luego rompieron otra vez.

Pete empezó a ir a terapia en 2013 y decidieron comenzar de cero. Durante un año las cosas fueron bien pero después Crystal vio algunas señales de alerta y le obligó a irse de casa.

Unos meses después se dio cuenta de que había cometido un error. Crystal le suplicó a Pete que volviera y se reconciliaron en 2015. Esa vez se marcharían a las Ciudades Gemelas, olvidarían el pasado y empezarían de cero de verdad. Querían una casa en propiedad y las cosas eran más baratas en el norte. Condujeron en dirección norte hasta que encontraron una casa de alquiler con derecho a compra en Colberg, a pocos kilómetros de Harding, y allí fue donde nació su hija Cheyenne.

Micah tuvo su primer encontronazo con la policía de Colberg a los catorce años. Crystal llamó al 911 porque estaba asustada: Pete estaba en el trabajo y Micah amenazaba con saltar por la ventana del piso de arriba que acababa de reventar con una silla. Se negaba a tomar la nueva medicación porque le embarraba el cerebro y le había hecho engordar tanto que le estaban creciendo tetas.

Durante el transcurso de su infancia, Micah había estado hospitalizado veintitrés veces, a veces para impedir que hiciera daño a otras personas y a veces para impedir que se lo hiciera a sí mismo.

Después de las navidades de 2017 Crystal y Pete finalmente se divorciaron. Él volvió a las Ciudades Gemelas con dos de sus hijos y ella perdió la casa. Ella, Micah y sus tres otros hermanos y su nuevo novio, Quinton, se mudaron al otro lado de la ciudad, a las viviendas subsidiadas de Sunny Slope, un área putrefacta de casas de propiedad del ayuntamiento, en algunos casos tapiadas y en otros quemadas. Ubicada a ocho kilómetros al noreste de Harding, Colberg era una de las peores ciudades de Iron Range y Sunny Slope era el gueto del gueto, con drogas en abundancia, niños corriendo por ahí y peleas en todas partes. Crystal no se sentía segura, así que compró un fusil semiautomático Ruger de calibre 22 que Micah acabaría usando para disparar a Brandon Halbach dos veces en la cabeza.

Al principio, Micah se opuso a vivir con Quinton. Su padrastro Pete podía ser duro, pero Micah sabía que le importaba y que quería lo mejor para él. La noche en que Pete King se fue, Micah destrozó la casa cuando entró y vio a Quinton acostándose con su madre. Quinton solo tenía veinte años; Micah tenía por entonces diecisiete. Hasta ese momento, Quinton había sido uno de sus mejores amigos. No obstante, Micah no tardó en aceptar a Quinton como su nuevo padrastro. Tenía razones. ¿Acaso no era mejor que Crystal estuviera con alguien que le caía bien que con algún patán al que no conocía?

En la época en que se mudaron a Sunny Slope Micah había dejado de ir al instituto pero estaba ocupado todo el día quedando con sus dos mejores amigos, vendiendo marihuana y ayudando a Crystal a ocuparse de los niños. Como su hermano muerto, Callen, su hermana pequeña Cheyenne tenía necesidades especiales. Su madre siempre había estado para él y para él la familia lo era todo.

Algunos de sus vecinos de Sunny Slope eran gánsteres. Pero Micah, que había sufrido bullying toda su vida, no tenía miedo. Le atraían. Esa gente tenía honor, cuidaba de los suyos. Para esos hombres que rondaban la treintena y que se habían mudado a Iron Range para sobrevivir y vender drogas, Micah era una mascota, un friki. Él era —de acuerdo con los informes de la policía de Colberg cuando lo habían recogido borracho— «un joven alto que camina arrastrando los pies». Micah era impulsivo, pálido y tenía un pelo salvaje color negro ala de cuervo, y a sus vecinos les gustaba tomarle el pelo. Jamal, del piso de arriba, le contó un secreto: en su juventud había pertenecido a los Gangster Disciples, la famosa pandilla de Chicago. Jamal le enseñó su tatuaje de los GD, la estrella de seis puntas, y le explicó a Micah que si algún día entraba en los GD, ellos cuidarían de su familia de por vida. No sería fácil. Micah podía entrar aunque fuera blanco, no era un problema, pero para entrar en la pandilla tendría que matar a alguien primero. Por supuesto, debía haber pruebas, dijo Jamal, así que más le valía acordarse de grabarlo en vídeo con su teléfono.

Crystal estaba desesperada por sacar a sus hijos de Sunny Slope. En agosto conoció a Landlord Mark…, un buen tipo que hacía honor a su nombre. Puesto que había crecido en la pobreza a las afueras de Harding con un padre alcohólico, creía en la libre empresa y en dar una oportunidad a la gente. Mark gestionaba o era propietario de casi un tercio de las casas de East Harding, sitios que nadie tocaría.

Cuando Mark Tomek conoció a Crystal King, supo de inmediato que la suerte no estaba de su lado. Llevaba una peluca, así que supuso que tenía cáncer. Y, además, tenía todos aquellos hijos.

Mark dio por hecho que ella percibía una ayuda de discapacidad, lo cual sabía que era suficiente para pagar el alquiler. Crystal cobraba los subsidios de discapacidad, pero eso solo era una parte de la fuente de su sustento y el de los niños. También estaban la marihuana y la subvención PCA: un programa del Gobierno que pagaba quince dólares la hora por cuidado personal de una persona con necesidades especiales. Lo único que había que hacer era conectarse a internet, rellenar un formulario y pasar un breve examen tipo test. Micah figuraba como el asistente de cuidado personal de Cheyenne y Crystal, y Crystal era la asistente de cuidado personal de Micah, lo cual suponía ingresar otros mil dólares más al mes. Crystal, además, tenía licencia de masajista, pero no se ganaba mucho sin final feliz, algo que en general prefería no hacer, así que también vendía productos cosméticos Mary Kay a sus amigas. A pesar de todo esto, ella y Quinton conducían chatarras viejas y siempre estaban sin blanca.

Crystal le contó a Mark que nadie le quería alquilar una casa en Harding y él decidió que sí lo haría. El 1 de septiembre los instaló en el número 2659 de East Fifth Street.

Crystal llevaba una peluca cuando conoció a Mark, pero no era porque estuviera recibiendo quimioterapia. La peluca (una mata de pelo rubia) pertenecía a Penelope, una de sus personalidades múltiples. A lo largo de los años, Crystal había albergado quince personalidades, pero para 2018 ya había matado a la mayoría y se había quedado solo con cuatro. Las personalidades múltiples de Crystal eran una bendición y una maldición. Llevaban con ella desde que tenía cinco años y la habían ayudado a gestionar los traumas a los que se había enfrentado cada día de su vida.

Penelope era la rubia bajita ligona. Jazmin, la negra fiestera de lengua afilada, tenía rastas de color morado chillón. Marcela, con una larga melena rizada de gitana, era temperamental y apasionada, propensa a enamorarse, pero Veronica, que llevaba un corte a lo paje color negro, era la única que conseguía hacer las cosas. Ella era la jefa suprema, era en la que Crystal confiaba cuando las cosas se descontrolaban. A diferencia de Crystal, empática por naturaleza, Veronica era muy distante. Fue Veronica quien se apresuró a aconsejar a Crystal después de que Micah matara a Brandon y la familia comenzara a recibir amenazas de muerte desde todos los rincones de Iron Range. Porque Veronica era capaz de mantener la distancia con las cosas y considerar los posibles resultados tras sopesar los hechos.

Paul había faltado dos días al trabajo a causa de su detención en Minneapolis, pero le caía tan bien a los pacientes y los jefes de South Central que no lo despidieron. Volvió a Alcohólicos Anónimos y encontró un nuevo padrino. El primer confinamiento por la COVID empezó a mediados de marzo, pero a él no le afectó mucho. Al ser un trabajador esencial del ámbito sanitario iba a trabajar todos los días y se conectaba por Zoom a reuniones de Alcohólicos Anónimos de todo el mundo cada noche. Por la pandemia, su nuevo caso de conducción bajo los efectos de sustancias en Minneapolis se pospuso sin nueva fecha.

Catt daba clases por Zoom y salía a dar largos paseos cada día. Pasaba en coche al lado de los campamentos de personas sin hogar en Alvarado Street y Glendale Boulevard, que no dejaban de crecer,

de camino a los paseos por las emblemáticas escaleras de las colinas de Echo Park y Silver Lake. Copió las palabras de un cartel escrito con caligrafía infantil pegado a la valla de un bonita casa estilo Tudor de dos pisos en un cuaderno de espiral que llevaba consigo:

> Querida y maravillosa persona que se ocupa del reparto:
> Gracias por dedicar tu tiempo y arriesgarte a contagiarte de COVID para ayudar a la gente. Creo que es de gran ayuda y muy bonito.
> ¡Gracias por atreverte a salir!

El cartel le pareció un insulto no solo al repartidor de Amazon sino a cualquiera que hubiera trabajado para ganarse la vida. Esa gente estaba totalmente desconectada de la realidad.

Catt no sabía qué hacer con el alcoholismo crónico de Paul, así que no hizo nada. Desde su viaje relámpago a Harding no podía dejar de pensar en los chavales del sendero Nagamo y en los casos. Había leído la serie de reportajes de investigación de Stephen Montemayor sobre la ruta de metanfetamina de Juárez a las Ciudades Gemelas en el *StarTribune* de Minneapolis. Situado entre zonas de alta demanda como Fargo, Dakota del Norte, y Milwaukee, Wisconsin, Minneapolis era el punto de transbordo del cartel de Sinaloa. El trayecto desde la frontera de Juárez-El Paso era bastante directo, de la I-25 a la I-40 y a la I-35 Norte. A veces las drogas se distribuían en Iron Range desde Duluth, otras veces los distribuidores locales bajaban a los almacenes clandestinos de Minneapolis. Sin embargo, la policía de Harding no recordaba haber detenido a ningún distribuidor local que no fuera también un adicto. Catt oyó la lista de música de Facebook de Misty Starr (PJ Harvey y

Marilyn Manson). Encontró el perfil de Facebook del exnovio de Brittney, Dylan, y vio sus vídeos.

Como daba clases por Zoom, Catt podría haberse ido de Los Ángeles a Balsam en cualquier momento, pero la casa estaba cerrada para el invierno, con el agua cortada. Además, mezclar el mundo de los chavales de Iron Range con el mundo de sus estudiantes de máster le resultaba demasiado raro. Decidió esperar hasta que terminara el semestre.

Mientras tanto, escribió a un vecino de Balsam que daba clases en el centro de formación profesional de grado superior de Harding y le preguntó si le podía recomendar a algún asistente de investigación a tiempo parcial. Él le preguntó a su mejor exalumna, Cameron Lusk, si estaba interesada y ella aceptó. Cameron pasaría todo el verano en casa esperando a marcharse a Madison para empezar la universidad en otoño. Su plan era convertirse en abogada. Tenía dieciocho años y se acababa de graduar en el instituto de Harding. Cameron, la mediana de una extensa familia de nueve miembros de Colberg, conocía a todo el mundo.

Cuando Catt llegó a Balsam a mediados de mayo, la orden de confinamiento de Minnesota se había ampliado dos veces. Cuando volvió a expirar el 18 de mayo, la renombraron como «Cuídate, Minnesota». La orden no parecía importar mucho en Iron Range. Algunas personas, incluidas Cameron y Catt, llevaban mascarillas y otras no. La región ya estaba aislada. Salvo en la iglesia Grace, la feria del condado y el rodeo, nunca había grandes multitudes. Todas las tiendas pusieron marcas de plástico con una separación de dos metros en las cajas, pero aparte de eso nada cambió demasiado.

Lo primero que hizo Catt fue alquilar una pequeña oficina en un sótano de la calle principal de Harding. Cuando mencionó que estaba investigando los casos del sendero Nagamo, la delgada gestora inmobiliaria a media jornada que no paraba de hablar le dijo de inmediato que el conductor de la moto de nieve que había encontrado el cuerpo de Brandon era su primo, lo cual le pareció alentador. El plan de Catt era entrevistar a todos los jóvenes de la zona que encontrara para preguntarles sobre Micah y Brittney. Cameron convenció a todo el mundo que conocía para que fuera a la oficina y Catt le pagó a cada uno veinticinco dólares. La gente de la ciudad confiaba en Cameron a pesar de que había hecho el itinerario académico en el instituto de Harding. El padre de Cameron trabajaba para las minas y ella tenía muchos amigos, incluida gente que había estado muy cerca de los consumidores de cristal.

Un flujo lento pero continuo de chavales pasó por la oficina. Algunos estudiaban en el centro de formación profesional. Otros trabajaban a tiempo parcial en Walmart, en la gasolinera Holiday y en Short Stop. Todos sabían quiénes eran Micah y Brittney, pero parecía que nadie los conocía de verdad. A Micah lo recordaban como «tranquilo», «víctima de bullying», «agradable», y a Brittney la recordaban alternativamente como «una friki», «una mentirosa patológica» y «una chica con problemas». Catt esperaba hablar con Misty Starr, pero se había marchado de la ciudad. Después de la detención de Evan, Fernando había salido de la cárcel y había vuelto a vivir con Misty. Ella se quedó embarazada y tuvo el bebé. Cuando le pegó de nuevo y amenazó con llevarle el bebé a su madre en Thief River Falls, Misty huyó y nadie sabía dónde se encontraba. Brittney estaba en la cárcel del condado de Duluth a la espera del

juicio y Micah y Evan estaban cumpliendo condena en cárceles separadas.

Catt puso carteles en la lavandería de Harding y en Walmart:

SE BUSCAN USUARIOS Y EXUSUARIOS

DE METANFETAMINA

Una investigadora que está trabajando en un libro
sobre Iron Range quiere escuchar tus experiencias.
50$ por 30 minutos de tu tiempo.
Anónimo y respetuoso.

Pero nadie respondió.

—La metanfetamina es, digamos, un poco de nicho —le explicó diplomáticamente Cameron a Catt—. No se nombra sin más, en plan: «Ey, ¿alguien conoce un buen sitio para consumir metanfetamina?».

Catt llamó y escribió a los detectives y a la policía, pero dado que hasta el momento Brittney había rechazado llegar a un acuerdo y su caso estaba pendiente de juicio, nadie podía hablar con ella. En su lugar, se pasó horas buscando expedientes en los juzgados hasta que una tarde un guardia con mascarilla le entregó una nota:

> Tenemos que hablar de qué está haciendo en los juzgados. Actualmente, los juzgados están cerrados a causa de la pandemia. Este ordenador no es para hacer investigación. Si necesita expedientes judiciales puede ponerse en contacto con la administración, pero no puede seguir pasando el tiempo que pasa en este ordenador investigando.

En su lugar, se trasladó al registro municipal para consultar escrituras de propiedades, quiebras y divorcios. Catt no se creía su

suerte cuando se topó con el nombre de Mark Tomek en las escrituras del piso de Misty y Evan en East Fifth Street. Ella conocía a Mark Tomek: había ayudado a Paul a instalar una ducha en su cabaña de Balsam.

Mark estaba encantado de ayudar a Catt en su investigación. Él y su hijo estaban volcados en las reparaciones de su antigua casa familiar de East Second Street, ya que Crystal y su familia la habían destrozado. Después del gran estallido de Fernando aquella noche de noviembre, Crystal y Quinton le habían suplicado a Mark que los trasladara a un sitio más seguro. Dado que Mark y su mujer ya no vivían en la casa, había accedido a alquilársela. Se mudaron el 1 de diciembre, un mes antes del asesinato, y le dejaron una factura de calefacción de 2.036 dólares tras huir de Iron Range el pasado mayo. Habían recibido amenazas de muerte, dijo ella. El amigo de Mark Chad Thayer —que había sido el abogado de oficio de Evan— le estaba ayudando a recurrir la factura. Tras el asesinato de Brandon, Mark decidió dejar la gestión inmobiliaria y se fue a trabajar a la tienda de jardinería y bricolaje Lowe's. En ese momento estaba intentando arreglar su antigua casa para venderla. Tenía sesenta y dos años, todavía debía seguir trabajando en el futuro próximo y hubiera deseado tener fondos para contratar una cuadrilla y arreglar la casa como era debido. Las cosas como eran, él y su hijo solo estaban arreglando el desastre.

Durante los seis meses que había vivido allí, la familia de Crystal había provocado los desperfectos de una década en la vieja casa. El suelo de madera de arce tenía marcas de amoníaco, las puertas de cristal de los armarios de la cocina estaban reventadas. Cuando el pastor alemán de Crystal tuvo ocho cachorros, ella transformó el

antiguo comedor en la habitación de los perros. Faltaban puertas y había ventanas rotas por toda la casa.

Catt se preguntaba por qué Mark no había echado a Misty después de la gran pelea de noviembre, cuando rompieron todas las ventanas de la fachada. «Se me cayó el alma a los pies cuando lo vi», le contó a Catt. Pero a la vez, Misty le daba pena. «Ni siquiera la reconocí la primera vez que vino a verme para alquilar la casa en agosto. Habían pasado muchos años desde la última vez que la había visto. La Misty que yo recordaba era una niña corriendo por el jardín. Y luego su madre murió y la dieron en acogida después de todo el lío con su abuela Ann, que tenía el mismo problema con las drogas que su madre. Pensé: Fernando y Diego ya se han ido. Ella era una buena chica y no quería que le hicieran daño». Además, no quería que su socio inversor se enterara de lo que había pasado, al menos no por el momento. Su socio era un productor de televisión independiente de Los Ángeles que creía que las viejas casas de East Harding tenían potencial. Algún día, se decían el uno al otro, Harding —la ciudad donde se crio un gran músico— se convertiría en un santuario para personas creativas de todo el mundo. Ese sueño murió cuando arrestaron a Micah y vieron la foto que la policía recuperó del teléfono de Evan de Brandon Halbach atado con cinta americana y amordazado en el salón del piso de arriba de East Fifth Street.

Catt le preguntó a Mark qué pensaba de los casos del sendero Nagamo.

«Mi opinión», respondió, «es que algo ha ido mal en el modo en que estamos educando a nuestros jóvenes. Escucho tantas historias extrañas de la gente con la que trato en nuestras propiedades de

alquiler. La gente hace tantas cosas raras: ahí fuera hay una nueva norma, una que usted y yo no reconoceríamos. Su raciocinio, cómo perciben la vida…, es una depravación. Y no estoy hablando solo de moral, es lo que les parece importante. Uno de nuestros inquilinos no sabía cómo limpiar el suelo. Tuvimos que enseñar a otra a cortar el césped del jardín, no entendía qué era un cortacésped. Hay una falta total de sentido común.

Pero eso no es fatídico. Ahora falta algo más que nos conduce a situaciones como esta. Y esa parte, sea lo que sea, esa parte es fatídica».

Cameron y su hermano Tim llevaron a Catt a caminar a un lago artificial donde a los chavales les gustaba ir a pasar el rato en verano: un agujero enorme en la tierra que se había formado después de que cavaran por completo el foso y de que la empresa dejara de bombear las aguas subterráneas. Los niños saltaban quince metros desde las rocas y se zambullían en el lago de un intenso color azul hielo. Por la noche, llevaban barriles de cerveza al bosque, fumaban marihuana y hacían hogueras. El foso no estaba lejos del lugar donde Dustin Christensen había arrastrado y quemado el cuerpo de Jacob Fenn cuatro años antes. Nadie de su edad lo había olvidado porque todo el mundo los conocía o había estado en el apartamento de la calle principal encima de la tienda de electrodomésticos Blue Moon donde sucedió.

Cameron era amiga de Mariah, la chica de dieciséis años que se encontró con el asesinato en curso. Después de que Mariah le contara todo a la policía, la arrestaron y la pusieron en libertad

condicional. La soltaron en enero y se largó inmediatamente, está vagando por Estados Unidos con un tipo en una furgoneta camperizada. Cameron sacó el teléfono y le enseñó a Catt algunos stories de Instagram de Mariah…, fotos de ella y su novio acampados en un desierto cerca de Tucson, un barco pesquero en alguna parte de Luisiana. Estaba limpia y parecía feliz.

A Tim todavía le atormentaba el asesinato de Bryce Hartman en Greatwoods en junio de 2016. Él estaba en secundaria y la hermana pequeña de Bryce había sido su primera novia.

Paseando alrededor del lago artificial, Cameron y Tim intentaron explicar el panorama de los niños en Iron Range según lo entendían ellos. Los niños podían elegir cualquier escuela del distrito. Nadie esperaba que le fuera a ir bien en Colberg: el centro era conocido por las drogas y los chavales tenían mala fama por estar involucrados en cosas no tan buenas, marihuana por supuesto, pero también pastillas, metanfetamina y crack. Cameron y Tim vivían en el lado «bueno» de Colberg, pero cuando decidieron ir al instituto de Harding, los de allí al principio les llamaban «ratas de barrio» y «basura de Colberg». Era completamente injusto: tenían una vida familiar buena; además, seguían siendo amigos de chavales del barrio que no iban a Harding.

El instituto de Harding tenía todas las clases del programa de ubicación avanzada AP. Cameron había obtenido el título mientras estaba allí a través de un programa llamado PSEO, en el que el profesorado del centro de formación profesional de grado superior iba al instituto a dar clases de nivel universitario. Si el instituto de Harding era el mejor, el IRTT (Iron Range Tech & Trades) era sin lugar a dudas el peor. Ubicado en Beulah, se había concebido como

un centro de diversificación curricular, o la última oportunidad de los lerdos, como les gustaba decir a los profesores de Harding. El IRTT era para gente que no conseguía aprobar en ninguna otra parte. Allí los chavales podían fumar y se hacían sus propios horarios.

Tim tenía dos amigos de Colberg a quienes sus respectivos padres solteros habían abandonado cuando tenían alrededor de quince años, pero se habían librado del servicio de protección de menores porque otros chavales y sus familias cuidaban de ellos. Su amigo Barrett había muerto hacía poco de sobredosis. «Los chavales de Colberg son una piña», le explicó, «pero en Harding, están los pijos, los deportistas y los emos artísticos y proclives a las drogas».

«El Caribou Coffee es donde salen los pijos», continuó Cameron. «Es muy estereotipado. Detectas la brecha económica entre los chavales, cuánto ganan sus padres, por con quién van. Todos los de rentas bajas van juntos. Los chicos de rentas altas tienen un montón de grupos diferentes, pero los de rentas bajas solo tienen uno. Todo parece venir de lo mismo. Si eres de renta baja, entonces formas parte de este grupo. Todo el mundo de familia de clase media o alta va a Harding. No van a mandar a sus hijos a Colberg o al IRTT. Hay chavales a los que les cuesta sacar buenas notas e ir a la universidad, pero si eres de clase baja, estás automáticamente exiliado».

La iglesia, coincidieron, era el único lugar donde esas diferencias se evaporaban, era el único unificador.

Al día siguiente Cameron recibió un mensaje de un antiguo compañero de clase:

> Ey, Cam, Sloan L. se pasó por el apartamento a buscar sus cosas y estuvimos hablando de todo un poco y sacó el tema de la escritora. Dijo que

la gente le había contado que es del FBI y que sabía que tú estás involucrada. Se comportaba como si estuviera colocado de algo y sé que tiene más de un par de amigos de los que consumen cristal.

¿Es posible que esto saque a la luz otros casos como la decapitación? Me da miedo que trabajar con esta autora sea potencialmente peligroso para ti o para mí. La gente ya sabe que estás trabajando con ella. No lo digo para asustarte. Solo quería que lo supieras…

Convencida de que sería mejor apartarse un tiempo de los chavales, Catt se reunió con Ellen Broyard, una tutora del instituto de Harding, y con Avery Corradi, la directora del IRTT.

El año académico había terminado, pero Ellen Broyard seguía trabajando. Había cambiado la dirección del centro. La nueva directora de Harding había analizado más atentamente Iron Range y había descubierto que el 40 por ciento de los padres trabajaban a tiempo parcial, si es que trabajaban, por el sueldo mínimo. Dentro de ese grupo, muchos tenían problemas con el alcohol y las drogas que afectaban a sus hijos, padres e hijos adolescentes consumían juntos. En lugar de «Vamos a castigar», su nueva política era «¿Cómo podemos ayudar?». Además del programa de ubicación avanzada AP y el centro de ciclos formativos de grado superior, el instituto de Harding ofrecía programas orientados a estudiantes con necesidades especiales y una academia de oficios, donde los chavales podían titularse en soldadura, electricidad o fontanería antes de graduarse. Se asociaron con Salud Mental Iron Range para abrir una clínica en el instituto donde los alumnos pudieran recibir ayuda.

Avery Corradi había crecido en las viviendas subsidiadas de Colberg, tuvo un hijo a los diecisiete, se sacó un máster y se

convirtió en la directora del IRTT. Ella sabía exactamente con qué estaba lidiando: el 20 por ciento de sus estudiantes ya eran padres; entre el 10 y el 15 por ciento habían estado en el sistema de acogida o en correccionales.

«Quieres ayudarlos académicamente», le contó a Catt, «pero también quieres ayudarles a que tengan un plan después del instituto. Muchos de estos chicos no tienen ningún documento de identidad, así que nos centramos en eso. Puede parecer una locura, pero uno de nuestros objetivos para el último curso es que todos tengan un documento de identidad. Porque no puedes conseguir trabajo sin número de la seguridad social, y para conseguirlo, hace falta el certificado de nacimiento. A los chavales les cuesta mucho. Les cuestan cosas que mucha gente da por sentadas: aprender a conducir, sacarse el carnet.

Tenemos muchos chicos dando vueltas, durmiendo cada día en un sitio, así que intentamos ponerles en contacto con los servicios de vivienda. En lugar de limitarnos a darles un teléfono, los llevamos allí y les ayudamos a rellenar los formularios. Sin todas esas cosas pequeñas, no puedes dar el siguiente paso.

Tenemos chicos de dieciséis y diecisiete años cuyos padres se van durante treinta o sesenta días para ir a rehabilitación. Tratamos de asegurarnos de que tengan comida, de que haya calefacción en su casa, porque pocos chavales a esa edad quieren ir a un centro de acogida».

Brittney Moran asistió al IRTT unas semanas entre el correccional y el centro de rehabilitación antes de ser detenida el 7 de enero por el asesinato de Brandon. Avery se acordaba bien de ella. Brittney era muy adulta: «Vestía como una mujer de treinta, quizá cuarenta

años, con su chaqueta de cuero negra Harley Davidson, el corte de pelo a navaja, los pantalones de cuero. No tuve problemas con ella. La ayudé con matemáticas. Era una chica muy buena, dulce con los profesores, y parecía que quería hacer las cosas bien».

Al final del verano el propio IRTT estaba amenazado con quedarse sin hogar: la junta escolar de Beulah quería reclamar el campus para construir una nueva escuela para el distrito. Corradi lo peleó y extendieron la cesión un año. Ya no trabaja en el IRTT.

3

Cuando era pequeña, Brittney era la niña con la que nadie se sentaba en el autobús. Llevaba cosas raras en la mochila: latas abiertas de cosas como espaguetis redondos y atún. Durante todo el trayecto de noventa minutos de ocho kilómetros de Harding a la escuela de Colberg ella mantenía la cabeza hundida en un libro. El olor a pescado de su mochila apestaba el autobús y cuando hablaba, que no era muy a menudo, siempre era sobre cosas como espíritus y fantasmas. Decía cosas delirantes como «Los muertos viven entre nosotros», y contaba que hablaba a todas horas con los fantasmas de la casa de su abuela. También mentía. Le decía a la gente que en realidad tenía once años cuando tenía ocho porque había tenido un accidente que la había dejado en coma, que era donde se había encontrado a los fantasmas. A veces cuando la gente la llamaba friki ella se quedaba con la mirada fija en el libro, pero otras veces se enfadaba de verdad, como si estuviera poseída, y amenazaba con pegar a las personas. Los niños del autobús le decían que apestaba, así que dejó de ducharse. Si la iban a llamar monstruo, ella les enseñaría cómo eran los monstruos.

En primero de secundaria se aficionó al anime y el cosplay. Llevaba un vestido de caperucita roja con las botas de stripper de plataforma de su madre que le llegaban hasta los muslos. Cuando ese disfraz se estropeó lo cambió por uno de pastorcita. Era creativa

y amable. Le llamaban la atención los grupos favoritos de su padre: Five Finger Death Punch, Black Veil Brides y Disturbed.

Como todo el mundo, Brittney siguió el caso de las dos chicas de Wisconsin que llevaron a su amigo Payton al bosque con artimañas y lo apuñalaron diecinueve veces para satisfacer a su líder y amigo, el personaje de internet Slender Man. «Slender Man es mi novio», le dijo Brittney a sus profesores para ver qué hacían. Pero a nadie le dio miedo. Se rieron o resoplaron.

En segundo de secundaria, Brittney retó a Sophie, la mayor acosadora del instituto, a una pelea. Todo el mundo hizo un corro durante la comida y Sophie noqueó a Brittney en segundos. Cuando llegó la policía Sophie ya había huido y le dieron una advertencia a Brittney. Y entonces lo hizo de nuevo. Brittney hizo correr la voz de que se pelearía con Tanisha, una estrella del baloncesto famosa por meterse con niños más pequeños. Nadie pensaba que Brittney fuera valiente por retar a las dos chicas más malas. Simplemente pensaban que era extraña. Tanisha entrenaba todos los días y lo único que Brittney sabía hacer era tirar del pelo. No obstante, todos fueron a mirar. Tanisha acabó con Brittney en cuestión de minutos y huyó, dejándola demasiado ensangrentada y herida para escapar de la policía.

La expulsaron una semana, y Brittney decidió cambiarse al instituto de Harding, donde encontró a sus verdaderos amigos. En Harding se juntó con un grupo de chavales de clase trabajadora con intereses artísticos a los que les gustaba construir cosas, dibujar sus propios cómics y disfrazarse para hacerse fotos. Les encantaban el club de teatro, el cosplay, el manga y el anime, se inventaron sus avatares del webcómic *Homestuck* y jugaban con cartas Magic. El

grupo pasaba tanto tiempo en la tienda de ropa vintage de la calle principal de Harding que el dueño les dio una llave. Lo mejor que podían hacer un sábado por la noche era ir a la tienda a jugar con videojuegos y pedir pizzas. (Más adelante, aunque luego retiraron los cargos, el propietario de la tienda dejó el negoció y se marchó de Harding para siempre después de que uno de los chavales le acusara de acoso sexual e intento de violación). Brittney por entonces soñaba con estudiar arte en Japón o Corea. Y después volvería a casa y abriría un salón de tatuaje con su amiga Ruby. Las dos pasaban horas en la habitación de la una o de la otra trazando planes.

La única cosa que separaba a Brittney de ese nuevo grupo de amigos era su trabajo paralelo de prostituta. Cuando tenía trece años, un viejo de East Harding que tenía debilidad por las jovencitas le ofreció dinero por ir a verle. El viejo era lento y estaba desorientado y Brittney tenía un gran corazón. Ella anhelaba lanzarse en picado a rescatar a cualquier criatura viviente que pareciese frágil. Cuando le ofreció un extra por enseñarle las tetas no le pareció nada del otro mundo: ¿acaso Janet Jackson no había hecho lo mismo delante de millones de espectadores cuando se le rompió el vestuario? Y luego hubo otros… No le costó mucho disociarse y dejar que esos chicos la tocaran y se sacaran el pene. Al igual que sus amigos, fumaba mucha marihuana y descubrió que las cosas se podían fundir cuando llegaba al punto adecuado. Y además tenía mucho dinero para comprar las cosas que le gustaban y para compartirlo con sus amigos.

Sin esforzarse mucho, Brittney se estaba granjeando la reputación de ser temeraria y salvaje. «Parecía que Brittney estaba empeñada

en provocar y hacía lo que le daba la gana… Era una paria… Le daba igual».

Había algo perverso y opresivo en el valor que todo el mundo otorgaba a la idea de una chica joven e inocente. Manifestarse en contra era algo que solo un pijo haría: era mucho más inteligente utilizarlo. Tras unos cuantos encuentros con hombres mayores, Brittney se abrió cuentas nuevas en las redes sociales con nombres falsos como Jailbait, Cherry o Cupcake. «Estamos hablando», le dijo por teléfono Peyton, el amigo de Crystal, «de una persona que sabía desde los doce años que el camino más rápido para evitar los problemas era gritar "violación"».

Otros veían el comportamiento de Brittney como una forma de suplicar atención. La habían rechazado por fea y rara durante tanto tiempo, que simplemente buscaba alguna clase de validación en esos hombres mayores. ¿Habían abusado de ella? A algunos usuarios anónimos de la página de Facebook Noticias y cotilleos de Minnesota parecía gustarles pensar que sí, pero otros que conocían a la familia desde hacía años veían a su padre como un hombre normal y corriente, implicado en sacar adelante a su familia. A diferencia de Micah y de Brandon, Evan y Misty, los padres de Brittney estaban casados, tenían trabajos estables y una casa. Podían ser estrictos, pero querían lo mejor para sus hijas.

Cuando tenía trece años, Brittney empezó a salir con Damien, de diecinueve años. Damien no era un cliente: era un amigo de sus amigos que trabajaba en la tienda de segunda mano del Ejército de Salvación donde compraban ropa vintage. A Damien le gustaban todas las cosas que les gustaban: el anime, el cosplay y las cartas de Magic. Poco después, estaban enamorados y Brittney se grabó la

fecha en que se conocieron en el muslo. Más que ninguna otra persona, Damien veía a Brittney como una persona en peligro y evitó que se mezclara con grupos más extremos. Brittney le contaba a cualquiera que quisiera escucharlo que tendrían un hijo juntos…, lo cual acabó siendo demasiado para él, sobre todo cuando salió del armario y comenzó a transicionar. Ya tomando hormonas, le dijo a Brittney que tenían «que romper porque era gay».

El primer pensamiento de Brittney fue que tal vez ella también podía transicionar. Si ella fuera un chico, él podría quererla como antes. Se cambió el nombre a Cole y tiró el vestido de pastorcita. «Respeta mis pronombres. Él», escribió en su nuevo perfil de Facebook. Estuvieron juntos y lo dejaron varias veces durante una época, pero no tardaron en romper para siempre.

Después de la ruptura definitiva, Brittney se tomó un descanso de las presiones de Harding. En tercero de secundaria se trasladó al Lisbon-Tioga, un instituto mucho más pequeño a varios kilómetros al oeste de Harding. El centro solo tenía dos grupos: pijos y malotes. Brittney no era una pija. Se compró un monopatín de longboard y cambió de look a algo más gótico, llevaba vestidos negros de cuello alto y Converse para patinar por la ciudad con su tabla. Un desapacible día de invierno se encontró una paloma con un ala rota en la nieve y la llevó a escondidas a su taquilla y le construyó un nido.

El verano de los catorce, Brittney conoció a Dylan Modich en el parque con algunos amigos y se enamoraron al instante. Dylan tenía veintidós años y acababa de llegar a Iron Range. Estaba viviendo con amigos en uno de los espaciosos apartamentos encima de la

tienda de electrodomésticos Blue Moon de la calle principal de Harding.

Nadie sabía con exactitud de dónde era Dylan. Era un trotamundos. Se había mudado a las Ciudades Gemelas para estar con una mujer a la que había conocido online y tuvieron un hijo juntos. Empezó a meterse en problemas cuando murió su hijo…, nadie conocía la causa, pero le arrestaron por cheques fraudulentos y por posesión de metanfetamina. Los amigos de Peyton, el amigo de Crystal, sugirieron que se había mudado a Iron Range para empezar de cero y eludir las órdenes de detención. Dylan era un poco lento y depresivo, pero al principio le caía bien a los amigos de Brittney. Parecía una buena persona: con principios, correcto.

El día que Brittney conoció a Dylan estuvieron hablando sin parar durante cuatro horas. Dylan era exactamente su tipo: un gamer-patinador-fumador de porros con el pelo largo y oscuro, piercings y una barba corta y cuidada. Hasta ese momento, la marihuana era la única droga que Brittney había probado. No llevaban mucho saliendo cuando le preguntó si quería fumar cristal con él. La metanfetamina y la heroína eran las dos drogas que Brittney había jurado evitar, pero se lo pensó y decidió probarlo con él.

Después dejó de ir a casa durante días. La castigaban y luego volvía a hacerlo. «Era difícil decirle cualquier cosa a Brittney», le contó Erin, la madre de Brittney, a Catt. «Era una chica testaruda e insensible y si quería hacer algo, lo hacía».

«Al principio», añadió el padre de Brittney, «ella le ayudaba, por así decirlo. Porque él era lento. Dylan se alteraba y ella era la única que lograba calmarlo».

«Brittney quiere desde lo profundo del alma», dijo su madre. «No le importa qué aspecto tiene la gente o qué sucede, le importa lo que hay en el corazón. Él tenía muchos problemas, de salud mental y otras cosas. Él explotaba eso».

No tuvo inconveniente en revelarles a sus amigos de siempre que consumía metanfetamina. «Quiero que sepáis que no pasa nada», dijo. «Puedo hacer cosas sin que nadie lo sepa. Soy muy funcional».

El verano y el otoño de 2016 fue la luna de miel del flamante amor de Dylan y Brittney y del consumo de metanfetamina de Brittney. En el corazón de ella estaban casados y abrió un nuevo perfil de Facebook que era su álbum de fotos con su nuevo nombre de casada, Modich.

El fin de semana del día del Trabajo están en la caravana de la abuela de Brittney con las muñecas encadenadas y los dedos entrelazados.

A mediados de octubre, cuatro días antes de que ella cumpliera quince años, están fundidos en un abrazo en una cocina. Él está encandilado y sonriendo, lleva un sombrero porkpie negro, camisa negra y pantalones de moto negros superbajos. Los ojos de Brittney están en llamas. Sonríe con recato y lleva un vestido negro largo hasta el suelo.

Un mes después están juntos otra vez, con los ojos hinchados y pesados y ojeras cavernosas. Él la aprieta contra su pecho, le exhala humo del vapeador. Eran inseparables. Los padres de Brittney se rindieron «porque cuánto más intentas separarlos, peor se ponen». Se llevaron a Dylan con ellos a un viaje familiar a Duluth y en el álbum de Brittney están juntos en la exhibición de luces de Navidad

dándose un beso. Más tarde esa noche, Dylan escribió: «Mi verdadera puta reina del universo».

Tres semanas después, cuando la policía le paró por saltarse un semáforo en rojo a la una y media de la mañana, sus órdenes de arresto anteriores salieron a la luz. Le detuvieron por los cargos pendientes, le denegaron salir bajo fianza y lo mandaron de vuelta a las Ciudades Gemelas. Cuando Brittney vio a Dylan subir en la furgoneta esposado y con grilletes, se quedó devastada. Dio por hecho que, a causa de las órdenes de detención, estaría retenido mucho tiempo, que tal vez lo condenarían a la cárcel.

Tras conocer a Dylan, Brittney dejó de hacer cosas sexuales por dinero. Y cuando él desapareció ella dejó de consumir metanfetamina. Pero un día en la casa de su dealer de marihuana, Blinky, un tipo mucho más mayor que pertenecía al círculo de consumidores del cristal, se presentó para vender unos cupones de alimentos. Ella le siguió a la calle y le preguntó si le daría cristal. «Y me lo dio», le contó a Catt en una llamada por teléfono desde la cárcel, «y empecé a hablar con él». Después de que condenaran a Brittney a prisión, Catt le escribió una carta y comenzaron a mantener correspondencia y hablar.

Al instante Blinky intentó que ella hiciera un trío con él y su novia con sobrepeso, lo cual ella rechazó, pero él tenía un lado más interesante. Blinky sabía tatuar, y tenía un kit de soplar vidrio en su casa para hacer pipas y otros instrumentos para consumir drogas. Le hizo a Brittney su primer tatuaje —un lobo, su animal de poder— y la dejaba soplar vidrio en su casa siempre que quería. Ella comenzó a hacer criaturas fantásticas, como alebrijes mexicanos, que eran

dos o tres animales fundidos en uno. Hasta entonces ella solo había fumado cristal, pero Blinky le enseñó cómo pinchárselo.

«En Harding hay una zona norte, y también hay una de cristal», dijo Ruth, la amiga de Brittney. «Brittney debutó como usuaria esporádica, pero luego se metió más de lleno, iba con esa gente».

«El círculo de consumidores de cristal es muy cerrado y aquí da mucho miedo», le contó Bethany, una amiga de Cameron. «La gente es peligrosa, todo es muy violento por aquí. Las cosas se vuelven extrañamente violentas. Es fácil ser uno de ellos si eres una oveja negra, pero es difícil dejar de serlo. Si ya eras un marginado, se convierten en tu grupo».

«Yo estaba muy alterada por la detención de Dylan», recordó Brittney. «¡Me tatué el culo y empecé a pincharme! La gente decía que Dylan estaría años en la cárcel. Pero yo era joven, no tenía ni dieciséis años: no iba a esperarle. Así que comencé a prostituirme de nuevo», le contó a Catt durante una de sus llamadas.

Pero luego, tres meses más tarde, Dylan salió de la cárcel y volvió a Harding. Decidieron colocarse una vez más antes de iniciar su nueva vida sobria.

«Después de eso, Brittney empezó a meterse en problemas a todas horas por la metanfetamina», recordó la madre de Brittney. «La pillaban con ella encima, traía a casa, cosas así. Cuando no se había escapado, pasaba breves temporadas en el correccional. Siempre se estaba escapando. Tras su primera detención, pedimos una orden de alejamiento para Dylan. No puedo darle fechas. Duró mucho, entre una cosa y otra. No venía a casa, se escapaba durante tres días. Por entonces ni siquiera se estaba escapando de casa,

simplemente no volvía. Luego venía a casa y la castigábamos. En cuanto la dejábamos salir, volvía con él».

En diciembre de 2017, los pillaron en un coche aparcado en un camping para caravanas a las afueras de Harding. «Me di cuenta», dice el informe de policía, «de que la chica de dieciséis años parecía drogada. Tenía marcas de metanfetamina por toda la piel. Reuní sus pertenencias: un abrigo, dos mantas y una mochila con un lobo marrón…». A Dylan lo metieron otra vez en la cárcel de Harding por posesión y por incumplir la orden de alejamiento. La policía llevó a Brittney a casa y ella publicó en Facebook:

> Dylan está otra vez en la cárcel básicamente por nada… Nunca me han preguntado a mí por la orden de alejamiento y si no la levantan les denunciaré. Nadie entiende lo buena que es nuestra relación, lo felices y fuertes que somos juntos. Haría cualquier cosa por Dylan. Esta es la quinta Navidad durante la que he odiado todo, mi casa y el mundo, todo el tinglado. ¡No renunciaré a él!

Dylan salió de la cárcel dos días después. Pero la siguiente vez que los detuvieron, lo retuvieron en prisión provisional hasta el juicio y a Brittney la mandaron de vuelta al correccional, donde se quedaría hasta que fuera a rehabilitación a las Ciudades Gemelas. Llegó Acción de Gracias y ella regresó a casa sobria y limpia, a su habitación recién pintada de azul. Y luego, en algún momento entre Acción de Gracias y Año Nuevo, conoció a Micah.

Micah no arrastró a Brittney al cristal otra vez, de hecho, fue al revés. Micah era un fumador de porros convencido: «Odiaba a los consumidores de cristal, los llamaba yonquis y drogatas y trozos de mierda», le contaron los amigos de Micah a Catt.

«Se suponía que Brittney estaba limpia en esa época. Ella le prometió que lo estaba y yo creo que de verdad era así», le contó a Catt la mejor amiga de Micah, Amanda, que desde entonces se había convertido en asesora en problemas de alcohol y drogas. «Él era una persona empática: conectaba profundamente con la gente que estaba intentando superar un pasado difícil. Ella era una persona que había pasado por eso, que había lidiado con problemas de salud mental y acoso, que le entendía».

El domingo, muy probablemente después de que dispararan a Brandon Halbach, Brittney cambió la foto de portada de Facebook a una imagen de Micah y ella. Debieron de sacar la foto antes de disparar, porque Brittney todavía llevaba la bandana que había usado en el bosque para taparle los ojos a Brandon. Micah tiene la capucha puesta y sus caras están juntas, sus bocas están relajadas, bonitas, y suaves. En un GIF publicado debajo, las palabras «mi bebé» atraviesan dos corazones. Comparten un gran amor, sus destinos están unidos.

4

El 13 de agosto de 2020, Brittney se declaró culpable de auxiliar en un asesinato en segundo grado y un secuestro. La condenaron a prisión y la fecha de liberación estimada era en 2044.

Los cuatro pasaron el día juntos el 6 de enero de 2019, pero durante esas dieciséis horas, ¿qué hicieron? Ahora que los tres casos estaban cerrados, Catt tenía permiso para hablar con los detectives y ver los informes.

Intentó reconstruir la cronología, pero era difícil. El trabajo de la policía era reunir pruebas que condujeran a condenas. Más allá de eso no les importaba qué estaban haciendo los chavales ese día. Se puso en contacto con Evan, que ya había empezado a cumplir la sentencia de diecisiete años en el centro correccional de Minnesota Stillwater, se vieron varias veces, pero para entonces él había bloqueado casi todo.

Se acordaba de que llevaba sobrio y limpio cinco días desde que había llegado a Harding, hasta que en una fiesta en casa de Micah y Crystal el día después de Navidad se emborrachó y se drogó. Se acordaba de que al principio se había creído que Brittney era hermana de Misty de verdad, y luego se acordó de lo raro que había sido llegar al norte, donde todo el mundo llamaba a los demás hermana y hermano, tío y tía, como si fueran parientes aunque no lo eran. Así que cuando Brittney salió de la habitación de invitados

donde había estado «ocupándose de unos asuntos» con Brandon y dijo que él había intentado propasarse, su primer pensamiento fue «Este imbécil ha intentado violar a mi cuñada».

Por supuesto, dio por hecho que el asunto iba de drogas. Antes de eso, él estaba pasando un rato productivo en el sofá del salón jugando a videojuegos en el teléfono y mensajeándose con Misty, que estaba en Colberg. Tenían un bote de caramelos en la mesita que había al lado del sofá en el que todos ponían sus gabapentinas, la keta y los medicamentos para TDAH y él ya estaba enchufado porque les había dado un tiento. Evan no había oído ningún ruido procedente de la habitación porque tenía los auriculares puestos y estaba escuchando canciones de Skrillex en el móvil. Estaba siendo amable al respetar su intimidad.

No obstante, en realidad, ahora que lo recordaba, la vez de la violación no fue la primera en que Brittney había salido de la habitación. Había salido antes de eso tras una hora o dos y había dicho que tenía hambre, así que bajaron a la tienda. En ese momento no estaba enfadada. Brandon había llegado sobre las once, así que él calculaba que debían de ser cerca de las doce o la una cuando fueron a la tienda (los vídeos de seguridad que revisó la policía mostraban a Brandon, Brittney y Evan entrando en Short Stop a las 15.06 y cargando 44 dólares de compra en la tarjeta EBT de Brandon). Y luego los tres caminaron de vuelta a casa. Brittney y Brandon regresaron a la habitación y Evan suponía que había vuelto a los cascos y el sofá pero no se acordaba.

La razón por la que fueron a la tienda a pie en lugar de usar el coche de Brandon era que el Malibu estaba dando problemas. Evan sabía mucho de coches. Se acordaba de haber estado hablando con

Brandon, ayudándole a diagnosticar el problema. El ruido que había oído, ¿era un chirrido o un chillido agudo? Porque un chirrido probablemente significaba que estaba mal la alineación, pero cuando Brandon dijo que sonaba más como un chillido agudo Evan supuso que era la correa de accesorios.

De todos modos, después de volver a casa Brittney y Brandon regresaron a la habitación. Cuando ella salió de nuevo fue como la noche y el día, su humor había dado un giro de ciento ochenta grados. Estaba muy disgustada y no dejaba de llamar y mandar mensajes a Micah, diciéndole que tenía que ir de inmediato: «El tipo ese me acaba de inmovilizar y meterme mano por todas partes». Las cuentas de Facebook analizadas por la policía registraron un intercambio de mensajes privados entre Micah y Brittney a las 16.15. Debajo de una foto que ella le había hecho a Brandon, Brittney escribió:

Es este.
Tiene una cara muy hostiable.
Tengo que hablar contigo en persona cuanto antes por favor estoy flipando
Qué pasa
Quiero hablarlo en persona
Vale. Ven a casa
Estoy demasiado alterada para salir
Dónde estás
En casa de Misty y Evan
OK
Siento ser tan demandante y pesada pero estoy realmente alterada y a punto de explotar
Estoy de camino
Ok [pausa] … No te olvides de traerte la funda.

Pero Micah no fue directamente y Brandon se marchó del apartamento. Cuando finalmente apareció Micah, Evan escuchó a Brittney y a él hablando de dónde encontrar a Brandon. Y luego se acordó: ¡Brandon le había dicho que iba a parar en O'Reilly! Se lo contó a Micah y los tres fueron caminando a la tienda de recambios de coche.

Se encontraron a Brandon trasteando debajo de la capota del coche, tratando de instalar una correa de accesorios nueva. Evan se acordaba de haberse sentido satisfecho de haber acertado, era la correa de accesorios. Incluso ayudó a Brandon a instalarla. Mientras tanto Micah y Brittney estaban dentro del coche hablando y enviando mensajes hasta que Micah salió y dijo: «Ha habido un cambio de planes». Iban a ir todos a casa de un tal Erik, un tipo del que Brittney dijo que era su tío. En ese momento no le dijeron nada a Brandon salvo que iban a pasar un rato y quizá meterse algo.

«Pero ¿por qué accedió Brandon a ir con ellos cuando podría haberse marchado en coche?», se preguntaba Catt. Evan no se acordaba y la policía nunca había presionado a nadie con eso, era irrelevante.

Micah subió el volumen de su música mientras Evan conducía. Brandon iba en el asiento del copiloto al lado de Evan, y Brittney estaba detrás con Micah, gritando las indicaciones. Evan no se acordaba de si era de noche o había luz pero cuando llegaron, aparcó y había un grupito de hombres trabajando en coches. Así que ¿quizá todavía era de día? Brittney, Brandon y Micah entraron en la casa de Stan pero él se quedó en la entrada pensando que podía mirar, tal vez ayudar con los coches. Lo que fuera que Brittney y

Micah se traían entre manos dentro con Brandon en realidad no era asunto suyo.

La casa estaba a las afueras de la ciudad, era la última hilera de casas que limitan con el foso de una mina. Uno de los amigos de Erik —un chaval muy delgado con el pelo blanco y ojos hundidos— tenía un pitbull llamado Butch. El amigo le enseñó el mejor truco de Butch. La madre de su novia le había enseñado a ladrar «Te quiero» cuando cualquier persona extendía los brazos. Era gracioso, el perro lo hacía una y otra vez. Y entonces Evan empezó a pensar en Misty.

Hubo un momento —para entonces debía de haber oscurecido— en el que Evan se marchó de verdad. Se puso a dar vueltas en coche por las calles de alrededor. Había una antigua barraca quonset, como de la Segunda Guerra Mundial, con una luz amarilla al lado de la puerta. Y luego no tenía ni idea de dónde estaba, así que siguió dando vueltas hasta que volvió a la casa, que nunca hubiera reconocido si no hubiera estado Brittney en el camino de entrada haciéndole señas.

En el interior de la casa había toda clase de gente yendo de un sitio a otro, chicas con sus hijos. Erik y unos cuantos amigos suyos mangonearon a Brandon, le cogieron la cartera, el teléfono y lo que quedaba de una bolsita de cristal y le dijeron que se quedara en un rincón. Y Brandon lo hizo.

Eso le dio una idea a Erik. Él no conocía bien a Brandon, pero conocía a su amigo Harlan, así que usó el teléfono de Brandon para enviarle un mensaje a Harlan:

«¿Me puedes pillar algo?».

Erik sabía que Harlan vendía cristal en North Star y Beulah.

«¿Dónde estás?», respondió Harlan en otro mensaje.

«Ey, estoy en Harding».

El «ey» de Erik fue un error letal. Harlan sabía que Brandon nunca diría «ey» y asumió que alguien le había cogido el teléfono. Para su eterno remordimiento pensó que era mejor permanecer al margen de lo que fuera, así que no respondió a Erik.

Erik estaba enfadado por eso. Micah y él bajaron a Brandon al sótano y cerraron la puerta por fuera. En el piso de arriba, una de las chicas que estaba en la fiesta de Erik oyó a Micah y a Brittney hablando de matar a Brandon. Y había visto el arma de Micah. Cuando nadie miraba, bajó a escondidas, abrió la puerta y le dijo a Brandon: «Te tienes que ir ahora. Te van a matar».

Brandon simplemente no se lo creía. No conocía bien a Erik pero eran más o menos de la misma edad y sabía quién era. ¿Por qué lo haría Erik? Él nunca había intentado violar a Brittney: ella le había invitado a tener sexo y él había compartido las drogas que tenía, exactamente como habían hablado. Si hubiera sabido que tenía novio nunca se habría metido en ese lío. Suponía que solo estaban tratando de asustarlo. Hacía frío y no podía irse sin más sin el coche de Mikey, así que decidió quedarse donde estaba.

Brandon todavía estaba en el sótano cuando Evan volvió a la habitación. Había cámaras de seguridad por todas partes. Erik lio un porro con un poco de marihuana y los restos de cristal de Brandon y todos se relajaron un rato y estuvieron a gusto. Y luego Erik les dijo que se largaran y se llevaran a Brandon con él. Ya le habían dado una lección. Si querían dejarle claro el mensaje, podían dejar a Brandon en algún lugar a las afueras de la ciudad y abandonar el coche en otra parte. Así que todos se fueron juntos, pero Micah no quería hacer eso.

Le dijo a Evan que condujera de vuelta al apartamento. Cuando llegaron, Misty todavía no estaba allí y, de nuevo, como había sucedido en O'Reilly's, Evan notó que el ambiente cambiaba. Micah sacó el arma y le dijo a Brandon: «No vivirás otro día». Más tarde, Evan se dio cuenta de que podía haber llamado al 911 y desentenderse, pero estaban en su apartamento, nada tenía sentido y no tenía a dónde ir, así que se puso los auriculares.

Después de eso, ataron a Brandon a una silla con cinta americana y cuerda. Evan sacó una foto y la publicó en Snapchat: «Intentó tocar a Brittney».

Misty estaba pasando la noche fuera haciendo de canguro para unos vecinos a unas cuantas calles. «¿Quién coño es ese?», le respondió ella en un mensaje. Y luego Brittney se apoderó del teléfono y le dijo a Misty que se iba a ocupar de unos asuntos.

Era tarde y las cosas no tardaron en ponerse aún más extrañas. Micah y Brittney estaban sentados ahí en el sofá mensajeándose, sin hablar en voz alta.

Necesito hacer un vídeo de mí disparándole para enviárselo a mi pandilla: son asesinos, les encantan estas mierdas

No

Es por un tema de respeto…

(¿No era eso lo que había dicho Jamal de entrar en los Gangster Disciples?, pensó Catt al leer eso).

… Puedo hacerlo en Snapchat y no se podrá rastrear

No

Le voy a disparar de todas maneras tú no me puedes decir que no lo haga
Si me dices que no le dispararé aquí mismo

Brandon estaba bastante asustado y Evan preguntó si podían dejar que se fuera, pero Micah y Brittney dijeron que era demasiado tarde para eso. Brittney dijo que lo llevarían al bosque pero que para hacerlo tenían que sacarlo de la casa.

Y entonces a Micah se le ocurrió un plan. Le dirían a Brandon que lo estaban llevando al bosque para reunirse con un cártel mexicano para que Micah les vendiera quince gramos de marihuana para conseguirle algo de dinero a Brandon para la gasolina. Brandon parecía de acuerdo con la explicación.

Mientras esperaba en el coche al lado del sendero, Evan apagó el motor para ahorrar gasolina. Vio el destello de luz eléctrica a lo lejos en el bosque, que lo asustó aún más. Después de un buen rato oyó un par de pums procedentes del bosque y después Brittney lo llamó para decirle que habían terminado. Todo el diminuto pueblo de Kiernan, por donde habían accedido al sendero, todavía seguía profundamente dormido cuando se marcharon, nadie oyó nada.

Después hicieron una parada en la gasolinera Holiday para comprar bebidas energéticas y luego se fueron a casa de nuevo.

La policía de Harding y la oficina de investigaciones criminales recogieron a Evan en coche el lunes por la noche y lo llevaron a comisaría. Durante las siguientes horas lo llevaron a los distintos escenarios del crimen haciéndole preguntas y grabándolo todo.

Catt estaba segura de que las respuestas a todas sus preguntas debían de estar en esa grabación. Escribió correos e hizo llamadas a

toda la cadena de mando pero nadie respondió.

5

El fiscal de Minneapolis insistía en la condena de treinta días de cárcel para el delito de conducción bajo los efectos de sustancias en el aeropuerto, el segundo, de Paul. Las restricciones de la COVID habían dejado su caso parado durante un año, pero en la primavera de 2021 estaban presionando a su abogado para que les diera una fecha. Paul estaba desesperado. Había intentado apuntarse a los internamientos de fin de semana en la cárcel de Harbor Point, en Newport Beach, por cien dólares la noche, pero tenían mucha lista de espera, era más difícil que entrar en Yale. La idea de estar encerrado durante un mes le horrorizaba: era un paso atrás gigantesco. Además, perdería el trabajo si se ausentaba un mes, y ¿qué sería de él después de eso? A la luz de los hechos, no había razón para no volver a beber, así que lo hizo.

El plan de Catt ese verano era ir y venir de Los Ángeles a Harding para terminar de investigar el caso y empezar a escribir el libro. Habían vendido la casa de gris de Balsam a principios de ese año, así que alquiló un apartamento de soltera en East Harding a Landlord Mark.

Llegó a principios de mayo. Después de unos cuantos viajes a Walmart para poner a punto el apartamento se quedó estancada en una sensación de inquietud respecto a Paul. Cuando se había marchado las cosas parecían raras. Él le enviaba los mismos correos

y mensajes breves y alegres, pero ella sabía que algo iba mal. La idea de que probablemente Paul estaba bebiendo otra vez le molestaba tanto que no era capaz de ponerse a trabajar.

Esa vez necesitaba la verdad y la verdad no podía esperar. Después de tantos años de alcoholismo de Paul le daba vergüenza pedir a algún amigo que fuera a ver cómo estaban las cosas. Encontró a un investigador privado online que accedió a revisar los cubos de la basura que habría delante de su casa ese martes por la noche.

A las diez de la noche del martes una serie de fotos aparecieron en su teléfono. El cubo de reciclaje azul estaba lleno de envases de las bebidas preferidas de Paul: vodka, Jack Daniel's, Bud Light. Con la misma fluidez e insensibilidad de una asesina, Catt metió unas cuantas prendas en una bolsa y condujo hasta el aeropuerto internacional de Minneapolis-Saint Paul para tomar el vuelo de las seis de la mañana a Los Ángeles.

«Vaya, *kitten duck*, qué sorpresa», dijo Paul arrastrando las palabras cuando ella cruzó la puerta. La casa era un caos. En cuanto ella se había ido, él se había sentido libre de empezar a fumar cristal y crack. Ella le dijo a Paul que se fuera y que se iban a divorciar. Esa vez llamó a un abogado de divorcios de verdad y presentó los papeles inmediatamente.

Catt hizo la mejor oferta de separación que podía permitirse y volvió a East Harding a retomar su investigación. Cameron ya no estaba allí, pero Catt entrevistó al padre de Brandon y a sus hermanas y primos y a todos los detectives involucrados en el caso. Mark Tomek la puso en contacto con los padres de Brittney, y ella condujo hasta las Ciudades Gemelas para reunirse con Crystal tres

veces. Compró un libro para colorear para adultos en la tienda del parque Scenic State y una caja de lápices de colores de lujo en Walmart. La mayoría de las noches, se sentaba en el minúsculo apartamento a colorear dibujos de pájaros.

«Los tres lo hicieron para divertirse», le dijo uno de los antiguos abogados de oficio cuando le abordó a la salida de un juzgado. «Lo hicieron porque querían. Querían hacer algo siniestro, malo».

En agosto, un año después de la audiencia en la que se leyó la sentencia de Brittney y justo antes de que Paul firmara los papeles, el asistente del fiscal del distrito llamó a Catt y le dijo que tenía algo para ella. Se encontró con él en el centro municipal y le entregó un grueso archivo de mensajes de texto intercambiados muchos días antes, durante y después del crimen, de los teléfonos de Misty, Brittney, Micah y Evan. Los mensajes —comprados a T-Mobile, imaginaba Catt, con considerable gasto para los contribuyentes— contenían todo lo que la oficina del fiscal del distrito necesitaba para conseguir que los condenaran, y más.

El «más» era lo que Catt quería y, por tanto, la carpeta de mensajes era un auténtico tesoro. ¿Cómo eran en realidad Brittney y Misty, Micah, Brandon y Evan? ¿Qué bromas hacían, quiénes eran sus amigos? ¿A quién envidiaban, cuáles eran sus sueños? Se preguntaba dónde se habían conocido Brandon y Brittney. ¿Había sido en Tinder, LiveMe o Facebook? ¿Qué compraron cuando fueron a la tienda? ¿En qué momento cambió todo de una idea delirante a un hecho consumado?

Catt se fue a casa y leyó de inmediato las ochenta páginas a espacio simple y luego las volvió a leer pero no encontró respuestas.

APÉNDICE

Viernes, 4 de enero de 2019

14.45

Cuenta de Facebook Messenger de Brittney Moran, «Cherry»

JC:(Greatwoods, Minnesota) Tú engañas?

BM: No pero trabajo

JC: Qué quieres decir que trabajas qué clase de trabajo

BM: Soplo vidrio y también me acuesto con gente por una mierda

JC: Ok si estuviéramos juntos lo harías sabiendo que estás conmigo?

BM: Te lo diría pero para mí el dinero es el dinero

———

Viernes, 4 de enero de 2019

16.10

Brittney Moran y Micah Waldon — Facebook Messenger

BM: Qué haces

MW: Todo bien perdona el teléfono murió

BM: Ya imaginaba

MW: Los 20 que me dio Brant se me cayeron del bolsillo y ahora no puedo recargar hasta mañana

Estoy teniendo el peor día del mundo

BM: Lo siento amor

MW: Solo tengo ganas de pegarle un tiro a alguien

BM: No puedes recurrir a eso cada vez que estás enfadado

MW: Pero ayuda a que desaparezca la rabia

BM: Sí y el sexo también

MW: Cierto pero estás castigada

———————

Viernes, 4 de enero de 2019

19.23

Micah Waldon y Crystal King — Facebook Messenger

MW: Va a venir a verme Brittney podéis criticarla todos pero yo la quiero

Y ella me hace feliz

Y necesito felicidad porque ahora mismo me estoy deprimiendo de verdad

CK: Ok si ella te hace feliz

MW: ¿Tienes 2 gramos?

CK: Sí

MW: Puedo venderlos

Te daré el dinero

———————

Viernes, 4 de enero de 2019

21.42

Cuenta de Facebook Messenger de Brittney Moran, «Cherry»

JD:(Ely, Minnesota) Tengo que pagar por las fotos

BM:Sí 5-20$ depende de la petición

JD: Solo coño

BM: Ah ok

Sip

———————

Sábado, 5 de enero de 2019

9.33

Cuenta de Facebook Messenger de Brittney Moran, «Cherry»

JH:(International Falls, Minnesota) Ey

BM: Ey

Qué tipo de vídeo buscas

JH: Striptease y que te toques

BM: Ok

JH: Cuánto? Lo vas a hacer ahora?

BM:(enlace) www.paypal.me.Moran360 y metes la cantidad

Como es PayPal es fácil y seguro

Qué duración tiene que tener el vídeo?

JH: Lo suficiente para que te corras

BM: Ok

JH: Lo vas a hacer?

BM: Me estoy preparando

JH: Cuánto

BM: Voy a hacer el vídeo y cuando lo vea y esté segura de que todo está bien te diré el precio y cuando me llegue el PayPal te lo mandaré

JH: Hot

(12 minutos después)

BM: Ok estoy pensando 60 por el vídeo y puedes elegir 5 fotos siempre y cuando no sean de mi cara

Estoy dispuesta a negociar un poco

JH: Puede ser 40$

BM: Sí pero entonces solo puedes elegir dos fotos

JH: Ok

BM: Avísame cuando lo mandes

JH: Dirá Tracey Blandin

BM: Ok

JH: Es mi ex

———————

Sábado, 5 de enero de 2019

10.19

Brittney Moran y Misty Starr — Facebook Messenger

BM: Tengo 40$ en mi PayPal voy a ir a Walmart y sacarlos

MS: Cómo has conseguido 40$?

BM: Qué decir aparte de que sé cómo hacer que las cosas pasen

MS: Cierto

———————

Sábado, 5 de enero de 2019

10.00-11.00

Perfil de Facebook de Pixi Ryan (compañera de piso de Brandon Halbach), publicado el 8 de enero de 2019

BB me dejó una nota el SÁBADO POR LA MAÑANA diciendo que iba a usar mi coche para «ir a follar de verdad vuelvo en un par de horas».

Ellos 3 no estaban «pasando el rato»… él fue a verla con intención de liarse con ella, y ella se estaba haciendo pasar por una adulta «legal».

Por lo tanto… o bien ella lo engañó para ir CON LA INTENCIÓN INICIAL de ROBARLE Y MATARLE, o su «novio» la pilló comportándose como una ZORRA y se cagó de miedo y gritó violación.

Brandon no le habría entrado a una chica de 17 años de haberlo sabido y no habría sido tanto puto idiota de hacerlo con dos tíos rondando.

BB, también conocido como Brandon, se marchó de nuestra casa el sábado por la mañana con intención de encontrarse con una mujer que creía que era mayor de edad para mantener SEXO TOTALMENTE CONSENTIDO!

———

Sábado, 5 de enero de 2019

11.00-12.30

Evan Stanton, visita en la cárcel con Catt Greene, 28 de octubre de 2020

Brittney vino a mi casa, y luego Brandon apareció cerca de media hora después. Se fueron a la habitación de invitados a «ocuparse de unos asuntos», dijo Brittney, algo relacionado con drogas, supongo, aunque no lo pensé en ese momento

porque desde que había recaído en la fiesta de Micah y Crystal había bebido y me había drogado cada día.

Después de un rato Brandon salió y me preguntó si quería ir caminando a la tienda, él no era de Harding y no sabía dónde había una. Así que los tres fuimos andando a la gasolinera de First Avenue para comprar patatas fritas y bebidas.

———

Sábado, 5 de enero de 2019
Informe descriptivo del departamento de policía de Harding realizado por el inspector Bruce Kovacek, 7 de enero de 2019

En el curso de nuestra investigación se estableció que la tarjeta de crédito de Halbach había sido utilizada en la gasolinera Short Stop ubicada en el número 2202 de la East First Avenue de Harding.

Los vídeos de las cámaras de vigilancia de la tienda Short Stop mostraban a Halbach, Stanton y Moran comprando patatas fritas y bebidas energéticas a las 12.46.

El inspector recogió un DVD de este vídeo de las cámaras de vigilancia.

El DVD está registrado como prueba #9.

———

Sábado, 5 de enero de 2019
13.06
Micah Waldon y Crystal King — Facebook Messenger

MW: Me puedes pillar un par de jarabes para la tos robitussin para adultos

Te los pagaré

CK: Tendré que volver ya estoy en la caja me había olvidado

He cogido uno

MW: Mierda

CK: Volveré luego

MW: Gracias mamá

Tengo que irme a las 3

———————

Sábado, 5 de enero de 2019

13.00-14.45

Evan Stanton, visita en la cárcel con Catt Greene, 28 de octubre de 2020

Así que volvimos y Brittney y Brandon regresaron a la habitación.
Después de unos diez minutos más o menos, Brittney salió sola y dijo: Tienes que ayudarme a librarme de este tío. Me dijo que la había estado manoseando, acosándola, lo cual me hizo enfadar de veras.

No estaba seguro de qué estaba pasando exactamente pero ella estaba alterada, así que le dije a Brandon que tenía que irse porque estábamos esperando a que llegara un familiar. Solo que él no se fue. Volvió a la habitación de invitados y Brittney empezó a mandar mensajes a Micah.

———————

Sábado, 5 de enero de 2019

15.00

Brittney Moran y Micah Waldon — Facebook Messenger

BM: Hay una persona de la que tienes que ocuparte

WM: Quién

BM: Brandon algo, le llaman BB

MW: No le conozco

———————

Sábado, 5 de enero de 2019

15.11

Cuenta de Facebook Messenger de Brittney Moran, «Cherry»

JD:ey, sexy

BM:ey

JD:qué haces

BM:de chill

JD:qué divertido

———————

Sábado, 5 de enero de 2019

16.15

Brittney Moran y Micah Waldon — Facebook Messenger

BM:(envía una foto de Brandon Halbach en el sofá)

Es este

MW: Tiene una cara muy hostiable

BM: Tengo que hablar contigo en persona cuanto antes por favor estoy flipando

MW: Qué pasa

BM: Quiero hablarlo en persona

MW: Vale. Ven a casa

BM: Estoy demasiado alterada para salir

MW:Dónde estás

BM: En casa de Misty y Evan

MW:voy

BM:…

MW:20 minutos

BM: Ok

Tengo que ir a casa y que me vean a las 5

MW: Espera

BM: Ok… Siento ser tan demandante y pesada pero estoy realmente alterada y a punto de explotar

MW: Estoy de camino

BM: Ok

No te olvides de traerte la funda

———

Sábado, 5 de enero, 2019

16.21

Brittney Moran y Erik Dorland — Mensajes de texto

ED: Ey

BM: No jodas… ¿qué pasa contigo, gato garabato?

Si todavía me aprecias, querría que me ayudaras con un plan

ED: Por supuesto

¿En qué estás pensando?

BM: ¿Puedes hablar o quizá quedar en persona?

[Llamada telefónica, dos minutos de duración, no registrada]

BM: Vuelve a llamarme en un minuto

ED: Voy a cagar en un minuto

BM: LOL ok tengo novedades

ED: Ok escríbeme a este otro número: 218-421-5559

[Diez minutos después]

BM: Estamos de camino

Sábado, 5 de enero de 2019

16.39

Brittney Moran y Misty Starr — Mensajes de texto

MS: Estoy atrapada en Colberg lol… A lo mejor me quedo en casa un amigo

BM: Ok hazlo porque tenemos un tema de curro

MS: Eh?

BM: Te lo cuento luego ok amor

MS: Bueno? O un tema malo?

Sábado, 5 de enero de 2019

16.30-17.30

Evan Stanton, visita en la cárcel con Catt Greene, 28 de octubre de 2020

Entonces luego pasó todo lo de O'Reilly y el coche. Cuando terminamos Brittney y Micah me dijeron que había habido un cambio de planes y que íbamos a casa de Erik Dorland; no me contaron nada salvo que íbamos a pasar el rato y quizá a meternos algo.

Estábamos yendo hacia Clifton y Micah tenía la música puesta. Aparqué y los tres entraron y luego estaba todo el tema en el jardín con esos otros tíos arreglando coches.

Hubo un momento en el que me fui de verdad y me puse a dar vueltas en coche y luego quise volver pero no encontraba la casa de Stan hasta que vi a Brittney en el camino de entrada haciéndome señas…

———

Sábado, 5 de enero de 2019

17.45

Micah Waldon y Brittney Moran — Facebook Messenger

MW: Di cuándo

BM: 👍

[Micah llama a Brittney pero nadie responde]

BM: Confía en mí ok mis planes nunca salen mal solo han salido mal cuando la gente no hizo lo que yo decía y tomó decisiones impulsivas

MW: Mejor que no me pillen

BM: Qué quieres decir

MW: Nada solo dime cuándo

[Ocho minutos después, Brittney le da su teléfono a Erik para que le escriba un mensaje a Micah]

ED: La vamos a llevar a casa y tú y él volveréis aquí y lo acorralaremos sin que haya niños ni chicas rondando y nos quedaremos sus cosas y nos desharemos de él sin darle una paliza o dándosela dependiendo de cómo reaccione y qué dice

BM: Mi hermano Erik ha escrito eso

MW: De acuerdo vale yo sigo queriendo dispararle

BM: Hablaremos de ello mientras me lleváis a casa

MW: Y voy a trabajar con tu hermano

BM: Sí

MW: Así que nos lo cargamos hoy

BM: Todavía no esta noche lo asustamos y nuestra próxima jugada es aniquilarlo tenemos que planificarlo

MW: Por qué no nos lo cargamos ahora yo lo puedo hacer no es tan difícil

BM: Confía en mí

———————

Sábado, 5 de enero de 2019

20.13

Misty Starr y Evan Stanton — Mensajes de texto

MS: Dónde coño estás

ES: En casa de unos amigos de Brittney

———————

Sábado, 5 de enero de 2019

21.27

Misty Starr y Brittney Moran — Mensajes de texto

MS: Brittney tu madre está preguntando dónde estás

Me ha preguntado si estoy contigo y supongo que le has dicho que estabas volviendo a casa desde Clifton sobre las 20.30

Ha dicho que tienes que ir a casa

BM: Voy a tardar un poco

MS: Okey lol prepárate para que te castiguen o lo que sea otra vez

———

Sábado, 5 de enero de 2019

21.52

Evan Stanton y Misty Starr — Mensajes de texto

ES: Te quiero

MS: Yo también te quiero bb

Por cierto, la gente para la que hago de canguro mañana me ha venido a recoger

Esta noche me quedo allí porque se van sobre las 6 de la mañana

ES: Ok

Estoy cabreado ahora mismo pero no contigo

MS: Por qué estás cabreado

———

Sábado, 5 de enero de 2019

22.58

Micah Waldon y Brittney Moran — Facebook Messenger

MW: Sabe demasiado tengo que cargármelo

BM: Lo haremos lol

MW: Necesito hacer un vídeo de mí disparándole para enviárselo a mi pandilla
Son asesinos, les encantan estas mierdas

BM: No

MW: Es por un tema de respeto puedo hacerlo en Snapchat
No se podrá rastrear

BM: No

MW: Le voy a disparar de todas maneras tú no me puedes decir que no lo haga
Si me dices que no le dispararé aquí mismo

BM: No es un buen momento además tengo un plan que le hará desear que le hubieras disparado

MW: No voy a disparar a alguien esta noche él sabe demasiado

BM: Si tienes tantas ganas ocúpate del tema

MW: Necesito que encuentres un sitio donde podamos dejarlo

BM: Tengo muchos sitios en mente pero tenemos que llevarlo al bosque… Todos los sitios que se me ocurren son barrancos y fosas

MW: De acuerdo vamos a hacerlo
Qué bosque o barranco
Tengo un sitio vamos
A las 2

BM: Hay que cruzar el bosque para llegar a un barranco
Necesitamos piedras y bolsas de basura
O cuerdas y ladrillos

MW: Sé un sitio

BM: Dónde

MW: Al lado de Lucky 7: subiendo la montaña gigante

BM: No eso es un edificio de apartamentos y después hay osos, coyotes y pumas

MW: La ladera de la montaña con el lago y el campo de béisbol

Los osos y las otras mierdas se comerán sus restos

BM: En Colberg?

MW: No Harding está justo al lado del Lucky 7 lo he recorrido confía en mí es el sitio perfecto

BM: Colega yo me he criado en esos senderos ese se llama la colina del Boy Scout es una de las rutas para las motos de nieve

MW: Joder vale bueno voy a acabar con él esta noche

Conoces algún sitio?

BM: Vamos a Snapchat

[Snapchat, irrecuperable]

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

1.33

Micah Waldon y Brittney Moran — Facebook Messenger

MW: Si subo solo sospechará algo

BM: Ya sospecha

Tenemos que alejarnos bastante por el sonido

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

2.29

Evan Stanton y Micah Waldon — Teléfono móvil

Evan llama a Micah [sin grabación].
Hablan 45 segundos.
Evan llama a Micah tres minutos más tarde [sin grabación].
Hablan 91 segundos.

———————

Domingo, 6 de enero de 2019
3.18
Micah Waldon y Crystal King — Teléfonos móviles y mensajes de texto

Micah llama a Crystal pero le salta el contestador, así que le envía un mensaje:
MW: No llamaría si no fuera importante podemos hablar
[Tres minutos más tarde]
MW: Olvídalo

———————

Domingo, 6 de enero de 2019
4.03
Transcripción de la policía de las cámaras de vigilancia de la gasolinera Holiday

El 6 de enero de 2019, a las 4.03, el Chevrolet Malibu color granate fue visto entrando por el acceso norte de la gasolinera Holiday en la East Thirteen Avenue

frente al departamento de policía. El detenido Stanton sale del vehículo y limpia los focos y luego procede a aparcar delante de la tienda.

Luego Stanton entra en la tienda y coge un Gatorade, un Monster Zero, dos Monster Hydro y dos Monster Import y procede a abonarlos con la tarjeta EBT de la víctima.

Stanton sale de la tienda a las 4.08.

Domingo, 6 de enero de 2019

4.18

Evan Stanton y Misty Starr — Teléfonos móviles y mensajes de texto

Evan llama al teléfono de Misty pero le salta el contestador, así que le escribe un mensaje:

ES: Ey, bb

Domingo, 6 de enero de 2019

5.25

Micah Waldon y Crystal King — Teléfonos móviles y mensajes de texto

Micah llama al teléfono de Crystal, salta el contestador, luego ella le escribe un mensaje:

CK: Estaba durmiendo lo siento mucho

Domingo, 6 de enero de 2019

6.41

Brittney Moran y Evan Stanton — Mensajes de texto

BM: Ey

Por qué no estás durmiendo todavía

ES: Porque estoy totalmente despierto

BM: Yo también

ES: Ven al salón si quieres

BM: Estoy intentando no despertar a Micah

Tienes un cigarrillo?

ES: Todavía estoy intentando averiguarlo

BM: Joder

Eres tú quién está haciendo ese ruido?

ES: No sé

BM: Qué raro

ES: Sí

Ven aquí

BM: Ok

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

9.49

Evan Stanton y Misty Starr — Facebook Messenger

MS: Vas a venir?

ES: Ok iré dentro de poco

MS: Cuándo vas a venir

ES: Estoy arreglando un coche ahora mismo pero te aviso cuando esté allí

MS: Por qué

ES: Porque sí

Te avisaré cuando esté allí

Te quiero

MS: Aaaarg

ES:¿Qué?

MS: No sé

———

Domingo, 6 de enero de 2019

12.15

Micah Waldon y Brittney Moran — Facebook Messenger

MW: Se lo has contado a Raven

BM: Bueno ya sabes estábamos hablando y se me escapó, lo que pasó ayer

MW: Ahora tengo que ocuparme de él

BM: Lo siento es mi mejor amigo

MW: Dios no puedo con esto

———

Domingo, 6 de enero de 2019

12.36

Brittney Moran y Erik Dorland — Mensajes de texto

BM: Ey Evan se preguntaba si puede pasarse a buscar su chaqueta

ED: Sí claro la meteré en el buzón dile que podemos meternos algo más tarde o que si no estaré en la cama

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

13.01

Micah Waldon y Brittney Moran — Facebook Messenger

MW: Evan se ha ido a buscar su abrigo joder se ha pirado lo encontraré Quería usar el coche yo le dije que yo prefiero no usarlo

BM: Joder

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

15.05

Micah Waldon y Evan Stanton — Facebook Messenger

MW: Ey, habla con Brittney

ES: Por qué

MW: Abrigo

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

15.15

Evan Stanton y Misty Starr — Facebook Messenger

ES: Voy a recoger mi abrigo de la casa del hermano de Brittney Erik y vuelvo enseguida

MS: Ok

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

16.37

Evan Stanton y Brittney Moran — Mensajes de texto

ES: No estaba ahí

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

17.19

Micah Waldon y Crystal King — Facebook Messenger

MW: Igual tengo que esconderme

CK: Por qué? Qué?

Qué pasa?

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

17.25

Micah Waldon y Brittney Moran — Facebook Messenger

MW: Te quiero pero no puedo correr el riesgo de que se chive

BM: Ok

MW: Estás ok

Necesito verte

BM: Estaré ok acabo de levantarme

Tendrás que venir a verme

MW: Sí me dejarán entrar en tu casa

BM: Te iba a decir que trajeras el coche

MW: Evan tiene las llaves

BM: Quiero que lo tengas tú

MW: No lo hice por el pago lo hice porque te quiero

BM: Quiero que el coche se conduzca solo para mierdas importantes

Es un desperdicio de gasolina y no sabemos cuánto durará ese coche

———

Domingo, 6 de enero de 2019

17.45

Brittney Moran y Evan Stanton — Mensajes de texto

BM: Ey

Colega

ES: Ey

BM: Dale a Micah las llaves y podrías darle dos cigarros va a venir a verme

ES: Sí bueno no se va a quedar las llaves nadie se las va a quedar

Le llevaré

BM: Dónde estás

ES: Todavía en casa

BM: Uuuuggggghhhh

Podrías coger la gabapentina machacada de la mesita del salón de tu casa por favor y gracias

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

19.36

Evan Stanton y Crystal King — Facebook Messenger

ES: Ey

Puedo usar tu número para que me llamen los de la chatarrería y me den los detalles mañana

Como no tengo línea de teléfono

CK: Sí

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

21.25

Evan Stanton y Misty Starr — Facebook Messenger

MS: No han vuelto todavía

Iré andando a casa de Crystal no está tan mal fuera

ES: Hace un frío que te cagas fuera no

MS:DIOS SANTO

ES: No bebé

MS:UGGGGGGHH

ES: Te quiero

MS: Yo también te quiero

[Evan le manda la ubicación. Luego la llama pero ella no responde]

ES: Wtf

Y tenemos que ir a Walmart cuando te recoja

MS: Por qué???

ES: Porque comida

MS: Por qué no vamos mañana?

ES: Por favor por favor bebé esta noche quiero comida de verdad

MS: Ok

———————

Domingo, 6 de enero de 2019

Informe descriptivo del departamento de policía de Harding realizado por el detective jefe Kenneth Fawkes tras la entrevista con la parte implicada Misty Jane Starr el 9 de enero de 2019:

[…] Starr declaró que recuerda a Stanton diciéndole que «ellos» iban a matar a alguien. Starr declaró que Stanton le dijo que «se ocuparían de un asunto y que la persona no volvería». Starr dijo que fue una conversación en persona que mantuvo con Stanton el domingo por la noche cuando se dirigían a Walmart.

———————

Domingo, 6 de enero de 2019
Evan Stanton, carta a Catt Greene, fechada el 27 de septiembre de 2020:

Creo que la puse al día cuando estábamos yendo a Walmart. Misty no estaba intentando mantenerse alejada: fue así porque estaba haciendo de canguro y no estaba al tanto.

Y después creo que estuvimos dando vueltas por Walmart cerca de una hora, jugando al escondite.

———

Domingo, 6 de enero de 2019
Informe descriptivo del departamento de policía de Harding realizado por el inspector Bruce Kovacek, 7 de enero de 2019:

En el curso de nuestra investigación se determinó que las tarjetas de crédito de Halbach habían sido utilizadas en Walmart el 6/1/2019. El investigador Hovart y yo acudimos a Walmart y hablamos con el especialista en prevención de pérdidas Nathaniel Conner.

Conner pudo recuperar un vídeo de un hombre y una mujer utilizando las tarjetas de crédito de Halbach. Esos individuos más adelante fueron identificados como Evan Stanton y Misty Starr. Utilizando el sistema de vigilancia, Conner siguió a los individuos entrando a la tienda a las 22.07. A las 23 h, las dos partes implicadas se acercaron a la caja e intentaron comprar dos cajas de Mountain Dew y unos cuantos envases de *noodles* para ramen Yakisoba por un total de 63,52$.

A las 23.07 salieron de la tienda y se subieron en un vehículo que parecía ser el Chevrolet Malibu color granate. Luego pasaron por el lado de la gasolinera Murphy

del aparcamiento. Se hicieron capturas de pantalla del vehículo y los individuos se distribuyeron para ayudar a su identificación…

———

Lunes, 7 de enero de 2019
9.52
Brittney Moran y Evan Stanton — Facebook Messenger

ES: Ey
BM: Qué pasa
ES: No mucho
BM: Cuánta gasolina tenemos?
ES: Por qué
BM: Por qué tengo que ir al instituto cuanto antes y me desmayo a ratos no he comido ni dormido en 2 días y casi no puedo caminar sin caerme
Estoy intentando hacer que esto pase exactamente a la hora de la comida porque es cuando voy a terapia en otro edificio y en mi instituto pensarán que estoy allí

———

Lunes, 7 de enero de 2019
Evan Stanton, carta a Catt Greene, fechada el 7 de noviembre de 2020

Así que sí, «Evan» iba a llevar el coche a Brainerd pero en ese momento «Evan» no tenía efectivo y nadie podía seguirle y todo lo que estaba pasando iba muy rápido.

Creo que estaba pensando en el futuro, no en el momento, así que no tenía la mentalidad adecuada. «Evan» quería llevar el coche a Brainerd pero su mente estaba asustada y horrorizada porque en realidad no sabía qué estaba pasando. Nunca había estado en esa situación, y «Evan» está obsesionado con cualquier tipo de vehículo con ruedas, así que en ese momento solo pensaba en el coche…

———

Lunes, 7 de enero de 2019
Informe descriptivo del departamento de policía de Harding realizado por el inspector Bruce Kovacek, 7 de enero de 2019:

[…] En el curso de nuestra investigación, se determinó que la tarjeta de crédito de Halbach se había utilizado de nuevo en Walmart a las 12.28, hoy, 7/1/2019 […] Stanton entró en la tienda a las 12:28.33. Cuando se fue de la tienda, de nuevo conducía el vehículo granate (Prueba #10).

El especialista en prevención de pérdidas Nathaniel Conner apuntó que dos de los artículos que habían intentado adquirir habían sido eliminados del ticket. Un Monster Energy y unos palitos de queso. Se cree que la tarjeta de crédito se ha quedado sin fondos y por eso no se han podido comprar los artículos. El valor de esa compra ascendía a 44,65$.

———

Lunes, 7 de enero de 2019
12.38
Brittney Moran y Evan Stanton — Facebook Messenger

BM:Dónde está mi coche

ES:A qué te refieres

[Una hora más tarde]

BM: Tienes mi coche no

ES:Sí

BM: Vas a recoger tu abrigo hoy

ES:Sí

BM: Ok dime cuándo para que avise a mi hermano

[Una hora más tarde]

ES:Dónde estás

BM: Por qué

ES: Para pasar el rato

BM: Todavía en el instituto mi madre quiere que vaya a casa así que vais a tener que venir a mi casa después de clase

ES: Voy a ir a buscar mi abrigo

BM: No espera que él me responda

———————

Lunes, 7 de enero de 2019

15.04

Misty Starr y Evan Stanton — Mensajes de texto

MS: Vas a ir a buscar tu abrigo?

ES: No puedo hasta que Brittney diga que puedo

MS: Me dijo que te insistiera para que fueras

ES: Ok

MS: No sé lol

———————

Lunes, 7 de enero de 2019

16.33

Crystal King y Quinton Breyer — Mensajes de texto

QB: Evan está yendo a Brainerd

CK: Lo sé

QB: Ok

———————

Lunes, 7 de enero de 2019

16.50

Evan Stanton y Misty Starr — Facebook Messenger

MS: Bebé cuánto tiempo estarás en casa de Brittney

ES: No lo sé

MS: Bueno deja la puerta sin echar la llave

ES: Ok me pasaré por ahí

MS: Espera qué quieres decir? Estás en casa de Crystal?

ES: Estoy en casa de Crystal pero ahora voy a casa de Brittney nos vemos en un rato

MS: Te quiero bebé

ES: Yo también te quiero bebé podemos estar un rato juntos esta noche

MS: Cuando llegue a casa sí

———————

Lunes, 7 de enero de 2019
16.57
Brittney Moran y Evan Stanton — Facebook Messenger

BM: Ok deberíais aparcar en el aparcamiento de detrás de la floristería que hay enfrente de mi casa
ES: Ok
BM: No te equivoques porque a lo mejor mi padre necesita el jardín

———————

Lunes, 7 de enero de 2019
Informe descriptivo del departamento de policía de Harding realizado por el agente Ted Backen después de la detención de Evan Stanton

A las 18.31 el agente Adler divisó el Chevy Malibu aparcado en la East 29th Street. Aparcó a un par de calles del coche en West 29th Street, donde podía vigilarlo sin ser visto. Tras informar del avistamiento, le enviaron refuerzos.

Cerca de media hora más tarde, Adler vio a Evan Stanton subirse al coche. Evan condujo en dirección norte hasta East Fifth Avenue y aparcó delante del 2659 de East Avenue. Ahora eran las 19.01. En el mismo momento que apagó las luces, los agentes de refuerzo encendieron las luces intermitentes, bloquearon la calle y le ordenaron a Evan que descendiera del coche.

Accedió a ir con los agentes y a ser registrado. Hallaron la tarjeta de crédito EBT de Brandon Halbach en su bolsillo. Fue detenido y el coche llevado con la grúa al depósito de vehículos de la policía a las 19.10.

———————

Lunes, 7 de enero de 2019
19.49
Misty Starr y Evan Stanton — Mensajes de texto

MS: Ey

———————

Lunes, 7 de enero de 2019
21.52
Micah Waldon y Evan Stanton — Mensajes de texto

MW: Polis fuera

———————

20 de julio de 2021

Abogado Kamal Dewan (primer abogado de oficio de Micah Waldon), entrevista con Catt Greene en el pasillo de los juzgados de Harding

KD: El mundo del crimen aquí arriba es muy reducido. Aquí la mayoría de crímenes los comete un grupo reducido de gente. Yo crecí en Iron Range y no es un tópico que es una comunidad pequeña y unida.

Micah fue manipulado. Le dijeron que Brittney había sido asaltada: aunque podría haberse inventado eso, porque los mensajes no encajan con la historia de que fue manipulado.

Evan Stanton quería irse, pero Micah le dijo: «No, vamos a hacerlo». hubo un momento en que se pudo haber detenido, pero continuó.

Los tres lo hicieron para divertirse, porque querían. Querían hacer algo malo. Querían hacer algo siniestro.

Los móviles están ahora en el depósito.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias en especial a Hedi El Khoti, que vio este libro antes que yo, como ha pasado tantas veces, y a Estelle Hoy y Ria Julien por sus notas en los puntos difíciles. Gracias a Luis Bauz por nuestra correspondencia mientras estaba escribiendo y por el uso de sus preciosas ilustraciones. Gracias también a mis amigos y primeros lectores Jennifer Kabat, Kim Calder, Robert Dewhurst, Marwa Abdul-Rahman, Philip Valdez, Colm Tóibín, Veronica Gonzalez Peña, Kevin Vennemann y Juliana Halpert. Gracias a Carlo Craig por la transcripción y a Bruce Hainley, Jane McFadden, Lorne Buchman y Karen Hofmann de ArtCenter. Le doy las gracias a mi agente, Laurence Laluyaux, por su profundo y continuo apoyo y a la editora Sally Howe por su fe en el libro y sus acertadas sugerencias. Finalmente, gracias a la subdefensora general de Vermont, Anna Saxman, por compartir parte de su conocimiento sobre el triplete de enjuiciamiento criminal, pobreza y salud mental, y a Mark Wehrenberg y a docenas de otras personas de Iron Range que hablaron con tanta claridad y sin reservas sobre sus vidas y situaciones.

Gracias a los editores y a las publicaciones en las que aparecieron por primera vez partes de este libro: David Everitt Howe, de *Broadcast*, de Pioneer Works; Meeka Walsh, de la revista *Border Crossing*, y Patric McGraw, de la revista *Heavy Traffic*.

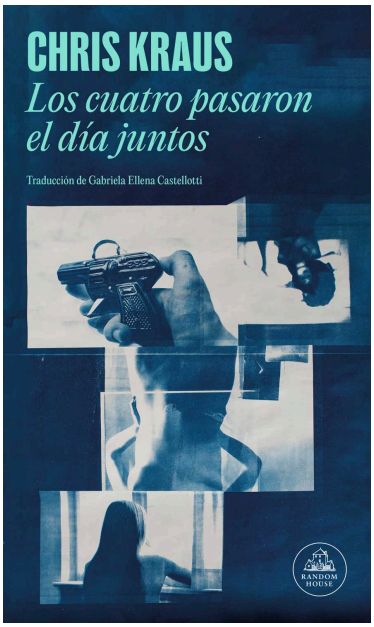
La investigación para este libro ha estado parcialmente financiada por la subvención de formación para el profesorado de ArtCenter.

El esperado regreso de la autora del clásico contemporáneo *Amo a Dick* y una de las figuras más rompedoras del panorama literario.

Una novela que reinventa el género del true crime, basada en un caso real que sacudió Estados Unidos.

«Política narrada a fuego vivo: una novela construida en el contrapunto que se mueve entre los ahogados, los que se ahogan y los supervivientes del brutal paisaje estadounidense que habitamos hoy».

Siri Hustvedt



En una ciudad fría y deprimida de la región minera del norte de Minnesota, tres adolescentes matan a un conocido tras pasar el día con él. Marcados por un entorno de drogadicción y pobreza, son detenidos y encarcelados de inmediato.

Cerca de allí, Catt Greene y su marido viven en una casa que compraron para escapar del calor sofocante de los veranos de California. En plena crisis personal, Catt se obsesiona con la brutalidad del crimen y con la vida de los tres implicados. Poco a poco, la investigación la empuja hacia su propia historia familiar y abre una pregunta de mayor alcance: cómo se sostiene una vida en un país fracturado.

Basándose en la historia de un crimen real que sacudió Estados Unidos en 2019, Chris Kraus —autora del clásico contemporáneo *Amo a Dick*— regresa con una novela inclasificable y subversiva escrita en tres partes. Entre el true crimen, la autoficción y un retrato de la clase obrera norteamericana desde la Gran Depresión hasta la era Trump, *Los cuatro pasaron el día juntos* es una obra

sobre la violencia, la clase social y la intemperie emocional de nuestro tiempo: la era de las redes sociales, la conexión permanente y la distancia creciente entre quienes lo tienen todo y quienes apenas pueden imaginar un futuro.

La crítica ha dicho:

«Una auténtica it girl de la literatura contemporánea […]. En su nueva novela de true crime vuelve a demostrar su capacidad para reinventar un género y hacerlo completamente suyo».
Jennifer Wilson, *The New Yorker*

«Una Annie Ernaux estadounidense […]. Otro testimonio de su habilidad y audacia como escritora».
The Times Literary Supplement

«La obra maestra de Chris Kraus […]. Una de las mejores escritoras americanas, alguien capaz de decirnos qué está mal en el mundo y transformar nuestro estupor en pensamiento».
Constance Debré

«Un tipo de novela completamente nuevo, uno que muestra cómo estamos desesperadamente conectados con nuestro tiempo y entre nosotros. Es rica, desgarradora y poderosa».
Eileen Myles

«Esta es una novela del momento americano escrita por una

escritora cuyas antenas están sintonizadas con conexiones sutiles y extrañas corrientes cruzadas. Chris Kraus tiene un don para hacer que las cosas íntimas formen parte de un patrón y para hacer de ese patrón una forma original y comprometida de escenificar la forma en que vivimos ahora».

Colm Tóibín

«La versión de [Kraus] de una tragedia clásica americana […]. Una obra deslumbrante y refinada, tanto en lo formal como en todo lo demás, que traza al mismo tiempo el largo alcance de los tentáculos de la adicción y la trayectoria de una América casi irreconocible».

Bookforum

Chris Kraus (Nueva York, 1955) es escritora y crítica cultural. Ha publicado las novelas *Amo a Dick* (1997), *Aliens y anorexia* (2000), *Sopor* (2006) y *El verano del odio* (2012); y varios libros de no ficción. Recibió la prestigiosa Beca Guggenheim en 2016, ha colaborado con diversas revistas y es coeditora en la editorial independiente Semiotext(e) desde 1990. Su obra ha sido traducida a diecisiete idiomas. En la actualidad reside en Los Ángeles.



Titulo original: *The four spent the day together*

Primera edición: octubre de 2026

© 2025, Chris Kraus
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Gabriela Ellena Castellotti, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Ruth Erdt / © Eva Vuillemin

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-397-4651-5

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: LitRandomHouse
Twitter: @LitRandomHouse
Instagram: @litrandomhouse
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los cuatro pasaron el día juntos

Primera parte. Milford

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Segunda parte. Balsam

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Tercera parte. Harding

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

Apéndice

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Chris Kraus

Créditos